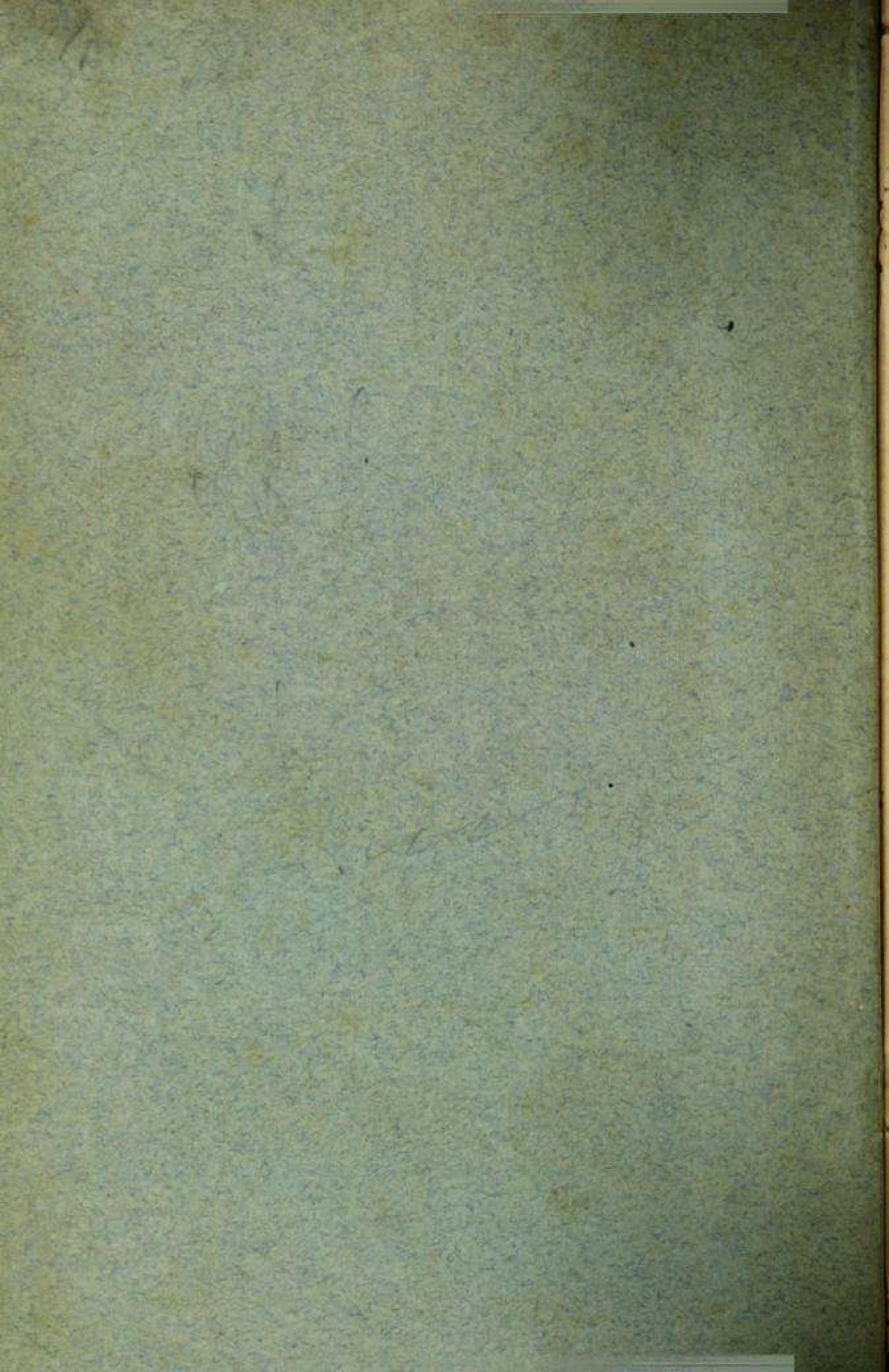


por la
Baronesa
de







NORA


DONACION
Dr. RAFAEL LARIO PEREZ

NORA

NOVELA ORIGINAL DE LA

BARONESA DE BRACKEL

Traducida directamente del alemán por

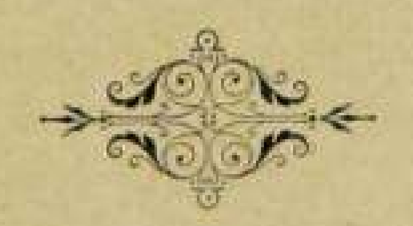
D. JAVIER MAÑÉ

Con un prólogo de

D. JUAN MAÑÉ Y FLAQUER

ILUSTRACIÓN DE MARIANO FOIX

Grabados de GÓMEZ POLO



BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.ª, AUSIAS-MARCH, 95

1884



Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª

PRÓLOGO

La autora de este libro, célebre novelista de Alemania, nació el 24 de Noviembre de 1835 en el castillo de Welda, cerca de Warburgo, en Westfalia. Fernanda María Teresa de Brackel es hija única del barón Francisco Fernando de Brackel y de la baronesa Carlota de Asbeck. Su padre descendía de una antigua casa noble del principado de Paderborn, siendo su abuela materna la marquesa Ghuistelles de Saint Floris, francesa de nacimiento que, emigrada en Alemania durante la revolución francesa, casó con el barón de Asbeck. Esta circunstancia fortuita ha influído indudablemente en las cualidades de la escritora, puesto que la vivacidad de la sangre francesa se ha hecho sentir en todos los individuos de la familia de su madre.

La particularidad de ser hija única, y el tener una naturaleza endeble, determinaron á los padres de Fernanda á no separarse de ella y procurarle á su lado una educación esmerada, cual convenía á su rango social. El cura del pueblo, persona instruída y de excepcionales dotes para la enseñanza, se encargó de su instrucción bajo la dirección de su madre, señora ilustrada y de exquisito tacto. Las lecciones las recibía en común con su hermana y un sobrino del cura. No aprendió las lenguas clásicas porque su padre se opuso á ello enérgicamente, temiendo que estos estudios alteraran su salud, ó quizás para evitar que su hija cayera en el pedantismo que suelen imprimir en las mujeres esta clase de estudios.

Cuando sus condiscípulos pasaron al Instituto de 2.ª enseñanza para seguir allí sus estudios, ella continuó, hasta la edad de 18 años, recibiendo lecciones de aquel sacerdote, hombre de vastísimos conocimientos. La instrucción que recibía del cura la completaban reputadas institutrices, enseñándole varias lenguas vivas, y la pintura y la música.

Desde su más tierna infancia, la baronesa de Brackel mostró decidida y prematura afición á la vida intelectual, pues para ella era un castigo el privarla de leer. Á la edad de ocho años, compuso ya algunas poesías, pero este género de trabajo lo abandonó hasta después de completados sus estudios. Terminados éstos, se dedicó con afán á las composiciones poéticas, y con predilección á las patrióticas.

Creyendo la joven Brackel en su natural y plausible modestia, que los aplausos que obtenían sus ensayos poéticos eran debidos, más que á su mérito literario, á la sensible fibra del patriotismo que agitaba con fuerza, antes de acceder á coleccionarlas, como se le pedía, quiso sujetarlas al juicio de un censor imparcial y competente. La colección se publicó en Paderborn, y fué bien acogida del público; no obstante, es necesario hacer notar que, si bien en todas las composiciones brillan ciertas cualidades literarias, como la claridad, la corrección, la pureza y elevación de sentimiento, y cierto juvenil entusiasmo, falta en ellas el verdadero estro poético. El censor encargado de su revisión observó que la cualidad que más brillaba en la autora era el talento narrativo, y de aquí dedujo que, ya que no podía aspirar á ser poeta de primer orden, podría con el tiempo figurar como una de las primeras escritoras de prosa, dedicándose á las obras de imaginación.

No se mostraba la autora muy inclinada á seguir este consejo, pues le parecía más fácil seguir escribiendo composiciones de corto alcance y que por su forma hacen más disimulables los defectos de corrección y hasta de meditación. Un viaje al Tirol decidió su vocación, ó mejor dicho, su género literario. Era la primera vez que se alejaba á larga distancia de su país y que recibía la impresión de una naturaleza grandiosa, distinta de la que habitualmente la rodeaba. Esta impresión le inspiró la leyenda titulada *Enrique de Findelkind*, sacada de la historia del Tirol. Aplaudióle calurosamente el censor que la había aconsejado esta clase de trabajos, y se publicó por

folletín en la *Hoja popular* de Westfalia y en el *Eco de la actualidad*.

La buena acogida que el público dispensó á este primer ensayo la animó á escribir, desarrollando el plan de una novela que concibió en su juventud y que, con el título de *Nora*, es la que, vertida al español, se publica en este libro. La primera vez que vió la luz pública salió en folletín en el *Diario popular*, de Colonia; y más tarde, en 1875, tomó forma de libro, y se publicó en la misma ciudad.

El éxito que obtuvo *Nora* que, como veremos, refleja los sentimientos y las impresiones de la juventud de la autora, la animó á seguir en este camino, y en el mismo año 1875 publicó otras dos novelitas, tituladas, la primera: *Distinto de los demás*, y la segunda: *De países lejanos*. En 1879, publicó otra de mayor aliento, titulada *Daniela*, pues así como las dos primeras formaban un solo volumen, esta última ocupaba dos ella sola. Siguiendo el sistema de publicación adoptado desde un principio, estas novelas, antes de publicarse separadamente, vieron la luz en los folletines del *Diario popular*, de Colonia.

De todas estas novelas se han hecho varias ediciones, pero la que mayor circulación ha alcanzado es *Nora*, de la que se hizo una segunda edición en 1876, la tercera en 1878 y la cuarta en 1881. Esta novela es la que popularizó su nombre y fijó su reputación de novelista. Teniendo en cuenta las noticias que hemos dado sobre su niñez y su juventud, ¿no nos podremos preguntar si Nora es el reflejo de su propia personalidad, la condesa Curt el retrato retocado de su madre y el cura de la familia Curt su mismo preceptor? Con esta interpretación, que dista mucho de ser temeraria, se explica el éxito extraordinario de *Nora*, por el amor con que fué escrita y el cuidado exquisito que puso la autora, no solamente en la pintura de los personajes, sino también de los sitios y de las escenas familiares.

Ida Hanh-Hahn ha querido seguirla en este género, que en el fondo tiene algo de pastoril; pero su creación traspasa los límites de lo verosímil y no trata los asuntos con la energía que emplea habitualmente nuestra autora.

Aunque indudablemente que *Nora* es para la baronesa de Brackel un personaje excepcionalmente simpático, su hijo

espiritual predilecto, no adolece la obra del defecto que se nota en las de su clase, que se reducen á una especie de aria coreada, donde todos los personajes no sirven sino, por su pequeñez, para hacer resaltar la estatura de la protagonista. Aquí la orgullosa, pero justa, condesa; su hijo bueno, excelente, aunque débil y voluble, y el caballeroso Dahnon, todos están á la altura de Nora. Todos los personajes, inclusos los secundarios, están bien delineados, aunque á todos, no hemos de ocultarlo, les falta relieve. Nora, buena, simpática, noble, profundamente religiosa, amante cual ninguna, vacila muchas veces entre dos deberes, pero nunca sucumbe, siempre triunfa en ella el deber que exige mayor sacrificio. No obstante, estas luchas algunas veces se prolongan demasiado, admiten como factores elementos poco importantes, y diluyendo los grandes sentimientos en escenas sobrado prolongadas, debilítase la energía, y la heroína toca alguna vez en los límites de lo vulgar.

Hay críticos que califican á *Daniela* de obra maestra de la baronesa Brackel, atribuyéndole un mérito superior al de *Nora*. En dicha novela, Rother personifica la antigua fidelidad cristiana, Hermann la caridad evangélica, al paso que la judía Daniela es la personificación del dolor que puede producir en una alma no cristiana un amor terrenal contrariado. La idea fundamental de la novela es la lucha del bien y del mal en la sociedad y en cada individuo, lucha de la cual la fe sale triunfante, y la incredulidad castigada por el dolor y el desengaño.

Esta novela interesa en más alto grado que ninguna otra— y tal vez por esta circunstancia algunos le dan la preferencia —porque la fábula se mezcla con la realidad, puesto que sus personajes toman parte en las dramáticas escenas de la *Commune* de París.

¿Es cierto, como algunos suponen, que Daniela es un tipo demasiado semejante á la Judith Miranes, de Hahn-Hahn, que vive siempre en las nebulosidades de lo sublime á impulsos de su fantasía oriental? No; Daniela es un carácter más profundo y menos materialista. La soberbia ha penetrado en su alma y ha grabado en ella estas palabras de la serpiente: *eritis sicut Deus;* y al ver cómo se subleva contra los decretos del Criador, acude á la memoria naturalmente aquel dicho de

Ozanam, según el cual en el fondo de nuestras almas hay oculto y dormido un germen de paganismo. Su naturaleza de acero se revela á cada momento, ora cuando aprueba la opinión de los egipcios que consideraban un crimen el arrepentimiento, ora cuando en la embriaguez de la soberbia exclama: *puedo lo que quiero.*

Hay momentos en que esperamos su conversión, guiada por los consejos de Rother, pero luégo sus dudas nos revelan que el amor puramente humano dominaba en ella todos los demás sentimientos. Cuando Rother, convencido de que sus complacencias se dirigían al amante y no al moralista, le dice entre indignado y afligido: «ha jugado usted con lo más noble y elevado; yo he sido un necio al creer que buscaba usted el verdadero fin del hombre,» ella le contesta con altanería: «no he procurado sino derribar el muro que nos separaba sacrificando á usted mi orgullo y mi libertad de conciencia, pero usted me ha rechazado.»

Rother, imitando á san Cristóbal, quiere servir tan sólo al Señor más poderoso del Universo; no lleva á Jesucristo en hombros, pero lo lleva en el corazón, y por esta preciosa carga desprecia todos los halagos y grandezas de la tierra.

En una de sus últimas novelas, titulada *Heidstock*, nos presenta á dos hermanas con caracteres distintos y casi opuestos. La una es ligera, superficial, decididora y alegre, pero los reveses y adversidades dan á su carácter el aplomo y formalidad de que carecía en sus primeros años. La otra es formal siempre, y su vida es una vida de sacrificio.

El estilo de la baronesa de Brackel, según los críticos alemanes que se han ocupado en el examen de sus obras, es elegante y animados sus diálogos, sobresaliendo estas cualidades en *Nora* y *Heidstock*.

En Alemania se califican de románticas las obras de la baronesa de Brackel, pero es necesario advertir que, así como entre nosotros ese calificativo es hoy sinónimo de género pasado de moda y ridículo, allí significa aún, como aquí en otros tiempos, género literario que impresiona por la fuerza de la verdad y la belleza de la forma. En la patria de los Schlegel no se ha admitido nunca como romántico lo que es producto de una imaginación enfermiza y extraviada, ni mucho menos ese cúmulo de horrores extravagantes, reñidos con la verdad

y en pugna con el sentido común, engendros de una inteligencia pobre y sin cultura, que finge ó plagia sin discernimiento. Por esto allí no se admitirá—podemos esperarlo—que ese monstruo literario llamado *realismo* sea hijo natural y legítimo del verdadero romanticismo—del romanticismo de Shakespeare, de Calderón, de Schiller, de Madame de Staël, de Walter-Scott, de Manzoni y de Víctor Hugo—y sólo sí aborto del romanticismo bastardeado. Si no fuera así ¿cómo había de prohibir el Gobierno alemán la publicación de las novelas de Zola, vertidas á la lengua nacional, de la misma manera que se prohibe por medida de salud pública la introducción y propagación de miasmas deletéreos?

Dígase lo que se quiera, y hágase lo que se quiera, el realismo no llegará nunca á ser un género literario, como no lo fué el culteranismo en otros tiempos, ni el falso romanticismo más modernamente: no será sino un extravío de la inteligencia, más ó menos tolerable, según el talento de los que lo cultiven. Ni es siquiera una novedad en la práctica. Lo que sí es nuevo es la pretensión de elevarlo á la categoría de una escuela, de un género legítimo, de conquistarle los derechos de ciudadanía en la república de las letras. Lo que es nuevo y propio de nuestros tiempos es pretender que el ideal del arte sea la reproducción ó realización de lo feo, así como hasta ahora se había creído—sin distinción de épocas y de escuelas—que el arte tenía por objeto la reproducción ó realización de lo bello.

¿Quién ha negado nunca que el arte necesite buscar sus elementos en la naturaleza, tomando esta palabra en su sentido más lato? La diferencia entre la estética espiritualista y la naturalista está en que la primera supone que el arte es una imitación embellecida de la naturaleza, al paso que la segunda pretende que debe limitarse á copiarla servilmente, y de aquí su título de naturalista. Según estos estéticos, la fotografía debe ser superior á la pintura, Rafael inferior á Coupil.

El naturalismo ha empezado por el hecho, al que ha seguido la teoría para justificarlo. Un hombre de talento y de estilo, impaciente por crearse una reputación literaria, y quizás también una posición social, acude al medio fácil de reproducir lo que tiene á la vista, buscando modelos de mucho relieve y de color muy subido para impresionar más vivamente los sentidos. Al elegir asuntos en lo más abyecto de la sociedad

parisiense, Zola alcanzaba el doble objeto que se había propuesto, que era llamar la atención con la explotación de un género que Balzac y Dumas, hijo, habían cultivado ya, aunque con cierto miramiento en la forma, y por otro lado atraerse numerosa clientela—la clientela de la curiosidad incontinente y del apetito culpable de la fruta vedada—entre las clases que no pueden frecuentar ese mundo de costumbres libres y hasta abyectas, que el autor pinta con una minuciosidad y una crudeza soportable sólo al paladar estragado de una generación caduca.

Como todos los aventureros que logran abrirse camino, como todos los *parvenus*, después de adquirir renombre y provecho, Zola quiso justificar su procedimiento, y hasta ostentar noble abolengo. Entonces vieron la luz todas esas teorías, á cual más sofística, de que el arte moderno debe ser sobre todo humano, y se citó en su apoyo el ejemplo de todas las literaturas y de los autores más conspicuos. Hasta á nuestro pobre Cervantes, tan desgraciado en vida y tan calumniado en muerte, se le han removido los huesos para atribuirle el crimen de ser uno de los progenitores del moderno realismo.

¿Y en qué se funda esta imputación? En que Cervantes escribió el *Quijote* para desacreditar los libros de caballerías, creaciones fantásticas reñidas con el mundo real, y también en que algunas de las escenas de su inmortal novela son de un realismo que rechaza el buen gusto y hasta la decencia. Al decir esto, se prescinde de que no por condenar las monstruosidades de los libros de caballerías se ha de entender que aprobaba las aberraciones de las obras realistas; y tanto es así que los libros que alaba Cervantes por boca del Cura que hizo el espurgo de la biblioteca de don Quijote, en nada se parecen á los productos del moderno naturalismo. En cuanto á las escenas realistas á que hemos hecho referencia, hay que observar que no son sino accidentes de la obra, y que en ellas el ingenio y la buena fe del autor hacen olvidar el fondo por la gracia y donaire de la forma. ¿Y porque un pintor de nota usa las sombras para los contrastes se ha de deducir que no ha de haber sino tintas negras en los buenos cuadros?

No tienen más fuerza los argumentos que se sacan de las primeras producciones literarias de las naciones modernas. Los pueblos, como los individuos, pasan por los períodos de

infancia, pubertad y senectud, y los pueblos-niños, como los hombres-niños, son dados á la copia, porque carecen de la fuerza y aliento necesarios para la creación. El arte rudimentario no puede ser el arte modelo; á no ser que se convenga en que los pueblos, como los individuos, tienen también su segunda infancia, y que á una sociedad caduca corresponde un arte infantil. Pero no; que hay diferencia entre la imitación tímida, inculta y hasta poco decente algunas veces, pero siempre espontánea, de las primeras épocas literarias, y esa literatura descocada, fríamente cínica, calculadamente inmoral que se nos presenta como un gran progreso literario. Entre el naturalismo de la una y el de la otra, hay la misma diferencia que entre el crimen premeditado, que comete el criminal de profesión, y el delito por imprudencia temeraria que comete un joven irreflexivo.

La boga que ha obtenido el realismo se debe á la facilidad del género, al auxilio que le prestan los apóstoles del materialismo, y al estado social que hemos alcanzado. La naturaleza, es decir, el mundo creado, no tiene por objeto la realización de lo bello: contiene la belleza, pero no es la belleza. La misión del genio — artista ó poeta, sér predestinado — es buscar y hallar los elementos de la belleza esparcidos en la creación, reunirlos y hacer la belleza sensible á los sentidos del común de los mortales. Sin esta preparación, sin esta creación del genio, los no predestinados, es decir, la generalidad, no podría gozar de la belleza, porque carece de ese dón de segunda vista, de esa visión que permite deslindar las grandes líneas de lo bello en el estado caótico de la materia, donde se confunden todas las líneas, todas las formas, todos los colores y todos los sonidos.

Copiar, es decir, presentar mezclado y confuso lo que la naturaleza nos presenta confuso y mezclado, no es crear, no es hacer oficio de genio, no es cumplir la misión del poeta ó del artista — sacerdotes del templo del arte — intermediarios entre la belleza, que es la Divinidad de ese templo, y sus adoradores; es convertirse en vulgo, reproducir con habilidad mecánica lo único que alcanzan á ver los míopes ojos del vulgo, en vez de hacer participar al vulgo de la visión del poeta ó del artista. — La pintura de paisaje es la más realista, la que más se acerca al ideal — si me es permitido expresarme

así — de la estética realista; no obstante, es un hecho cien veces comprobado que el paisajista de talento halla asuntos, y asuntos que sorprenden y admiran, donde el vulgo pasa indiferente uno y otro día, sin presumir que tiene ante su vista lo que después le hace admirar el pintor. Hay más; sucede con frecuencia que el mismo pintor, sólo en un momento de inspiración, adivina lo que su vista material no supo ver antes, á pesar de haberse fijado en los mismos objetos que le sugieren su nueva obra; y en esta obra todos reconocen el sitio que se quiso representar, y admiran en la copia lo que les parecía indiferente en el original, porque el pintor, hasta el más realista, no se limita á copiar, según su teoría, sino que compone la naturaleza, la aliña, la acomoda al ideal que su mente creadora le ha inspirado.

La cuestión que se debate no es sólo artística sino humana: es la lucha eterna entre el espiritualismo y el materialismo, que abraza todas las manifestaciones del sér humano y su misma existencia.

Por esto todos los materialistas están á favor de la escuela realista, pues la consideran como un poderoso auxiliar para la consecución de sus fines, que son borrar del entendimiento y del corazón del hombre toda idea de lo sobrenatural, todo sentimiento de un Sér Superior increado, tipo único de la belleza absoluta.

El realismo se dirige á nuestros sentidos y aspira al dominio de nuestras pasiones; es la materia que obra sobre el hombre fisiológico, no la inteligencia que mueve al hombre psicológico. Para el realismo, el deber del hombre se limita á la satisfacción de sus pasiones en esta vida, que considera única: para el espiritualismo, el deber del hombre es su purificación, es decir, el sacrificio de sus pasiones á una aspiración que no se satisface sino en una vida mejor que la presente. El fin estético del realismo, como el fin moral del materialismo, es apartar al hombre de Dios para acercarle al bruto; el fin del arte espiritualista, es elevar y purificar el espíritu del hombre para acercarle á Dios, tipo y modelo de toda perfección.

La generalidad de los escritores realistas, y los más notables, no niegan su origen ni ocultan sus fines. Algunos—escasos en número por cierto—pretenden ser á un mismo tiempo

espiritualistas y realistas, amar á Dios en las iglesias y á la materia en el dominio del arte. La pretensión es exorbitante, insostenible, y todas las razones que para ello alegan no son mas que declamaciones que apenas llegan á sofismas.

Mr. Barbey d'Aurevilly, saliendo á la defensa de su obra *Diaboliques,* denunciada como inmoral por el Gobierno poco escrupuloso de la vecina república, dice: « Estas novelas fue»ron escritas por un moralista cristiano, que se precia de ser »un verdadero observador, aunque algo atrevido, y cree—esta »es su arte poética — que los pintores de grande aliento pue»den pintarlo todo, y que su pintura resulta bastante moral »siempre que sea *trágica* y que inspire *horror á las cosas que »reproduce.»*

La teoría de Mr. Barbey es falsa, como todas las teorías de los realistas; si fuera un verdadero moralista cristiano, no olvidaría que el fin no justifica los medios.

Dios ha dotado al hombre de fuerza, de inteligencia, de memoria, de imaginación, de ingenio y de razón para que los emplee en su perfeccionamiento y en el perfeccionamiento de sus semejantes, y cuando no obra así, falta á los fines para que fué creado, infringe las leyes de la moral cristiana. Cuando el arte no eleva nuestra inteligencia ni purifica nuestro corazón; cuando, después de leer una producción literaria, ó contemplar una obra de arte, lejos de sentirnos mejores, notamos que se han revuelto en nuestra alma las heces de las malas pasiones y de los carnales apetitos, podemos concluir — pese á todas las artes poéticas de circunstancias — que el arte es falso y que el artista no cumple con la misión que recibió de lo alto.

Esto no sucederá leyendo las obras de la baronesa de Brackel, que supo purificar la realidad de sus fealdades, usando con parsimonía de las sombras, sin que por esto sus personajes y los hechos en que toman parte sean menos verosímiles, menos reales y estén menos conformes con las leyes de los sentimientos morales que los personajes y los hechos de la escuela realista. La verdad no excluye ni el pudor, ni la conciencia, ni el respeto á la moral. Para que los personajes sean reales no hay necesidad de presentarlos desnudos á los ojos del público; ni para que se comprendan los sufrimientos humanos se necesita convertir la sociedad en una sala de clínica

ó en una *Corte de los milagros*. Los grandes poetas y los grandes artistas no necesitan recurrir á estos medios groseros para producir obras que son inmortales porque son verdaderas, porque son humanas.

Esta es nuestra humilde opinión sobre la escuela realista, que en su segunda generación ha descendido ya á la pornografía.

JUAN MAÑÉ Y FLAQUER.





I

En un sofá de una de las habitaciones más elegantes del Hotel Imperial de Ginebra, hallábase recostada una señora joven, tocada con blondas negras y apoyada la cabeza en una almohada encarnada, sobre la cual se deslizaban sus rubias trenzas, que casi llegaban al suelo. Era gracioso su aspecto; pero todo en su persona presentaba un carácter delicado que recordaba aquellas plantas tenues, de vida efímera.

Se veía que la inmovilidad que guardaba era debida sólo á la falta de fuerzas, puesto que su mirada, que vagaba errante por toda la habitación al menor ruido, se fijaba ansiosa en la puerta para dirigirse luégo impaciente hacia un reloj pequeño, colocado en una me-

sita al lado del sofá. Á medida que la hora fué avanzando, mostróse más intranquila, hasta que, no pudiendo dominar su inquietud, se medio incorporó, y llamó á una anciana que estaba arreglando una habitación inmediata, y cuyo busto corpulento se veía asomar con frecuencia á la puerta.

—Ana—dijo, con voz que resultó á pesar de su agitación muy apagada, y luégo añadió:

—¿No ha vuelto aún miss Nora?

—La niña está con el amo—contestó la anciana en alemán chapurrado.

Su color oscuro y los rasgos de su fisonomía daban claramente á entender que no era de origen europeo.

—Esté usted tranquila, señora, pues la niña se halla en compañía de su papá, y por lo tanto muy vigilada y atendida—añadió para tranquilizarla.—Cuando sea hora, ya vendrán; el señor Director no regresa nunca antes de las once.

—De seguro que se la ha llevado otra vez allá—murmuró la joven.—No sabe lo que hace; es preciso que hable con él. ¡Oh, pobre hija mía!

Sea á causa de la fatiga producida por lo que acababa de decir ó por el estado de excitación en que esto la puso, un golpe de tos seca y violenta cortó sus palabras y la obligó á dejar caer de nuevo su cabeza en la almohada.

—¿Por qué la señora se excita así sin motivo?—gruñó la anciana.—Usted se pone enferma y el señor se enfada. Antes, la señora se mostraba siempre sufrida y dulce, pero ahora cualquier cosa la irrita.

—Entonces no tenía que cuidar de nadie; por el contrario, mamá y tú me cuidabais, y además gozaba de buena salud—añadió suspirando.

—También ahora podría usted estar buena si quisiera—continuó la anciana—pero esta vida intranquila gasta sus fuerzas.


Mariano Foix

—No, no es la manera de vivir, pues estoy rodeada de cuidados. Aquí está el mal—dijo apretándose el pecho con las manos.—Y además, la intranquilidad del espíritu... Pero escucha, Ana, ya está aquí—añadió en tono más animado.

Oyéronse unos pasos rápidos y ligeros, y al momento abrióse la puerta violentamente y entró corriendo una niña que se arrojó en brazos de la enferma.

—¡Mamá, mamá!—gritó faltándole el aliento—puedo hacerlo muy bien. He montado á caballo sosteniéndome de pié como Elisa, y he saltado á través de los aros.

—¡Qué ardorosa estás, Nora!—observó su madre separándole sus negros cabellos de la frente.—Alfredo, ¡ya la has llevado otra vez contigo!—dijo en són de queja, dirigiéndose á un caballero alto que había entrado detrás de la niña.

—¿Cómo estás, corazón mío?—preguntó inclinándose con suavidad y sin contestar á su observación.

—¡Oh, Alfredo!—repitió fijando en él una triste mirada.

Alfredo se encogió de hombros y se apartó con cierta impaciencia.

La niña entretanto cogió con ambas manos la cabeza de su madre, y volviéndola hacia ella le dijo:

—Óyeme, mamá; me he sostenido en pié á caballo y he pasado á través del aro mucho mejor que el niño Wimbleton, que acababa de caerse.

—Tienes que cambiar de vestido, Nora—interrumpió su padre;—anda con Ana y deja que te ayude.

—En seguida, papá; pero antes déjame que cuente algo á mamá. Cuando llegamos al Circo, papá me montó en el nuevo poney...

—Elena, ¿por qué detienes á la niña?—exclamó el padre algo excitado.—Nora, te he dicho ya otra vez que te fueras.

—Vé, querida—añadió la madre—ya me lo contarás después.

La niña, sorprendida por la severidad no acostumbrada de su padre, salió de la habitación.

La joven volvió á recostarse, sin añadir una palabra, y el marido permaneció silencioso en la ventana.

—Alfredo—dijo la enferma con humildad, después de una pausa.

Y al volverse le tendió la mano. Él la cogió y la llevó á sus labios.

—¿Vamos á hacer las paces?—dijo con una sonrisa algo burlona.

—Ven, ven; hace tanto tiempo que no te he tenido á mi lado...—contestó ella con ternura y reteniéndole.

El marido tomó entonces una silla, y acercándola al sofá se sentó de modo que la cabeza de la joven se apoyase en su hombro.

—De seguro que vas á echarme un sermón—dijo el marido sonriendo—y ahora no puedo escaparte. Leo en tus ojos que vas á decirme: ¿Por qué has llevado á Nora contigo?

—Has leído perfectamente mi pensamiento.—¿Por qué lo has hecho después de haberte suplicado con tanto encarecimiento que no lo hicieras?

—¿Por qué? Vosotras las mujeres no abandonáis nunca el porqué. Sencillamente porque no sé resistir al deseo de instruirla en la equitación, siendo como es la niña tan inteligente, tan graciosa y teniendo tan natural disposición para aprender el arte que profeso. Será una artista de primer rango—añadió con entusiasmo.

—¡Mi hija una artista de circo!—exclamó Elena dolorosamente.

—¿No te casaste tú con un artista ecuestre?

—¡Oh! esto es muy diferente; el hombre puede ennoblecer todos los oficios. Circunstancias especiales te

han obligado á seguir este camino, y tú has sabido convertir este juego en un arte, en una verdadera ciencia—dijo dirigiendo á su esposo una mirada de orgullo.

—Es verdad que el hado adverso me obligó á emprender este camino, pero no sé si otra profesión me hubiera gustado tanto á la larga como esta vida libre é independiente.

—Antes pensabas de otro modo.

—¿Antes? ¿Te refieres á cuando te hacía la corte? Entonces aún no tenía asegurado mi porvenir; las heridas de lo pasado aún manaban sangre y lo presente me recordaba con crueldad el valor de lo que había perdido. Entonces odiaba yo mi situación—y diciendo esto se cubrió los ojos con la mano, como si quisiera borrar el recuerdo de aquel sombrío cuadro.—Pero ahora—añadió al cabo de un instante—todo esto está completamente olvidado.

—¿Qué fué lo que te obligó á seguir este camino, con tu instrucción y tu educación distinguida?

—Quizá fué debido á mi naturaleza. En verdad que no tienes tú el principal defecto de las hijas de Eva, la curiosidad, pues nunca has mostrado empeño en enterarte de mi pasado. ¿Has dejado de hacerlo por miedo?

—No—contestó Elena con tranquilidad.—No se quiere si se duda. Lo pasado te pertenecía, siendo mío lo presente y lo porvenir.

—Dulce esposa mía—exclamó con tierno acento—en rigor no tenías necesidad de enterarte de mi existencia pasada, porque si bien en ella tuve horas muy amargas, no hay sin embargo mancha alguna en mi vida que debas perdonarme. Como tú sabes, el nombre que llevo no es el que me corresponde; mi padre descendía de una familia de la antigua nobleza francesa, y como era un espíritu inquieto, fué de aquellos pocos nobles

que se adhirieron á la revolución. Durante las guerras de la república francesa, se casó en Alemania, y habiendo perecido después en una batalla, dejó á mi madre con tres hijos y casi sin recursos. Los recuerdos que tengo de mi infancia no son muy lisonjeros, pues reinaba gran estrechez en la casa materna. Los parientes de mi madre, que pertenecían á las altas clases de la milicia y de la burocracia, viendo posteriormente que yo tenía afición á las cosas de la milicia, facilitaron mi entrada en un colegio militar, en donde fuí educado gratis por disposición del rey. Mi madre me encontraba demasiado revoltoso: lo que le había entusiasmado en el padre le asustaba en sus hijos, así es que su naturaleza pacífica no me comprendía. En cambio, en el colegio, mi nombre, el ser extranjero y la vivacidad de mi carácter, me crearon numerosos amigos, brillando en medio de mis tranquilos y pesados camaradas. Mi rápida comprensión, mi habilidad y mi petulancia me convirtieron en el favorito de los profesores. Desgraciadamente, calificaban mis locuras de rasgos de ingenio, por lo que estaba yo muy satisfecho de las cualidades que había heredado del carácter francés. Si se hubiese presentado un período agitado, quizás hubiera llegado á ser un hombre célebre, pero reinaba una paz octaviana; y el pedantesco servicio de una reducida guarnición, acompañado de la estrechez en que debía vivir un teniente sin bienes de fortuna, no se acomodaban á mis ensueños heróicos.

Hoy día reconozco mejor las ventajas de la disciplina, pero entonces me era insoportable, sublevándome contra su yugo. Y sin embargo, no tenía mas remedio que someterme, pues mi carrera era lo único con que podía atender á mi subsistencia. Mi superior inmediato era un hombre reglamentario, que no dejaba pasar ocasión alguna de hacerme sentir su superioridad.

Una vez, en asuntos del servicio, me impuso un

castigo que yo creí inmerecido, y esto fué motivo para que estallara mi ira largo tiempo comprimida. Creyéndome insultado, exigí una satisfacción á mi superior, quien se negó á dármela, fundándose en la desigualdad de categoría, y mi paso sólo dió por resultado el que se aumentara mi castigo. Completamente fuera de mí, aproveché la primera ocasión para demostrarle en público mi desprecio, por lo que entonces se vió él obligado á pedirme una explicación. Tuvo lugar un duelo á pistola, y mi proyectil le hirió con tan mala suerte, que falleció aquel mismo día. Dada la severidad de las leyes que regían entonces contra el duelo, no podía pensar en permanecer en el país, y ayudado por mis amigos escapé á América. En el primer momento, sólo sentí la alegría de haber recobrado la libertad, pues era joven, tenía una imaginación exaltada y se ofrecía un mundo nuevo á mis ojos; pero pronto me sacó de mis ensueños la amarga realidad, puesto que me hallaba sin recursos ni amigos y contando sólo con el esfuerzo de mis brazos. Mi educación y mi modo de ser podían conducirme á algo de provecho en mi profesión, pero fuera de ella no sabía qué camino emprender. Era demasiado bueno para muchos oficios, y en cambio no servía para otros, viéndome obligado á buscar mi sustento ocupando posiciones inferiores, hasta que trabé conocimiento con unos cazadores dedicados á la persecución de fieras y de caballos salvajes. Aquella vida me convenía perfectamente, y mi habilidad en montar á caballo y lo certero de mis tiros me hicieron ocupar pronto un lugar distinguido entre ellos. Mucho aprendí de mis compañeros, que hacía largo tiempo se dedicaban á aquel negocio, y más aún de los indios, con quienes me ponían en contacto nuestras continuas correrías por las praderas. Muchos de los ejercicios que el público admira en la actualidad, los he copiado de los pieles rojas. Así pasé algunos años, hasta que por la

enemistad de varias tribus de salvajes nos vimos obligados á suspender nuestras excursiones, y algunos de mis compañeros, yankees puros, concibieron la idea



de aprovechar la habilidad de nuestros caballos para dar espectáculos públicos. Todos convinimos en ello, pues por el momento nada mas podíamos hacer, y nuestra primera exhibición en una villa de corto ve-

cindario dió resultados tan superiores á nuestras esperanzas, que determinamos continuar en el camino emprendido. Aunque el arte de nuestras representaciones era muy primitivo y sólo nos guiaba en ellas el recuerdo que yo tenia de tales espectáculos en mi patria, en aquel país eran completamente nuevos, y el público nos aclamaba con entusiasmo. Mientras nos limitamos á presentarnos en pueblos pequeños, no comprendí bastante lo especial de mi situación, pues la vida de los bosques me había endurecido; pero cuando nos acercamos á los grandes centros, cuando me ví ante espectadores pertenecientes á la clase social de que yo procedía, entonces se apoderó de mí un sentimiento de humillación y de vergüenza que no podía dominar. Sentílo más especialmente ante las damas, cuyo trato había dejado de cultivar desde mi llegada á América, y sobre todo cuando ví tu distinguida figura entre el círculo de señoras que frecuentaban nuestras representaciones. En aquel momento ví con entera claridad lo que había perdido al abandonar el nombre y la posición que en todas partes me franqueaban la entrada en el círculo de mis iguales. No se conoce el valor de una cosa hasta que se ha perdido. Sentíme muy desgraciado. Afortunadamente, era costumbre entonces en aquel país, como lo es hoy aquí, que los elegantes visitasen nuestro circo por la mañana, y así tuve ocasión de conocer á tu hermano, cuya semejanza contigo me llamó la atención. Entramos en relaciones con ocasión de la compra de un caballo, y reconociendo en mí un hombre de su clase me ofreció su amistad. Para mí fué un gran consuelo el poder alternar con personas ilustradas, y como en América es muy frecuente el cambio de posición, introducido por tu hermano fuí muy bien recibido en todas partes. Los grandes beneficios que nos daba nuestra empresa me permitían asistir con

decoro á las reuniones y allí tuve ocasión de conocerte y apreciar tu mérito.

Desde este punto—añadió Alfredo—sabes tan bien como yo lo que pasó; á tu energía debo el haber conseguido la realización de mis deseos, puesto que tus padres sólo veían en mí al aventurero de incierto porvenir. Á fin de hacerme en algo digno de ti, tomé la resolución de ponerme al frente del negocio y realzarlo, y como mis compañeros hacía largo tiempo que estaban convencidos de que yo era el alma de todo, se dejaron convencer fácilmente. Director de una compañía, me hallaba en terreno más firme y sabía lo que podía esperar. Desde aquella época, todo me ha ido viento en popa, logrando el placer de colocarte en la posición que tú merecías, y poderte rodear de toda clase de cuidados..... ¿No hemos sido felices?

Y diciendo esto, la miró con ternura.

—¡Oh! quizás demasiado felices—murmuró ella.

—Aunque la suerte se nos ha mostrado propicia, no hay motivo para decir que hemos sido demasiado felices. No te inquiete el porvenir, esposa mía: el que ha puesto el buque á flote, sabrá dirigirlo sin riesgo.

Y al decir esto, hablaba con el orgullo y confianza del hombre que se lo debe todo á sí mismo.

—¿Y Nora?—dijo su esposa en voz baja, después de una ligera pausa, apartando de él la vista como avergonzada.

—Vosotras las mujeres sois muy tenaces; os gusta volver siempre al mismo tema. ¿Por qué te inquietas por la niña?

—Alfredo, tú estimulas en ella su afición á los caballos.....

—Espera á lo menos diez años antes de preocuparte por las tendencias de tu hija—contestó con forzada sonrisa;—deja que aprecie al noble animal á quien su padre debe gloria y dinero! Ya te lo he dicho re-

petidas veces, que esto es hereditario, y no puedes exigir de mí que piense de otro modo en este asunto. Deja que la eduque y que después la haga salir á mi lado; de seguro que será más aplaudida que otra alguna. Aunque sea este un arte algo particular, según tu modo de ver, no puedes negar que no impide el ser feliz.

—¡Alfredo, es imposible que pienses así!—exclamó Elena incorporándose violentamente.—¡Es imposible que destines á nuestra hija á artista de circo! ¿Para esto me has contado tu historia? La vida del hombre no es igual á la de la mujer. Ya te he dicho más de una vez, que la mujer no puede salir de la esfera en que se mueve. ¿Y cuál es la suerte de la mujer que se presenta á los ojos del público novelero? Su juguete hoy y objeto de su desprecio mañana.... nunca, nunca. ¡Estoy enferma y me siento débil, pero sabré librar á mi hija de esta desgracia!

Y se veía tal resolución en el fondo de sus ojos azules, que Carsten echó un paso atrás medio asustado.

—Elena—le dijo—tú sueñas. ¿De qué peligro quieres salvar á tu hija? Está bajo tu protección; edúcala bien y no te asuste el porvenir.

—¿Bajo mi protección? ¿Que la eduque á mi imagen, Alfredo? No, no; si verdaderamente la destinas al circo, arrebátamela desde ahora, críala entre los que hacen lo mismo que ella hará mañana, á fin de que se acostumbre á no sentir nada, y se ocupe sólo en los aplausos de la multitud!.... ¡que ignore el bello ideal de la mujer!

—Eres muy injusta, Elena. ¿De dónde te viene esta excitación?

—El amor de madre; el temor de una madre que debe abandonar pronto á su hija. Alfredo—añadió con tono más dulce—escucha cuál sería mi gusto. Has ganado suficiente gloria y dinero en este negocio; dé-

jalo ahora que está en su apogeo, y por lo tanto puedes sacar de él enormes sumas. Regresemos á mi país..... Allí puedes hacerte propietario y asegurar así tu porvenir y el de tus hijos, recuperando un lugar digno en la sociedad.

Alfredo la contempló con asombro, viéndose claramente que no esperaba aquella proposición.

—Piensas más en la felicidad de tu hija, que en la de tu esposo—le dijo con cierta amargura.

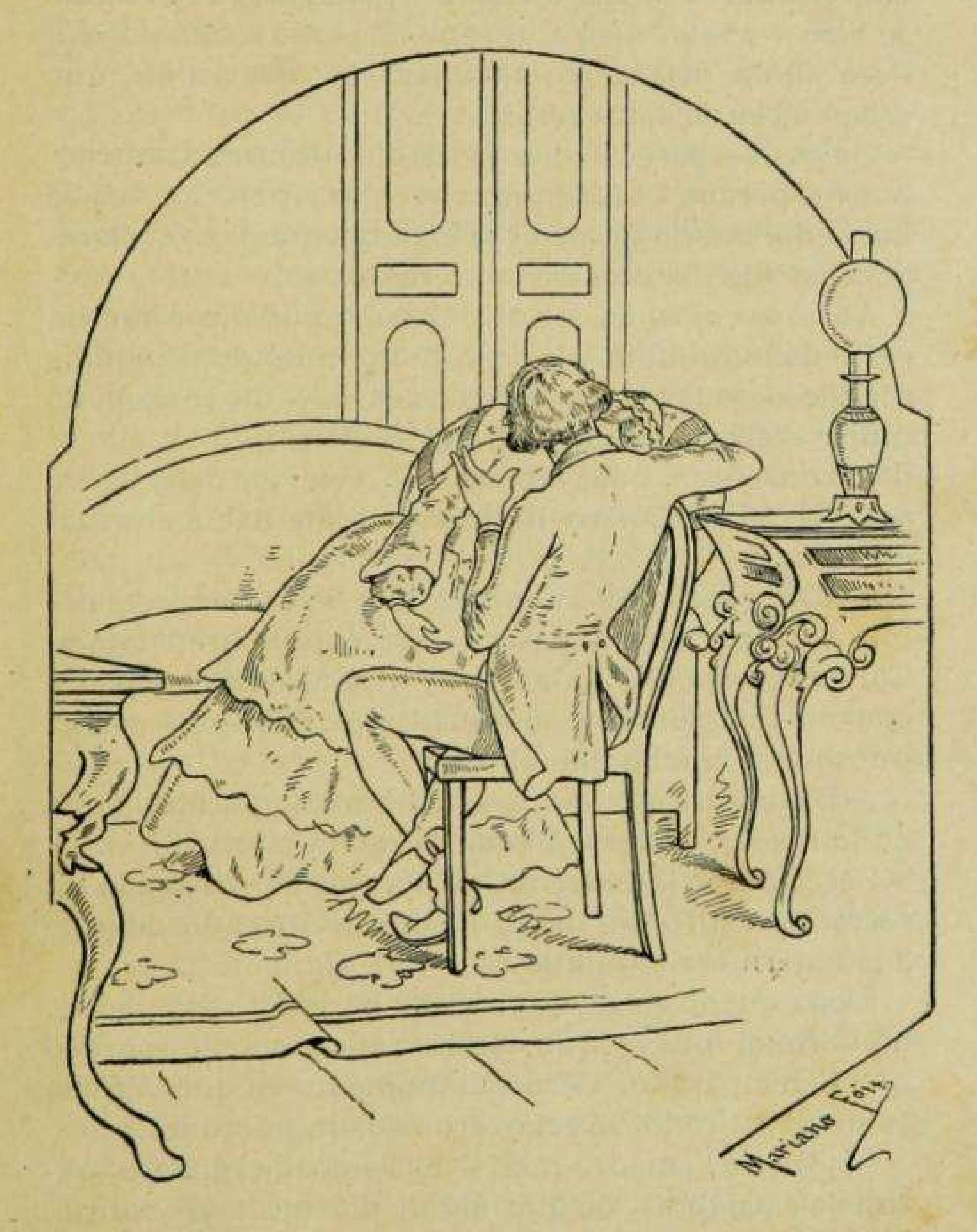
—¡Oh! no; también pienso en tu felicidad, pues si continúas, mil vicisitudes pueden arrebatarte lo que has adquirido. Por mi parte, encuentro á faltar mi país, donde quizás me pondría buena.

Pero al decir esto, volvió los ojos como temiendo que se leyera en ellos la falsedad de sus palabras, y luégo permaneció silenciosa como si esperara el fallo.

Alfredo se paseó lentamente por la habitación, abstraído en sus reflexiones, hasta que por fin se paró delante de ella y le dijo con cierto despecho:

—Lo que acabas de decir, prueba que piensas sólo en tu hija, pues tú nunca has tenido interés en volver á tu país, y por otra parte ¿no comprendes que lo que en otro tiempo me fué muy difícil, ahora es para mí un motivo de orgullo, una verdadera necesidad? Hoy día no puedo convertirme en un agricultor, no sirvo sino para mi profesión, y tampoco sabría estar sin hacer nada..... Tranquilízate, sin embargo—añadió al ver que una palidez mortal se extendía por su semblante;—pues todo puede arreglarse. Sacrificio por sacrificio: ¡déjame tú mi manera de vivir, y yo te abandono á nuestra hija! Es un verdadero sacrificio para mí, pues me desconocerá completamente. Si puedes, hazla tan suave y dulce como tú, aunque dudo logres domeñar su carácter independiente; por mi parte, te prometo no contrariar más tus planes. ¿Estás contenta ahora, alma mía?—dijo con dulzura, incli-

nándose hacia Elena, que se había vuelto á recostar como si estuviese muy fatigada.



Elena guardó silencio. Sus ojos estaban cerrados, sus labios temblaban y tenía las manos fuertemente cerradas.

—¿Estás contenta?—preguntó otra vez.—Cuando llegue á mujer, su padre, con su profesión original, habrá reunido dinero suficiente para que pueda casarse bien—añadió.—Ya ves que he pensado en todo..... Pero ahora déjame contemplar tus ojos azules, que saben alcanzar tales cosas.

Quizás le parecía que no había alcanzado mucho, pues esperaba obtener mucho más; pero su voz le había dominado desde el primer día que la oyó y tampoco en aquella ocasión supo resistirse.

Abrió los ojos, en los que Carsten pudo leer aún un resto de inquietud, y por lo tanto trató de tranquilizarla con todas aquellas razones que un corazón de mujer recibe siempre con gusto. Pero no por ello se dejó convencer, pues demasiado veía los defectos de aquellos planes; pero indudablemente había alcanzado algo.

Como sucede generalmente cuando el cuerpo es débil, á la excitación pasada siguió una gran fatiga. Carsten se apercibió de ello, y después de arreglarle convenientemente las almohadas, se dispuso á partir, pues tenía mucho que hacer.

—Dispondré que Nora coma conmigo á fin de que no te maree, pero toda la tarde estará á tu lado.

Parecía que la enferma no oía ya, por lo que el director se retiró sin hacer ruido, advirtiendo de paso á la enfermera para que estuviera vigilante.

Elena quedó sola, y si bien estaba medio soñolienta, no dormía, puesto que estaba reflexionando sobre lo que había pasado. Desde el momento en que Alfredo se hubo retirado, se renovaron sus inquietudes.

—¡Madre! ¡madre mía!—exclamó de repente—retira las palabras de que algún día me arrepentiría. ¡He sido tan feliz!... sólo temo por mi hija.

Y apretó contra sus labios una crucecita, como si quisiera hallar la tranquilidad por aquel medio.

Elena Wild era hija de padres irlandeses, quienes, siendo ella aún muy niña, abandonaron su patria para establecerse en América, donde adquirieron una fortuna regular.

Probablemente la ligereza y el apasionamiento característicos de su raza fueron la causa de que una muchacha educada con severidad uniera su suerte á la del hermoso aventurero, á pesar de la oposición de su familia, que sólo después de largas luchas dió su consentimiento, con la condición de que permanecería alejada de los asuntos del circo.

El esposo había observado fielmente aquella condición, pues la noble hija de Erin era querida con pasión y constancia al mismo tiempo, cosa que hacía verdadero contraste con su carácter móvil é inquieto. Su esposo le recordaba su antigua existencia y le hacía disfrutar de ciertos goces morales é intelectuales que su posición actual le hubiera impedido obtener de otro modo.

Poco después de su casamiento, regresaron á Europa en donde Carsten alcanzó grandes triunfos, ocupando el primer rango entre los artistas de su especialidad. En épocas determinadas, se trasladaban de unas capitales á otras, y en todas partes era recibido con entusiasmo. Su exterior agradable y su educación distinguida le hacían simpático á todo el mundo, y el dinero que ganaba le permitía rodear de cuidados á su esposa.

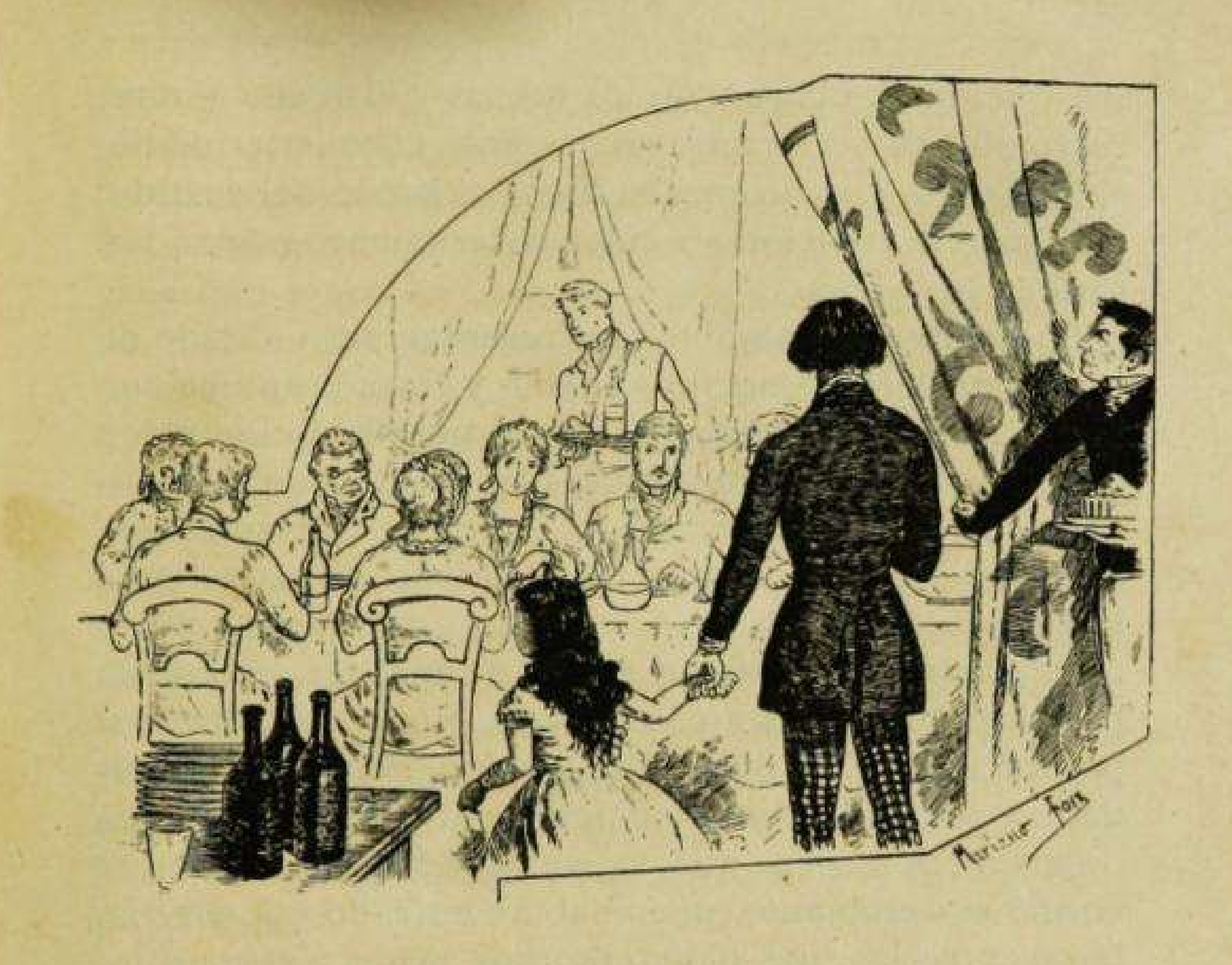
La primera nube que se presentó en aquel matrimonio feliz fué el estado enfermizo de Elena, á consecuencia de haber dado á luz un niño que falleció al poco tiempo de haber nacido.

Alfredo quizás no veía los progresos que la enfermedad había hecho en los últimos tiempos; quizás no los quería ver, tratando de engañarse á sí mismo, porque la realidad le asustaba. Pero Elena estaba plena-

mente convencida de su estado, y esto era lo que aumentaba su inquietud por el porvenir de su hija.

Ambos quedaron poco satisfechos de su última conversación, pues ambos habían hecho un sacrificio, y sin embargo comprendían que no era bastante.





II

Poco tiempo después de haber dejado á su esposa, presentóse el director Carsten, llevando á su hija de la mano, en el comedor del Hotel. Era aquella estación la de los viajes, y la anchurosa sala estaba llena de huéspedes de todas clases y categorías, y todos los ojos se volvieron á contemplar la imponente estatura de aquel hombre y la interesante figura de niña que lo acompañaba. Nora estaba muy desarrollada, atendida su edad de siete años, y se parecía mucho á su padre, aunque tenía los ojos azules y el color blanco de su madre. Siguiendo la costumbre inglesa.

iba vestida de blanco con los brazos y el cuello al aire, realzando su hermosura una espesa cabellera que llevaba suelta y le alcanzaba hasta el borde del vestido, llamando la atención su color enteramente negro, tan raro en los niños.

Su padre se había hecho reservar sitio al lado de unos caballeros conocidos suyos, y Nora aceptaba con la indiferencia de persona acostumbrada á ello, y con la benevolencia de una princesita, las atenciones y cuidados de los que la rodeaban. La conversación se circunscribió pronto á la especialidad del director, cuya larga práctica ofrecía detalles interesantes; y Nora que, á pesar de su afición por el animal favorito de su padre, no podía seguir la conversación, pues ésta traspasaba los límites de su inteligencia, sintiéndose olvidada y aburrida al mismo tiempo, dirigió una mirada de inspección a los que la rodeaban. De repente, se animó su semblante, pues habían entrado nuevos viajeros entre los que había algunos niños á corta diferencia de su edad.

Con gran satisfacción de Nora, los recién llegados se sentaron cerca de ella. Eran éstos una señora de aspecto noble, que llevaba consigo una niña, algunos años más joven que Nora, vestida de luto riguroso, y dos muchachos de nueve y trece años, acompañados de un joven que indudablemente era su preceptor, y cuyo traje demostraba que además era sacerdote. La señora y la niña se sentaron enfrente de Nora ; el preceptor y los muchachos se colocaron á un lado, siendo el niño más crecido el que se sentó inmediato á ella.

Al principio, ocupado enteramente en la comida, no fijó la atención en su vecinita, pero en cambio la señora miró repetidas veces á aquella niña cuyos ojos expresivos dejaban adivinar que tenía ganas de entrar en conversación con sus vecinos, á fin de acortar el tiempo que debía permanecer en la mesa. Al

cabo de algún rato, no pudiendo dominar ya sus deseos, y con la franqueza que reina habitualmente entre los niños, preguntó á su vecino cómo se llamaba.

Éste la miró con cierta sorpresa, pero contestó á su pregunta y pronto sostuvieron una conversación tirada. La dama y el sacerdote se mezclaron varias veces en ella, incitados por la vivacidad de la niña, la que habló sin transición de la enfermedad de su madre y de los numerosos viajes que había hecho, y de varios otros asuntos.

Mientras Nora se hallaba en lo más animado de su narracion, levantóse el director é hizo señal á su hija de que le siguiera. Distraído en la conversación que tenía con sus amigos, apenas reparó el director en los recién llegados, quienes sorprendidos por la bella presencia de Alfredo, le miraban con curiosidad, mientras la niña se despedía de ellos con cierta soltura y desparpajo.

—¿Quién es ese caballero que tiene esta niña tan mona?—preguntó la dama al criado que tenía á su lado, quien se había inclinado respetuosamente ante el director, cosa que suelen hacer los criados sólo respecto á personas de alta categoría ó que den muy buenas propinas.

—Es el señor Director Carsten—dijo á media voz el camarero,—el célebre director de circo—añadió en contestación á la mirada interrogadora de la dama.

—¿El director del Circo Carsten?—dijo la dama en tono dubitativo y de sorpresa.

—Sí, señora condesa. Su compañía es de las más célebres, y la niña que le acompaña es su hija. Hace ya algunos días que se encuentran aquí y su esposa se halla un poco enferma. Pronto deben empezar las representaciones.

—¡El señor Carsten, el señor Carsten, mamá!—exclamaron los niños;—es preciso que vayamos, pues

debe tener caballos muy bonitos. Nos dejarás ir, no es verdad?

Su madre hizo una señal afirmativa, pero parecía que aún no daba completo crédito á la noticia.

—¡Qué porte tan distinguido!—dijo como para sí.—Y la pobre niña tan hermosa.....

—¿Quiénes eran los nuevos conocidos, habladorcilla?—preguntó por su parte el director á su hija mientras subían la escalera.

—No sé aún su apellido, papá. El niño mayor, que era el que estaba á mi lado, se llama Curt, y el pequeño, Nikkel; figúrate qué nombre más raro. La niña se llama Lilly, pero no es hermana suya, pues llamaba tía á aquella señora que iba con ellos.

—¿Qué nombre daba á la señora el joven sacerdote? —preguntó el director.

—La llamaba señora condesa, y sé que vienen de Austria, en donde habitan en el campo, en una posesión magnífica. La niña está con ellos, pues es huérfana. Los primos tampoco tienen padre—añadió la niña.

—Bueno, á lo menos sabemos algo—dijo el director riendo.—Pero ahora vé con Ana, y estáte quieta sin meter ruido si mamá duerme. Si quieres jugar, salte al corredor y así no la molestarás.

Al decir esto abrió la puerta del cuarto para que entrara la niña; por su parte estaba indeciso entre si entraría ó no, pues la conversación de la mañana le había disgustado, y temía aumentar su disgusto si volvía á hablar del mismo asunto.

—De seguro que duerme—dijo escuchando el silencio que reinaba en la habitación.

Y se volvió para marcharse.

En la habitación de Elena reinaba un profundo silencio. La enferma apenas había tomado alimento alguno desde la mañana, y permanecía inmóvil en el

sofá. La escena de la mañana parecía haber agotado sus fuerzas, pues no había pronunciado palabra alguna desde entonces, viéndose interrumpido su mutismo sólo por accesos de tos seca.



La enfermera, creyendo que dormía, impidió á la niña que realizara su deseo de ver á su madre. Nora pronto se encontró ahogada entre las paredes de aquel cuarto, y aprovechando el permiso de su padre, fué á esparcirse por el corredor, esperando que quizás en-

contraría allí á sus compañeros de mesa. Asomada á la balaustrada de la escalera, contemplaba las numerosas personas que se agitaban en el vestíbulo, cuando vió subir al sacerdote con sus educandos.

—¿Tan quieta y tan sola?—díjole éste cariñosamente al notar allí su presencia.

—Papá ha salido, mamá duerme y Ana regaña—dijo Nora, resumiendo la situación en breves palabras.

—Realmente son tres malas circunstancias para ti, —replicó el capellan riendo.—¿Entonces te fastidiarás?

—Esperaba que subiríais—dijo la niña con franqueza,—y por esto me he quedado aquí. Por cierto que he oído que Lilly lloraba.

—Sí, Lilly está con mamá—dijo el mayor de los muchachos.—Vente con nosotros—añadió arrodillándose ante ella para ponerse á su altura.—Ven con nosotros—repitió mientras ella apoyaba su mano en su hombro.

—No puedo—dijo la niña.—Mamá no me permite que vaya con personas desconocidas. Pero en cambio puedo jugar aquí—añadió.

—Entonces jugaremos aquí contigo—dijo el muchacho.—¿No es verdad que usted no se opone, señor capellán?

El sacerdote bajó la cabeza afirmativamente, pues él por su parte también encontraba placer en estar cerca de Nora.

—¿A qué jugaremos—preguntó Curt.—¿Sabes saltar á la cuerda—añadió, señalando la que ella había sacado de la habitación—hay aquí espacio suficiente.

—¿Si sé saltar?—dijo ella con cierto desdén;—puedo hacer mucho más, y sinó sostenedme la cuerda.

Los muchachos empezaron á voltear la cuerda. La niña se puso de puntillas, levantó los brazos y empezó á bailar como una elfa, siguiendo con habilidad y soltura los rápidos movimientos de la cuerda.

De repente se paró, y dijo á los muchachos que la aplaudían con entusiasmo:

—Esto lo he aprendido de Mlle. Emilie; pero no debía haberlo hecho, porque mamá no quiere que lo haga delante de personas extrañas.

—¿Por qué no lo quiere tu mamá?—preguntó el capellán, á quien habían llamado la atencion estas palabras.

—Mamá dice que es feo el darse así en espectáculo. No quiere consentir de ningún modo que monte á caballo.

—¿Tu mamá no monta á caballo?—preguntó el capellán.

—¡Mamá montar á caballo!—dijo la niña echando atrás la cabeza con cierto desdén.—Esto lo hacen por dinero las artistas de papá.

—¿Y tú sabes montar á caballo?—exclamaron con sorpresa los muchachos.

—Sé montar y también guiar—dijo ella encogiéndose de hombros.—Tengo cuatro poneys píos que me pertenecen exclusivamente. Podéis verlos si vais al circo, pues he permitido al pequeño Wimbleton que corra la posta con ellos, aunque yo sé hacerlo mejor que él.

Los ojos de los muchachos se dilataron de asombro.

—¿Tú puedes guiar cuatro caballos?

—Y seis también. Á principios de año, guié seis caballos en san Petersburgo, delante del emperador, quien no había creído á papá cuando le dijo que podía hacerlo.—Después de muchos ruegos, mamá consintió en que lo hiciera.—Y aún me acuerdo de lo que dijo el emperador—añadió, manifestando en el tono de su voz que deseaba se lo preguntaran.

—¿Qué es lo que dijo?—exclamaron sus oyentes.

—Primeramente me tomó en brazos, me besó y me

dió esto — dijo señalando un corazón incrustado en perlas que llevaba al cuello, — y después..... pero no quiero que te rías — exclamó dirigiéndose á Curt, que en realidad hacía esfuerzos para contenerse.

—¿Qué, qué es lo que dijo el emperador?—preguntó Curt recobrando su seriedad.

—Dijo, dijo..... esta niña con el tiempo hará hablar mucho de ella, y os eclipsará, querido Carsten. Bueno; reíd ahora — añadió algo mohína al ver que ni el capellán podía contener una sonrisa.

Curt, por su parte, se había puesto colorado al oir sus palabras, y dijo con mucha seriedad:

—Por mi parte, no me río. Creo que tu mamá tiene razón, y que no está bien que una niña como tú se dé en espectáculo. Si oía hablar de ti como de una artista de circo, lo sentiría mucho, pues sería muy triste para ti.

Curt había hablado con cierta asperidad, y la niña se hallaba aturdida ante aquel inesperado sermón. Él se apercibió y compadeciéndola, se arrodilló de nuevo delante de ella, y apartándole el cabello de la frente le dijo:

—No te enfades conmigo, pues de seguro no serás artista de circo. ¿Sabes otras cosas además de montar á caballo y guiar?

—¡Oh! sí—dijo Nora—cada día tomo lección con mamá y muchas veces con maestros. Sé hablar y escribir tres idiomas y conozco el catecismo — añadió dirigiendo una mirada al capellán, como si aquella noticia la diera especialmente para él.

—¿Quién te lo enseña?

—Mamá me da lecciones todos los días y ya voy á confesar. Tú eres un sacerdote, no es verdad? lo he conocido en seguida.

—¿De veras lo has conocido en seguida?—dijo el capellán.

—Conozco muchos sacerdotes, pues cuando permanecemos mucho tiempo en una ciudad, mamá hace que me examinen. Mamá es muy devota, y antes iba cada día á la iglesia, pero ahora no puede porque está enferma. ¿Y tú eres también devoto?—añadió dirigiéndose á Curt.

—He aquí lo que te ha valido tu sermón, Curt—dijo el capellán riendo.—Pero vámonos ya, muchachos, que vuestra madre os estará esperando.

—Tú á lo menos quédate aún un rato—dijo Nora sujetando á Curt.—Deja que se marche tu hermano.

Y al decir esto le miraba con ojos suplicantes.

El muchacho se dejó convencer, y permaneció en la posición en que estaba; pero en aquel momento salió su madre de una de las habitaciones que daban al corredor, y Curt se levantó apresuradamente exclamando:

—Aquí está mamá.

—¿Qué estáis haciendo ahí?—preguntó la condesa acercándose al grupo.

El capellán iba á responder, cuando se abrió violentamente la puerta de una habitación y una mujer anciana salió gritando y llorando, y se precipitó hácia la condesa, quien retrocedió creyendo que se trataba de una loca.

—¡Socorro, socorro!—exclamó la anciana, en mal alemán.—¡Mi señora se muere y no hay allí nadie para asistirla!

—¿Qué es lo que dice?—exclamó la condesa sorprendida.

Nora entretanto se había echado en brazos de la anciana exclamando:

—Esta es mi Ana. ¿Ana, qué es lo que tienes?

—¡Oh! señorita, mamá está muy enferma y el amo no está aquí.

—¿Mamá está enferma?—repitió la niña compren-

diendo de repente.—¡Oh mamá, mamá!—exclamó llorando y precipitándose en la habitación.



—Parece que hay necesidad de auxilio, señor capellán—observó la condesa;—procure usted inquirir quién es el esposo de la enferma y dónde se halla, mientras yo veo qué es lo que se puede hacer.

Y sin vacilar, entró en la habitación de la enferma, en donde se oía llorar á la niña.

Elena estaba recostada aún en el sofá, pero tenía la cabeza mucho más baja y en sus labios y en su vestido se veían numerosas manchas de sangre que indicaban en seguida la causa del accidente.

La niña estaba abrazada á su madre, y la llamaba con todos los nombres cariñosos que acudían á su imaginación, pero ésta al parecer no la oía. Curt, que había penetrado en la habitación siguiendo á la niña, trataba en vano de separarla del lado de su madre.

La condesa comprendió en un momento la situación.

—Procura sacar á la niña de aquí, á fin de que no asuste á su madre, y vé á buscar á un médico—dijo en voz baja á su hijo.

Al propio tiempo arregló las almohadas para que la cabeza de la enferma estuviera mejor colocada, bañó sus sienes con agua y con ella mojó suavemente los secos y ardorosos labios de la paciente.

—¡Madre!—exclamó la enferma abriendo sus ojos y mirando con vaguedad.

Pero al fijar su mirada en aquella fisonomía desconocida, marcóse en su rostro la desilusión y la sorpresa.

—Tranquilícese usted—le dijo la condesa cariñosamente;—la casualidad me ha conducido á su lado; permítame usted que la cuide hasta que venga su esposo, á quien he mandado llamar.

Una mirada agradecida de la enferma fué su recompensa.

Al poco rato volvió ésta á cerrar los ojos; el pecho se levantaba fatigosamente, oyéndose un ligero estertor que fué aumentando paulatinamente. La condesa la observó con atención y vió el sombrío círculo que se formaba al rededor de sus ojos, y la expresión fatal

de la boca, por lo que tomó en seguida una resolución.

—¿Desea usted hablar con álguien antes de que venga su esposo?—preguntó en voz baja, pero clara.

La enferma abrió lentamente los ojos viéndose, en la expresión de su mirada, que comprendía perfectamente. Sus labios se agitaron, pero no produjeron sonido alguno; en cambio, la mano hizo en la frente y en el pecho un signo que la condesa comprendió perfectamente. Como contestación, hizo asimismo la señal de la cruz y dijo:

—El capellán de mi casa y preceptor de mis hijos está aquí. ¿Desea usted verle mientras llamamos al cura de esta población?

Las manos de Elena se unieron en actitud de súplica.

—En seguida, enseguida—murmuró—¡tengo tanto que decir!

La condesa salió inmediatamente, y en el entretanto Curt logró convencer á la niña que pasara á la habitación inmediata, donde se hallaba la anciana Ana sin saber qué hacer.

El capellán entró en la habitación de la enferma. Era muy joven, y como recién ordenado entró de preceptor en casa de la condesa, era ésta la primera vez que desempeñaba su sagrado ministerio al lado de un moribundo. Elena le examinó un momento con atención y vió en su semblante la pureza de la juventud y la santidad de su estado, acompañados de una dignidad superior á sus años. Creyó, pues, que podía confiar plenamente en él, que podía hacerle depositario de sus recelos é intérprete de sus últimas voluntades cerca de su esposo. Providencialmente, la habladuría de la niña le había puesto en el caso de comprender en seguida de lo que se trataba, y de adivinar á media palabra los deseos de la enferma. Su modo

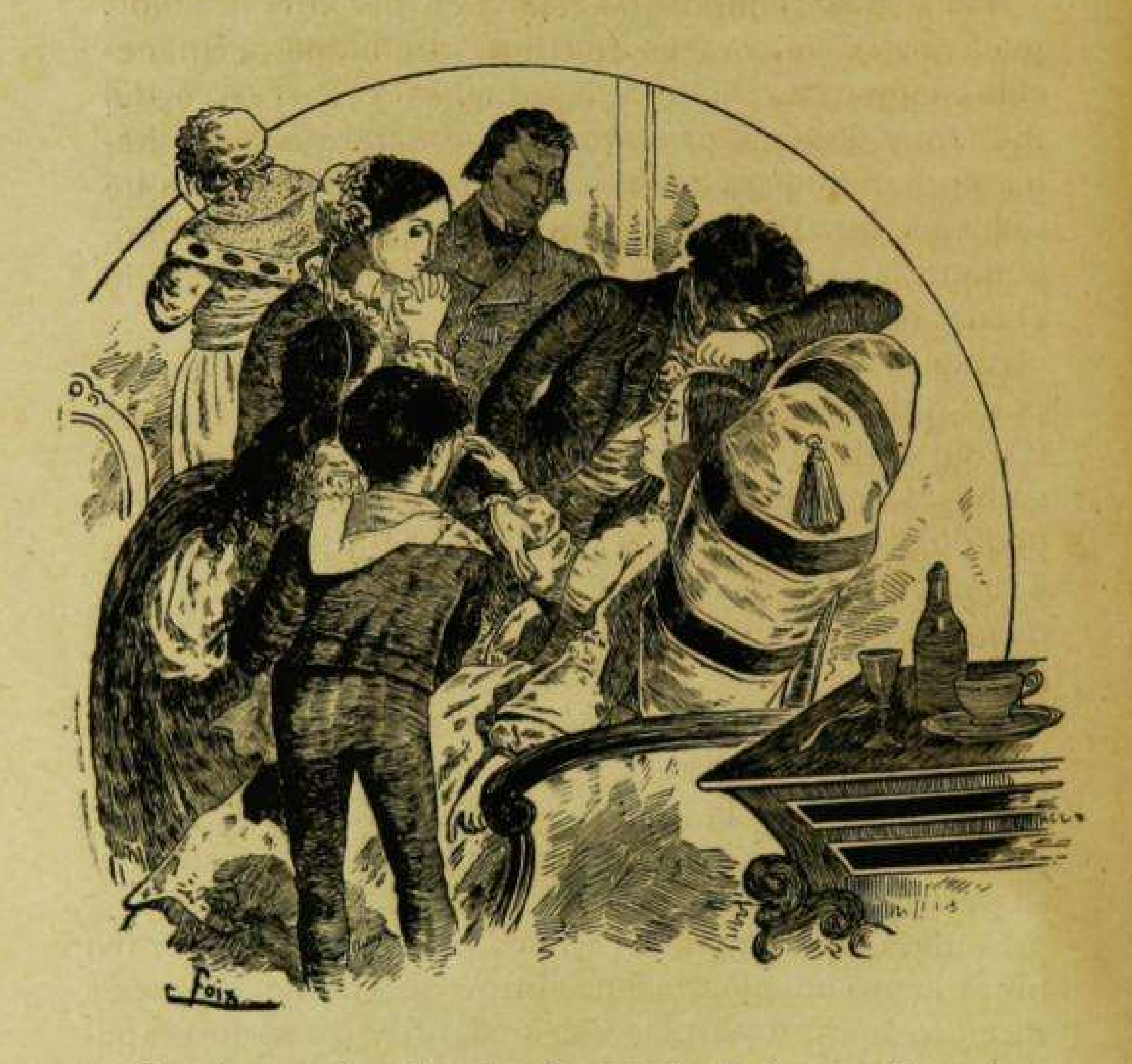
de pensar y sus consejos estaban de acuerdo con las aspiraciones de Elena, quien se encontró muy descansada después de haberle confiado todas sus inquietudes respecto de la niña.

Hacía largo tiempo que estaba en paz con el Señor, pues poseía un corazón angelical que había permanecido siempre extraño á las luchas y borrascas del mundo, y desde el principio de su enfermedad se había preparado para aquel trance; pues sabía mejor que todos los que la rodeaban, que su fin estaba próximo, aunque la escena de la mañana hubiese precipitado el fatal desenlace.

Apenas la confesión hubo terminado, llegó su esposo, quien recibió la noticia de lo que pasaba al entrar en el Hotel, pues el mensajero que se mandó en su busca no lo había hallado. Asustado y no habiendo podido prepararse para aquel golpe, dió rienda suelta á su naturaleza apasionada. El pálido semblante de Elena se coloreó de nuevo al oirle y un rayo de amor brilló en sus ojos; pero la tranquilidad adquirida desvanecióse, pues la separación es más penosa cuando dos brazos queridos nos retienen, y la felicidad mundana se nos presenta á la imaginación. Alfredo estaba abismado en su dolor, y no reparó por lo tanto que hubiese personas extrañas en su habitación.

Elena, que además del amor á su esposo, tenía otro amor santo en el corazón, sintió que podía disponer de poco tiempo y quiso ver á su hija. Su esposo apenas la oyó; pero la condesa, que era madre también, comprendió su deseo é hizo una señal á Curt que tenía aún en sus brazos á la niña; pues ésta, asustada y temerosa, no había querido soltarle. Llevóla, pues, así al lado de su madre. Pero séase que Elena sintiese que fuera un extranjero el que le entregara á su hija ó bien que quisiese llamar la atención de su esposo hacia Nora, rechazó con cierta violencia al muchacho

y apoyó la mano de Carsten sobre la cabeza de la niña. Había algo en la manera de verificar esta acción que ofendió á Curt, quien echó un paso atrás coloreándose su frente.



Con la penetrante mirada propia de los moribundos, hízose cargo Elena de lo que pasaba, y cogiendo al muchacho, acercólo lentamente para contemplarlo bien. Su semblante hermoso y franco interesaba en seguida, y sus ojos que estaban llenos de lágrimas, demostraban la parte que tomaba en aquella aflicción. Elena lo miró con cierta atención, y, levantando con pena la mano, la puso sobre la cabeza del niño como

queriendo bendecirle, y sus labios formularon la palabra «gracias» que se vió interrumpida por una tos violenta. El pañuelo que aplicó á sus labios manchóse otra vez de sangre, lo que produjo grande espanto en los presentes; pero, por fortuna, en aquel momento entró el médico, quien con su autoridad restableció un poco el orden, á pesar de que en seguida pudo convencerse de que su arte era completamente inútil para salvar á la paciente.

Mandó que retiraran á la niña; el sacerdote se encargó del esposo, y la condesa permaneció al lado de la enferma prestándole todos sus cuidados.

Durante toda la noche, la juventud de la enferma estuvo luchando con la muerte, y sólo á la madrugada terminó el combate. Alrededor del sofá en donde Elena había dado el último suspiro, hallábanse arrodilladas todas aquellas personas que la casualidad había reunido cerca de su lecho de muerte: el sacerdote que le había dado los últimos consuelos espirituales se hallaba animando al esposo, completamente abatido. Á su lado se estaba el muchacho mirando á la pobre niña huérfana, que se había dormido en sus brazos fatigada por el llanto; por su parte, la condesa sostenía la cabeza inerte de la esposa del director de circo, cuya posición social le había arrancado ademán despreciativo poco antes.

Habían transcurrido ocho días, y hacía tres noches que los despojos mortales de Elena descansaban en la tumba. El dolor del esposo había cedido de su primera violencia, y la vida hacía sentir de nuevo sus exigencias. Verdaderamente es una gran ventaja el que éstas sólo callen pocos días, pues así nos obligan á dar tregua al dolor. En las grandes calamidades hay algo de nivelador que derriba por el momento las barreras de la vida social: así la condesa se había introducido en aquella familia, prestándole un apoyo

práctico, y Norita estaba completamente bajo su protección, á fin de que la niña sintiera menos la pérdida de su madre.

Sin embargo, había llegado ya la hora de que se restableciera el curso normal de las cosas; Carsten quería abandonar el sitio en donde había sufrido tanto, y se presentó en las habitaciones de la condesa para llevarse á su hija y darle las gracias por todas sus atenciones.

En aquella ocasión, cuando su papel en aquel triste suceso cesaba en absoluto, fué cuando la noble dama paró su atencion por primera vez en la diferencia de sus respectivas posiciones, y le causó penosa impresión el recibir como á un igual al hombre que á tal clase pertenecía.

La condesa Degenthal, tanto por su nacimiento como por su matrimonio, pertenecía a la alta nobleza, á aquella nobleza que procura separarse de las demás clases. Esta separación, esta limitación en sus relaciones, se ha echado en cara á la nobleza como un gran vicio, y sin embargo todas las clases sociales la practican en mayor ó menor grado, y depende de la entidad de cada clase, debida á la igualdad de sus elementos. Un modo de vivir idéntico, igualdad de intereses y de aspiraciones son los que establecen las barreras y las vuelven á establecer cuando se cree haberlas destruído. Dentro de dichos límites es donde existen los derechos y los deberes de cada clase. Sólo los soñadores de un ideal malsano pueden creer en una igualdad completa, que es anti-natural, como lo demuestra por sí solo el que no haya existido nunca.

En los países cristianos, esta separación entre las clases no puede convertirse nunca en un espíritu de casta opresor, pues contra él lucha con suavidad la ley del amor cristiano, que se extiende igualmente á todos y con vigor la ley de la moral cristiana, que

atribuye igual valor á todas las almas y las lleva ante el mismo tribunal.

En dichos países, el espíritu de clase se nota principalmente en la vida social, y en la resistencia á admitir el modo de ser y de moverse de las demás clases. La nobleza, siendo como es la clase más estable, se opone con más energía que las demás á toda intrusión; pero, excepción hecha de algunos pocos, nunca su espíritu exclusivista la ha llevado á perjudicar á los demás. Lucha en el campo de batalla al lado de los hijos del pueblo, y procura conquistar las mismas palmas en el terreno del arte y de la ciencia, y al servicio de la religión lo mismo acepta las plazas más elevadas que las más humildes. No se puede negar que aquellas barreras han producido conflictos y volverán á producirlos, y algunos se han estrellado dolorosamente contra los mismos, pero estos conflictos sirven para sacar á la vida de la indolencia, y los casos excepcionales no hacen mas que confirmar la regla.

La condesa era una aristócrata de principios severos, y que sólo buscaba el trato de sus iguales. Pero, como ya hemos visto, no retrocedía cuando creía que su presencia podía ser útil al prójimo. Por naturaleza apenas poseía ternura y calor; pero, en cambio, tenía un carácter activo, regulando todos sus actos por un sentimiento austero del deber, que ciertamente es muy grato á los ojos del Señor, pero que no satisface siempre el corazón de los hombres.

Ciertamente el deber de la caridad cristiana fué el que la impulsó á acercarse á aquellos extranjeros, y es indudable que no hubiera retrocedido ante los servicios más inferiores; pero desde el momento en que vió que sus cuidados no eran ya necesarios, deseó terminar allí sus relaciones. Mujer de mundo ante todo, cuidó de no hacer notar sus deseos de un modo desagradable, contentándose con demostrar una ligera

frialdad. Alfredo Carsten, que había pertenecido en otra época al mismo círculo que la condesa, y sus recuerdos de aquellos tiempos no estaban aún bastante borrados para que no adivinara los sentimientos de la aristocrática dama, supo guardar la distancia que le exigía su actual situación, y la seguridad y la nobleza de sus movimientos y de sus expresiones impresionaron á la condesa.

Cambiaron primero aquellos lugares comunes, que son como una preparación cuando se han de tocar puntos dolorosos, que se teme abordar cuando se trata de un suceso reciente.

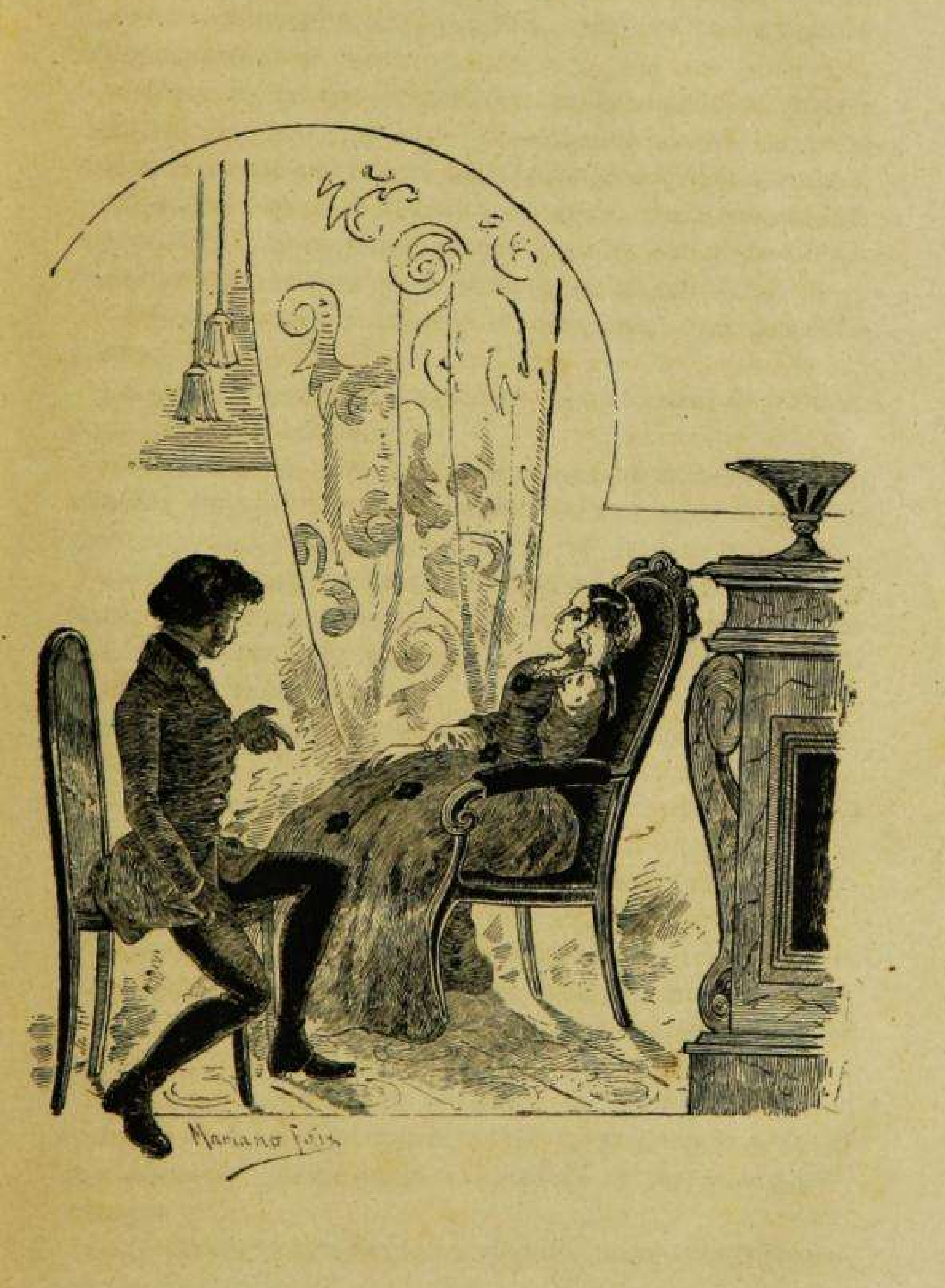
—¿Y la niña irá con usted? — preguntó la condesa, después que él le hubo dado las gracias por sus atenciones y puesto en su conocimiento que se marchaba.

La fisonomía de Alfredo tomó la expresión del dolor, y después de tapar un momento sus ojos con la mano, como si quisiera pensar su contestación, dijo con voz temblorosa:

—No; todo lo pierdo de un golpe. El capellán me ha transmitido los deseos de mi esposa respecto de Nora, y para mí son sagrados. Yo ya conozco su modo de pensar, y creo que quizás tenga razón de que una vida como la mía no es muy á propósito para la educación de una hija. El capellán ha tenido la bondad de darme los datos necesarios, y mi primer viaje será para llevar á mi hija á uno de los conventos que me indica.

—¡Á un convento! —dijo con cierto asombro la condesa.

—¡También usted halla extraño el contraste!—dijo con ligera ironía. —Ciertamente que por mi parte daría otra educación á mi hija; pero, como acabo de indicarle, los deseos de su madre son mandatos para mí. Elena fué educada también en un convento y les guar-


Mariano Foix

dó grande afición. ¡Dios haga que mi hija sea buena y humilde como ella era! — añadió con cierta expresión dolorosa en el semblante.

— Hace usted un sacrificio muy grande y muy laudable — dijo la condesa, — y al menos tendrá usted la satisfacción de saber que su hija está en buenas manos.

Inclinóse Carsten silenciosamente, y en aquel momento entró el capellan entregándole las cartas y recomendaciones que el director le había pedido.

— Nora — dijo entonces el director, — es hora de partir.

La niña, que se hallaba en la ventana con el muchacho, no oyó á su padre.

— Toma esto — le decía en aquel momento el muchacho, dándole un devocionario de pequeñas dimensiones; — toma esto como recuerdo de este día.

—Pon tu nombre dentro—dijo ella;—jamás lo olvidaré, puesto que has sido tan bueno para mí; pero de todas maneras me gustará leerlo en el libro..... pon también la fecha.

El muchacho sacó un lápiz é hizo lo que ella le indicaba.

— ¡Oh, escribes mucho! — exclamó Nora, mirando por encima del hombro de Curt.

El muchacho le tapó apresuradamente la boca con la mano.

— No hables tan alto — dijo con cierta impaciencia. —¿Puedes leerlo? Si acaso hazlo en voz baja.

— «Cuando los hombres se separan, se dicen: hasta la vista,» — leyó Nora. — Es muy bonito!

— Bueno, pero no es necesario que se lo enseñes á nadie — le advirtió con infantil vergüenza al pensar que álguien podía leer la expresión de sus sentimientos.

— ¿Qué es lo que tú me darás como recuerdo? — preguntó Curt.

La niña estuvo un rato meditando, y luégo, señalando su cabello negro, le contestó:

—¿Quieres esto? Mamá se lo dió también á papá como recuerdo — añadió inocentemente.

El muchacho se echó á reir, y se sonrojó al mismo tiempo, pues á sus trece años no se le escapó lo arriesgado de la comparación.

Viendo su vacilación, dijo ella entonces:

—No; toma esto; — y con un fuerte tirón arrancóse el corazón de perlas que llevaba colgado del cuello.

—¿El hermoso corazón que te regaló el emperador de Rusia?—dijo él con cierta vacilación.—Ciertamente no debes dármelo.

—¿Por qué no? Te lo doy porque á nadie quiero tanto como á ti, si se exceptúa á papá — dijo dándole un abrazo.

—¿No es verdad que no serás artista de circo?—díjole él con cierta ansiedad, colocando el corazón en la cadena del reloj.

—¡Nora!—gritó de nuevo su padre;—ven, hija mía, es preciso que nos despidamos.

Nora tenía cogida aún la mano del muchacho al presentarse delante de la condesa. La niña sentía pocas simpatías por aquella figura imponente de fríos rasgos, y por este motivo le dió la mano silenciosamente.

—¿No tienes nada qué decir? — advirtióle su padre.

— Hasta la vista — dijo la niña, como si estas palabras hubiesen hallado eco en su corazón.

Á la condesa le hizo una impresión extraña la respuesta de la niña. Quizás era aquello lo que menos deseaba, pero las palabras habían sonado con expresión cariñosa en los labios de la niña; así fué que, levantándola en brazos, le dijo:

—¡Bueno, pues, hasta la vista; Dios haga que te encuentre buena y feliz!

—Y yo á ti—contestó la niña resueltamente.

En seguida desprendióse de los brazos de la condesa, y se precipitó llorando hacia Curt.

También el director quiso dar las gracias al muchacho, pero al intentar hacerlo faltóle la voz. Al muchacho le satisfizo más el apretón de mano que le dió, tratándole como si fuera un hombre, que le hubieran satisfecho las más elocuentes palabras.

Saludáronse de nuevo silenciosamente, y partieron padre é hija. Aquellas personas que una casualidad había reunido bajo cierto pié de intimidad, acababan de separarse quizás para siempre.

—¡Qué hombre más particular y qué vida más accidental!—dijo la condesa, después de una corta pausa dirigiéndose al capellán.—¿Qué sucesos pueden haberle conducido á adoptar esta profesión? Á juzgar por su educación, hemos de suponer que nació en una situación mucho más elevada que la que ahora ocupa, y, sin embargo, parece que está completamente identificado con esta vida. ¿Á dónde piensa llevar á su hija?

El capellán nombró uno de los mejores colegios de Bélgica.

—Pero, Dios mío, señor capellán—exclamó la condesa,—¿cómo se le ocurrió á usted indicarle este en el que únicamente se educan las hijas de las familias más principales?

—Precisamente el señor Carsten escogió este porque deseaba llevar á su hija á uno de los colegios mejor montados, importándole poco el precio. Parece que debe ser muy rico.

—Esto es lo de menos—dijo la condesa con impaciencia:—lo que hay es que así destruirá su porvenir. Después de esta vida errante, ser educada en un convento en donde se la educará en otra atmósfera y adquirirá costumbres y sentirá aspiraciones superio-

res en mucho á su situación, y luégo tendrá que volver á vivir en el círculo actual! Valía más que no lo hubiese abandonado.

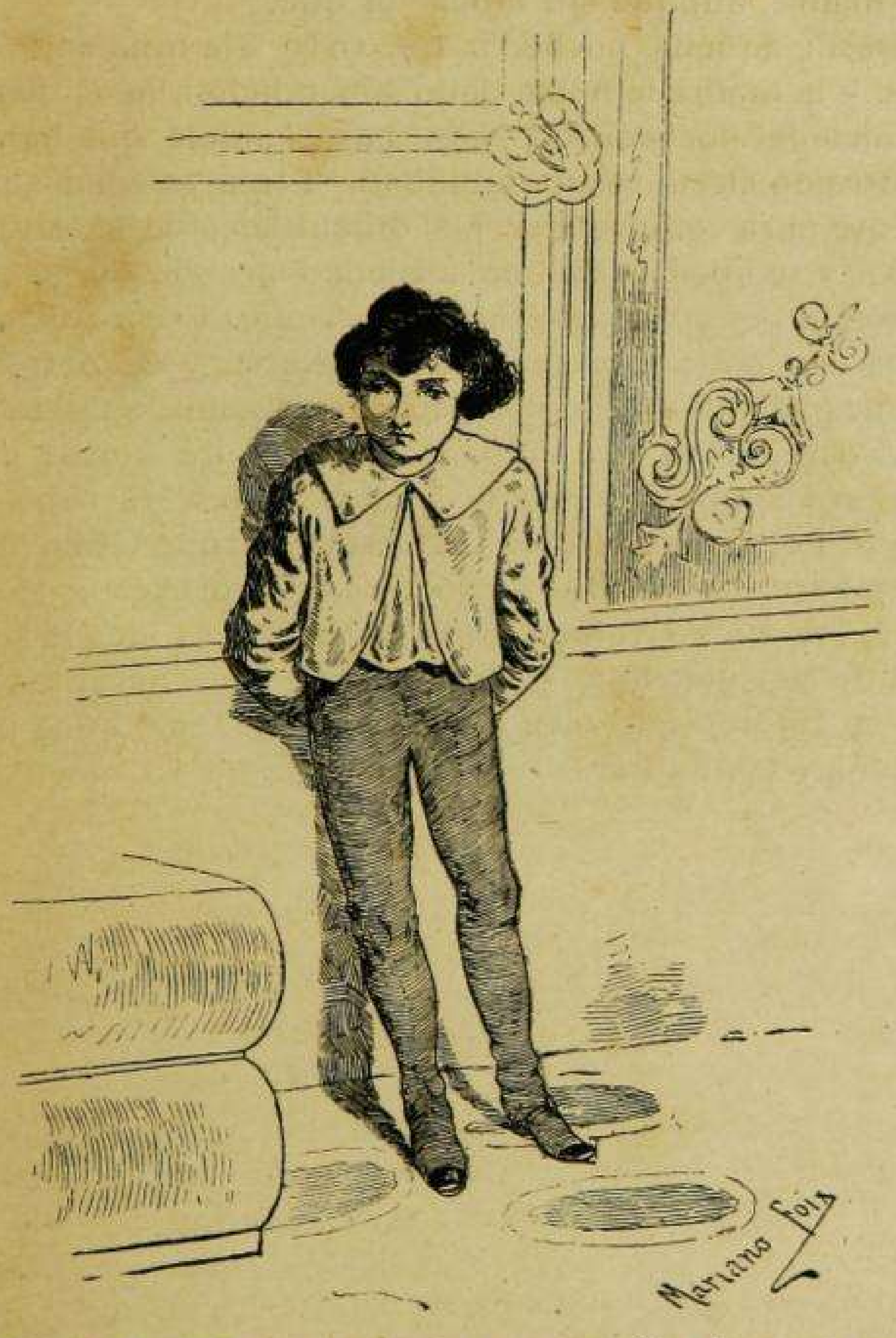
—Á su madre le pareció que lo más importante era el cuidar de la salud de su alma, y temía por ella si la dejaba desde ahora sometida á la nociva influencia de vida de circo, creyendo que una educación sólida y religiosa le serviría más tarde de escudo protector.



—¡Ilusiones, querido mío, ilusiones! Lo que se logrará es que sea desgraciada, pues nunca encontrara terreno en donde poder echar raíces.

—Algo debe confiarse á la voluntad de Dios—dijo

con tranquilidad el capellán; — las flores de Dios en todas partes pueden vivir, y este es el único camino



que ha encontrado la madre en su afán de proteger á su hija.

« Las flores de Dios viven en todas partes » : estas palabras resonaron de un modo especial en el corazón

del muchacho, quien estaba pensando en su amiguita, y se había sentido herido por las duras palabras de su madre, aunque sin saber por qué.

Desde aquella noche en que tuvo á la niña en brazos, y la madre le había dado la bendición, le ocupaba la idea del porvenir de Nora, pareciéndole que había contraído cierta responsabilidad. Tenía ya edad suficiente para comprender las dificultades de su situación, y se apoderaba una ansiedad grande de su corazón al pensar cuál sería su porvenir. Creía que estaba destinado á protegerla, á salvarla, y numerosos planes habían cruzado por su imaginación; habiéndosele ocurrido la idea de pedir á su madre que se encargara completamente de ella y la educara con sus hijos. Pero no se atrevió á decírselo, porque temía que su madre se hubiera reído de aquel proyecto. «Las flores de Dios viven en todas partes,» esta idea le servía de consuelo ante su impotencia para hacer nada en su favor. Á sus ojos había aparecido como una pequeña y bonita flor.



III

HAN transcurrido diez años. En el patio de uno de los numerosos colegios de la capital de Bélgica, estaba jugueteando alrededor de una vetusta fuente un escuadrón de niñas. Era costumbre en el colegio, que, durante el descanso del medio-día, las colegialas fueran á buscar agua á la fuente, y aquel momento de libertad era muy deseado.

Había un ruido indescriptible, y las conversaciones y los gritos se entremezclaban de tal modo, que no podía distinguirse lo que se hablaba.

—Mirad—exclamó de repente una voz levantándose sobre las demás—mirad lo que sé hacer!—y la que así

hablaba, colocó con un esfuerzo violento el jarro lleno sobre su cabeza y echó á andar.

—¡Rebeca en la fuente! ¡Rebeca en la fuente! —exclamaron varias voces.—Nora, pareces una imagen sacada de la Biblia ilustrada.

La comparación no era impropia, pues la figura alta y esbelta de la niña, con vestidos oscuros, un pañuelo blanco arrollado á modo de turbante, la fisonomía de rasgos acentuados, aunque finos, y sus negras trenzas que caían á ambos lados del cuello, presentaban un conjunto que podía recordar á la elegida del patriarca.

—¡No me ha caído ni una sola gota de agua!—exclamó con aire triunfante. —¿Quién es capaz de hacer lo mismo?

Naturalmente, fueron varias las que intentaron hacerlo, escondiéndose de la hermana que se hallaba distraída en un rincón del patio, y mojándose la mayor parte la cabeza. La falta de atención de la hermana, hizo que algunas educandas más atrevidas quisieran hacer otro ensayo.

—Lilly—dijeron, dirigiéndose á una de las más jóvenes y que por su aire encogido se conocía que hacía poco tiempo que estaba en el establecimiento.—Lilly, hoy hemos de entrar con los jarros puestos en la cabeza. Es preciso que lo pruebes..... mira, así debes hacerlo.

—Yo no puedo, os aseguro que no puedo—replicó Lilly.

Pero sus compañeras habían formado un círculo á su alrededor, y una de ellas colocó el jarro lleno sobre la cabeza de la niña. La misma turbación hizo que la niña diera un paso en falso, y el jarro se vino al suelo, prorumpiendo Lilly en llanto, mientras que las que la rodeaban se echaron á reir.

—¡Que se la bautice, que se la bautice!—exclamó una de las más atrevidas.

La proposición encontró aplauso general, y en el mismo momento empezaron á arrojar agua á la niña.

Pero entonces, la que había empezado el juego de los jarros, se declaró contra las agresoras y se colocó en actitud protectora ante Lilly.

—¿No os avergonzáis, grandullonas, de asustar así á esta pobre niña? — exclamó con voz fuerte. —Cuidado con echarle una gota más, pues sino ya me cuidaré yo de vengarla.

— Esta Nora, siempre quiere mandar — replicaron algunas con insolencia.—Adelante; Lilly está ya completamente mojada, y por lo tanto puede continuar el bautizo.

Pero Nora tenía los movimientos más rápidos que sus compañeras, y antes de que las más tenaces pudieran continuar sus ataques, empezó á echarles agua de modo que retrocedieron chillando y sacudiéndose; pero volvieron en seguida al ataque, de modo que se preparaba una guerra sino muy sangrienta, á lo menos muy mojada.

—Pero, señoritas, es así cómo deben portarse ustedes—dijo de pronto la hermana, cuya aproximación había pasado desapercibida en el calor del combate. —¿ Quién ha empezado este juego tan impropio y salvaje? — añadió con severidad. — Lilly, ¡ cómo se ha puesto usted! voy a dar queja á la superiora de la conducta de todas ustedes.—Y al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada escudriñadora al círculo que la rodeaba, y en el que reinaba un profundo silencio. La mayor parte de las niñas procuraron retirarse al fondo, dando á sus fisonomías una expresión de inocencia; sólo Nora permanecía en el sitio que ocupaba, con el jarro en la mano y sin cambiar de posición.

—¡Ah! usted ha sido, señorita Nora—dijo la hermana.—Era de esperar que su larga permanencia en esta

casa hubiera dado mejores frutos que el entregarse á estos juegos locos; pero usted es incorregible. Desde lejos he visto cómo ha sido usted la primera de levantar el jarro, y por lo tanto, es usted la autora de todo, y no me olvidaré de decírselo á la superiora, cuya protección le da á usted tantas alas. Las horas de recreo las pasará usted hoy en su cuarto, á fin de que tenga ocasión de meditar. Usted, Lilly, vaya inmediatamente á cambiarse de vestido, y las demás que tomen ejemplo á fin de que no se repita otra vez semejante escena.

La hermana habló con sequedad, descargando todo su enfado en Nora, pues pertenecía á aquellas naturalezas mezquinas, que siempre echan la culpa á una sola persona y quieren hacerla responsable de todo. El carácter independiente de Nora, y la preferencia que le demostraba la superiora, se le habían atragantado. Nora aceptó sin replicar el sermón, no acudiendo á sus labios ni una sola disculpa, y contentándose con echar una mirada de desprecio al silencioso grupo, pues ni una sola salió á su defensa. Llenó el jarro nuevamente, y se dirigió al interior de la casa.

Las demás siguieron su ejemplo, y algunas de las más avisadas exclamaron:

—Hubiéramos debido disculpar á Nora.

—Verdaderamente es la que tiene menos culpa—exclamó otra.—¿Pero por qué no habló Lilly?

—¿Lilly hablar?—dijo una tercera con tono despreciativo.

—¡Bah! qué importa!—exclamó la que había empezado el bautizo.—La superiora tampoco la castigará, puesto que siempre la toma bajo su protección. Creo que esto es debido á su origen misterioso; ninguna de nosotras sabemos de dónde procede y su talento de representación da mucho que sospechar.

—Verdaderamente, encuentro muy particular el

que se nos obligue á vivir en compañía de una persona de quien no se conocen los padres—dijo una muchacha larguirucha, flaca y de fisonomía avinagrada.

— Muchas veces valdría más no saberlo — exclamó otra.

Todas se echaron á reir, pues les constaba que la que tanto se preocupaba de saber el origen de las demás, llevaba un nombre que no gozaba de muy buena reputación.

—Por mi parte — añadió la que había hablado últimamente—me importa poco el saber de dónde procede Nora : me basta con saber que es una de las mejores y más inteligentes del colegio y en este momento su silencio nos ha salvado del castigo. Es para mí la amiga más querida que tengo en el convento, cuidándome poco de que sea de alta extracción ó de bajo origen, pues ambas cosas son posibles.

La que hablaba era hija de un príncipe alemán, pero el mismo sentimiento de su nobleza la hacía hablar así.

En el entretanto, Nora podía meditar á sus anchas, pues mientras las demás alborotaban en el patio, ella se hallaba sentada sola en su cuarto, contemplando los lejanos picos de los montes que aparecían en el horizonte.

Su cara revestía gran seriedad y su boca presentaba la expresión que tiene en los niños cuando están tristes. Y, sin embargo, la soledad en que se hallaba no era el motivo de su tristeza, pues le gustaba estar sola, como les sucede á la mayor parte de las niñas de su edad. Quizás eran los lejanos montes los que producían aquel efecto, quizás su sangre circulaba demasiado inquieta por los estrechos muros de un convento, y sus pensamientos volaban fuera de aquellas sólidas paredes.

En aquel momento, una mano se colocó sobre su hombro y una cabecita blonda se acercó á la suya.

—¿Estás triste, Nora?—preguntó con voz tímida.—Verdaderamente hice mal en dejarte castigar, después que tú me habias protegido.



—¡Ah! eres tú, Lilly—exclamó Nora como despertando de un sueño.—Tranquilízate, niña, pues el castigo no es tan malo; pero, ¿por qué no hablaste, corazón de liebre?

—No me atrevo nunca á hablar—replicó la niña con aire de profundo desconsuelo:—siempre tengo miedo. Y verdaderamente lo he sentido por ti, porque eres buena y siempre lo has sido mucho para mí.

Y al decir esto echó los brazos al cuello de Nora.

Nora le dió un beso.

—Otra vez ya te atreverás á hablar—la dijo, tratando de consolarla. Pero de repente la miró con fijeza y añadió:—Lilly, ya has llorado otra vez; ¿cómo eres aún tan llorona á los tres meses de estar aquí?

—Me es imposible dejar de hacerlo, pues no estoy á gusto aquí; siento nostalgia—contestó.—Pero tú también estás triste, Nora, y de seguro que tienes nostalgia aunque no quieres confesarlo.

—¿Nostalgia?—replicó Nora;—de ninguna manera; por el contrario; creo que tengo ganas de correr mundo. Hace diez años que estoy aquí, y esto me ha servido de patria, pero tengo deseos de irme. Desearía ver otras personas y países distintos, montar de nuevo á caballo y recorrer el espacio.

—¿Por qué no te vas á tu casa? Me parece que ya tienes edad para ello—añadió Lilly con todo el respeto que á sus quince años infundían los diez y siete abriles de Nora.

Nora se sonrojó ligeramente.

—No tengo patria—dijo temblando:—mi madre ha muerto, y mi padre está viajando.

—¿Quién es tu padre?— preguntó Lilly con curiosidad.

El rostro de Nora se cubrió de carmín. Nunca hablaba de su pabre, y desde los sucesos acaecidos en Ginebra, una voz interior le aconsejaba no hablar de este asunto, y las maestras guardaban el mismo silencio. También en esta ocasión dejó sin contestación la pregunta, y aprovechando la entrada de una tercera persona como una interrupción feliz, dirigióse á ella, exclamando:

—Ven, Isabel; las dos estamos muy melancólicas. Lilly padece nostalgia.

—¡Y Nora tiene ansia de ir errante por el mundo!—contestó la más joven.

—¿Gana de andar por el mundo?—repuso la interpelada, que era precisamente la que poco antes había tomado la defensa de Nora;—no las tengo yo ciertamente. La tranquilidad de esta mansión, donde sólo hay un camino y un fin, me gusta demasiado para separarme nunca con gusto de ella.

—Comprendo á lo que vas—replicó Nora—pero yo no soy como tú. Mis pensamientos se desparraman por toda la tierra, y los tuyos suben á las alturas.

—Tú siempre hablas bien—contestó Isabel en tono de broma.—¡Pero quién sabe lo que nos destina el porvenir, prescindiendo de nuestros propios deseos!

—¡El porvenir! mucho daría para saber el que me está reservado—exclamó Nora;—pero lo veo tan oscuro, que no tengo el menor indicio de cuál será mi vida.

—Pues yo ya lo sé—dijo tranquilamente Lilly.

—¿Tú lo sabes?—exclamaron las otras.

—¿Por qué no? Mi tía lo tiene todo dispuesto. Permaneceré aquí aún un año, y después volveré al lado de mi tía, y me casaré con mi primo.

Las dos jóvenes se echaron á reir.

—¿Te casarás con tu primo? ¿Lo sabes de cierto? ¿Le conoces?

—No hay para qué reirse—replicó Lilly picada.—Papá lo deseó así á la hora de su muerte, y mi tía lo desea también; todo el mundo lo sabe.

—¿Quién es tu primo?—iba á preguntar Nora cuando llegó á su oido el sonido de una campana.

—La superiora te llama—dijo Isabel—y por cierto que la hora es rara! La hermana Bárbara es vengativa, y será preciso que te defendamos.

—¿Quieres que vaya contigo y explique cómo pasaron las cosas?—dijo Lilly.

—No, corazón tímido. No quiero obligarte á un sacrificio tan grande; ya sabré defenderme yo misma—

exclamó Nora, al mismo tiempo que su semblante tomaba un aire de valor y de energía.—Me gusta luchar la batalla de la vida y prefiero la tempestad á la calma perpetua, y de seguro esta vez la hermana Bárbara ha preparado una tempestad.

—Sin embargo, anda prevenida, pues la cosa podría tomar peor cariz de lo que tú esperas—dijo Isabel.

Pero Nora salió riendo, y bajó precipitadamente la escalera. No obstante, al llegar frente de la puerta de la celda de la superiora, paróse un momento para examinar su exterior, con el temor de un recluta, para ver si había algo que pudiera contribuir á aumentar la tempestad, á cuyo encuentro iba con tanta audacia. Pero aquel día no tenía motivos para temer la inspección de la superiora, pues ésta se hallaba distraída en sus pensamientos. Nora la encontró sentada ante la mesa de escribir, teniendo una carta en la mano. La madre Sibila era una mujer pequeña, endeble, cuyos ojos eran los únicos que revelaban que poseía la energía necesaria para el penoso cargo de superiora de un establecimiento tan importante como aquel. Apenas Nora hubo entrado, levantóse, y cogiéndola por ambas manos acercóla á sí.

—Hija mía—dijo con voz suave—en la vida hay momentos penosos que es preciso soportar con resignación.

Nora, que estaba muy lejos de esperar tales palabras, encontróse paralizada como si la hubiese herido un rayo.

—¡Mi padre, mi pobre padre!—exclamó llena de angustia.

—No; tranquilízate—dijo la monja rápidamente:—tu padre está sano y bueno. Me escribe que es muy feliz, pero al mismo tiempo me indica que te prepare para un suceso que va á ocurrir en breve.

Nora se hallaba confusa.

—¿Va á dejar su negocio?—preguntó, y un rayo de alegría iluminó su rostro.

La monja movió la cabeza negativamente:

—Hija mía—dijo, y parecía que las palabras salían con pena de sus labios:—hace ya largo tiempo que el Señor le arrebató á su esposa, tu madre. Con la ayuda de Dios, has encontrado aquí una nueva familia, y hemos hecho lo posible para sustituir el inapreciable amor de la que te dió el ser.

Nora besó la mano de la monja. La madre Sibila fué la primera que acogió á la huérfana, y en su regazo lloró Nora la pérdida de su madre y la separación forzosa de su padre, y desde aquella época un lazo interior la unía á aquella mujer que había procurado reemplazar á su madre en cuanto lo permitía la vida de un claustro.

—Tu padre ha permanecido mucho tiempo solo, muy solo, pues para atender á tu educación se separó de ti. Ahora desea crearse una nueva familia, dándotela también á ti..... quiere casarse de nuevo, hija mía.

Nora se había quedado con los ojos desmesuradamente abiertos, y miraba á la monja con un aire tal, que parecía no comprender sus palabras.

—Quiere casarse otra vez—repitió la monja—y me dice que su prometida esposa es una señorita Emilia Laner.

Parecía que esta vez tampoco la joven había comprendido lo que se le acababa de decir, pues continuaba en su inmovilidad. Pero de repente se llevó las manos á los ojos y exhaló un gemido.

—Siéntate, hija mía—dijo con cariño la superiora, acercándole una silla y obligándola á sentarse á su lado.

Nora apoyó pesadamente la cabeza en su hombro. La inesperada noticia le había herido en lo más profundo del corazón.

Las relaciones de Nora con su padre habían sido siempre muy cariñosas, á pesar de que se veían poco. Varias veces al año se presentaba Carsten en el colegio, y su aspecto noble, y los inmensos regalos con que favorecía á Nora cada vez que iba al convento, causaban gran sensación entre las educandas, de lo que Nora se mostraba muy orgullosa. Se habían escrito con frecuencia, y en sus cartas daba expansión á la parte más noble de su alma, como lo hacía antes con su esposa. Conservando siempre vivo en su imaginación el retrato de su esposa, hablaba de ella á su hija como de una santa á quien amaba siempre, y de cuya pérdida no se podía consolar. En sus escritos se veía su instrucción, su educación, y Nora, que ya estaba en el caso de meditar sobre la existencia que llevaba, se convenció pronto de que algún gran infortunio le había obligado á seguir aquel camino, y de que él sentía profundo dolor de verse en aquel estado. Hacía mucho tiempo que soñaba con consolarlo, animarlo con su cariño y hacerle la vida agradable. Estaba orgullosa pensando que era la única que le pertenecía y que tenía derecho á su amor. Y ahora todos sus planes quedaban destruídos; una persona extraña iba no sólo á reemplazarla sino también á borrar de su memoria el recuerdo de su madre. La mutabilidad del amor tiene algo de horrible para la juventud. Su padre, que hasta entonces había sido su ideal, perdió considerablemente á sus ojos. La juventud es cruel para lo que hiere sus sentimientos, pues no está á su alcance á cuántas circunstancias es necesario atenerse en las épocas posteriores de la vida antes de entregarse al impulso de los sentimientos.

La monja vió la expresión de amargura en la fisonomía de Nora y el horror con que rechazó la carta que ella le tendía.

—Niña—dijo, pasándole suavemente la mano por la

cabeza:—no juzgues lo que no estás en el caso de poder comprender; tú no sabes lo que es la soledad en el otoño de la vida.

—Pero mi padre me tenía á mí ahora. ¡Hubiera ido con tanto gusto á su lado!—exclamó Nora.—¡Nunca hubiera esperado esto de él!

—¿Y tú hubieras estado siempre á su lado?—preguntó la monja sonriendo y fijando en ella la mirada. Muchas veces los hijos se separan de sus padres.

La frente de Nora se cubrió de púrpura y bajó los ojos, encontrándose sin saber qué contestar.

—Nadie tiene derecho á querer sujetar la felicidad de otro al modelo que uno se ha creado; esto es un terrible egoísmo—añadió la monja con seriedad.—Toma este suceso como una disposición de Dios. Tu padre confía crearte con ello un nuevo hogar y te sacará de aquí, pocos meses después de su casamiento. Así es que nos vas á dejar pronto, y lo siento mucho.

Pero Nora no oyó estas últimas palabras, pues su pensamiento se hallaba fijo aún en el acontecimiento que le acababan de anunciar.

—Y la..... la señorita—preguntó con voz apagada—¿pertenece á la compañía?

—Es dudoso que en la actualidad busque en otro círculo su compañera, y si bien no me lo dice, precisamente su silencio me lo hace suponer. En cambio me escribe que su bondad y su amabilidad no podrán menos de gustarte.

—¡Oh!—exclamó Nora con expansión dolorosa:—¡esto más!

Y levantándose precipitadamente se arrojó en brazos de la superiora diciendo:

—¡Oh! ¡no me deje usted ir á su lado! ¡guárdeme usted aquí, guárdeme aquí!

Y un torrente de lágrimas se desprendió de sus ojos.

La monja estrechó entre sus brazos á la joven tem-

blorosa, como si quisiera retenerla para siempre. ¿Salían aquellas palabras del fondo de su corazón, y era esta la expresión de sus deseos que explotaba de repente?

Aquella monja era persona muy grave y tenía muchos años de experiencia en su difícil cargo. Centenares de niñas habían entrado en el colegio, y después se habían despedido con las lágrimas en los ojos, y á pesar de que se interesaba por ellas según era su deber, los sentimientos individuales estaban adormecidos por la costumbre. Pero hay naturalezas privilegiadas que atraen las simpatías y que se siente el separarse de ellas. Tal era Nora.

La madre Sibila, la experimentada superiora del convento había tomado bajo su especial protección á aquella niña que le había sido confiada en circunstancias especiales. Con su penetración había procurado hacer menos notable la gran diferencia que existía entre su vida actual y la anterior, y la niña le había correspondido queriéndola mucho. El porvenir de Nora había hecho perder muchas horas de sueño á la monja, pues la joven no era una de aquellas personas que pasan desapercibidas en el mundo, y en todas partes encuentran un reducido lugar en donde viven silenciosas y sin que nadie repare en ellas. ¡Y en qué mundo, en qué atmósfera tenía que vivir Nora!.... Nora se hallaba en la situación más difícil: sin raíces en ninguna clase social, sin apoyo y consuelo en ninguna parte... ¿Podríamos reprocharle á la monja el que deseara que la favorita de su corazón gozara para siempre de la paz de la mansión del Señor y quisiera conservar dentro de aquellos muros, que la protegían contra la tempestad, á su flor favorita?

Nunca sus labios habían pronunciado palabra alguna en dicho sentido; sólo en sus rezos había expresado su deseo; pero al oir la apasionada exclamación de

Nora, apretóla fuertemente entre sus brazos y dijo:

—Si tal es tu deseo, quédate; ¿pero podrás decidirte á vivir aquí con nosotras en Dios y para Dios? En verdad, aquí reina la paz, y sería para ti el puerto más seguro contra las tempestades de la vida; y por este motivo vería con gran placer tu resolución.

Al decir esto, hablaba con calor y entusiasmo; pero como tenía la cabeza de Nora apoyada en su regazo, no podía ver el efecto que producían sus palabras. Durante largo rato permaneció Nora silenciosa; mas de repente levantó la cabeza.

—¡No!—dijo en voz baja, pero decidida.—No; no podría yo permanecer aquí. Creo que sólo el orgullo ha dictado mis anteriores palabras, pues precisamente no busco la paz y la tranquilidad. Me es imposible permanecer en el puerto; prefiero luchar con la tempestad y el peligro. He vivido gustosa aquí, pero no me diga que me quede..... déjeme partir, déjeme partir.

En la cara de la superiora pintóse el desencanto, y, sin embargo, no pudo menos de sonreir al oir las palabras que pronunciaba la joven.

—Vete, vete pues. Cada mortal sigue un camino distinto, y, sin embargo, todos pueden conducir al mismo punto. ¡Ojalá que la lucha no sea demasiado violenta para ti! Te voy á perder; tu anciana amiga se va á ver separada de ti; este es un nuevo sacrificio que el Señor exige de mí. Sin embargo, estés donde estés, nuestros corazones permanecerán unidos.

—¡Oh! qué haré?—exclamó Nora:—todo me asusta.

—No quieras preverlo todo. Sólo una cosa no has de olvidar, suceda lo que suceda, y es que el hijo no es nunca más que el padre. Esta es la voluntad de Dios y el orden humano, y teniéndolo en cuenta no se ha perdido ninguna alma..... Por lo demás, nuestra separación no está tan próxima, pues hasta dentro

de tres meses no te vendrá á buscar tu padre..... Ahora márchate; la campana toca para el rezo de la tarde, y durante el rezo podrás adquirir mejor la calma necesaria. Esta noche te dispenso de asistir á la cena común, pues en las grandes excitaciones es preciso que el que las sufre permanezca solo. Vé, y contesta con amabilidad á la carta de tu padre, pues él por su parte siempre ha sido amable contigo.



Nora se retiró á su cuarto, y después de haber leído la carta de su padre acostóse, procurando dar descan-

so á su cuerpo fatigado. Durante largo rato, paseó su mirada por la habitación, como despidiéndose de aquel seguro puerto en que había vivido hasta entonces.

De repente, un paso ligero se acercó á la cama y un brazo cariñoso la cogió. Era Isabel, que compartía el dormitorio con ella y otras compañeras.

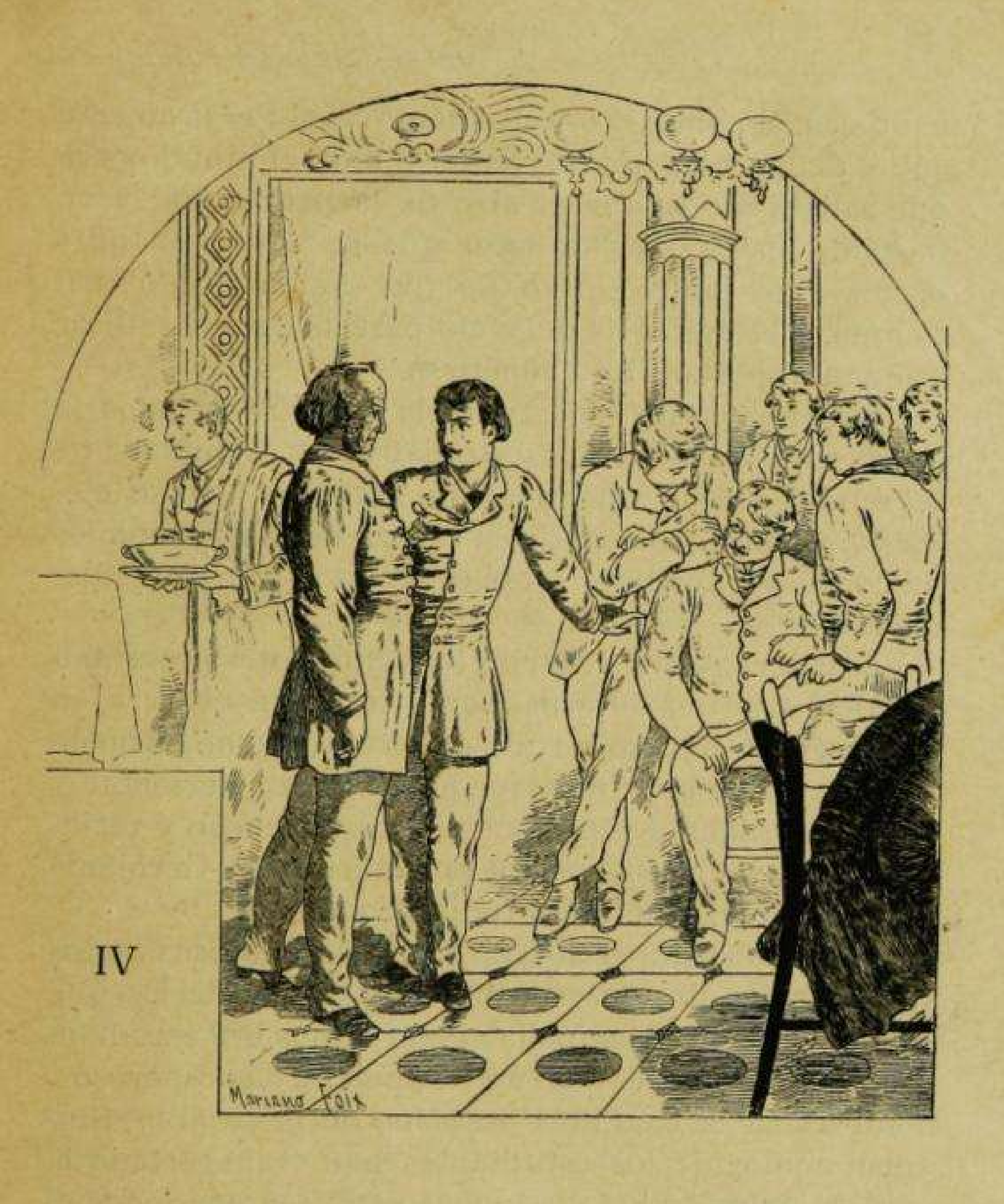
—¿Ha sido muy fuerte?—preguntó en voz baja.

—¿El qué?—contestó Nora, que había olvidado lo sucedido.—No, no—dijo acordándose de repente:—no se ha hablado de esto, Isabel; me marcho pronto al lado de mi padre.

—¿Así, pues, ya se habrá colmado tu deseo de ir á países lejanos?—dijo riendo:—¿por qué lloras?

—¡Oh! Isabel; ruega á Dios que mi afición no se convierta en nostalgia. He deseado marcharme con demasiada impaciencia.





IV

CORRÍA el mes de abril; el cielo estaba cubierto de nubes de color gris, y algunos copos de nieve revoloteaban en el aire. El viento era crudo, pero á intervalos podían verse pedazos de cielo azul entre las nubes. Los copos de nieve se derritían al caer, y gotas de agua brillantes como el cristal quedaban colgando de las hojas de los árboles. ¡Oh caprichoso mes de abril, que con aire cariñoso invita al hombre á dejar los abrigos de invierno é incita las plantas á florecer enga-

ñándolas, sin embargo, repetidas veces! Precisamente aquel día parecía querer tentar á todo el mundo para que saliera á respirar el aire de la primavera, y no obstante los charcos de agua que se veían por todas partes eran indicio claro de que había hecho mal tiempo, y el tono gris del cielo parecía querer indicar que la tempestad iba á repetirse.

Entre los paseantes, aparecía por todos lados la gorra multicolor de los estudiantes, y dominaba de tal modo, que se veía bien que estaba allí en su elemento natural, cubriendo la cabeza de las fisonomías burlonas y altaneras, propias de los estudiantes alemanes.

Verdaderamente, el abril y los estudiantes presentan en Alemania una originalidad que no se observa en otras partes. Aspero y rudo como el invierno, risueño y alegre como la primavera; anodino exteriormente y el interior lleno de fermentación; caprichoso y variable, tierno y entusiasta: tal es el abril de la Germania y tal es la juventud del estudiante alemán.

Y, sin embargo, el dorado vino, los sabrosos frutos y los árboles floridos son la recompensa de los que aman el abril; y de aquella alegre atmósfera estudiantil salen pensadores profundos, polemistas vigorosos, hombres en la completa acepción de la palabra. Singular analogía: los estudiantes han transportado la «vida universitaria» á aquellas regiones en donde el abril se muestra más poético. En el Rhin, á orillas del Neckar, del Lena y del Saale, es donde la existencia universitaria se desarrolla con mayor vigor.

Los jóvenes paseantes demostraban perfectamente la admiración que sentían por sí mismos y la estrecha unidad que reina entre los estudiantes. Se les veía formando grupos, hablando de sus intereses y discutiendo asuntos que eran un verdadero enigma para los transeúntes indiferentes, mientras que para los inicia-

dos era un lenguaje tradicional que se refería á las antiguas costumbres estudiantiles.

Uno de los grupos disolvióse después que los que lo componían se hubieron estrechado la mano, oyéndose las palabras «Hôtel X, á las cuatro» y «Bol» que indicaban suficientemente las intenciones de aquellos amigos para la segunda mitad del día. Dos de los jóvenes se dirigieron cogidos del brazo á una alameda próxima. Formaban entre sí un contraste notable. Uno de ellos se distinguía por su gordura, que sin embargo no sentaba mal á su cara redonda, rubia y sonrosada, personificando la bondad alemana; sus ojos grises eran pequeños, pero de ellos salía una mirada penetrante y escudriñadora.

Su compañero tenía en altura lo que el otro en anchura, y á su lado parecía más alto aún. Su fisonomía era tan movible como flemática la del otro, y los ojos eran la parte principal de la cara. Eran serios, profundos, brillantes como lo son los ojos que, sin tener una expresión determinada, revelan gran riqueza de ideas y de sentimientos. Su frente ancha, blanca y lisa, hacía suponer cierta inteligencia acompañada de sinceridad y franqueza. La parte inferior de la fisonomía carecía de interés, y sus labios indicaban mejor la bondad que la firmeza. La palabra del joven estaba en armonía con su exterior.

—¡Creo verdaderamente que sólo aquí se vive!— dijo agitando su bastón en el aire.—¡Qué movimiento, qué vida, qué distracciones, qué placeres! La naturaleza fascina y los hombres atraen. Se vive aquí tan aprisa, que apenas si hay tiempo para respirar; y, sin embargo, uno se siente crecer en medio de esta bendita libertad.

—Vosotros, los alemanes del Sud, parecéis chiquillos de la escuela en vuestra universidad—contestó el estudiante corpulento con el aire de desdén con que

los alemanes del Norte tratan á los demás.—Por otra parte, muchos se pierden aquí gracias á esta bendita libertad ó sea gracias... á la cerveza y al vino.

—Guarda todas tus fuerzas para esta tarde, pues en el último *commers* cierta *zorra* (1), conocida mía, cayó pronto al suelo!

—Todos los principios son difíciles, pero la perseverancia obtiene siempre la victoria—contestó el otro riendo.—Por otra parte, no soy aficionado á estas borracheras. Algunos conozco que no están nunca en ayunas...

—Y sin embargo esto es preferible á no experimentar nunca ninguna sacudida en este valle de lágrimas! —contestó el gordo.—Si la borrachera no se subía á la cabeza de ciertos individuos de vez en cuando, creo que la tendrían vacía... ¿Qué proyectos tienes para las vacaciones de Pascua? ¿Cuándo vas á descansar de tus continuos estudios?

—No he tomado aún resolución alguna—contestó el alto y seco.—Se me ocurre una idea, Dahnow: acompáñame á mi país; ven á visitar los sitios que tantas veces ha recorrido tu padre y en donde empezó la amistad de nuestras familias.

—Doyte las gracias por tu amable invitación; pero, hablándote con franqueza, prefiero ir allí en otoño; entonces te ayudaré á matar liebres, ya que allí las cazáis con tanta facilidad. ¿Te llama ya tu madre?—añadió fijando en él la mirada.

—Á lo menos desea verme.

—Proposición contra proposición, Degenthal. Demos

(1) Palabras usadas en la vida universitaria: *commers* es la reunión de los estudiantes en el local de la corporación. Los estudiantes están agrupados en *cuerpos*, y *zorras* son los estudiantes de primer año.—*(N. del T.)*

una vuelta por el país del Neckar; he tratado de esto con algunos amigos.

— No está mal pensado. Lo escribiré á mi familia.

— ¡Diablo! ¡decídete una vez por ti mismo!—exclamó el gordo con aire incomodado.—¿Estás pegado al delantal de tu madre?

Por el expresivo rostro de Degenthal pasó una nube de tristeza, é irguiendo más su elevada estatura, contestó:

—Piensa lo que quieras; pero á mí no me gusta este tono de desprecio con que habláis del hogar doméstico, y que parece es costumbre general aquí.

—Tampoco me gusta á mí—replicó el otro—á pesar de que no soy bastante afortunado para poseer un hogar doméstico. Pero advierte que un niño es un niño y un hombre un hombre, y que toda exageración conduce al extremo opuesto de lo que se desea. Si ahora pides consejo por cualquier tontería, día llegará en que no pedirás consejo á tu madre para los asuntos serios; el hombre no sigue siempre los buenos consejos.

Estas palabras eran duras, pero verdaderas; por lo que Degenthal no replicó. La subordinación á una voluntad exterior era para él un hábito que consideraba como el cumplimiento de un deber filial. Después de un momento de reflexión, dijo:

— Casi toda mi educación es obra de mi madre, y no quisiera oponerme nunca á sus deseos.

—¿Nunca? ¡Esto es absurdo! Dispénsame si te hablo así, pero no deben proferirse frases que no se está seguro de poder sostenerlas. Tu madre es una señora razonable que respetará tu voluntad como sabe apreciar la suya. Acostúmbrala y acostúmbrate tú mismo á una independencia que es inevitable; esto será una ventaja para ti, y no perjudicará á tu madre.

Degenthal se calló, y mientras iba andando se entre-

tenía en derribar con el bastón las flores que encontraba á su paso; parecíale muy raro el oirse echar en cara lo que hasta entonces había considerado como una virtud. Su madre, como todas las que han educado solas á sus hijos, había ejercido hasta entonces un dominio absoluto sobre él. En aquella ocasión, Degenthal empezó á comprender por qué su preceptor había insistido tanto en la necesidad que tenía de cambiar de atmósfera. Como sucede siempre que nos apercibimos de que nos falta algo, cierto despecho se apoderó de su espíritu. Los dos amigos continuaron paseando en silencio, pues Dahnow no tenía costumbre de insistir en un asunto agotado.

De repente se pararon para colocarse á un lado del camino; el terreno arenoso les había impedido oir el ruido de un par de caballos que llegaban á galope, y les pasaron delante para desaparecer en seguida.

—¡Caramba, qué caballos más preciosos!—dijo Dahnow entusiasmado:—en mi vida he visto otros iguales.

—¡Y qué amazona!—añadió Degenthal—¡Qué hermosa es! ¿Quién será?

—¡Ah! si quiere que se la admire, es preciso que no siga montando ese caballo blanco, que es el animal más hermoso que he visto jamás!

—Esto es cuestión de gusto. Yo he olvidado el caballo blanco por la dama que le montaba. Tú, Dahnow, que conoces á toda la gente de este país, dime, ¿quién es? El jinete tiene una figura conocida y la amazona tiene el pelo negro.

—Te felicito por lo bien que has mirado. Desde ahora puedo asegurarte que no son del país, pues aquí no existen tales caballos; indudablemente serán extranjeros, pues ahora hay muchos en la villa. Escucha, amigo mío, si quieres continuar siguiendo con los ojos á la bella desconocida, te abandonaré; hazme el favor de mirar al cielo.

—He de confesar que el tiempo se presenta amenazador—dijo Degenthal fijando su vista en una nube gris que prometía un fuerte chubasco.—Si quieres creerme, apretemos el paso á fin de ponernos á cubierto cuanto antes.

—Corre cuánto quieras—respondió tranquilamente Dahnow;—por mi parte no quiero correr, pues lo único que se logra es perder el aliento mojándose del mismo modo. Con un solo placer me basta.

—En este caso, permíteme que te abandone á tu suerte. Mi aliento sabrá sostener la lucha con el huracán. Con que, á la vista; hasta las cuatro, si no has sido destruído por la lluvia, porque en cuanto á la sumersión estás protegido por tu corpulencia.

Y al decir esto, se alejó moviendo precipitadamente sus largas piernas.

Dahnow abrochó flemáticamente su sobretodo, pues el viento soplaba con rudeza. Al cabo de un momento empezó á caer nieve mezclada con granizo, pero él continuó avanzando lentamente con aire tranquilo. Al hallarse cerca ya de la población, encontró de nuevo los dos jinetes que también regresaban. De repente cayóse el sombrero de la amazona, yendo á parar al lado de Dahnow, quien se quedó admirado de la habilidad con que la amazona supo detener su caballo en medio de su carrera. Más ágil de lo que podía esperarse de su volumen, corrió el estudiante detrás del sombrero, logrando darle alcanze antes de que la dama hubiese tenido ocasión de apearse, y se acercó á ella con aire de triunfo, llevando en la mano al fugitivo, que devolvió á su propietaria.

Una manecita enguantada cogió el sombrero, y una cabeza rodeada de cabellos mojados se inclinó para darle las gracias, y un par de ojos azules brillantes, protegidos por pestañas negras, le dirigieron una mirada afable que llegó al corazón de Dahnow, á pesar

de llevar el sobretodo abrochado. Las palabras que acompañaron esta acción llevóselas el huracán, y la joven, apenas se hubo puesto el sombrero, salió á galope para juntarse con el jinete que había continuado su camino. Hacía largo tiempo que se había perdido de vista, cuando el estudiante alcanzó las calles de la población.

—¡En verdad que mi amigo tenía razón, pues es muy guapa! Si este chaparrón no me hubiese puesto en tan lamentable estado, de buena gana me iría por los hoteles para averiguar quiénes son estos extranjeros—dijo para sí Dahnow.

—¡Y bien! ¿No te has ahogado?—exclamó el conde Degenthal, en tono de broma, cuando encontró á su amigo á la puerta del hotel para donde se habían citado.

—Ya ves que no he sufrido esta desgracia. Por el contrario, he tenido un buen encuentro y he corrido aventuras.

—Los gordos siempre tienen suerte.

—En cambio vosotros los lebreles siempre corréis fuera del camino. ¡Adivina á quién he visto! El verdadero método para adquirir relaciones nuevas, es prestar servicios de cumplido caballero.

—¡La bella amazona!... ¿Ha caído quizás de caballo? ¿La has salvado?

—Desgraciadamente no; sólo ha caído su sombrero.

—¡Desgraciadamente, bárbaro! ¿Pero quién es?

—Su nombre no estaba escrito en el sombrero.

—¡Entonces tu caballerosidad te ha servido de bien poco!... Pero entremos, pues los demás aguardan hace rato.

Los estudiantes se habían citado para comer juntos en honor de un convidado que, durante algunos días, quería juzgar como «salvaje» de la vida de estudiante. Pronto reinó grande animación en uno de los extremos

de la mesa, oyéndose fuertes carcajadas y animados discursos, interrumpidos por el estrépito causado por los tapones de las botellas de champaña.

Dahnow contó, con el tono chancero que le era habitual, su aventura de la mañana. Poseía en alto grado el *humour*, aquel dón que una francesa de agudo ingenio ha definido: «cualidad que poseen aquellos que no ríen nunca y siempre hacen reir á los demás.» Su relación se vió interrumpida por frecuentes carcajadas, preguntas indiscretas y toda clase de suposiciones sobre quienes serían los extranjeros. De repente, Degenthal tocó con el codo á su amigo:

— Mira, allí está—dijo señalando á un extranjero que acababa de sentarse al otro extremo de la mesa.—Me parece que le conozco; su fisonomía no me es desconocida—añadió Degenthal reflexionando.

— Allí está nuestro héroe, pero sin ella—dijo Dahnow á sus vecinos—será un padre tirano ó un marido celoso que quiere esconder su bella á los ojos de los profanos.

Todas las miradas se volvieron hacia el sitio que indicó.

— Comprendo bien que no nos enseñe su dama gratis—dijo el *salvaje*.—Es Mr. Carsten, el célebre director de circo. Lo conozco perfectamente, pues lo he visto hace algunas semanas en W..., en donde daba representaciones.

— ¡Hurra por Mr. Carsten! Entonces, gordo, también nosotros tendremos el gusto de ver tu amazona.

— Tiene una esposa muy guapa, según dicen; probablemente será la que usted ha visto.

—No, no; sería Nora, Norita—exclamó Degenthal.—No sé cómo no la he reconocido en seguida... Es preciso que la vuelva á ver.

— ¡Nora, Norita!—repitió Dahnow con sorpresa.—

¡Diantre! Parece que estás muy adelantado en tus relaciones!

—Nora Carsten—repitió Degenthal sin reparar en las observaciones maliciosas de sus amigos...—Ahora comprendo por qué su fisonomía me había llamado la atención. ¡Qué guapa está ahora!

—Parece que nuestro *zorro* se quiere enamorar—exclamaron algunos riendo—vamos, *zorro*, una «salamandra» á la salud de la bella princesa que acabas de recuperar. No creemos que sea tan tímida que no podamos trabar conocimiento con ella.

El tono chancero de sus amigos incomodó á Degenthal.

—Señores—observó con seriedad—mi madre conoció en otra ocasión, por casualidad, á la familia Carsten; entonces la señorita Carsten era muy joven, y como niños trabamos amistad. Esto es todo lo que hay.

Los convidados se miraron unos á otros con sorpresa; uno de ellos, á quien el vino se le había subido á la cabeza, levantó su vaso y dijo:

—Á la salud de las bellas amigas de la infancia de nuestro zorro...

Los ojos de Degenthal se inyectaron de sangre é iba á contestar, pero Dahnow le hizo reparar que Mr. Carsten se levantaba de la mesa para marcharse. Degenthal levantóse asimismo y fué á su encuentro.

—Señor director Carsten—dijo con voz conmovida—¿me permite usted que me haga presente á su memoria? Desde nuestro encuentro en Ginebra, no nos habíamos visto más.

—¡El conde Degenthal!...—exclamó Carsten, mirándolo con aire amistoso.—Conde Degenthal...—dijo por segunda vez—es para mí una verdadera sorpresa al mismo tiempo que un gran placer...

La intensidad del recuerdo le hizo enmudecer, y tendió sus dos manos que el joven estrechó con calor.

—Esta mañana le he visto á caballo—continuó Degenthal—y en seguida he reconocido su fisonomía...

—Desde aquella época ha nevado aquí—dijo el director sonriendo y llevándose la mano á la cabeza.—Verdaderamente no le habría reconocido á usted, señor conde, y puede usted tomar esto por un cumplido. ¿Y la señora condesa, su madre de usted, cómo está? Le debo un eterno reconocimiento...

Y al decir esto su voz tembló de nuevo...

—Gracias á Dios, mi madre goza de perfecta salud. Hemos vivido siempre juntos en nuestras posesiones, y sólo me he separado de ella desde que estudio en la Universidad.

—¿Ha querido usted respirar el aire del Rhin? La idea es excelente. ¿Su antiguo preceptor, el capellán, vive aún con ustedes? Tuvo la bondad de escribirme varias veces, pero mi vida errante me ha impedido contestarle con regularidad.

—Sí; el capellán vive aún, y está en casa; no podríamos pasar sin este fiel amigo. Repetidas veces hemos pensado en usted y á menudo hemos hablado de los días que pasamos juntos en Suiza... ¿Era la señorita Nora la que le acompañaba á usted esta mañana?—preguntó Degenthal, ruborizándose como una niña.

—Sí, era mi hija—dijo el director.—Ha vuelto del colegio hace seis meses. Por fin me ha sido posible tenerla á mi lado, pues me he casado de nuevo...

Al pronunciar estas palabras notó el director la sorpresa que se manifestaba en el semblante de Degenthal, por lo que se detuvo y calló un breve rato.

—En nuestra vida agitada nos hace falta una familia, un *home*. Uno se hace viejo—dijo el director reanudando la conversación.

—Entonces os deseo toda clase de felicidades—contestó Degenthal en tono afectuoso, como para hacerle

olvidar la emoción manifestada.—¿Pero me será permitido volver á ver á la señorita Nora?

—¡Si quiere usted hacernos este honor!... Por el momento estoy aquí, en el hotel; pero he alquilado una quinta, extramuros, en donde vivirán mi mujer y mi hija. Mi mujer necesita mucho cuidado, y mi hija no toma parte en mis tareas.

—¿Podré verla aquí?—dijo Degenthal con cierto afán.

—Como usted guste—dijo el director, quien parecía no querer facilitar en nada los deseos del joven.

—¿Y á qué hora les encontraré á todos ustedes en casa?—preguntó Degenthal.

—Mis asuntos me toman toda la mañana; pero las tardes que tengo libres las dedico á mi familia. Mañana es uno de estos días.

—Entonces iré mañana. Entre tanto, hágame usted el favor de presentar mis respetos á la señorita Nora—dijo Degenthal, dando un apretón de manos á Carsten.

—Mi hija se incomodaría si no le proporcionaba el placer de verle á usted. Ella y yo no hemos olvidado las muchas atenciones de usted, señor conde.

Durante esta conversación, los demás jóvenes habían estado mirando con atención á los dos interlocutores; el director, por su parte, no perdía de vista al grupo de los amigos de Degenthal.

—Me parece, señor conde, que entre los amigos de usted veo á un caballero á quien debo dar las gracias de parte de mi hija... Es aquel gordo, que está sentado en aquel rincón: ¿podría usted hacerme el favor de presentarme á él?

—Mi amigo Dahnow, quien nos ha hablado de ustedes... Acerquémonos... Querido amigo, el señor director Carsten desea hablarte... El director Carsten... el barón Dahnow, de raza mecklemburguesa, algo robusto—dijo Degenthal riendo.

—Si no me equivoco, usted ha sido, señor barón, el que esta mañana ha prestado un servicio á mi hija—dijo el director con aquel aire de sencillez que distingue siempre al hombre de mundo.

—Desgraciadamente, caballero, mi físico me impide siempre guardar el incógnito, por lo que me es imposible disimular mi buena acción. Por otra parte, el favorecido por la suerte he sido yo, puesto que me ha cabido el placer de poder acudir en auxilio de una amazona tan hermosa—añadió Dahnow con galantería.

El director saludó.

—Si usted me lo permite—continuó el estudiante con la mayor calma—iré á recibir personalmente las gracias que cree deber darme su hija de usted, y por lo tanto pido, en virtud de mi noble acción, el mismo favor que acaba de conceder usted á mi amigo Degenthal.

—Ciertamente, á pesar de que mi mujer y mi hija viven muy retiradas, será para mí un gran placer el recibir la visita de ustedes.

Tocóle ahora á Dahnow el hacer una reverencia.

—Vamos, señor director, véngase usted con nosotros y beberemos una copa en honor de nuestro feliz encuentro—dijo Degenthal.

—Á pesar de que aceptaría con muchísimo gusto la invitación de ustedes, mis ocupaciones me llaman ahora á otra parte. Además, mis cabellos grises me impiden el mezclarme con jóvenes alegres. Me ha pasado ya la edad de poder disfrutar de este placer. Hágame usted pues el favor de dispensarme, señor conde.

Y al decir estas palabras saludó á toda la reunión y se despidió de los dos amigos.

—¡Qué hombre más hermoso y qué aire tan distinguido!—dijo uno de los estudiantes siguiéndole con la mirada.—Nadie adivinaría lo que es.

—Con el tiempo se habló mucho de él. Los unos lo tomaban por el hijo natural de una gran familia; los otros por un oficial cansado de la carrera, y otros por un judío educado en el «humburg» americano.

—Gordo, ¿sabes que eres el hombre más insolente de la tierra?—dijo otro.—¿ Á quién se le ocurre invitarse á sí mismo ? Á lo menos hubieses tenido la amabilidad de comprendernos en tu invitación y habríamos podido prestar nuestros respetos á la bella amazona.

—Una diputación demasiado numerosa era superflua—dijo lacónicamente Dahnow.

—¡ Ah, ah ! De todas maneras veremos á tu bella—dijo uno á quien el vino había puesto un poco alegre. —Deghental, tunante afortunado, á la salud de tu bella ! ¡ No seas tan cruel que nos impidas verla ! ¡ Á la salud de la señorita Carsten !

Degenthal se levantó con los ojos inyectados, y temblándole la voz de emoción :

—Caballero—dijo—no tiene usted el derecho de pronunciar el nombre de una señorita...

Nadie oyó la continuación, á pesar de que todas las miradas estaban dirigidas con sorpresa hacia el conde; pues en el mismo instante se oyó el ruido que hicieron al caer dos botellas que acababan de ponerse en la mesa; este pequeño incidente causó gran revolución entre las copas vecinas, cuyo contenido fué al suelo. Hubo un momento de gran confusión, pues todos se preguntaban la causa de aquel accidente y todos querían salvar su copa. Los criados acudieron para desembarazar la mesa y se interrumpió la discusión. Dahnow cogió á Degenthal por el brazo.

—Ven conmigo—dijo con seriedad—ya hay bastante. Un poco de aire fresco y un vaso de cerveza, después de todo este ruido, nos sentarán bien. Ven antes de que los demás se aperciban.

Degenthal vaciló un instante, pero por fin se decidió á seguir á su amigo.

—Las botellas y las copas las pagarás tú—añadió Dahnow con su tono seco habitual apenas hubieron salido del salón;—por mi parte, me basta el haberte prestado un favor rompiéndolas.

—¿Lo has hecho adrede?—preguntó Degenthal sorprendido.

—¿De qué otro modo hubiera podido interrumpir tu oratoria? Una buena causa bien vale algunos vidrios rotos.

—¿Por qué me has interrumpido?—añadió Degenthal con viveza.—¿No es una falta de consideración el abusar públicamente del nombre de una dama? No sé por qué has querido impedirme el castigar á aquellos insolentes...

—En primer lugar, porque tratándose de personas bebidas, todas tus palabras eran inútiles, y después porque tengo suficiente experiencia para saber que el nombre de una dama, sea cual fuere su posición, no debe mezclarse jamás en disputas de estudiantes. ¿Crees tú que si por su causa tenías un duelo con este curlandés, sería esto de algún provecho para ella?

Degenthal se calló, pues conocía que su amigo tenía razón; pero irritado interiormente, dijo al cabo de un rato:

—¿Por qué has recalcado las palabras «sea cual fuere su condición?»

—Porque la posición de su padre la expone á que se le tenga poca consideración.

—Pero ella no comparte la posición de su padre; desde su infancia la ha tenido separada de su negocio, educándola en uno de los colegios mejores de Bélgica; su madre era una persona de gran distinción, á quien la mía cuidó en sus últimos momentos, datando de

ahí nuestras relaciones. Su padre es bastante rico para dar una posición independiente á su hija.

—Á pesar de esto, la situación de la pobre joven debe ser muy difícil...—dijo Dahnow.—¿Realmente irás á verla mañana?

—Ciertamente—respondió Degenthal—nada tiene esto de particular. Mi madre estará contenta de tener noticias de la pequeña Nora, por quien nos interesamos tanto entonces.

Dahnow parecía dudar de que la condesa estuviera contenta.

—El asunto es complicado. Si yo tuviera aún madre, creo que le pediría consejo—dijo con el tono irónico con que hablaba casi siempre á su amigo.





V

CERCANA á la población, había una elegante casa de campo, construída según el gusto de los habitantes de las orillas del Rhin y rodeada de verdura, desapareciendo casi detrás de la profusión de enredaderas que cubrían sus paredes. Estas habitaciones llaman la atención desde lejos, y casi todas se hallan situadas á orillas del camino real. De este modo los que las habitan no se separan mucho de sus negocios, no viéndose obligados á sacrificarlos á las seducciones de

la horticultura. Desde las ventanas de la quinta se pueden contemplar el río y las verdes montañas, sin los cuales los rinianos no sabrían vivir.

Carsten había instalado allí á su esposa y á su hija para todo el verano, y las había rodeado de aquel lujo exuberante que es indicio claro de una riqueza recientemente adquirida.

El advenedizo se rodea de lo superfluo, mientras que al heredero de una fortuna transmitida de padres á hijos, generalmente le gusta hacer sólo los gastos necesarios. Las dos preocupaciones tienen disculpa: al que ha adquirido la fortuna trabajando y sabe que puede aumentarla cada día, le es permitido ser muy liberal en el gasto, pues goza de los bienes en proporción á los esfuerzos que le ha costado adquirirlos. Muy distinto es cuando la fortuna nos ha sido transmitida como un feudo, pues entonces se siente el deber de conservarla intacta, y la primera condición para obtenerlo es la prudencia. Por otra parte, el advenedizo debe demostrar su posición por medio de la pompa exterior; mientras que el que ya goza de una gran consideración, no tiene necesidad de este boato. Cuánto más dudosa es vuestra posición social, tanto más os véis obligados á desplegar un gran lujo, y el director Carsten había obrado según este principio, aunque de un modo inconsciente.

Nora se hallaba sentada en un elegante *boudoir* contiguo al gran salón, y como desde allí se gozaba de un precioso panorama, aquel era su sitio favorito.

Era el mes de Mayo, y hacía ya seis meses que se había despedido de la dulce y tranquila vida del colegio. ¡Cuántas imágenes habían cruzado por delante de sus ojos desde aquella fecha! Sonreía á su recuerdo porque ninguno de sus temores de entonces se había realizado, pareciéndole que sólo contra las seducciones de su actual vida demasiado agradable debía pre-

venirse, pues contrastaba tanto con la vida formal de los años anteriores. Su padre la había recibido con gran cariño, y no pensaba sino en rodear á su hija de todas las comodidades y todas las distracciones imaginables. Nora encontró en su madrastra una mujer buena y amable, muy contenta de ser la esposa del director, pues era la más bonita, pero la menos hábil de todas las artistas. El director, al casarse, había puesto por condición que su hija saliera del convento, pues quería volver á poseer lo que había tenido ya una vez, esto es, un hogar, un *home*, en medio de su vida errante. Teniendo ya cierta edad, no había querido ir á buscar esposa en otra esfera, sino que se había contentado con el excelente corazón y la buena reputación, relativamente rara, de la más modesta artista de su compañía.

Emilia sabía que era interés suyo el mantener buenas relaciones con su hijastra; y por otra parte su bondad y su amabilidad natural le impulsaban á anticiparse á los deseos de Nora, quien se manifestaba agradecida á tanta cordialidad.

Por otra parte, la educación de Nora inspiraba cierto respeto á su madrastra, que en presencia de la joven se hallaba como encogida. Así es que todo iba bien en la casa bajo el punto de vista de Nora, á quien los numerosos viajes y su residencia en las grandes capitales habían ocupado suficientemente el espíritu para que no sintiera la necesidad de otras relaciones sociales, y el lujo de que se veía rodeada le daba la sensación agradable de una posición elevada.

Ahora, por primera vez, la familia se hallaba instalada gozando de la vida íntima. Todo tenía para Nora el atractivo de la novedad. Su madrastra le había abandonado de buen grado la administración de la casa, pues para ella hubiera sido demasiado pesada, y quería gozar en paz de la felicidad que la rodeaba. Nora,

que había heredado en parte el talento organizador de su padre, aceptó con placer aquel cargo, y se puso á trabajar con actividad para dar cierto tono al lujo que la rodeaba. El director raras veces aparecía en la quinta, pues su compañía trabajaba en las principales ciudades á orillas del Rhin, y su presencia era allí necesaria.

Toda la felicidad de Nora consistía en poseer un caballo; en poder montar; sólo en esto dejó de obedecer los prudentes consejos de su piadosa amiga y maestra. Al contestar á la pintura entusiasta que Nora había hecho de las bondades de su padre, entre las cuales se contaba el haberle regalado un caballo, díjole la superiora:

«¿No sería mejor, querida mía, que te abstuvieras completamente de este ejercicio, dada la posición que ocupas?»

Por primera vez tiró la joven con despecho la carta de su amiga, teniendo los ojos bañados en lágrimas. Nora era digna hija de su padre, y desde su niñez había deseado ardientemente ensayar sus fuerzas, su habilidad y su valor en el animal favorito del autor de sus días, y esta pasión había ido creciendo á medida que se había visto privada de aquel placer. Á pesar de todo, conocía la rectitud de las palabras de la religiosa; pero cuando tenemos un deseo, siempre hallamos medio de justificarlo á nuestros ojos.

«Déjeme usted este placer (escribió á Bruselas), pues es lo único que me acerca á mi padre.»

La religiosa no contestó, exhalando un suspiro que naturalmente no llegó á oídos de Nora.

La joven tenía razón en decir que la equitación la acercaba á su padre, pues éste nunca admiraba tanto á su hija como cuando la veía á caballo, y reconocía que había heredado su habilidad. Algunas veces podía leerse cierta pena en su fisonomía cuando contem-

plaba su agilidad y soltura; sin embargo, nunca hizo la menor observación.

Nora sentía gran satisfacción interior, como si de repente hubiese descubierto en su nueva vida un punto que hasta entonces se le hubiese presentado oscuro. ¿Por qué? Ella misma no hubiera sabido darse cuenta, pues experimentaba una alegría sin causa aparente, una de estas alegrías para las que no tenemos nombre. La imagen de esta satisfacción interior se reflejaba en su fisonomía, que revestía una expresión de frescura y felicidad sin mezcla. ¡Cuánto había trabajado desde por la mañana! Á primera hora había dado un paseo á caballo, había atendido á las mil ocupaciones de su reducida casa y en aquel momento tenía ante sus ojos un libro francés que se esforzaba en leer, pues su corazón permanecía fiel á los consejos de los superiores y no descuidaba ninguno de los actos piadosos que tenía acostumbrados. Sin embargo, aquel hermoso día de mayo no era favorable al estudio que se había propuesto, pues á cada instante levantaba la cabeza para contemplar el alegre paisaje que se desarrollaba á su vista. De repente miró hacia abajo, y sus ojos brillaron al ver una visita que entraba.

—¡Oh! ¡cuánto me alegro de que por fin haya venido usted, señor conde!—exclamó con alegría.—Es imposible hacer nada formal con este sol espléndido.

Y al decir esto cerró el libro y fué al encuentro del recién llegado.

—¿Así, pues, puedo pasar adelante?—dijo el interpelado.—Pero si puedo entrar, de ninguna manera quiero arrojar á usted de su sitio favorito.

—Tiene usted razón; en ninguna parte se habla con más comodidad que aquí—dijo ella volviendo á sentarse.

El joven se sentó enfrente. Por la sencillez de la re-

cepción y la soltura de ambos, se adivinaba fácilmente que estas visitas eran habituales.

—Y bien; ¿en qué punto os interrumpió el sol?—dijo adelantando la mano para coger el libro que ella le abandonó sin esfuerzo.—¡Qué grave es! Me avergüenza usted, señorita Nora, dedicándose á pensamientos tan graves.

— Es preciso tener un contrapeso—contestó ella con un ligero suspiro—y yo lo necesito más que usted. La falta completa de ocupación formal es lo único que me atormenta. Dispénseme usted, pero usted mismo ha sido el que ha provocado esta revelación.

Sus ojos azules se fijaron con tanta confianza en el joven, que éste se sintió conmovido.

— Las cosas graves no son mi especialidad—dijo con aire algo forzado.—Correr de aquí para allá, entregado al *dolce far niente*, perder el tiempo, esta es mi vida actual. Si no se tratara de la vida de estudiante, que no se presenta más que una vez, habría para tener remordimientos. ¿No piensa usted así, señorita Nora, usted que acaba de abandonar la vida de colegio? Tome usted; aquí le traigo algo que armoniza más con el sol de mayo. Usted se queja de falta de lectura...

—¿Me ha traído usted algo para leer?—dijo Nora en tono animado, mirando un libro con cantos dorados que el conde acababa de colocar delante de ella.—Sólo tenía para leer mis libros de colegio, y no había quien pudiera aconsejarme en la elección de otros nuevos. ¿Y este lo puedo leer?—dijo con aire de duda.

El joven no se rió de aquella pregunta inocente, pues sabía hasta dónde se extienden los límites de una educación prudente para las jóvenes. Así fué que la observación más ingeniosa no le hubiera complacido tanto como aquella delicadeza de conciencia, tan conforme con sus propios sentimientos.

— Mi propia madre le recomendaría á usted esta

lectura—dijo.—Es una colección de nuestros mejores poetas alemanes. Vea usted, ¿conoce usted este pasaje?

Y leyó algunas estrofas.

Leía bien, y Nora escuchaba con tanto placer su voz como lo que leía. La juventud ama la melancolía, como la alegría la ancianidad. La naturaleza sensible de Nora y la sangre irlandesa que corría por sus venas, la llevaban á admirar todo lo que era imaginación, y su inteligencia cultivada le hacía encontrar en seguida todas las bellezas morales.

La palabra y el pensamiento se entremezclaban así corriendo de uno á otro como la chispa eléctrica. Mientras que estaban sentados allí, sus corazones latían con una agitación desconocida, no sospechando que otro hechizo mágico se extendía á su alrededor, hechizo mayor que la palabra del poeta y más poderoso que el encanto del mes de mayo. Quizás el momento más bello del primer amor es aquella reunión tan pura y tan inconsciente de dos almas que se quieren; en aquella edad feliz apenas se comprende que lo que atrae es la intensidad de la mirada, que lo que quema es el apretón de manos y que la palabra es lo que magnetiza. Posteriormente, ningún otro amor, aunque sea más fiel, más intenso, más ardiente no nos eleva sobre la tierra; esto sólo sucede con el primer rayo del primer amor, del que más tarde nos acordamos con tanto placer.

Degenthal hacía algunas semanas que iba con frecuencia á la quinta; y lo hacía tan instintivamente, que no se daba cuenta del tiempo que pasaba en ella. Durante la primera visita, que con Dahnow había hecho al director y su familia, Nora había permanecido silenciosa y tímida, cosa que sucede con frecuencia cuando muchos años separan la infancia de la juventud, y que la antigua confianza separa en vez de reunir.

—No es más que una colegiala—dijo Dahnow algo chasqueado—que se echa el pelo sobre la frente para desfigurarse; en verdad que no es una sirena temible. Ni siquiera se puede tener la tentación de querer salvarla de la opresión de una madrastra tiránica, pues la señora Carsten es la personificación de la bondad y hasta se diría que teme á su hijastra. En los tiempos igualitarios en que vivimos, hasta la sociedad de un artista de circo no ofrece ya nada de interesante, pues indudablemente se puede encontrar una joven más linda en una sociedad mejor.

Poco después Dahnow tuvo que irse á su país para atender á intereses de familia. Degenthal por su parte nada había buscado de picante en la quinta Carsten; todos sus deseos eran volver á ver á aquella joven por quien tanto se había interesado cuando niña, y cuyo porvenir le había preocupado varias veces; no podía menos de acordarse que aquella niña le había sido confiada momentáneamente cuando se hallaba al lado del lecho de muerte de su madre. Por otra parte, ahora encontraba en Nora todos los encantos de la naturaleza y, lo que le gustaba más aún, es que poseía todo el atractivo, toda la gracia que da la buena educación, aquella armonía perfecta que con justo motivo se llama el buen tono. Curt Degenthal había sido educado casi siempre por mujeres, y vivía mucho en su sociedad; así fué que en medio de su existencia de estudiante, estaba muy contento al hallar una mujer dotada de talento y que había recibido una buena educación. Gracias á la costumbre, gozaba de una gran libertad en sus relaciones con el sexo femenino; ni él ni Nora tenían conciencia de esta libertad, y no puede reprochárseles si se tiene en cuenta la condición en que se hallaban colocados, pues aquel episodio de su niñez había creado á sus ojos una especie de confraternidad que encontraban muy natural.

Madama Emilia, halagada por la visita de un joven noble, había tratado en un principio de tomar parte en la conversación; pero las maneras de Degenthal le eran tan desconocidas, que no encontró placer ninguno en su trato, y pronto dejó que Nora y Curt hablaran solos.



No obstante, si álguien hubiese oído á aquellos dos jóvenes durante las largas horas de sus frecuentes entrevistas, se hubiera sorprendido de ver la dirección formal de su pensamiento. Como hemos indicado ya, la juventud busca la seriedad, y como los dos tenían una naturaleza meditabunda, procuraban aislarse de la frivolidad que les rodeaba acercándose uno á otro. El modo de pensar de Curt era el mismo en que había sido educada Nora; las costumbres de Curt eran las de los círculos de que había oído hablar Nora. Curt tenía á los ojos de Nora una gran superioridad, y era

que poseía una fe firme, un espíritu entusiasta y un corazón piadoso, sin exterioridades, pero sabiendo exponer con facilidad y franqueza sus sentimientos cuando lo consideraba necesario. Acostumbrada á la vida en común del colegio, Nora sentía profundamente el hallarse sola bajo el punto de vista religioso. Su madrastra pertenecía á otra religión, y los principios piadosos que su madre había inculcado en el corazón de su padre, habían desaparecido hacía largo tiempo. Nora nutría la esperanza de reconquistar para la fe á aquel padre á quien tanto quería, pero el día del triunfo estaba aún muy lejano; así es que era para ella un consuelo el ver que Curt coincidía con ella en este punto. Degenthal había tomado por lo serio la obligación de ser siempre un sostén, un protector para ella. Muchas veces pensaba en el porvenir, del que Nora no hablaba nunca, pero pronto desechaba aquella idea para vivir sólo de lo presente. Había escrito inmediatamente á su madre explicándola cuándo y cómo había encontrado á Nora; pero como al parecer la señora Degenthal no había prestado atención alguna á aquel asunto, no le habló más de sus visitas á la quinta.

Sucesivamente se presentaron otras visitas, y Nora no se fijó en que se trataba sólo de hombres, en su mayoría estudiantes. Es circunstancia propia de la libertad dorada, pero peligrosa, de la vida de los estudiantes, el que tenga entrada en todas las sociedades, no manteniéndose siempre en los límites de la buena educación.

Á madama Emilia le gustaba rodearse de un círculo de adoradores, en cuyo honor pudiera lucir sus galas, y por su parte el director no estaba disgustado de encontrar gente en su casa cuando regresaba á ella.

En las fiestas públicas, ya se tratara de conciertos ó de teatros, que gustaban mucho á madama Emilia, no

había que buscarse jamás á Nora, pues bastó una mirada severa que le dirigió Curt una vez que la madrastra invitó en su presencia á la joven, para que ésta no quisiera aceptar nunca. Le gustaba hacer expediciones acuáticas, recorrer la campiña en carruaje, á caballo ó á pié, y varios jóvenes la acompañaban, observándose un convenio tácito, y era que nunca Nora tomaba parte en aquellas excursiones cuando no iba Curt, quien ejercía sobre ella un derecho de protección fraternal. Nora se sentía tranquila cuando él se hallaba á su lado; pues creía, no sin razón, que su presencia daba cierto tono á toda la sociedad. Efectivamente, la actitud seria y respetuosa de Curt con aquellos señores, imponía á sus compañeros.

Así pasaron varias semanas, y muchas visitas sucedieron á aquella de que hemos hablado, visitas llenas de un entusiasmo puro é inocente.

Uno de los últimos días del mes de Mayo, una alegre comitiva andaba por el pintoresco camino que conduce al antiguo Rolandseck. Madama Emilia, cubierta la cabeza con un pequeño sombrero negro adornado con una pluma encarnada, mostraba la coquetería necesaria para atraer á su alrededor á los jóvenes excursionistas. Sus respuestas atrevidas, su risa alegre y estrepitosa y su pequeña nariz arremangada, producían bastante efecto, aunque alguna vez traspasaran los límites del buen tono. No le gustaba representar siempre la dama matrona, y por lo tanto no le incomodaba el que su hijastra se adelantara, procurando ella, por el contrario, hacer su marcha más lenta.

Curt iba al lado de Nora, y, siguiendo su costumbre, estaban abstraídos en una conversación muy formal. Nora andaba aprisa, pues le gustaba gozar de las vistas bellas sin que vinieran á distraerla. Pronto hubieron llegado ambos jóvenes á la cima, desde la que se ve correr el tumultuoso río y se goza del panorama de

los montes, del bosque, del de las poblaciones de los alrededores.

Sin embargo, en aquella ocasión los ojos de Curt no contemplaban el bello paisaje sino que estaban fijados



con atención en su compañera, que estaba tranquilamente apoyada en la derruída muralla. Nora había conservado la sencillez del colegio, y su ligero vestido de entretiempo era modesto y sin pretensiones, y sencillo era asimismo el sombrero que protegía su cabeza, y tapaba casi completamente la famosa cabellera rizada en que se había fijado el barón Dahnow.

Nora era hermosa, pero tenía aquella hermosura primitiva é inconsciente que huye de las miradas en vez de atraerlas y está cerrada como el botón de una rosa.

Curt no sabía explicarse aquella actitud meditabunda. De repente, sintió como un escalofrío al apercibirse de que una lágrima se escapaba de los negros ojos de Nora, y se deslizaba silenciosamente por su mejilla.

—¡Nora!—exclamó con cierto temor, inclinándose hacia la joven.

Miróle ella con los ojos húmedos aún, pero con la sonrisa en los labios.

—Estaba pensando en aquel convento de allá bajo, con aquella cruz, que me recordaba el colegio y evocaba recuerdos para mí tan gratos, que en aquel momento hubiera querido estar allí. ¿No es magnífico amar así á Dios solo, hasta el punto de no poder dar el corazón á otro que á Él? Tengo una amiga que ha experimentado esta alegría y otra que gozará de ella. Lo digo con todas mis fuerzas, con toda mi alma y de todo corazón: nada hay más bello ni más envidiable en el mundo.

Su voz tenía el acento de una sinceridad profunda, y en sus ojos se leía el deseo ardiente de que acababa de hablar. Curt estaba vivamente conmovido de verla en aquel estado.

—¡Pero, señorita Nora!... usted...—exclamó Curt fuera de sí.

—Quizás sería mi felicidad—dijo ella á media voz, con una expresión de profunda tristeza.

En el mismo instante se oyeron las voces de las demás excursionistas que se acercaban; Nora se separó de Curt y fué al encuentro de su madrasta. Hiciéronle varias preguntas sobre la rapidez de su marcha, á la que contestó con la seguridad y la gracia de una persona acostumbrada al mundo. Los expedicionarios,

algo cansados, se sentaron sobre la yerba y las piedras, al redor de las antiguas ruinas. Se bebió vino de mayo (1) y se cantó. En el valle, se oye á intervalos una orquesta campestre y alegres cantos, ruidos armoniosos que se extienden por la atmósfera serena del delicioso valle del Rhin.

Sólo Curt estaba silencioso. Las últimas palabras de Nora habían perturbado su corazón y suscitado en él un mundo de pensamientos que no podía apartar de su mente. ¡Así, pues, el convento era el objeto de sus ardientes deseos! Tal era, pues, el motivo de su gran tranquilidad; vivía ya por encima de las miserias del mundo. Curt había oído decir repetidas veces que las jóvenes más alegres eran generalmente las que con mayor facilidad tomaban tal resolución. ¿Y por qué no se alegraba de ello? ¿No era quizás, como Nora acababa de decirlo, lo mejor que ella podía hacer, el puerto más seguro contra los peligros de su posición en el mundo? Pero esta idea sublevaba interiormente á Curt. ¿Aquella amable joven debía retirarse del mundo porque este no le ofrecía seguridad alguna? ¿Debía enterrarse dentro de las murallas de un convento, porque no hubiera sitio para ella en la sociedad? Curt tenía gran respeto por la vocación y la vida religiosa, pero creía que Nora... He aquí por qué hablaba de los «fríos muros del convento» y de que Nora se iba á «enterrar» allí. Finalmente, la idea de que escogía la vida claustral para ponerse al abrigo de las dificultades de su posición actual, concluyó por dominar en su espíritu perturbado.

Atravesaron el Rhin, y Nora se instaló frente de Curt en la barquilla. Se había quitado el sombrero y puesto un pañuelo en la cabeza; tenía las manos cruzadas sobre

(1) *Maiwein*, vino blanco en el que se ponen en infusión algunas plantas que crecen en dicho mes.

las rodillas, y fácilmente hubiera podido leerse en su cara una melancolía profunda, á la que se prestaban perfectamente la calma de la noche, el claro de luna y el movimiento acompasado de los remos. Á Curt le hacía ya el efecto de una religiosa, y en su actitud encontraba la confirmación de sus propios pensamientos, pues en su fisonomía creía distinguir el espíritu de sacrificio y la resignación. Oprimióse su corazón y el movimiento de éste comunicóse á los labios:

—¡No vaya usted al convento, Nora, no vaya usted! —dijo en voz baja inclinándose hacia ella.

Nora levantó la frente con cierta sorpresa. Pero en el corazón de las jóvenes hay un silfo diminuto que les dice cuánto tiene el poder de atormentar á un hombre. Miróle sonriendo, y dijo:

—¿Por qué no? ¿No es la más bella de las vocaciones?

Callóse Curt, creyendo que acababa de cometer una torpeza. Así fué que se alegró cuando el bote llegó á la orilla, y se apresuró á despedirse de la comitiva, pretextando un violento dolor de cabeza, cósa de la que no dudaron sus amigos, gracias al profundo silencio que había guardado antes de marcharse.

La agitación de su pensamiento le acompañó en sus ensueños, viendo á Nora detrás de ventanas enrejadas; tenía la idea de que sólo él podía salvarla, pero no sabía cómo. Quizás hubiera dormido mejor, si hubiese podido saber que Nora permaneció mucho tiempo dispierta, con la cara encendida y los ojos abiertos, repitiéndose esta frase:

—¿Por qué no quiere que éntre en el convento, él que es tan religioso?



VI

Dahnow estaba de regreso después de tres meses de ausencia.

—¿En dónde está Degenthal?—dijo al ver que no se hallaba entre los amigos que le deseaban la bienvenida.

—¡Ah, ah! Degenthal—contestó uno riendo y encogiéndose de hombros.—Degenthal tiene otras ocupaciones; nosotros apenas le vemos.

—¡Oh amor, amor, tu imperio es tan mágico, tan

mágico!—cantó otro con aire patético, llevándose las manos al corazón.

—¿Qué es, pues, lo que tiene este muchacho?—dijo Dahnow con cierta impaciencia.—¿Qué tenéis contra él?

—Nosotros, nada. Él parece que tendrá algo contra nosotros, pues se deja ver raramente. Quizás son los estudios que le hacen invisible; probablemente estudia las bellas artes en la quinta...

—Vamos—dijo un westfaliano—sois peores que una reunión de mujeres viejas. Degenthal ha estado siempre con nosotros, excepto en estos últimos tiempos, y por otra parte, alguno de vosotros va también á la quinta. ¿No se puede mirar pues á una joven sin que las malas lenguas tengan que murmurar?

—Esto depende de la manera cómo se la mira—dijo uno de ellos riendo:—Degenthal goza de este placer de un modo... fundamental.

—Vamos; he ahí otra exageración. Hace algunos días que ha emprendido un viaje por las orillas del Rhin; á no ser así, de seguro que estaría aquí, pues muchas veces ha preguntado por ti, Dahnow.

Dahnow respiró con más libertad. Desde su marcha, nada había sabido de Degenthal, y aunque entre jóvenes es común la pereza en escribirse, Dahnow sentía cierto presentimiento desagradable al oir las alusiones que acababan de hacerle. No preguntó pues nada más; pero al despedirse de sus amigos que le habían ofrecido una sencilla fiesta en celebración de su regreso, acompañóle un momento el westfaliano.

—Clemente—dijo después de una pausa—tú que eres íntimo de Degenthal y que vuestros padres habían estado muy relacionados, podrías decirle algo; pues si bien he interrumpido á nuestros camaradas, debo decirte que tampoco me gusta á mí el saber que siempre está en la quinta y ver que se ha retirado completamente de la sociedad.

—¿En qué quinta?—preguntó Dahnow.

—Pues, en la que vive la familia del director del Circo, y verdaderamente no es aquella una sociedad para él, aunque gasten lujo; la joven es muy bonita; he tenido ocasión de verla pasar varias veces á caballo, y verdaderamente sería lástima que Degenthal se dejara coger en sus redes.

—¡Ah! ¡bah!—contestó Dahnow:—¿no es más que esto? Hace mucho tiempo que conoce esta familia; creo que la joven por circunstancias casuales ha vivido algún tiempo con los Degenthal, pues la condesa conocía á su madre... Es una amistad de la infancia.

—Me haces gracia con tus amistades de la infancia. Cuando se pone el fuego en contacto de la estopa, se inflama—replicó el prudente westfaliano.—Lo que yo te digo, ha sucedido á personas más listas que Degenthal. Créeme, avísalo.

—¿Has ido tú también?

—No; aunque algunos de los nuestros van. Dícese que los Carsten son personas honradas y buenas; no quiero hablar mal de ellas, ni tampoco de la joven. Pero en nuestro país, á todos nos gusta permanecer en nuestra clase, y así no suceden tonterías. En cuanto á las visitas de Degenthal, no puede resultar nada bueno de ellas; sólo conseguirá hacerla y hacerse desgraciado.

El westfaliano no tenía la costumbre de hablar tanto tiempo, pero el entusiasmo de la conversación le había dado cierta elocuencia.

—¡Ah! ¡bah!—exclamó de nuevo Dahnow.—Vosotros los vestfalianos estáis siempre herméticamente encerrados en vuestro círculo, pero no puede exigirse lo mismo de todo el mundo.

—Pues hasta ahora no nos ha causado perjuicio alguno—murmuró el vestfaliano;—haz lo que quieras, pues yo ya te he advertido.

—Veremos—replicó con calma Dahnow.—Degenthal ya sabe lo que se hace.

El vestfaliano dió media vuelta y se marchó.

Sin embargo, Dahnow no estaba tan tranquilo como quería aparentar. «De todas maneras vigilaré al muchacho—se dijo,—pues en realidad posee las cualidades necesarias para hacer tonterías duraderas; es demasiado bueno para ser ligero, y demasiado entusiasta para ser siempre razonable.»

Costóle en un principio algún trabajo á Dahnow el vigilar á su amigo, pues no podía verlo. Cada vez que intentó penetrar en su habitación, obtuvo sólo la respuesta: «No está en casa.»—«Quizás se ha ido á viajar,» dijo el gordo para consolarse; pero á pesar de todo decidió convencerse por sí mismo, yendo á la quinta Carsten. La visita que hiciera, estaba plenamente justificada por sus relaciones anteriores con el director del Circo; así, pues, una tarde puso su plan en ejecución, y se dirigió hacia la quinta. Recibióle la directora con mucha amabilidad, y se informó muy afectuosamente de su país y de sus viajes. Como galante caballero, dejó pasar sin observación algunas equivocaciones geográficas de madama Emilia, y pronto encarriló la locuacidad de su interlocutora. Sin embargo, ésta se obstinó en hacerle toda clase de preguntas sin dejarse escudriñar por su parte. En vano los pequeños ojos grises de Dahnow habían inspeccionado las habitaciones hasta que, á través de los grandes cristales de la galería, divisó en el jardín dos formas humanas que se paseaban, pareciendo sumidas en una conversación profunda. La directora siguió su mirada y dijo:

—Á propósito, su amigo de usted está aquí, y sin duda estará muy contento de volverle á ver. Verdaderamente es un joven muy formal; yo, siempre huyo de las conversaciones que tiene con mi hija. ¿Quiere

usted que hagamos entrar á estos jóvenes eruditos—dijo con cierto aire de coquetería—ó bien les dejaremos entregados á su grave conversación?

Se conocía que no le hubiera disgustado haber continuado á solas con el barón; pero éste manifestó cortésmente el deseo de saludar á la señorita Nora, por lo que la directora se asomó á la ventana y llamó á los dos jóvenes. Ahora—se dijo ella—la conversación va á ser muy formal, y, por lo tanto, es ocasión de escaparse.

—Señor barón—dijo en alta voz—espero que tendremos el placer de ver á usted con frecuencia durante la temporada.

Y al decir esto, retiróse por una puerta mientras su hijastra entraba por otra.

La fisonomía de Degenthal expresó más bien la sorpresa que el placer, cuando se vió en frente de su amigo; pero Dahnow, distraído con Nora, no se apercibió de ello. La joven le saludó con mucha amabilidad. ¿Qué le había sucedido, pues, durante su ausencia? No era ya aquella joven erguida y fría que había clasificado entre las mujeres vulgares, sino que ahora se le aparecía bajo mejor aspecto. ¿Por qué? ¿Era un ligero vestido de verano el que le procuraba estas ventajas? ¿Procedía su prestigio de aquella masa de cabellos negros que dejaban libre la frente para caer en espesos bucles sobre su gracioso cuello? Cada línea de su actitud, cada pliegue de su vestido manifestaba el deseo de agradar. Sus ojos brillaban con tanta intensidad, su sonrisa era tan dulce, que Dahnow no se acordaba de haberse encontrado nunca frente á frente de una beldad tan encantadora.

—¿Por fin estás de vuelta?—dijo Degenthal, poniendo su mano sobre el hombro de su amigo.—¡Verdaderamente no hubiera adivinado el objeto con que nos llamaban!

—Por fin de vuelta...—repitió Dahnow—me parece, sin embargo, que estos tres meses te han parecido cortos... Es preciso confesar que no te has apercibido de mi ausencia... (y su mirada iba de su amigo á Nora, mirada maliciosa, que animaba su fisonomía á pesar de su silencio). ¿No has encontrado en tu casa una verdadera colección de mis tarjetas? Hace ocho días que en vano intento verte.

—¿Es cierto?—exclamó Degenthal, con aire distraído, pues parecía que toda su atención estaba fija en Nora, que entonces se dirigía á la ventana.—He estado ausente algunos días por negocios, y no sabía que tú estuvieses de vuelta.

—He tenido ocasión de observar que sabes pasar perfectamente sin mí y sin tener noticias mías, querido. ¿Qué es lo que han tramado ustedes todo el verano, señorita Nora, que pueda excusar el silencio de mi amigo? ¿Ó bien le han absorbido tanto sus estudios que también la ha descuidado á usted?

—¡Oh, no!—contestó calurosamente Nora—el conde Degenthal ha sido para nosotros un fiel amigo. Ha venido casi cada día, y no sé cómo hubiéramos pasado el tiempo sin su compañía...

Al decir esto, reparó que la mirada de Dahnow estaba fija en ella, y sin querer se ruborizó ligeramente.

—En este país tan bonito, el verano me ha pasado como un sueño—añadió echando atrás la cabeza.

—¿Por qué como un sueño?—preguntó con cierta impaciencia.

—Porque pronto vamos á abandonar este pabellón y entonces las cosas irán de otro modo—dijo en tono de disgusto.

Degenthal la miró con aire de interrogación, y parecía que tenía una pregunta en los labios. En cuanto á Dahnow, empezó á encontrarse incómodo, pues conocía que estaba de más en aquella sociedad de dos. Sin

embargo, Degenthal se levantó de repente con aire disgustado:

—Aún tendrás mucho que contarme sobre tu viaje, y por desgracia no puedo pasar más tiempo aquí... Señorita Nora, tenga usted la bondad de saludar en mi nombre á su señora madre... Dahnow, amigo mío, ya te volveré á ver sino hoy mismo, mañana; entonces me contarás todas tus aventuras.

Dahnow también se había levantado involuntariamente é iba precisamente á abrir la boca para decir á Degenthal que le acompañaría, pero este último tenía ya el sombrero en la mano. Durante un momento, la pequeña mano de Nora descansó en la suya...

—Puedo volver aún uno de estos días ¿no es verdad? Pues no creo que se marchen ustedes tan precipitadamente.

Y al decir esto desapareció, diciendo adios á Dahnow.

Éste se quedó un momento perplejo ante aquella desaparición súbita, pues se había propuesto aprovechar la ocasión para hablar con seriedad de lo que le preocupaba, y veía que le escapaba su amigo.

Los detalles de su viaje, del que aún no había dicho una palabra, parecía que tampoco interesaban á su linda interlocutora que, por el momento, estaba distraída, pues sus miradas estaban fijas en el jardín por donde había desaparecido Curt. Difícilmente hubiera podido adivinarse si era por inadvertencia que apretaba tan fuertemente contra sus labios el ramo de claveles rojos que había traído del jardín; se hubiera dicho que quería absorber todo el perfume. Clemente Dahnow hubiera debido ocuparse en cosas más serias, pero en aquel momento se limitaba á desear haber sido él el dador de aquel ramo que estaba en contacto directo con los rojos labios de la hermosa joven.

Dos horas después, Dahnow se paseaba aún, muy agitado, en su cuarto. Era un verdadero habitante del

Norte, y, por lo tanto, le gustaba concentrar dentro de cuatro paredes los pensamientos que le ocupaban; así como al meridional le gusta pasearlos al aire libre.



Además, los cuatro muros de Dahnow tenían todo el *confort* de que se rodea la gente del Norte, aun durante los años que pasan en la Universidad. Hasta entonces había hecho sus estudios muellemente tendido en una otomana y fumando un cigarro; pero en aquel momento toda su calma y su buen humor parecían haberle abandonado, y no sabía permanecer quieto á pesar del calor del día.

—Es preciso hacer algo—se decía constantemente; —esto no tiene sentido común; es imposible dejar desarrollar tales ideas en la cabeza de este muchacho;

no puede pensar en casarse con ella, y, sin embargo, tampoco puede hacerla desgraciada; merece una paliza este mozo que se lanza á tal aventura, pues es un insensato. Es preciso hacer algo...

Á pesar de repetir varias veces esta afirmación, no sabía qué hacerse, aunque siempre se acercaba á su pupitre como si fuera su centro de acción.

—Es preciso decírselo á su madre; es un deber de amigo, quizá podré remediarlo todo aún. He aquí lo que se saca—añadió con aire furioso—en dejar que las mujeres se mezclen en la educación de los muchachos, pues la primer mujer que se presenta hace de ellos lo que quiere.

Á pesar de todo, Dahnow no podía menos de reconocer que Nora era hermosa.

—Podría figurar entre las más bellas... En verdad que sería capaz de hacer perder la cabeza á un filósofo. Razón de más, pues no tiene ningún derecho de hacer desgraciada á esta joven, ya que su condición no le permita casarse con ella. Es absolutamente preciso que avise á su madre. Es para mí un deber de conciencia... Creo que lo mejor sería que ella lo llamara á pretexto de negocios, pues los entusiastas como él olvidan pronto. Su madre no me perdonaría nunca que yo, su amigo más íntimo, no la avisara. ¡La condesa madre política de la hija de un artista de circo!

El barón Dahnow se decidió por fin á sentarse á su mesa de escribir aunque exhalando un profundo suspiro. La pluma permaneció algún tiempo inmóvil entre sus dedos, pero por fin empezó á trazar sobre el papel unos caracteres finos y diminutos. En pocos instantes las carillas quedaron llenas.

Al concluir la última línea tiró la pluma como si le quemara los dedos, y exclamó:

—¡Diantre! ¡Esto es una denuncia! Pero una vez que estaba resuelto á hacerla, no debía quedarme en

mitad del camino, y además el otro interesado debe conocer también el punto en que están las cosas. La dulce esperanza que alimenta el joven conde y de la que al parecer participa la madrastra, debe ahogarse en su origen. Por otra parte, el padre me gustó mucho, y también él tiene el derecho de poner á su hija al abrigo de la dura experiencia.

Hechas estas reflexiones, cogió Dahnow la pluma para escribir una segunda carta, que le pareció tan difícil como la primera. Una vez hubo terminado su rudo trabajo, cerró sus cartas con una prisa que no era habitual en él, y las entregó á su criado con orden de llevarlas inmediatamente á su destino.

Sentóse entonces en el más cómodo de sus sillones, y encendió uno de sus mejores cigarros.

—Ó he de poder poco, ó mañana sonsaco á mi amigo y, después de hacerle confesar lo que le pasa, le digo lo que sobre ello pienso. He de meterlo en vereda.

Tal fué su última resolución aquel día.

Los propósitos que se hacen con referencia á otra persona, no se realizan siempre exactamente. El joven conde no se presentó al día siguiente, y como las cartas habían partido definitivamente para su destino, el ardiente celo de Dahnow se calmó un poco pensando que de todas maneras haría entrar en razón á su amigo.

Pasáronse algunos días, y Degenthal no se presentaba, por lo que Dahnow, algo inquieto, decidió filosóficamente que si la montaña no iba á Mahoma, Mahoma debía ir hacia la montaña. Dirigióse, pues, á la casa de su amigo, penetrando fácilmente, puesto que todas las puertas estaban abiertas. Degenthal estaba sentado delante de la ventana abierta, y con la cabeza apoyada en la mano como un hombre que domina alguna pena. Al oir ruido de pasos, volvióse y miró á

su amigo con aire de interrogación, pero de repente arrojóse en sus brazos.

—¡Ah! eres tú el primero que vienes á felicitarme, amigo mío! No quiero ocultarte nada, Clemente. Es mía. Me lo ha confesado; desde su niñez es mío su corazón. Soy muy feliz en haber salido por fin de dudas, y que todo esté arreglado.

—¿Qué es lo que está arreglado? ¿Entre quién? ¿Estás loco? ¿De qué declaración hablas?—pregunto Dahnow, separándose un poco de su amigo.

—Sí; estoy loco de felicidad—exclamó Curt, cuyos ojos brillaron como un relámpago.—¿De qué declaración hablo? Pero qué, ¿no has sospechado nada? ¿No te has apercibido de nada? Naturalmente, hablo de Nora. ¿Has visto nunca una criatura más adorable? ¿Conoces un sér más simpático, más encantador que ella? Y sin embargo es mía...

—¿Pero estás ciego y loco hasta el punto de no ver en qué mal paso te has metido?—dijo Dahnow.—¿Quieres que te diga lo que pienso? Pues no tienes derecho á buscar el amor de una joven que de ninguna manera puede ser tu esposa, siendo tú el conde Degenthal y ella la hija de un artista, de un director de circo. ¿Has perdido el sentido común?

Degenthal echó un paso atrás al oir aquellas palabras.

—¿No quieres dejarme ser feliz á lo menos una hora? —exclamó con amargura.—Sé todo lo que va á suceder, pero he querido á lo menos ser feliz durante un día... Hasta esta mañana no nos hemos explicado, y te aseguro que he pasado por una prueba penosa.

—Á lo menos has necesitado tiempo para cometer esta locura—murmuró Dahnow, dejándose caer en una silla.

Pero Degenthal al parecer no le oyó.

—Creía que eran otros sus deseos—dijo separando

los cabellos de su frente y volviendo á apoyarse en el borde de la ventana.—Creía que tenía otra vocación contra la cual no me hubiera atrevido á luchar...

Dahnow se sonreía con aire irónico.

—Sí; sobre todo en estos últimos tiempos en que parecía aislarse, y se me presentaba más fría, más reservada. Pero era sólo porque temía descubrir su amor—dijo con aire radiante.—El temor de que sintiera vocación para la vida religiosa me ha impulsado á hablarle, pues hacía tiempo que mi corazón reconocía que sólo Nora podía hacer mi felicidad; si este temor no me hubiese contenido, hace tiempo ya que hubiera tomado una resolución y hubiera ahorrado á Nora la amargura de la duda.

—En verdad que no te comprendo—contestó Dahnow impacientado.—¿Cómo puedes obrar de un modo tan contrario á tus principios?

—¡Principios!—exclamó Degenthal.—Hay una cosa que en todas épocas ha sido más fuerte que los principios, y es el amor, y cuando el amor no nos conduce ni al mal ni á la vulgaridad, no hay necesidad de luchar con nuestros principios. En esto se ve bien un designio de la Providencia, pues Nora me ha sido confiada cuando niña en el instante mismo en que quedaba huérfana; su madre me ha bendecido, y desde aquel instante me he creído responsable de ella y de su porvenir... Aquel momento fué también decisivo para su educación, pues no pertenece á la clase en que la casualidad la ha colocado. Tal como es ahora, es digna de la mejor posición. Te digo que lo tengo todo previsto. ¿Me tomas quizás por un tunante y crees que no tenía una idea fija cuando he procurado ganar un corazón?

—¿Y tu madre?—dijo lacónicamente Dahnow.

—Verdaderamente mi madre es el obstáculo más difícil de vencer, y por ella he luchado tanto tiempo

conmigo mismo; pero si bien hubiera podido sacrificarle mi felicidad, de ninguna manera quiero sacrificarle la de Nora. Cuando mi madre la haya visto y la conozca bien, se convencerá de que sólo es un nombre el que nos separa.

—Es probable que ella haya formado otros planes más conformes con vuestra posición social.

—No he de permitir que nadie disponga de mi porvenir—dijo secamente Degenthal.—Si mi madre no podía vencer todas las dificultades, entonces cedería mis derechos de progenitura á mi hermano, y me contentaré con un dote. Nora se merece esto y mucho más.

—Curt, por Dios, reflexiona lo que haces—exclamó Dahnow.—No cedas á un momento de entusiasmo y de pasión. Acepta un consejo razonable.

—Estoy dispuesto á escucharte, pues por más que creas lo contrario, estoy muy tranquilo—contestó Curt sentándose enfrente de su amigo.

Dahnow, que quería cumplir su deber hasta el fin y que había tenido tiempo para recobrar la calma, expuso á su amigo todo lo que humanamente puede decirse en tales circunstancias. Dijo todo lo que tenía que decir, y como no se acostumbra á decir, pues habló con sencillez y sin exageración; fué breve, á pesar de que dijo todo lo que había que decir. Y no obstante, sus consejos obtuvieron el resultado acostumbrado; cayeron como una gota de agua sobre un hierro ardiente, que hace cierta impresión, pero no apaga nada.

—Lo he previsto todo y venceré todos los obstáculos—fué la respuesta invariable de Degenthal, respuesta que se da siempre en tales casos.

—¿Cómo te arreglarás con su padre?—preguntó Dahnow.

—Como era natural, le he escrito en seguida; pues como puedes suponer, Nora no le hubiera callado este suceso.

—Lo ha previsto todo—se dijo Dahnow.

Pero se tranquilizó algo pensando que él, por su parte, ya había prevenido al director.

—Vamos—le dijo Degenthal—sé bueno y felicítame.

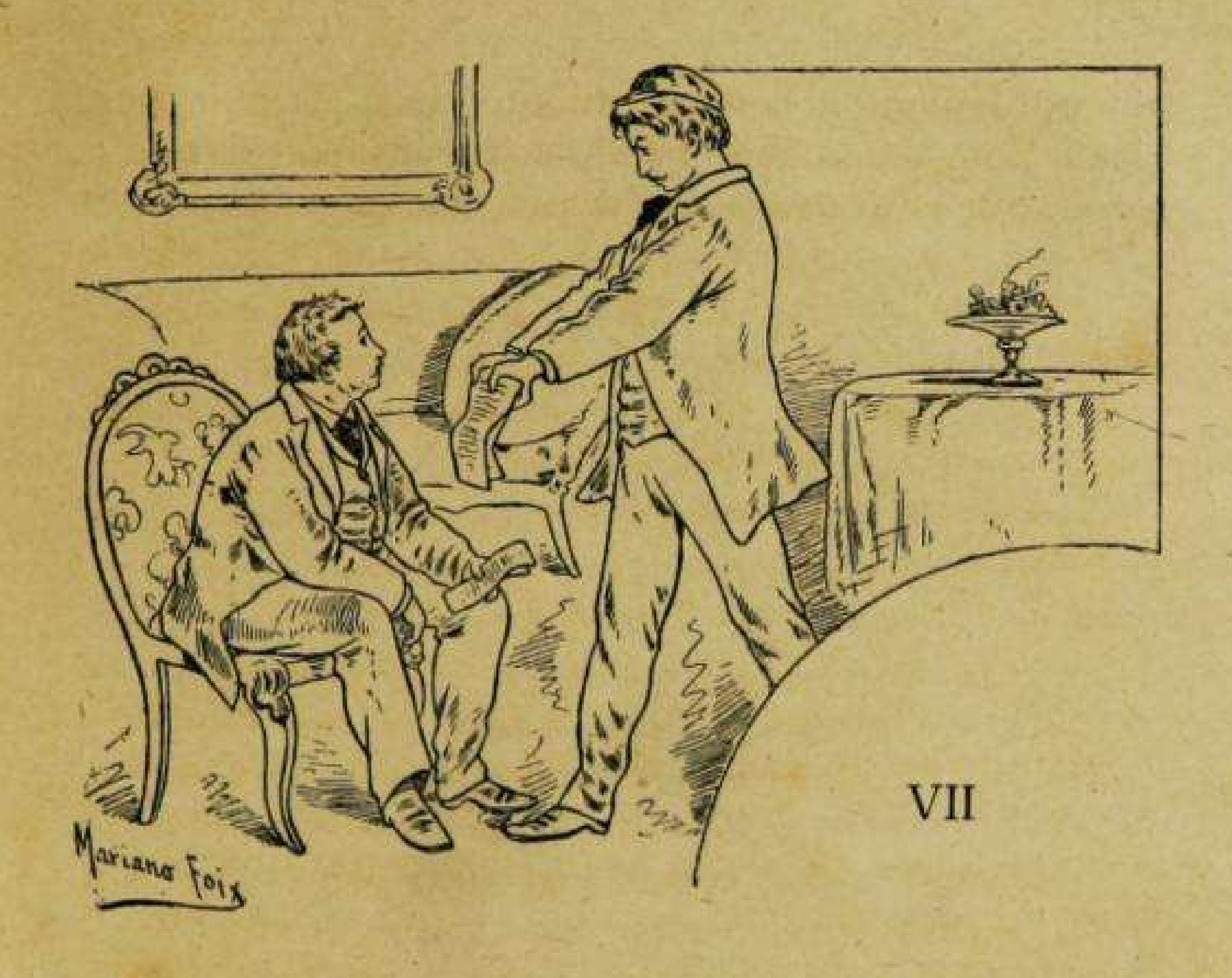
—No puedo felicitarte por tal locura—le dijo Dahnow con tono áspero—por más poética que quieres presentármela. Lleva á cabo lo que has determinado, pero no esperes nunca mi consentimiento.

Á pesar de la dureza de estas palabras, se dieron un cordial apretón de manos al separarse.

Dahnow era joven también, y si bien había calificado de tontería la resolución de su amigo, su imaginación le representaba aquel momento afortunado en que el hombre saborea la felicidad y lleva muy fácilmente el peso de la vida.

—¡Dichoso muchacho!—tenía intención de exclamar; pero en seguida pensaba:—¡Pero es una locura, una insensatez!... Bah, bah, que se arreglen como puedan, pues por mi parte no quiero mezclarme más en este asunto.





VII

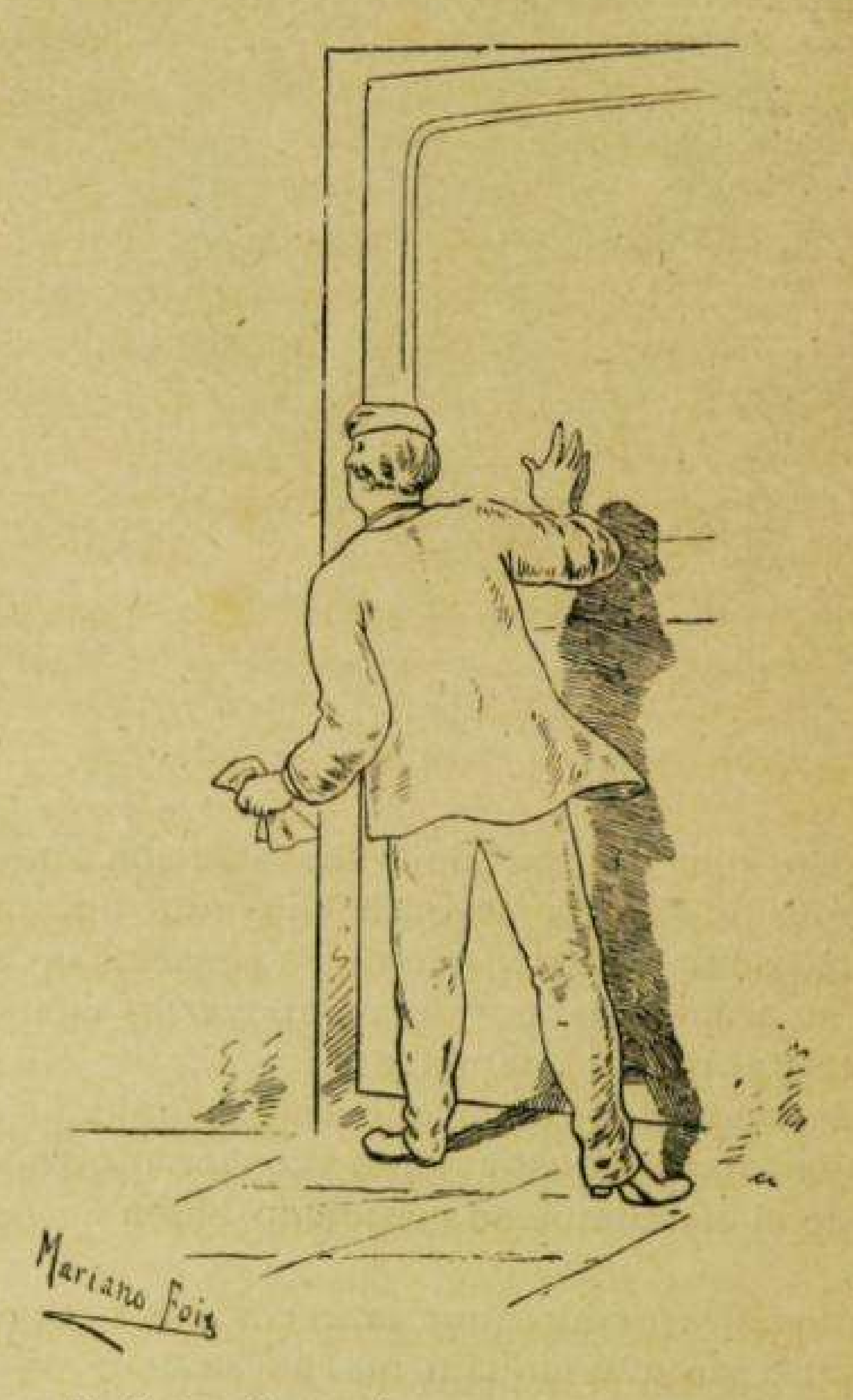
Pocos días después de la conversación que acabamos de relatar, Degenthal invadió una mañana el cuarto de dormir de Dahnow, á pesar de las protestas de su criado. Dahnow iba á apoyarlas cuando vió á Degenthal pálido y temblando.

—Lee esto—dijo con aire febril, y tendiendo á Dahnow una carta arrugada, cuyo exterior mostraba claramente el efecto que su contenido había hecho en el lector.

Dahnow leyó con calma la carta que acababan de entregarle y que tenía la firma de Carsten.

«Dándole á usted las gracias (decía), señor conde, por el honor que nos hace á nuestra hija y á mí por la petición que me hizo usted ayer, me veo en el sensible caso de responderle con una negativa formal. No dudo que la voluntad de usted sea hacerla feliz, pero nunca

obtendrá usted el consentimiento de su familia para esta unión, y poniéndome en su lugar debo darles la razón, pues nuestra respectiva situación en el mundo



es muy distinta. Por mi parte, tampoco consentiría nunca que mi hija se enlazase con una familia en la que no fuese bien recibida. Usted mismo, señor conde, en la agitación del primer momento no ha reflexionado en la importancia del paso que acaba de dar. Mi hija

comprende perfectamente lo fundado de mis razones, y no quiero hacerle á usted un cargo de haberle arrancado una promesa antes de saber mis intenciones sobre este asunto, pues no he de mostrarme demasiado rígido con los corazones jóvenes. No obstante, he de deplorar el no haber sabido hasta ahora lo que pasaba, y le ruego que respete usted mi resolución, y no procure apartar á mi hija de un sacrificio que ya le ha costado bastante hacer. No intente usted permanecer más tiempo en un país que, por nuestra parte, abandonaremos pronto.

»Algún día me dará usted las gracias por el disgusto que hoy voy á causarle. Mande usted, etc., etc.»

— He aquí un hombre razonable y sensato—dijo Dahnow desde el fondo de su alma.

Pero aún antes de que estas palabras salieran de sus labios, Degenthal las había adivinado; y echándole una mirada irritada, le dijo con ironía:

— Por supuesto que tú encuentras todo esto excelente, conforme con tu modo de pensar, y no consideras lo que esto puede costarnos á ambos. Es preciso que la hayan atormentado mucho para arrancarle tal decisión—exclamó dejándose caer en una silla y cubriéndose la cara con las manos.

Dahnow estaba conmovido.

—¡Pobre chico!—exclamó con tono compasivo tomándole una mano; pero interiormente pensaba:—¡Pobre muchacha!

— Lee esto también—díjole Degenthal, tendiéndole una segunda carta.

Una mano de mujer había trazado sobre el papel estas palabras:

«Era un bello sueño, pero irrealizable; es mejor que nos separemos. Adios; sea usted feliz y que Dios le acompañe. *Nora.*»

Dahnow suspiró, pues una voz interior le decía:

—Tú tienes en parte la culpa de lo que pasa, y quizás la causa única de este disgusto.

Durante algunos momentos, ambos amigos guardaron profundo silencio; pero cuanto más reflexionaba Dahnow, tanto más se decía:

—Bah, Nora es muy joven aún; pronto olvidará y otros la consolarán.

—Escucha—dijo al cabo de un buen rato Degenthal: —también he recibido otra noticia, y por esto te he venido á molestar. Podrías hacerme un gran favor: mi madre me escribió ayer que iba á venir y no he podido comprender cuándo, pues mis preocupaciones actuales me distraen demasiado; y como quizás tendré que marcharme, no podré recibirla. ¿Querrías hacerme el favor de ir á saludarla á la estación, ya que yo no podré ir?

Dahnow se vió obligado á leer la tercera misiva:

—Tu madre no viene aquí, no hace más que pasar, pues va al colegio de B... para recoger á tu prima; pero confía encontrarte en la estación, y que la acompañes á B...

—Me es imposible ahora—dijo Degenthal.

—Si tú rehusas este obsequio á tu madre, lo va á sentir mucho.

—¡Oh no!—replicó Degenthal—puesto que ya habrá recibido mi carta explicándoselo todo.

—No creo que tenga tiempo de haber recibido tu carta—dijo Dahnow, convencido de que la condesa se había puesto inmediatamente en camino después de haber recibido la suya, á fin de llevarse consigo á su hijo, y por lo tanto la de éste debía haberla encontrado ausente ya.—En todo caso, espero que no la contrariarás inútilmente, pues si antes no comprendía la absoluta dependencia con que estabas respecto de ella, tampoco puedo hacerme cargo de que ahora no respetes sus intenciones.

—Veremos—dijo Degenthal, que no quería decidirse de repente.—De todas maneras, procura estar en la estación y allí nos encontraremos si puedo ir.

Marchóse Degenthal, y Dahnow, después de haber metido su cabeza en un cubo de agua fría, se puso una bata y un fez y se preparaba á almorzar cuando se presentó un nuevo huésped en su habitación. El estudiante lo examinó con atención, y vió que era un hombre alto, delgado y cuyo traje negro dejaba adivinar que se trataba de un sacerdote.

—Soy el capellán L., el antiguo preceptor del conde Degenthal—dijo el extranjero.—Usted sin duda habrá oído pronunciar mi nombre por el conde Curt, de quien sé que es usted el mejor amigo, señor barón.

Dahnow había oído hablar á Curt con elogio de aquel digno sacerdote, y por lo tanto le recibió cordialmente.

—¿Usted adivinará sin duda el motivo que me obliga á venir á molestarle?—continuó diciendo el sacerdote.—En primer lugar, vengo á darle las gracias de parte de la condesa por el gran favor que les ha hecho á ella y á su hijo con su carta.

—No creo que él me diera las gracias si lo supiera—observó melancólicamente Dahnow.—Dudo si se obra bien al mezclarse en los asuntos de los demás, pues más fácilmente se les hace desgraciados que dichosos—añadió con aire preocupado.

—¿Cómo está el asunto?—preguntó el capellán sin pararse en la observación de Dahnow.

—Ni bien ni mal; esto depende de cómo se mira la cuestión.

Y entonces Dahnow contó los acontecimientos que habían sucedido poco antes.

—Naturalmente, mi amigo no piensa de ningún modo en abandonar la partida, y si la señora condesa cree obtener algo discutiendo con su hijo se engaña, pues entonces éste se escapará.

—¿Piensa usted que se trata de una intriga de familia, que desea apoderarse del joven conde? ¿Cuál es su opinión de usted acerca de la joven?—preguntó el sacerdote, deseoso de ver claro en el asunto.

—Con unos ojos como los suyos no se tiene necesidad de intrigar para apoderarse de sus adoradores—dijo Dahnow en el mismo tono áspero.—Le diré á usted con franqueza, señor capellán, si yo me hubiese enamorado de ella, creo que no la abandonaría por nada, pues es una joven ideal, tal como todos los hombres desearían encontrar una. Pero esto no es de su competencia—añadió sonriendo Dahnow, que había olvidado que se hallaba en presencia de un extraño. (Cuando Dahnow reía, su fisonomía era tan simpática que alejaba las impresiones desagradables.)

—Cuando niña, era ya muy linda y muy despejada—observó el eclesiástico, respondiendo á las ideas expresadas por Dahnow.—En atención á la última voluntad de su madre, me tomo gran interés por esta niña y sería para mí muy triste el pensar que la educación que con tanto trabajo le hemos dado, le sirviera sólo para hacerla más apta para una intriga, como supone la señora condesa.

—¿Y por qué ha de haber intriga? Las mujeres siempre quieren complicar las cosas. ¡Cree usted que estas cosas necesitan tanta preparación y rodeos? ¿Hay nada más natural que un joven se enamore de una mujer bella y graciosa? Si no fuese por la posición de su padre, creo que debería felicitarse á Curt por su elección y desearle un dichoso porvenir. Comprendo que todo esto disgusta á la condesa... Por mi parte, le aseguro á usted que no me mezclaré en el asunto.

El capellán miró con atención al joven y pareció haberse formado una opinión, pues una ligera sonrisa pasó por sus labios mientras Dahnow miraba por la

ventana y parecía completamente absorbido por sus pensamientos.

—Dada la situación actual, creo que, por el momento, nada tenemos que hacer, pues el padre ha cortado por lo sano impidiendo toda negociación ulterior. Es, pues, preferible dejar que las cosas sigan su curso natural. La señora condesa confía en que el conde Curt no permitirá que vaya sola á B..., instándole ella para que la acompañe. Por lo demás, otra sociedad y otras ocupaciones calmarán con el tiempo esta pasión y curarán su pena.

—¿Usted cree esto?—dijo Dahnow, volviéndose con aire incomodado.—Debe usted tener bien pobre idea del amor, ya que toma usted las cosas tan ligeramente.

—Usted mismo acaba de decir que esto no era de mi competencia—replicó inmediatamente el capellán sonriendo. — Sin embargo, conozco muchos ejemplos que podría citar en apoyo de mi opinión; pues ¿qué sería de nosotros si las impresiones de la juventud fuesen indestructibles? Usted mismo, señor barón, ¿no lo decía usted así en su carta á la condesa?

Dahnow se quedó callado, pues se encontró preso en sus propias redes, y el capellán sin darle tiempo de reflexionar, añadió:

—La señora condesa llegó anoche á C..., con el último tren, y esta mañana me ha enviado á fin de que me diese usted los datos más precisos sobre este asunto; esto debe servirme de excusa por haberle molestado tan temprano. La condesa espera tener una contestación al medio día, y me gustaría poderla tranquilizar por el momento. Esta tarde continuará su viaje y espera encontrar á su hijo en la estación.

—No se forme usted ilusiones sobre esto, pues, á pesar de que le he rogado mucho, no he podido obtener una respuesta afirmativa. En la actualidad es capaz de cualquier cosa. Permítame usted ahora que

le haga observar que ha salido usted de C... en el primer tren de hoy, habiendo llegado allí en el último de ayer, y que esta rapidez apenas le habrá dado tiempo para atender á las necesidades del cuerpo. Estoy persuadido de que ha almorzado usted muy poco: ¿me permite usted, pues, que le ofrezca un pequeño refrigerio?

El capellán encontró la proposición muy razonable y la aceptó.

La excitación del joven no parecía serle incomprensible, á pesar de que aquél hubiese dudado de su competencia.

Dahnow, que poseía una bodega y las echaba de inteligente en el arte culinario, hizo señal á su criado y pronto hubo improvisado un almuerzo.

Concluído éste, el capellán se despidió cordialmente del joven, quedando en que Dahnow iría á la estación.

Por la tarde, á la hora indicada, presentóse allí el barón, y en el mismo instante en que el tren llegaba, aparecía Curt en traje de viaje y con un reducido saco en la mano.

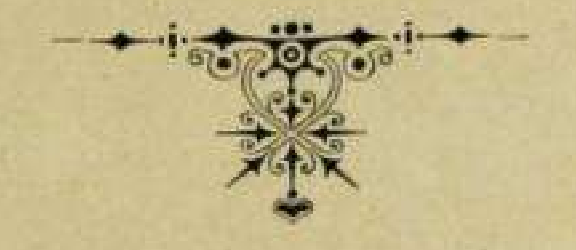
—Voy á acompañar á mi madre—díjole á Dahnow—pero regresaré pasado mañana y confío encontrarte aquí.

Entró en seguida en el coche, presentando á Dahnow á la condesa, quien le hizo un cordial recibimiento, y poco después partió el tren.

—Hasta pasado mañana—exclamó Curt desde la ventanilla, como si hubiera querido enterar á su madre, de un modo indirecto, de su resolución.

—La mamá tiene un aire muy decidido—se dijo Dahnow al regresar á la población.—No me gustaría partir peras con ella... Lo mejor sería que la primita fuese bella como un querubín, pues los soñadores como Curt son capaces de todo, á pesar de que el muchacho tiene más voluntad de lo que yo sospechaba.

¡Pobre Nora! Pero el capellán tiene razón; sería muy terrible que las impresiones de la juventud fuesen indestructibles—añadió Dahnow suspirando.—¡En fin! lo he puesto sano y salvo en manos de su madre. No quiero hacer ya nada más.





VIII

PUESTO en sus manos:» Dahnow había definido perfectamente el deseo de la condesa. Como todas las mujeres que toman la dirección de un asunto, la condesa atribuía todas las dificultades de la ocasión presente á la imprudencia de haber abandonado, aunque por poco tiempo, la dirección de la vida de su hijo.

Curt había sido enviado á la Universidad por consejo del capellán, que quería darle cierta independencia, y contra la voluntad de la condesa, quien al fin había cedido, pero ahora casi se alegraba de lo sucedido, puesto que era porque no se había seguido su opinión.

Al recibir la carta de Dahnow, decidió intervenir activa é inmediatamente, según era su costumbre en todo. Siguiendo el consejo del barón, determinó llevarse á su hijo, y para dar un pretexto á su viaje determinó sacar á su sobrina del colegio. En su interior pensaba que la joven animaría su casa, y que más

tarde encontraría ocasión de ir á la residencia á fin de distraer á su hijo.

No obstante, como era una mujer inteligente, durante el viaje nada dijo de sus proyectos; su sola preocupación era no perder de vista á su hijo, pues temia que se le escapara.

Al día siguiente de haber llegado al término de su viaje, rogó á Curt que le acompañara al colegio para sacar á la niña Lilly.

Aunque Curt no tenía muchos deseos de hacerlo, cedió, acompañándola hasta la puerta del convento, pensando en dejarla allí; pero su madre le pidió que entrara, que la superiora era amiga y parienta suya, y tenia deseos de presentarle á su hijo. Curt cedió de nuevo, y atravesando un patio entraron en el edificio principal. La religiosa portera les introdujo en un locutorio diciéndoles que iba á avisar á la superiora. La condesa se sentó en un sofá, y Curt examinó con aire distraído algunos cuadros que adornaban las paredes del cuarto. Madre é hijo tenían el corazón demasiado oprimido para entablar una conversación. Al poco rato, presentóse de nuevo la portera para anunciar que la superiora llegaría en seguida. Al salir del locutorio, álguien la detuvo en la puerta, y una voz débil pidió hablar con la superiora.

—No, señorita; no suba usted, pues la madre superiora va á venir aquí al momento, y si usted subía no la encontraría ya. Tenga usted la bondad de esperar un poco en el locutorio.

—Sólo quiero decirle una palabra—replicó la interlocutora, y se oyó el crugir de una falda—pero aquí hay otras personas—dijo echando una mirada al locutorio desde la puerta.

El conde Curt se había sobresaltado al oir aquella voz; y volviéndose precipitadamente, su mirada se encontró con la de la recién llegada.

—¡Nora, Nora!—exclamó precipitándose hacia ella —¡no quiero que te quedes aquí, no tienes ningún derecho á estar aquí! No dejaré que te sepultes en vida. Reclamaré ante todos los tribunales humanos contra esta violencia. Eres mía; tú misma me lo has dicho.

Al oir aquellos gritos, la condesa se levantó asustada, y volviéndose vió en el dintel de la puerta á una joven que su hijo tenía cogida apasionadamente por la mano; vió asimismo el movimiento que hizo la joven para arrancarse á aquella dulce presión y huir de la habitación; pero sus fuerzas le abandonaron y cayó desvanecida al pié de la puerta. Curt la tomó en brazos:

—Vaya usted en seguida á avisar á la superiora—dijo á la portera, asustada por aquella escena;—vaya usted aprisa y tráigame usted algo para reanimar á esta joven, pues ya ve usted que se ha desmayado. Es mi prometida y tengo derecho á asistirla.

Cogió entonces á Nora y la transportó al sofá, que su madre abandonó instintivamente. La religiosa desapareció. Una escena de tal naturaleza nunca se había visto dentro del convento, pero la religiosa comprendió con su corazón de mujer á aquellos novios y los compadeció sinceramente.

Curt se había arrodillado á los piés de Nora y la llamaba con los nombres más tiernos, suplicándole que le dijera por qué le había abandonado. Al poco rato abriéronse los ojos de la joven, recobrando poco á poco las fuerzas.

—Curt...—exclamó con tierna voz, reflejo de los sentimientos de su alma; pero de repente levantó la cabeza, pues había visto que la madre miraba á su hijo con ojos de desesperación. Curt volvióse también:

—Madre—dijo—aquí está Nora que me había sido arrebatada. Tú misma has hecho que la encontrara.

Difícilmente hubieras podido figurártela tal cual es; así Dios ha querido que la encontraras aquí para que pudieras ver que es digna de ti. Te había escrito una carta contándotelo todo, pero ahora sólo nos resta pedir tu bendición.

—Recibí tu carta—dijo fríamente la condesa—pero hay locuras que no merecen contestación.

—Madre—exclamó Curt con viveza—esta locura, como tú la llamas, es la única alegría de mi vida, y lo daría todo para obtener tal felicidad.

—Basta ya de este asunto; no me gusta discutir negocios de familia delante de personas extrañas.

Y al decir esto, volvióse la condesa, pues la superiora acababa de entrar en el locutorio y contemplaba con aire sorprendido aquel grupo. Apenas Nora la hubo apercibido, cuando se levantó y arrojóse llorando en sus brazos.

—¿Qué tienes, hija mía?—dijo la religiosa con dulzura.

Curt tomó la palabra, dominado de fuerte emoción.

—Madre superiora—dijo—esta joven está aquí contra su voluntad, y aunque hubiese venido voluntariamente, no debe usted creerla ni aceptar sus votos, pues la han hecho presión para que viniera. No es esta su vocación; ella misma me ha dicho que su corazón me pertenecía, y me ha dado su palabra. ¡Nora, es imposible que niegues esto!

—¿Quién habla de retenerla, de votos y de vocación? —dijo la religiosa con tranquilidad.—Esta joven ha venido aquí con su padre porque durante diez años se ha educado en este colegio; sólo ha venido por algunos días y tiene intención de partir mañana.

—¡No, Nora; no quiero que te vayas; es imposible que me seas infiel! ¡Tan poco puede resistir tu amor! ¡Es tan débil que no puede esperar un poco!—dijo Curt casi fuera de sí.

—Señor conde—observó la religiosa con severidad—mientras esta joven esté aquí, no puedo tolerar que use usted semejante lenguaje con ella; no sé hasta qué punto tiene usted derecho para hablar de esta manera, y no debo juzgar los motivos que han sido causa de su separación. Esto debe usted arreglarlo con el padre de la joven, y con su familia de usted—dijo mirando con intención á la condesa, que se hallaba en frente de ella con aire desconsolado.—Nora, hija mía—añadió—creo que harás bien en subir arriba si te hallas con fuerzas para ello.

Nora obedeció, pero antes de marcharse se paró un momento y volviéndose:

—Señora condesa—dijo con voz afectada—nunca hubiera creído que fuera tan doloroso el volvernos á ver. Usted que ha sido tan buena para la madre moribunda, no sea usted dura para la hija que toda la vida le guardará á usted un eterno reconocimiento. Me es muy penoso el ser para usted causa de disgusto.

La condesa se hallaba demasiado agitada y desesperada para entender una sola palabra de lo que Nora le había dicho, y replicó fríamente:

—Ha cogido usted tan bien á mi hijo en sus redes, que poco le importará saber si este asunto me aflige ó no.

Nora se irguió con dignidad.

—Él es quien me ha buscado, y si hoy nos hemos vuelto á ver ha sido contra mi voluntad. Es completamente libre—dijo fríamente y con un tono que obligó á la condesa á levantar la cabeza, pues ante su actitud seria y altiva y ante su mirada, comprendió la locura de su hijo.

—Madre—dijo éste completamente fuera de sí—por piedad no te opongas á nuestra felicidad, pues así como sé suplicar, también sabré obrar... Nora, una palabra.

Y quiso precipitarse hacia ella, pero la religiosa se lo impidió.

—Vaya usted á hablar con su padre, ó hable usted con ella en su presencia; por mi parte, no puedo permitirle una palabra más—dijo la superiora con tono resuelto.—Según tengo entendido, el señor Carsten está alojado en el hotel P...

Curt interrogó con la mirada la dulce fisonomía de la religiosa; su corazón la consideraba como una aliada:

—¡Si es usted la amiga maternal de quien Nora me ha hablado tantas veces, haga usted el favor de decirle á mi madre que es una hija digna de ella!

—En verdad, posee todas las cualidades de corazón y de talento que exige una posición de esta naturaleza—contestó la superiora;—pero en la vida hay circunstancias contra las que el hombre no debería luchar nunca, pues lo siente más ó menos tarde. Hubiera sido mejor que no se hubiesen ustedes vuelto á ver.

—Pero es la Providencia la que lo ha querido—dijo por tercera vez Curt.

—Con facilidad calificamos de providencial lo que nos es agradable, mientras que, por regla general, sólo es una prueba—contestó la religiosa con calma.

—No puedo permanecer aquí más tiempo—dijo la condesa con violencia.—Que me busquen un coche para irme.

La religiosa fué á llamar, pero Curt se ofreció para ir á buscar un coche.

Apenas hubo salido de la habitación, cuando la condesa se dejó caer en el sofá, con desaliento.

—Clotilde—dijo la superiora hablándole con el mismo cariño que en su juventud.—Clotilde, comprendo perfectamente tu aflicción, pero para consolarte debo decirte que tu hijo ha hecho una elección digna de él. He educado á Nora desde la más tierna infancia, y sabe Dios que si la joven hubiese nacido en otra posición, nunca hubiera podido escoger mejor. Ya sé que es

contra tus principios, como es opuesto á los míos, el admitir un elemento extraño en la familia, pues raras veces da buenos resultados; pero existen excepciones, y dados el carácter de Nora y de tu hijo, hemos de creer que no se trata de una pasión pasajera sino de una de aquellas inclinaciones puras y profundas, que sólo nacen en corazones jóvenes y no corrompidos. Precisamente la diferencia de posición es la que ha aumentado y robustecido su mutua inclinación, puesto que tu hijo ha luchado mucho antes de saltar un abismo que veía tan bien como tú. Querer romper un amor real y verdadero sin causa muy grave, es muy peligroso, pues los corazones jóvenes se preocupan muy poco de los principios.

—Nunca cambiaré de modo de pensar—dijo la condesa con firmeza—y menos aún tratándose de una locura estúpida ó de una intriga indigna; el obrar así es mi deber.

—Los deberes que nos creamos nosotros mismos nos parecen siempre los más importantes, y la felicidad de los demás no está siempre acorde con nuestros propios deseos. Clotilde, no seas cruel, pues podrías perder un hijo en vez de ganar una hija.

—No hablemos más de este asunto—interrumpió con impaciencia la condesa;—nunca dejo que se influya en mis resoluciones. Por otra parte, deseo que mi sobrina no sepa nada de esto, pues es demasiado joven. Esta tarde enviaré á mi capellán para que se la lleve, pues yo me encuentro demasiada afectada para hacerlo. No le digas que he venido.

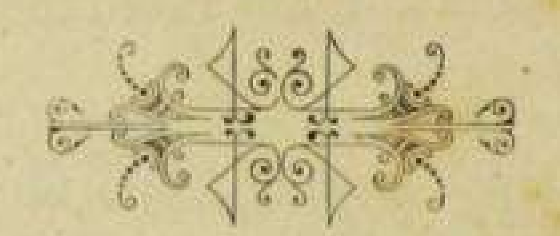
La superiora se lo prometió, y en aquel momento Curt entró para anunciar que el coche esperaba á la puerta, y si bien su madre no aceptó su brazo para ir hasta el carruaje, el conde subió con ella. La madre y el hijo permanecieron silenciosos hasta que llegaron al hotel. Curt ayudó á su madre á bajar, pero no la

acompañó, sino que dando una nueva dirección al cochero, entró otra vez en el coche que inmediatamente se puso en marcha.

—¿Á dónde ha ido el conde?—preguntó la condesa al criado que estaba á su lado.

—Al hotel P...—fué la contestación.

La condesa suspiró, pues había comprendido á qué iba su hijo.





IX

Después de la escena de la mañana, Nora se había encerrado en su cuarto, que era precisamente el mismo que ocupaba cuando colegiala, y se hallaba entregada á sus pensamientos.

Las palabras de la condesa le recordaban lo que le

había dicho su padre al querer decidirla á romper con Curt:

—Creerán que lo hemos atraído por medios indignos, que lo tienes atado con tu belleza, y que quieres aprovecharte de su juventud y de su inexperiencia para hacerte una posición, y se sospechará que hemos aprovechado un momento de distracción del conde para arrancarle su palabra de honor...

Al oirle, la joven suplicó á su padre que le escribiera desengañándolo, y añadió:

—Partamos en seguida, padre, pues no quiero verle más. Envíame lejos, al país de mi madre, al otro lado del Océano, á fin de que no pueda creer que he querido apoderarme de él.

El director también estaba convencido de que lo mejor era marcharse del país; pero, para que la marcha no fuera demasiado repentina, había propuesto á Nora el pasar unos días en el colegio donde había sido educada, proposición que Nora aceptó con placer.

La superiora recibió á su antigua discípula con gran alegría; y sintiendo el triste desenlace que ya había previsto, aprobó á Nora que fuera á visitar á los parientes de su madre; pero el director no consentía en aquella separación, y este fué el motivo de que se encontraran los dos amantes; pues si hubieran pasado algunos días más, quizás se hubieran visto separados para siempre.

Nora, que estaba ya resignada, al oir lo que le dijo Curt sintióse de nuevo agitada, y ahora, en la soledad, no podía menos de pensar en sus palabras: «¿Tan poco vale tu amor que no puede resistir el menor obstáculo?»

—¿Qué haré?—se dijo.—Voy á renunciar á su amor y huir de él, ó bien luchar á su lado?

Había pasado ya el medio-día, y Nora, que no había querido bajar á comer cuando se lo advirtieron, se

vió interrumpida en sus reflexiones por la voz de una monja que le anunció haberse recibido una carta para ella. Mil emociones agitaron su corazón al cogerla, pero el sobre estaba escrito por una mano desconocida.

Al abrirla, vió en seguida que era de la madre de Curt.

La condesa, como lo hemos hecho notar, era una de aquellas naturalezas superiores que obran en seguida: la rapidez en la acción les hace más soportable el dolor. Al volver á la fonda, lo primero que se le ocurrió fué preguntarse lo que debía hacer. Estaba convencida de que su hijo no escucharía sus consejos en aquella ocasión, pero recordaba el retrato que su amiga le había hecho de la joven, y se dijo que si era noble y bien educada, no debía desear formar parte de una familia que la rechazaba, y debía estar dispuesta á sacrificar su amor á la felicidad de Curt. Decidióse, pues, la condesa á escribir á Nora, haciendo un llamamiento á su corazón, á su dignidad y á su buen juicio.

He aquí lo que leía Nora con los ojos encendidos:

«No me arrebate usted á mi hijo, no se interponga entre la madre y el hijo, cosa que haría usted si él no respetase mi voluntad; y aunque mi autoridad fuera suficiente para impedirle contraer una unión imposible, sería usted un instrumento de división, pues él no me lo perdonaría nunca. Me han dicho que tiene usted un corazón noble y generoso; reflexione usted, pues, y se convencerá de que esta unión no puede hacer la felicidad de mi hijo. Las mujeres somos capaces de todos los sacrificios, y si él oye de su boca de usted que su amor no *quiere* romper los obstáculos que los separan, entonces se calmarán su corazón y su amor propio, que están atados por un sentimiento de honor. Si me atiende usted, mi respeto y mi gratitud serán ilimitados.»

Sería difícil explicar por qué la condesa, que no que-

ría sacrificar nada por su parte, exigía un sacrificio tan inmenso de Nora. Esta leyó dos veces la carta, y al hacerse cargo de lo que exigía de ella la condesa, se levantó bruscamente, y despertándose en ella la naturaleza apasionada de su padre, cogió la pluma y escribió á la condesa:

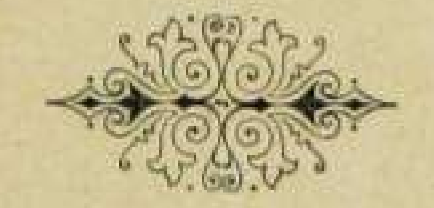
«Su hijo de usted es libre hoy como lo era ayer. Mi padre ha sido el que ha rehusado dar su consentimiento, y yo obedeceré siempre á mi padre. No diré una palabra, ni daré un paso para llamar á su hijo; por el contrario, seguiré huyendo de él como hasta aquí. Pero no faltaré á la verdad, y sería una mentira el retirar la promesa que le hice de quererle siempre. No quiero separarme de él con la mentira en los labios; la mentira no ha calmado nunca ningún dolor ni ha sido causa de felicidad. Hágase la voluntad de Dios, pero mi amor es bastante fuerte para esperar y perseverar.»

Esta carta fué entregada inmediatamente á la persona que aguardaba la contestación, y Nora volvió á sumergirse en sus pensamientos, hasta que su fiel amiga vino á sacarla de aquel estado.

La madre Sibila tomó entre sus manos la cabeza ardorosa de la joven, y con su tranquila mirada fija en sus ojos brillantes y calenturientos, escuchó las explicaciones de Nora.

—¿Si has obrado bien ó mal? Niña, el amor terrenal no es ni una virtud ni un vicio. Ningún deber te obligaba á hacer el sacrificio que quería imponerte; pero ten presente una cosa: que no hay nada grandioso ni extraordinario en lucha de un amor mundano, pues esto lo han hecho las personas más débiles. El amor es la flor más bella que Dios ha puesto en el camino de la vida; pero para aspirar su perfume es preciso rozarse con las espinas que á veces son muy dolorosas para el corazón humano. Quizá Dios ha permitido esto

para ponerte en guardia contra otros escollos y otros hechos—dijo la religiosa.—Por segunda vez has escogido la lucha en vez de la paz y el descanso; Dios quiera que todo concluya bien, hija mía.





X

CUANDO la condesa recibió la carta de Nora, sonrióse: «Ya me lo pensaba», fueron las únicas palabras que pronunció. También ella permaneció muchas horas sola, pues su hijo no había vuelto, y había mandado al capellán al convento no sólo para ir á buscar á Lilly, sino también para que viera las curiosidades de la ciudad, pues la condesa, después de lo sucedido, no se hallaba en disposición de conversar con su sobrina.

Las horas que pasó sola no fueron inútiles para ella, pues reflexionó que valía más no oponerse absolutamente, á fin de que su hijo no tomara resoluciones extremas.

—Es preciso que se deje un juguete á los niños, pues de lo contrario se vuelven insoportables.

Á la hora de la comida, presentóse el capellán con Lilly. La condesa la examinó con atención, pues hacía largo tiempo que no la había visto; pero su fisonomía era poco agradable y poco expresiva, y la condesa se volvió impaciente, pues otro de sus cálculos había salido fallido. Involuntariamente comparóla con la figura imponente de Nora, y no pudo menos de exhalar un suspiro.

Precisamente en el momento en que iban á sentarse á la mesa, presentóse Curt, con aire sofocado y cansado, pero algo más tranquilo también. La recepción que le hizo su madre fué fría y silenciosa, á pesar de que él le cogió la mano con cierto calor y se la besó. Durante la comida, buscó con frecuencia la mirada de su madre, como esperando ocasión oportuna para hablarle, pero la condesa no quiso prestarse á ello, y, apenas hubo concluído la comida, retiróse llevándose consigo al capellán. Curt se quedó un momento vacilando sobre si seguiría ó no á su madre, pero por fin se decidió á retirarse; y, después de haber deseado «buenas noches á su prima», se fué también á su cuarto.

Al día siguiente temprano, paróse un coche ante el hotel P... y bajó de él el capellán, quien hizo que avisaran su presencia al director Carsten. El director estaba escribiendo cuando le fué anunciado el huésped, y en seguida lo abandonó todo para ir á su encuentro. Al cabo de doce años, volvían á encontrarse frente á frente aquellos dos hombres. El artista de circo estrechó la mano del sacerdote.

—Los años no pasan para usted, señor capellán—dijo Carsten con sorpresa.

Y efectivamente, la tranquilidad y la paz de su espíritu le rejuvenecían tanto, como la seriedad de su profesión le hacía aparecer más viejo anteriormente.

—Viene usted como embajador—dijo el director riendo;—el encuentro casual ha renovado un proceso que yo creía haber terminado felizmente. Dígale usted á la condesa que no fué mi deseo ni mi voluntad, y que de seguro no lo ha sentido tanto ella como yo. Debí haber sido más precavido, pero la educación que dimos á la niña no podía producir otra cosa... Siempre se sentirá atraída hacia aquellas clases, pero yo consideré que el abismo era demasiado profundo para que se pudiera pensar en salvarlo.

—Vengo como mediador—dijo el capellán.—¿El conde Curt estuvo aquí ayer?

—Varias veces, puesto que al principio no me encontró en casa. Repitióme su demanda, y yo le dí la misma contestación. El joven conde ha defendido con entusiasmo su causa y creo en la nobleza de sus propósitos, en la profundidad de sus sentimientos, como en los de mi hija; verdaderamente, es duro deber destruir las esperanzas de estos dos jóvenes. Nora tiene la naturaleza de su madre y sabe querer; indudablemente será muy desgraciada, y es mi hija única.

Y al decir esto empezó á pasear con cierta agitación, parándose de repente ante el capellán:

—El orgullo es una cosa especial; pero usted bajo su punto de vista dirá que nos debemos inclinar ante él. Se lo repito, es mi única hija, y Dios sabe que haría todo lo que estuviera en mi mano para hacerla feliz. ¿Cree usted que la condesa se prestaría á un arreglo?

—Precisamente yo vengo con proposiciones—dijo el capellán.—También la condesa ha reflexionado que quizás no era factible el ir contra la corriente, y estoy

comisionado para ver si usted y su hija aceptan las condiciones con las que la condesa daría su consentimiento.

—Veamos—dijo el director, dejándose caer en una silla;—hable usted. Precisamente estaba yo escribiendo las mías—añadió poniendo su mano sobre una hoja de papel escrita que se hallaba encima de la mesa.

—La condesa no negará su consentimiento si los jóvenes prueban, durante dos años, la fidelidad en sus resoluciones, y desea que durante este tiempo ni se vean ni estén en relaciones epistolares sino en casos excepcionales. Hasta el término de este plazo, sus relaciones deben ser un secreto para todo el mundo. Si los jóvenes observan rigurosamente estas condiciones, la condesa se considerará ligada por su palabra, y recibirá como hija á la señorita Nora; pero si se falta en algo á estas condiciones, se considerará perfectamente libre.

El director había escuchado sin interrumpir; pero cuando el capellán concluyó, dijo después de unos minutos de silencio:

—La condesa espera que con el transcurso del tiempo cambiará el estado de las cosas, y quizás yo pienso lo mismo al aceptar tales condiciones. Verdaderamente los jóvenes deben sujetarse á una prueba, y esta no es exagerada para una elección tan extraordinaria. Tenga usted la bondad de decir á la condesa que comprendo sus intenciones y participo de sus esperanzas.

De repente levantóse y repitió su paseo.

—Quiero ayudar á los jóvenes, y salvar una dificultad que existe, aunque la condesa no me habla de ella. Sé cuál es la situación del joven conde y cuántos inconvenientes tiene para él el no casarse con su prima. Pero mi hija puede indemnizarle de los perjuicios que esto le ocasione. Dígale usted, pues, á la condesa que mi hija no necesitaba pescar á un conde, pues muchos

se darían por muy satisfechos con alcanzarla. Este es su dote el día que se case.

Y al decir esto, volvía á indicar el papel que había escrito.

Sorprendido por lo subido de la cantidad, echó el capellán un paso atrás, y el director le dijo riendo:

— El capital de mi primera mujer se ha cuadruplicado, y la mitad de lo adquirido pertenece á Nora. La condesa puede enterarse en las casas donde tengo depositados mis intereses. Pero como sé que no basta un puente dorado para salvar las distancias, dígale usted además á la condesa, que mi hija tiene derecho de llevar otro nombre que el que yo uso, y es quizás demasiado conocido. Puede volver á tomar el nombre de su abuelo, que pertenecía á la antigua nobleza francesa, como lo prueban los papeles que tengo á su disposición. Así quedará completamente separada de mí; pero su pobre madre también se desprendió de todo para seguirme, y no puedo echárselo en cara á mi hija.

El capellán le tendió las manos diciendo:

— Mucho hace usted para facilitar el asunto, y crea usted que, tanto la condesa como el conde Curt, agradecerán sus esfuerzos.

Despidióse el capellán, y aunque sorprendido de lo mucho que había hecho Carsten, parecióle que no lo encontraba á la misma altura que cuando se vieron por primera vez.

— Ningún hombre puede escapar á la influencia de los elementos que le rodean—pensó.—Dios haga que la pobre joven encuentre pronto el puerto donde refugiarse.

Curt había pasado una mala noche, pues no pudo realizar su deseo de suplicar nuevamente el consentimiento á su madre; por fin á la excitación siguióse un sueño pesado, y cuando el conde dispertó, hallóse con

la sorprendente noticia de que su madre y su prima habían partido ya.

La explicación diósela el capellán, quien al mismo tiempo le habló de la resolución de la condesa y de las condiciones que imponía; Curt no quedó muy satisfecho, pues comprendió que se le concedía como se da un juguete á un niño que lo exige con tenacidad.

Por la tarde fué á ver al director para cambiar su palabra con la de Nora, y en la antesala encontró algunos hombres estrafalariamente vestidos, que ofrecían sus servicios al director. Uno de ellos, despedíase en aquel momento del señor Carsten, y Curt tuvo ocasión de oir cómo el director aseguraba que tenía un gran placer en tenerlo en la compañía.

Los ojos penetrantes de aquel hombre, cuya fisonomía era bella á pesar de que no podía negar su origen semítico, se fijaron investigadores en el joven conde, temiendo quizás que fuera álguien que quisiera contratarse; pero la mirada orgullosa y fría de Curt, y el recibimiento ceremonioso que le hizo el director, parecieron tranquilizarle.

El director llevó á Curt á otra habitación, y se disculpó por haberle hecho esperar.

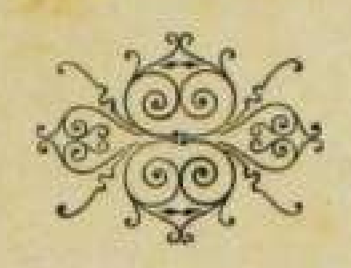
Inclinóse Curt, pero por primera vez se le presentó claro de qué sociedad iba á sacar á Nora, y tomó la resolución de no dejar que pasara allí los dos años.

En aquel momento presentóse Nora, quien apenas había podido convencerse del cambio inesperado de las cosas, y aceptó los dos años de prueba. «Aunque hubiesen sido veinte», dijeron su boca y sus ojos al mismo tiempo. Dos años son muy poco cuando tenemos delante toda la vida.

Después de un rato de conversación, en que ambos amantes olvidaron todas sus preocupaciones, despidióse Curt, pero prometiendo volver, puesto que quería pasar tres días al lado de su prometida antes de

empezar el período de prueba, que iba pasar al lado de su madre, para ver de reconquistar su corazón é inclinarla favorablemente hacia Nora.

Por lo que se refiere á ésta, hubiera querido separarla inmediatamente de su padre, pero el amor filial de Nora se oponía á esta resolución. El director fué quien se encargó de arreglar este asunto. Hacía ya largo tiempo que deseaba tener una residencia fija en algún punto, principalmente entonces que su mujer iba á verse con nuevos deberes. Pensó, pues, en comprar una quinta en los alrededores de alguna ciudad bonita, y allí podía estarse Nora bien con su madrastra, bien con una aya, si la primera quería volver á acompañar á su marido. Esta proposición fué aceptada unánimemente, y los amantes se separaron llenos de esperanzas.





XI

ALGUNOS meses después, la condesa y su familia fijaron su residencia en la capital. Era la primera vez que, desde que había enviudado, consentía en abandonar la vida tranquila del campo. El mundo se explicaba aquel paso por la presencia de Lilly, que debía hacer su entrada en el mundo, y por la resolución de Curt de seguir la carrera diplomática.

Verdaderamente la condesa había decidido á su hijo á que siguiera aquella carrera á fin de obligarle á residir en la capital, y Curt, por su parte, se avino á ello con la esperanza de ser enviado á algún punto en el extranjero donde pasaría el tiempo de prueba.

El salón de la condesa fué pronto muy celebrado, pues el brillo de su nombre antiguo y sus numerosas relaciones ejercían una atracción aumentada por la presencia de una heredera joven y bonita, y del heredero de un mayorazgo que, según las ideas admitidas, debía casarse pronto.

Los últimos días de carnaval dió la condesa una reunión á la que asistió toda la *high life*. El conde Curt hacía los honores al lado de su madre con la amabilidad que le era natural, pero al mismo tiempo con la calma que se experimenta cuando se halla ante un público que nos es indiferente.

—¡Qué caballero más distinguido es su hijo de usted, condesa!—dijo un anciano, antiguo diplomático y al mismo tiempo autoridad en los asuntos mundanos; —en verdad que este joven se distingue por sus maneras, su inteligencia y su aire elegante; debe ser el orgullo de una madre...

Inclinóse la condesa, lisonjeada con el cumplido; pero la expresión de su fisonomía demostraba que no estaba conforme con las últimas palabras de su interlocutor.

El diplomático notó aquella expresión; pues era hombre hábil, perspicaz y curioso, que le gustaba enterarse de todo.

—Su hijo de usted nos abandona pronto—dijo fijando una mirada investigadora en la condesa—y de seguro que todas estas damas lo sentirán, á pesar de que les ha opuesto un corazón de mármol; ninguna puede alabarse de haberle conquistado.

—Es aún muy joven para casarse—replicó la con-

desa con tono indiferente ;—pero ya que está usted al corriente de todo, ¿ no podria usted decirme á dónde piensan mandar á mi hijo ?

Estas últimas palabras fueron dichas con tono de inquietud.

—Es un secreto diplomático—dijo el anciano riendo; —por lo demás, temería darle una mala noche, pues las mamás no gustan oir hablar de separación.

—Vamos, digamelo usted—dijo con cierta impaciencia la condesa. — ¿ Es quizás á la Alemania del Norte ?

—Precisamente al extremo opuesto, á Turquía. Sin embargo, cualquiera señora amable puede usar su influencia para hacer cambiar este destino, pues los agregados no son personajes tan importantes que dependa de ellos la salvación del Estado...

—¿ Y por qué ?—contestó rápidamente la condesa—precisamente el ministro nuestro allí, el barón X, es muy amigo de la familia.

Levantóse entonces la condesa para saludar á algunos recién llegados, y el anciano la miró y murmuró entre dientes :

—Una verdadera Semíramis. Pero quisiera saber por qué desea enviar tan lejos á su primogénito. ¡Oh, las mujeres, las mujeres !

En aquel momento presentóse en los salones el barón Dahnow, que acababa de llegar á la capital, y se había visto sorprendido por una invitación amable de la condesa. Curt abandonó precipitadamente á su prima con quien estaba bailando, y fué á su encuentro.

—Me parece que no eres muy amable con tu prima —dijo Dahnow mientras Curt le conducía á una habitación inmediata.—¿No estabas bailando con ella cuando llegué ?

—¡Ah, bah ! entre parientes no hay necesidad de cumplidos. Pero díme, Dahnow, ¿ cómo es que llegas precisamente á fines del carnaval ?

—He querido hacer un corto viaje antes de ponerme á estudiar para examinarme. Me parece que, con el tiempo, tu prima será muy bonita, pues tiene unas facciones muy expresivas.

—¿Te parece? Es muy posible, pero pertenece á aquella categoría de mujeres que no existen para mí.

—En cambio tú existes para ella, pues he visto la expresión de tristeza que tenía su fisonomía cuando la has abandonado bruscamente.

—Tonterías que le han metido en la cabeza cuando era una niña, pero yo tengo un talismán—dijo enseñando un medallón en el que se veía el retrato de una hermosa joven.

—Muy hermosa en verdad—observó Dahnow;—cuando vi que no me decía nada y te marchabas tan precipitadamente, creí que todo había concluído. ¿Piensas conseguir tu propósito?

—Sí, porque depende de que cumplamos las condiciones que nos impuso mi madre.

—¿Y dónde se halla ahora?

—Cerca de D..., en una quinta que su padre ha comprado recientemente; allí pasará los dos años prescritos, pues no quería yo que continuara siguiendo á la compañía—dijo con tono agitado.

Dahnow lo miró con aire preocupado.

—Sabes que...—dijo.

Pero se paró bruscamente y mudó de conversación.

—Á propósito, ¿cuáles son tus planes? Sé que piensas dedicarte á la vida diplomática; ¿pero permanecerás aquí?

—No; me van á agregar á una embajada.

—Vuélvete, Curt—dijo Dahnow—pues uno de los lacayos espera con impaciencia que te dignes mirarle.

—Es para la cena—dijo Degenthal;—como aquí no conoces á nadie, te encargo que acompañes á mi prima.

—No tengas cuidado; ya sabré ingeniarme.

Y efectivamente, cuando Degenthal volvió á reunirse con él, lo halló al lado de una de las jóvenes más celebradas de aquella temporada, rogándole que bailara con él.

—Condesa Hedwigia—dijo Degenthal riendo—mi amigo es un hipócrita y le suplico que como castigo le conceda varias vueltas de wals, pues es de la misma opinión de los turcos, que prefieren ver bailar á entregarse á trabajo tan pesado.

—Entonces ya sé por qué ha venido ahora el barón Dahnow—observó uno de los jóvenes—pues que acaban de llegar de su país unos artistas célebres en dicho arte, aunque hemos de confesar que saltan más que bailan. ¿Saben ustedes que el director Carsten va á establecer aquí un circo para hacernos más corta la Cuaresma?

Como en aquella ocasión todas las miradas estaban fijas en el barón, nadie se apercibió de la impresión que hizo aquella noticia en Degenthal.

—Se dice que Carsten tiene una hija muy guapa, que llama mucho la atención—dijo otro.—Parece que el otoño pasado no se hablaba de otra cosa á orillas del Rhin; confiemos en que también tendremos ocasión de admirarla en el circo.

—Nora Carsten no trabaja nunca—dijo tranquilamente Lilly con dulce voz—ni se ha presentado en público ni se presentará. Durante un año hemos estado juntas en el colegio, y era la más bonita y la más amable de las colegialas, principalmente para nosotras las nuevas.

—Pero, condesa, esto es muy interesante; una bonita artista ecuestre que sale del convento...

—Ella no ha sido nunca artista ecuestre—replicó Lilly con tono incomodado—su madre no ha querido que lo fuera, y por esto su padre, que es muy rico, la hizo educar en un convento.

—¿Qué tal es? ¿Dónde vive?—dijo la condesa Hedwigia con curiosidad.

—Es la mujer más hermosa que conozco—dijo Lilly mirando á la condesa.—En cuanto á dónde vive ahora, lo ignoro, aunque creo que está con su padre, á quien quiere entrañablemente. Lo que sé es que nunca hará nada que nosotros no hiciéramos, pues es muy buena, muy religiosa y está muy bien educada.

Desde aquel momento, Degenthal estuvo muy amable con su prima, tanto, que la madre de Curt no podía dar crédito á sus ojos, y, no sabiendo que eran las historias de colegio de Lilly lo que tanto interesaba á Curt, interpretó de otro modo su asiduidad; así fué que, buscando al ex-diplomático, le dijo con tono amable:

—¿Puedo hacer uso del derecho que tienen las mujeres de ser volubles?

—Un poco de inconstancia os acercará á nosotros, los mortales—contestó el anciano en tono galante.

—La Turquía está muy lejos, y su clima me preocupa—dijo la condesa.—¿No podría obtener una prórroga, usted que es hombre tan influyente?

—Siempre estoy al servicio de las damas—contestó el anciano inclinándose.—Por otra parte, el barón de X puede tomar cualquiera otro agregado.

Curt, por su parte, después de haber entregado su pareja á otro, se entregó á las reflexiones que le sugería la noticia de la llegada de Carsten, y por primera vez se alegró de la habilidad de su madre, que le procuraba una larga ausencia, y pensó informarse al día siguiente de la apertura del circo, á fin de pedir que se precipitara su marcha.

Al día siguiente, puso en práctica su proyecto yendo á caballo hacia donde se montaba el circo; pero allí, en vez de encontrar al director, vió á aquel hombre de aspecto sombrío que había hallado en casa del

director en B... Estaba muy orgulloso de hacer las veces de inspector en jefe, é importunó á Degenthal con toda clase de preguntas, ofreciéndose finalmente para acompañarle al hotel donde se hallaba Carsten en aquella ocasión enfermo. El extranjero quedó muy sorprendido al ver que Curt rehusó sus ofrecimientos.

Curt luchó consigo mismo sobre si debía ó no visitar al director, pareciéndole muy duro el dejar de hacerlo estando enfermo. Finalmente, se decidió á ir hacia el hotel sin apercibirse de que el inspector le iba siguiendo los pasos. Recibiéronle en uno de los cuartos contiguos al del enfermo y cuya puerta estaba entreabierta, apercibiendo la sombra de una mujer que estaba junto á la ventana y que él tomó por la esposa del director.

Al ruido que hizo al entrar, volvióse la sombra dejando escapar un grito de alegría.

—¡Curt, Curt!—exclamó arrojándose en sus brazos.

El tono con que respondió diciendo: «¡Nora, tú aquí!» demostraba más sorpresa que alegría, y en su fisonomía podía leerse fácilmente que estaba disgustado.

Miróle la joven con sorpresa, y dijo:

—¿Cómo puedes sentir que nos hayamos vuelto á ver? Esto no es contrario á nuestros compromisos, pues es efecto de la casualidad.

—¿Pero cómo es que estás aquí?—preguntó él muy agitado.—¿Sabes que no me gusta saber que vas con la compañía y que quiero que permanezcas en la quinta?

—Mi padre estaba enfermo y nos han llamado por telégrafo.

—Sin embargo, espero que partirás cuanto antes.

—En seguida que pueda—dijo ella con dulzura.

—Por mi parte, también marcho y me alegro de poder anunciarte que voy lejos y por mucho tiempo.

—¿ Quieres partir ?—exclamó ella, y sus bellos ojos le miraron con inquietud.—Curt, quieren separarte de mí; no tienen bastante con impedir que nos veamos, sino que quieren poner distancia entre nosotros.

Curt se inclinó hacia ella y separándola los cabellos de la frente, le dijo:

—No seas niña, Nora; ¿unas leguas más ó menos van á concluir con nuestro amor?

Nora iba á contestar, cuando Curt se volvió mirando hacia la puerta con ojos irritados. Allí estaba el hombre del circo con una sarcástica sonrisa.

—El señor director suplica á la señorita Nora que pase inmediatamente á su lado...

Y después de haber pronunciado estas palabras desapareció.

Curt se mordió los labios.

—¿Quién es este hombre insoportable?—preguntó irritado.—Tiene el aspecto de un espía.

—Es el señor Landolfo, el primer intendente de mi padre—contestó ella rápidamente;—también me es odioso, porque es muy insinuante y se cree superior á los otros. Mi padre le considera bastante porque vale mucho para el negocio. Me voy á ver á mi padre—añadió—¿quieres venir?

—Ahora no—dijo el joven—pero ya volveré antes de marcharme.

Retiróse entonces Curt, sin reparar en unos ojos negros que le iban siguiendo mientras bajaba por la escalera.

—Díme, querida—dijo el señor Landolfo á la camarera—¿cómo se llama este caballero que se ha hecho anunciar al director?

—Aquí tiene usted su tarjeta—contestó la camarera;—la señora directora me ha dicho que se la entregara á la señorita, pero el caballero ya habrá entrado.

—¡Ah, ah!—exclamó murmurando—he aquí por qué

la señorita es tan orgullosa; porque tiene un conde que le hace la corte. Espera, querido amigo, me parece que voy á servir á tu familia un plato de mi gusto.

El mismo día la condesa encontró entre las cartas que le habían entregado, una de mano desconocida, pero escrita en papel muy elegante, que contenía lo siguiente:

«Un buen amigo le advierte que su hijo se ha encontrado esta mañana en un hotel con la señorita Nora Carsten, hija del director del circo. Si quiere usted prevenir una intriga, es preciso que se apresure usted, pues se emplean todos los medios para atraerlo y hacer públicas sus relaciones. No tengo otro medio para prevenir á usted.»

La condesa se puso furiosa al leer aquellas líneas, pues el golpe era inesperado. Como siempre había sospechado de aquella familia, creyó sin vacilar lo que se le decía, y tomando inmediatamente una resolución, según su costumbre, escribió al ex-diplomático suplicándole que precipitara la marcha de su hijo, pues que el menor retraso le sería muy perjudicial. No se explicaba en la carta, pero en lo que decía había suficiente para que aquel hombre de mundo pudiera imaginar de qué se trataba.

—¡Ah, ah! ya sé de qué se trata—dijo.—¿Quién lo hubiera creído de un joven tan formal? pero tienen razón en decir que las aguas tranquilas son profundas. He aquí por qué su madre deseaba que se marchara.

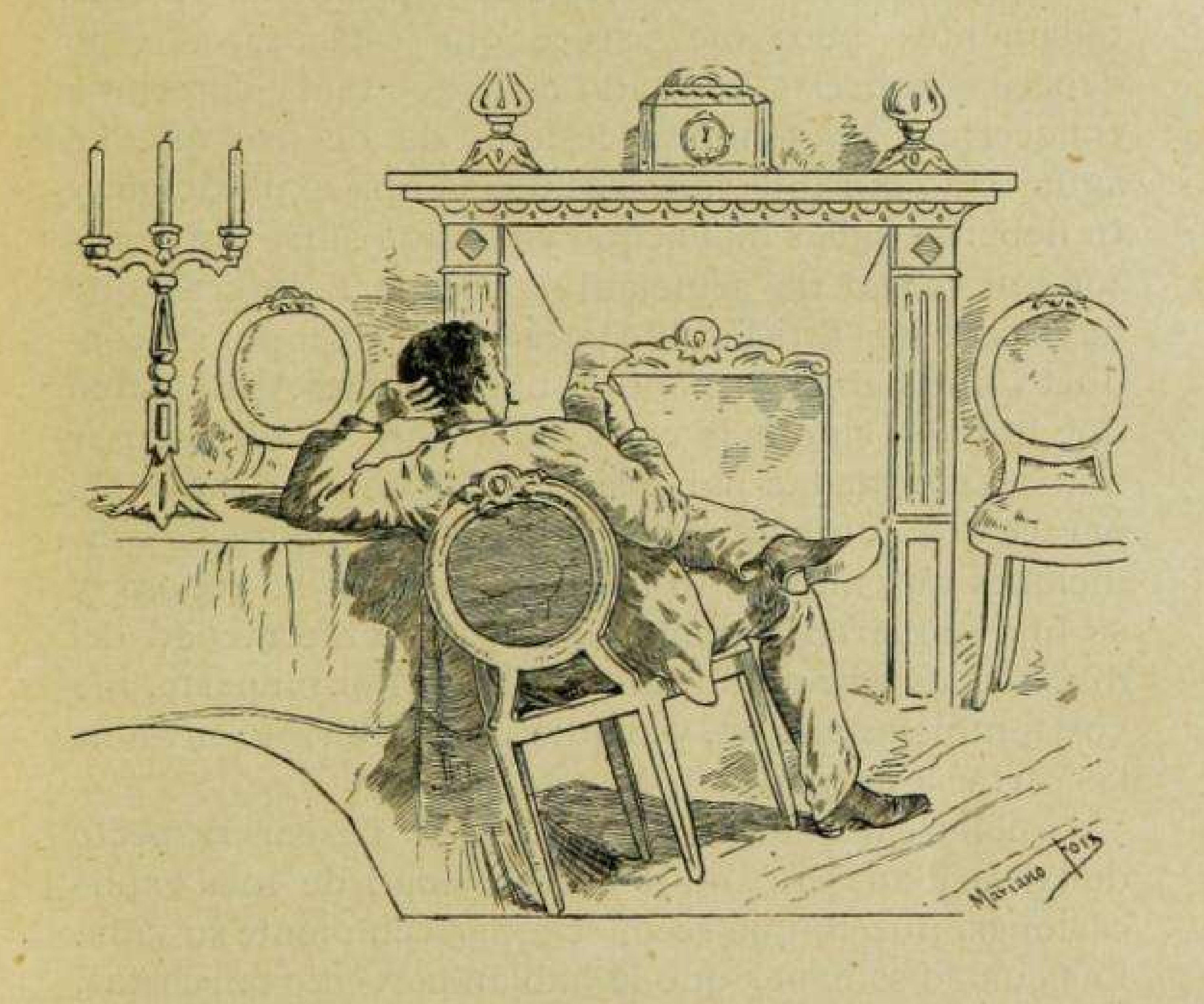
El ex-diplomático quería acreditarse siempre de que era persona influyente; así fué que á pesar de lo avanzado de la hora cogió un coche y fué á ver á un amigo, saliendo complacido, pues se iba con la seguridad de que se satisfarían los deseos de la condesa.

Al día siguiente por la mañana, á primera hora, el conde Curt recibió un aviso para que pasara á Pera

como agregado, y se le advertía que fuera á recoger sus despachos. Curt no se sorprendió de su nombramiento, y atribuyó la prontitud con que fué hecho á necesidades del servicio. Si no hubiese estado tan preocupado, probablemente le hubiera llamado la atención lo poco que impresionaba á su madre la próxima partida.

La fisonomía de Lilly era la que manifestaba más asombro y tristeza. No había que pensar en escribir á Nora ni advertirla de otro modo, pues debía marchar en seguida. Al poco rato hallóse en el tren que, de minuto en minuto, ponía más distancias entre él y Nora.





XII

Hacía un mes que Curt se hallaba en Constantinopla y apenas había tenido ocasión de reflexionar sobre los sucesos pasados, tanto le absorbían las novedades que le rodeaban, cuando una carta de Dahnow vino á sorprenderle.

«Dispénsame si me mezclo en tus asuntos—escribía categóricamente el gordo barón—pero no puedo consentir en que hagas desgraciada á una pobre criatura á

quien has prometido amor y fidelidad. No puedo apreciar qué razones te han obligado á partir tan precipitadamente; pero me parece que estas razones no deberías haberlas ocultado á la que tenía derecho á conocerlas. No tengo necesidad de decirte que ha aguardado durante varias semanas una explicación, y tú deberías saber mejor que yo lo que sufre un corazón tan tierno de semejante proceder. No creo que haya sido una satisfacción para ella el saber por mi conducto que habías llegado á buen puerto, pues creo que hubiera sido más consolador para ella el pensar que la enfermedad había sido causa de tu silencio. Me parece que cumples demasiado extrictamente las condiciones que impuso tu madre. Carsten, su esposa y su hija se marchan mañana, pues la enfermedad del director les ha retenido hasta ahora. Por mi parte, me voy también mañana, y si quieres escribirme, envíame las cartas á mi país.»

Aquella carta no dejaba nada que desear respecto de la claridad. Curt no tenía necesidad de más explicaciones, puesto que reconocía perfectamente su falta. Las cuatro semanas que le habían parecido tan cortas, oprimían ahora su corazón. Aún recordaba las palabras de Nora: «¡No te vayas al extranjero! quieren separarte de mí;» y él, en vez de contestar, había partido. Y ¿por qué se había marchado? ¿Cuál era la causa de aquel precipitado viaje? Ahora lo veía bien claro: el llamamiento repentino del ministro, la alegría de la condesa al recibir aquella noticia y la tranquilidad con que lo vió marchar, y finalmente la sorpresa de su jefe cuando se le presentó, todo respondía á la idea que había expresado Nora: «querían separarlos,» y lo habían logrado. Su madre había precipitado su partida para separarlo de su amor. Comprendió por fin aquel propósito egoísta, y se desesperó al ver que se había realizado. Pero el amor se dispertó en él con

gran violencia. ¿Habían creído vencerlo? ¿Esperaban inutilizar su resistencia de un modo indirecto? Pues pronto verían que se habían equivocado. Comprendía que debía dar una reparación á Nora, y probarle que sabría burlar los planes de los que querían separarlos. ¡Una carta! esto era muy poco y además podía extraviarse. De repente se estremeció de alegría, pues le había ocurrido una gran idea, y echando á un lado la carta de Dahnow cogió con prisa un itinerario de ferro-carriles.

Al día siguiente, su criado entregó una carta al jefe de la legación, en la que se le decía que Curt estaba enfermo y que el médico le había ordenado que pasara algunos días en cama.

—Nosotros, los alemanes, siempre somos imprudentes—murmuró el anciano diplomático después de haber leído la carta.—¿Por qué no tomó sus precauciones contra el calor de este país? ¡Y pensar que este joven me ha sido recomendado! Es preciso que vaya á verle...

. . . .

Habían pasado algunos días. El sol de la primavera inundaba las paredes de un palacio colocado entre varias quintas, en las cercanías de una capital alemana. Los extranjeros, al pasar, fijaban sus ojos en aquel edificio, adquirido hacía poco tiempo por una celebridad europea, el director de circo, Carsten. En una de las galerías de aquel elegante palacio se veía sentada una joven con aire meditabundo.

Nora, pues era ella, estaba reflexionando sobre el inexplicable silencio de Curt, y, por más que no quería sospechar de él, la duda se apoderaba de su corazón; quería pensar sólo en su amor, pero la melancolía se infiltraba en su alma.

Es verdad que habían acordado dos años de separación, y aquel plazo en un principio le pareció muy

corto; pero ahora, á los seis meses de estar separados, le parecía que se había abierto un abismo entre los dos, abismo cada vez más profundo y más difícil de saltar. Algunas veces había esperado que la casualidad que los reunió una vez, volvería á servirles, pero sus esperanzas hasta entonces no se habían realizado...

Sumergida en sus pensamientos, no oyó el ruido de un coche que se paró ante la verja que separaba el palacio de la vía pública, ni vió que un hombre salía precipitadamente de él, escuchando apenas al cochero que le indicaba el camino de la casa.

—¡Qué prisa lleva!—dijo el cochero, echando una mirada de satisfacción á la moneda que acababa de darle.—Que me ahorquen si éste no va á ver á la dama de sus pensamientos, pues sólo en este caso se apresuran tanto y son tan generosos.

Mientras el cochero hacía esta reflexión, el joven había llegado á la puerta de las habitaciones. Su fisonomía fatigada, el desorden de sus cabellos y el desaliño de su traje demostraban claramente que aquel hombre había viajado varios días sin parar. Á pesar de esto, su mirada era brillante y alegre y parecía buscar algo con avidez, hasta que por último vió á la joven que estaba en la galería. Sus labios exhalaron un grito de alegría y en un momento subió la escalera de piedra.

—¡Nora, Nora!—exclamó tendiéndole los brazos.

Ella le miró un momento con aire asombrado, como si no diera crédito á sus ojos, pero por fin se precipitó en sus brazos con una exclamación de alegría.

Difícil sería dar cuenta de todo lo que se dijeron en aquellos momentos de expansión, pues se cruzaban las preguntas y las exclamaciones sin esperar el uno la respuesta del otro.

Un poco más calmados ya, contóle Degenthal á quién debían el placer de volverse á ver. Nora le contó que, efectivamente, Dahnow había sido muy amable

para con ella, pero que en la actualidad no sabía dónde se hallaba.

Hacía algunos días que Curt estaba de regreso de su insensata expedición cuando se presentó á su jefe el conde X, ministro de S. M. Imperial y Real diciéndole que estaba ya completamente restablecido y le daba las gracias por el interés que se había tomado informándose cada día del estado de su salud.

—¿ Está usted completamente restablecido ?—le dijo el anciano diplomático mirándole con fijeza.

—¡ Perfectamente, excelentísimo señor, muchas gracias! Estoy mucho mejor que antes.

—Pues por mi parte encuentro que tiene usted el aire fatigado... Le felicito á usted por tener un criado fiel y vigilante; era imposible llegar hasta usted, y esto que yo mismo fuí á su casa. Por su parte, el médico tampoco soltó una sola palabra.

—Usía ha sido demasiado amable—dijo el joven lleno de confusión.—El médico había...

Levantóse entonces el ministro, y poniendo su mano sobre la espalda de su interlocutor, le dijo con sonrisa sardónica:

—En diplomacia, es usted aún aprendiz, amigo mío. Las intrigas que usted fragüe, son de una trama muy burda, y su fisonomía de usted descubre lo que usted no quiere decir. ¿Á qué baños le ha llevado el vapor de Trieste?

Curt quedóse sofocado y silencioso. Su jefe, después de dar algunas vueltas por la habitación, paróse ante él y le dijo:

—Joven, no pierda usted su tiempo y su juventud en relaciones indignas.

Curt irguió la cabeza.

—Señor Ministro—dijo—de mi viaje dependía la felicidad de álguien á quien respeto y amo.

El conde X le miró aún con mayor fijeza.

—Tengo muy buena opinión de usted, pero me han dicho que estaba usted en peligro de echar á perder su porvenir. La pureza de su mirada me convence, pero creo que no es usted de aquellos hombres que vencen todos los obstáculos: perecerá usted en la lucha.



XIII

Desde aquel día, cambió Nora completamente de humor, viviendo abstraída en su felicidad de tal modo, que no se apercibió de las preocupaciones que anublaban la frente de su padre, á quien ni siquiera había sacado de la tristeza el nacimiento tanto tiempo esperado de un hijo.

Nora había acogido con júbilo la noticia, pues se de-

cía: «este niño será el consuelo de mi padre si algún día tengo que separarme de él.»

Carsten, en los últimos tiempos, había pasado muy pocos ratos al lado de su familia, pues tuvo necesidad de ocuparse mucho en los asuntos de su compañía, y las horas libres las pasaba con Landolfo, que era su favorito, y que poco á poco había conseguido que el director le abandonara insensiblemente la administración de sus intereses.

Hacía algunos meses que se habían ido complicando sus asuntos de una manera deplorable. Hasta entonces, Carsten no tuvo rival en su profesión, y había ganado muchísimo dinero, lo que le permitía desplegar un gran lujo; pero en el último invierno se vió por primera vez frente á frente de un rival que trabajó con todas sus fuerzas para eclipsar su fama y atraer al público á su circo. El competidor de Carsten debía disponer de un gran capital, pues los medios empleados y la esplendidez de la representación debían costarle muchísimo dinero. La novedad atrae siempre, por lo que Carsten no tardó mucho en apercibirse que se eclipsaba su estrella; que disminuía su antigua reputación, y resultaba un gran déficit en su caja. Los mejores artistas le abandonaron para irse con su rival, que les ofrecía más crecidos sueldos, de modo que su personal era muy reducido. Finalmente, una nueva complicación vino á aumentar sus apuros: el banquero que guardaba sus ahorros había quebrado, gracias á una serie de especulaciones desgraciadas.

Uno de aquellos días se hallaba en el salón, rodeado de su familia, cuando llegó Landolfo, siendo muy bien recibido por el director y por su esposa; en cambio Nora le hizo un saludo muy frío y se levantó al momento para retirarse. Landolfo se mordió los labios de despecho, pues, á pesar de que no ignoraba sus relaciones con el conde Degenthal, acariciaba la idea de

hacerla suya por un medio ú otro, valiéndose de la influencia que tenía con el director y de la situación apurada del mismo. Pálido de cólera, se hizo á un lado para dejarle libre el paso de la puerta, y la miró con ojos que parecían querer devorarla; pero Nora ni siquiera le dirigió la vista. El director también vió con disgusto la conducta de su hija; y para que no se notara tanto, se levantó también, y dijo:

—No, Landolfo, venga usted á mi cuarto; es mejor que tratemos nuestros asuntos solos, pues las mujeres no entienden nada en esto.

—Es verdad; las mujeres no gustan de los hombres de negocios, á pesar de las utilidades que sacan de ellos—dijo Landolfo en voz alta é inteligible, á fin de que llegase á oídos de Nora.

—Pero yo los aprecio—dijo la directora, que estaba comiendo.—Carsten, espero que volverás con el señor Landolfo.

—Venga usted—dijo con impaciencia el director, llevándose consigo á Landolfo y bajando con él al salón de fumar, que se hallaba en el piso inferior.—¿Qué noticias me trae usted?—dijo apenas hubieron cerrado la puerta.

—Aquí tiene usted varias cartas—dijo Landolfo, tirando un paquete de cartas encima de la mesa.

—¿Y el banquero?—preguntó en seguida Carsten.

—Grandes pérdidas, á lo menos las dos terceras partes del capital.

—¡Dos terceras partes! Esto es la ruina.

—Una sola temporada buena le realzaría á usted otra vez—dijo tranquilamente Landolfo.

—¿Y de dónde saco yo ahora una buena temporada? Creo que mi rival se propone volverme loco. Es indudable que tiene varios empresarios, pues un hombre solo no podría hacer frente á tales gastos.

—¿Qué noticias hay de la compañía?—preguntó Landolfo.

El director se encogió de hombros.

—Los clowns se quedan con nosotros, pero es preciso aumentar sus sueldos. Mlle. Elisa, mi primera amazona, se retira, y no sé cómo reemplazarla.

—Contrate usted otra; Mlle. Elisa no era ya ninguna novedad.

—¿Contratar otra?—exclamó el director.—¿Pero dónde la encontraré ahora? Vamos, esto es la ruina, y yo no podré soportarla.

—Si usted quiere, puede evitar perfectamente la ruina.

—¡Yo!—exclamó el director mirándole con aire asombrado.—¿Tiene usted algún plan? Explíquese usted.

—La señorita Nora—dijo Landolfo con la cara vuelta del otro lado y muy ocupado en liar un cigarro—la señorita Nora es la mejor amazona que yo conozco; Mlle. Elisa no tiene comparación alguna con ella. Créame usted; haga usted debutar á la señorita Nora, y la victoria será para usted.

El director estuvo á punto de caerse de asombro.

—Mi hija no monta á caballo en público—dijo después de una pausa.

Landolfo permaneció silencioso.

—Su madre no lo ha permitido jamás.

—Las circunstancias cambian las cosas—murmuró Landolfo.

—Nora no lo hará nunca—dijo Carsten.

—La señorita Nora es muy buena, sabe cuáles son sus deberes filiales, y evitará la ruina de su padre.

El pobre director sentía que un sudor frío inundaba su frente.

—Mi hija tiene otros deberes—replicó;—está comprometida con el conde Degenthal, quien tiene mi palabra.

—¡Bah! ¿con el joven conde austriaco? Hasta ahora esta noticia no es oficial.

—Durante dos años no se le puede dar publicidad —añadió brevemente el director.

—Seamos sinceros—dijo Landolfo, poniendo familiarmente la mano sobre el hombro del director:—estas historias son muy conocidas: Le ama quizás, pero no se casa.

—Tengo al conde por un hombre de honor—dijo el director, frunciendo el entrecejo.

—Yo también...—contestó Landolfo—pero es muy joven. Sea usted justo, señor director; bajo el punto de vista del conde, esto es una locura, y las locuras no duran ni tres días en el hombre más tenaz.

—Mi hija no cederá de modo alguno—observó el director.

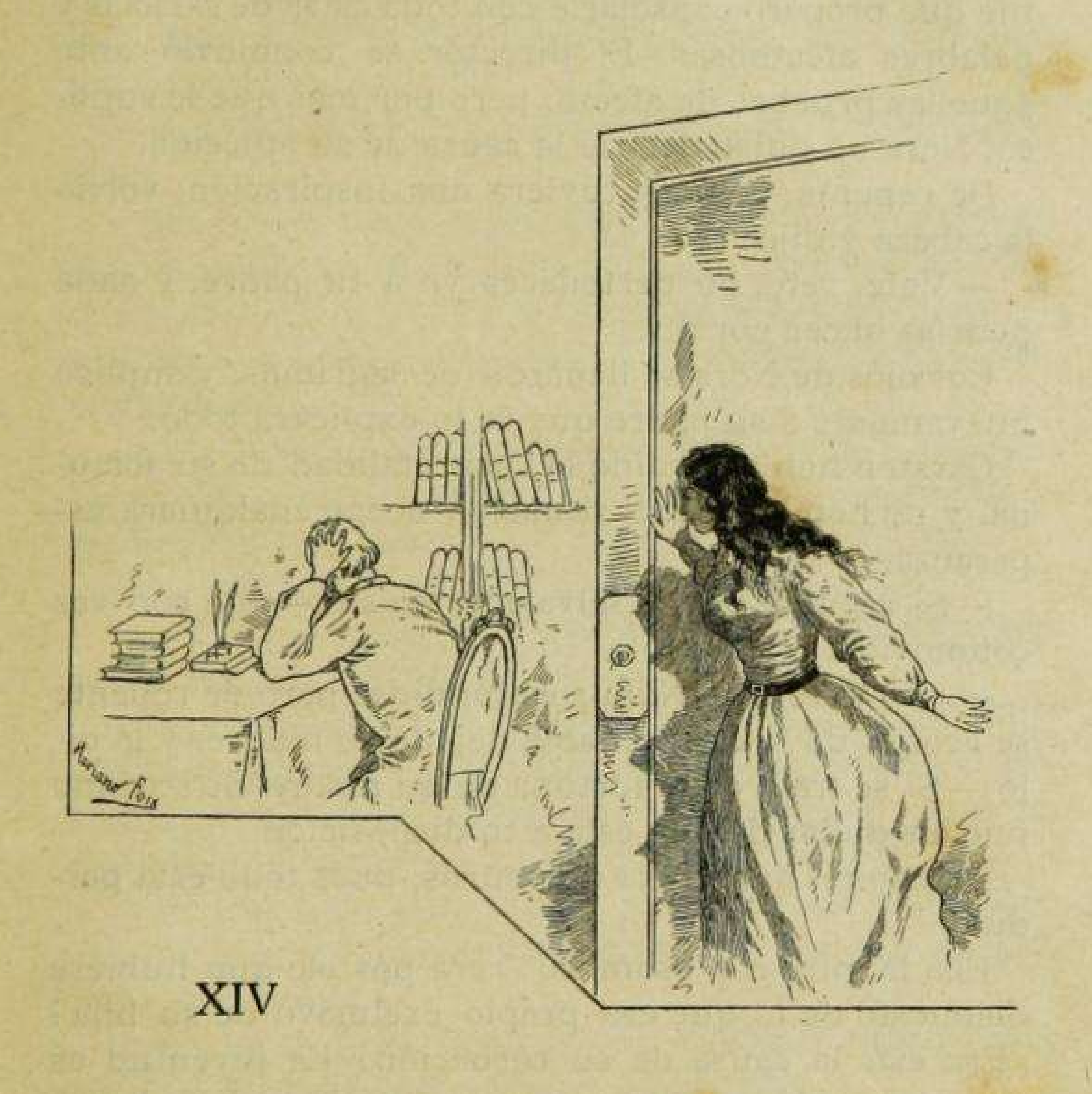
—El deber filial lo determinará—contestó fríamente Landolfo.—De todas maneras, aguarde hasta mañana, reflexione usted, pues la casa no nos va á caer encima. Tenemos aún tres meses de crédito; y si las cosas llegan al extremo, la señorita Nora no será una hija desnaturalizada. Pruébela usted y lo verá...

Encendió otro cigarro, y pidiendo permiso para retirarse, se marchó, dejando solo al director.

¿No era natural que la hija salvase al padre? Este pensamiento atormentaba á Carsten. Es verdad que había prometido á su esposa darle una educación esmerada, pero había cumplido su promesa y las circunstancias cambian las cosas, como había dicho Landolfo. Un instante tuvo la idea de venderlo todo y retirarse; pero hubiera tenido que sufrir grandes pérdidas, se quedaría casi sin nada y se vería vencido por su rival...

—La dejaré en completa libertad—se dijo—la expondré el estado de los asuntos y ella hará lo que quiera... Pero no, no; no le quiero decir nada—pensaba después.

Y así pasó una noche de insomnio.



XIV

Al día siguiente, al levantarse Nora, no vió á su familia en el salón, que era donde se reunía por la mañana, y suponiendo que su madrastra estaba en el jardín, pensó en ir á la biblioteca á saludar á su padre, pero al entrar se quedó sorprendida. Su padre estaba sentado con la cabeza apoyada en las manos, y muy agitado. En la mesa había un papel desplegado, y en el suelo un sobre verde, signo evidente de que se trataba de un telégrama y de noticias graves. Nora

quería mucho á su padre y deploraba su aflicción, así fué que procuró consolarle con toda clase de caricias y palabras afectuosas. El director se conmovió ante aquellas pruebas de afecto; pero por más que le suplicó, Nora no quiso decirle la causa de su aflicción.

De repente, como si tuviera una inspiración, volvió la cabeza y dijo:

—Vete, vete, no perteneces ya á tu padre, y nada podrías hacer por mí.

Los ojos de Nora se llenaron de lágrimas, y suplicó nuevamente á su padre que se lo explicara todo.

Carsten había perdido la casi totalidad de su fortuna, y un hombre en su situación acoge cualquiera esperanza.

—Si álguien puede salvarme, eres tú—dijo con voz conmovida.

—¿Yo?—replicó Nora sorprendida; pero de repente se acordó de lo que le había dejado su madre, y le dijo:—Si se trata de la fortuna de mi madre, no sé cómo puedes dudar de que está á tu disposición.

—Esto no me sacará de apuros, pues todo está perdido.

Ella le miró con asombro: ¿era posible que hubiese dispuesto de lo que era propio exclusivo de su hija? ¿Era esta la causa de su turbación? La juventud es generosa, y Nora lo era más que nadie; así fué que abrazando á su padre:

—No te apures, papá; todo lo mío es tuyo. ¿En qué puedo ayudarte ahora?—le dijo.

—Tu casamiento con el conde se ha hecho imposible, pues no podré entregarte el dote que prometí.

—Padre—dijo Nora conmovida—Curt me ama lo suficiente para no dejarme por este motivo.

—Pero su familia se opondrá ahora con mayor tenacidad, y no creo que soporte tantos sacrificios.

—¡Oh, padre, padre!—exclamó la pobre joven—

¿por qué me atormentas así? Dime en qué puedo ayudarte. Te aseguro que nunca me casaré con Curt si esto debe hacerle desgraciado. Dime qué es lo que puedo hacer por ti.

El director dió algunas vueltas por la habitación y dijo:

—Salva á tu padre de la ruina. Trabaja como tu padre, y nuestro circo se verá lleno, pues posees grandes cualidades. En poco tiempo recuperaría lo perdido.

Nora lo miraba como si le hablase un lenguaje incomprensible.

—Tú eres la primera artista ecuestre del mundo. La naturaleza te ha destinado á este arte. Tu belleza y tu atrevimiento llenarán al mundo de admiración.

Nora pareció haber comprendido de repente.

—¡No, nunca, nunca!—exclamó escondiendo su cara entre las manos.—¡Es imposible!

—Pues esto es lo único que podría salvarme—dijo Carsten rechazando á su hija con severidad.—Lo demás no son más que palabras inútiles. Vete; conserva tu orgullo y abandona á tu padre á su triste destino.

—Padre, haré algo mejor que esto. He aprendido mucho y podré buscarme una posición; todo lo que gane será para ti.

—¿Y de qué me servirán las cuatro monedas que ganes? Déjate de razonamientos inútiles.

—¡Oh! acuérdate de que mi madre no lo quiso nunca—repitió Nora.

—Tu madre lo hubiera hecho todo por mí; no le hubiera importado un sacrificio más ó menos. Rompió con todo el mundo para irse conmigo, para aceptar esta posición que tú desdeñas con tanto orgullo. Además, el deseo de tu madre expresado en ocasión muy diferente ¿es más poderoso que el evitar un bochorno á tu padre?

Nora había caído de rodillas ante su padre. Su pobre

corazón no podía ya más; pero una voz interior le decía que resistiera.

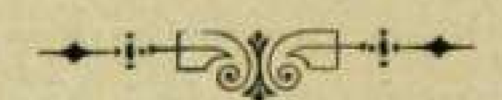
— No, prefiero morir, prefiero morir—murmuró con voz débil.

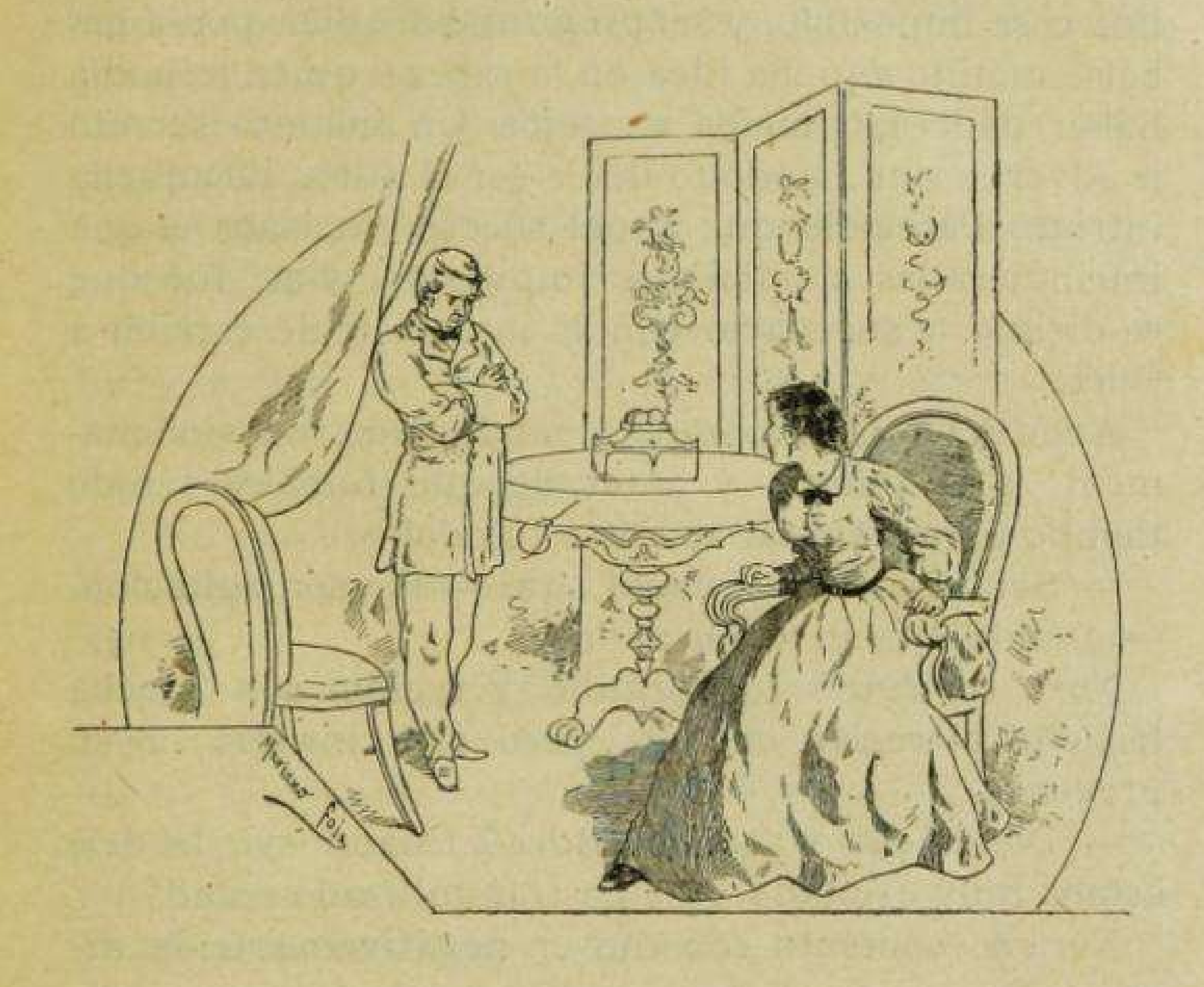
—¿Y si yo te lo suplico? ¿Si te digo que estoy completamente perdido, si me niegas lo que te pido?—exclamó Carsten con voz apagada.

— ¡No; prefiero morir, prefiero morir!—exclamó ella fuera de sí.

— Sí, es preferible morir á humillar tu orgullo; quizás tengas razón.

Y sin añadir una palabra salióse de la biblioteca.





XV

Nora no había reparado en que estuviera sola. Con la cabeza apoyada en la mano, permaneció inmóvil, presa de profundo marasmo. ¿Cuánto tiempo permaneció en esta situación? Ni ella misma lo sabía; se esforzaba en recordar lo que le había dicho su padre y todo le parecía oscuro, increíble, incomprensible. Sólo una cosa se presentaba clara en su mente, y es que resistiría á todas las exigencias y no se rebajaría hasta aquel punto.

Sentía cierta amargura contra su padre, que le pedía una cosa imposible, y se preguntaba quién podía haberle metido aquella idea en la cabeza; quién le podía haber dado tan malos consejos. Un instinto secreto le advertía que Landolfo debía ser el autor de aquella intriga. Parecióle que aquel suceso excusaba el que infringiera las condiciones impuestas, y así fué que se dirigió á su cuarto con la intención de escribir á Curt.

Apenas había empezado, cuando llamaron violentamente á la puerta, y antes de que hubiese tenido tiempo para levantarse, entró Landolfo.

—¡Señorita Nora... usted aquí!—dijo con agitación. —¿Dónde está su señor padre?

Nora se irguió con orgullo y recibió con mucha frialdad al recién llegado, pero éste insistió en su pregunta:

—¿Dónde está su señor padre? Cuando yo le dejé estaba muy excitado. ¿Le ha tranquilizado usted?

Nora se contentó con mover negativamente la cabeza.

De repente, saliendo de su preocupación, dijo:

—Creo que está en el jardín.

—¿En el jardín? ¿Qué tenía que hacer allí? Yo estaba hablando con la directora mientras él lo hacía con usted, y ahora no le encontramos en ninguna parte. Nunca hubiera creído que una hija abandonase á su padre en tal ocasión. Usted será responsable de las consecuencias—dijo fríamente Landolfo.

Nora, sin oir sus últimas palabras, salió precipitadamente hacia el jardín, á cuya puerta encontró á la directora llena de inquietud.

Nora se acordó en aquel momento de sus últimas palabras: «Es preferible morir,» y echó á correr por el jardín con la velocidad de un ciervo, llamando á su padre por todas partes. En el momento que se hallaba para-

da á la entrada de un camino que vadeaba un canal algo profundo, alcanzóla Landolfo, quien le dijo casi sin aliento:

—¿Cree usted formalmente que su padre ha marchado á la población?

—Es muy posible, pues aquí hay un sendero que acorta el camino.

Pero de repente sus piernas flaquearon como si le hubiera caído un gran peso encima; todas sus fuerzas estaban concentradas en los ojos, que se hallaban desmesuradamente dilatados.

—No pase usted adelante, señorita Nora—dijo Landolfo deteniéndola por el brazo—este no es sitio para usted.

Pero Nora, desprendiéndose violentamente, echó á correr con todas sus fuerzas. ¿Qué era lo que había visto? Un cuerpo humano medio sumergido en el agua, cuya cabeza sólo estaba apoyada en el borde. Un movimiento cualquiera y las aguas, que eran algo caudalosas, hubieran arrastrado el cuerpo inerte. ¿Había intentado vadear el canal y había resbalado? ¿Había sido atacado de un vértigo? ¡Ó bien su voluntad le había impulsado á poner término á su existencia y el cielo le había impedido dar el último paso hacia el abismo!

Nora se abrazó al cuerpo de su padre, que no daba ningún signo de vida. Landolfo hízose cargo en seguida de la situación, y con una fuerza increíble y una gran habilidad logró sacar el cuerpo á la orilla.

—No está muerto—dijo después de haber puesto su mano sobre el pecho del director—es un simple desvanecimiento. Desate usted el lazo de la corbata mientras yo voy á buscar socorro.

Nora comprendió apenas lo que le decía Landolfo, contentándose con tener á su padre entre sus brazos y murmurar:

—¡Padre, padre! Vuelve en ti y haré todo lo que me pides.

Landolfo volvió con los medios necesarios para trasladar al director.

Había dicho á la directora que su marido se había herido en un pié y era necesario una camilla para transportarle. Lo levantaron suavemente y lo llevaron á la casa.

Siguieron horas de angustia hasta que llegó el médico, quien declaró que el director había tenido un ligero ataque cerebral, agravado por su larga permanencia en el agua. Durante algunos días su estado fué grave, y Nora sorprendió á todo el mundo por la fuerza y energía que desplegó en la asistencia de su padre. No le dejó ni de día ni de noche, y apenas Carsten recobró el conocimiento, se arrodilló á los piés de la cama y renovó la promesa que le había hecho. El enfermo miró á su hija con expresión de incredulidad y como queriendo interrogarla; después esparcióse la alegría por su semblante y abrazó tiernamente á la joven.

—¡Es decir que no lo he soñado, que no es ninguna fantasía de mi imaginación! Nora, Nora, tú salvas á tu padre, le devuelves tu corazón que habían querido arrebatarle...

—Todo lo sacrificaré por ti—dijo Nora suspirando.

Y por el tono con que pronunció estas palabras era fácil ver el dolor que agobiaba su alma.

El director, fatigado por las pocas palabras que acababa de pronunciar, dejó caer su cabeza sobre la almohada adormeciéndose. En su sueño murmuró aún:

—No, Landolfo; no lo hará, no lo hará.

—Sí lo hará—dijo Nora con firmeza.

Y al pronunciar estas palabras se levantó, y habiendo llamado á alguien para que se encargara del cui-

dado de su padre, abandonó precipitadamente aquella habitación en la que había permanecido varios días; y se volvió á la suya. Á pesar de que sus ojos estaban irritados por tan largas vigilias, y aunque sus miembros estaban paralizados por la fatiga, se sentó para escribir. ¿Qué era lo que escribía? Una exposición clara y rápida de todas las circunstancias que le habían obligado á poner en ejecución su terrible proyecto. Le parecía que escribía para otra persona, pues su pena era demasiado grande para que pudiera darse clara cuenta de lo sucedido. Las últimas palabras de despido la volvieron á la triste realidad, pues sólo entonces pudo hacerse cargo del abismo que les iba á separar para siempre. Ni un solo momento le vino al pensamiento la idea de considerarse aún ligada á Curt.



«Me separo de ti como una moribunda... Una moribunda que no tiene ya ninguna esperanza. Me sería imposible aceptar tu mano aunque me ofrecieras au-

xilio. Si hubieses estado aquí, quizá hubieras encontrado medio de sacarme de este horroroso abismo. He escuchado sólo la voz del deber, y si me equivoco, sírvame para hacerme perdonar el sacrificio que hago hoy. ¡Á Dios, Curt, que el Señor te bendiga!»

Escapósele la pluma de la mano y su cabeza se inclinó fatigada, permaneciendo en esta actitud hasta que fueron á llamarla en nombre de su padre.

¿Dónde enviar aquella carta? La última vez que se vieron con Curt, acordaron cumplir escrupulosamente las condiciones impuestas, y no hacer absolutamente nada que las infringiera; así fué que no se dieron dirección alguna para escribirse. Nora no quería que su carta fuese á parar á manos extrañas.

—La enviaré á su madre—se dijo—y ésta se encargará de que llegue á su destino. No importa que la lea... Precisamente esto es lo que me había pedido...





XVI

LANDOLFO había conseguido su objeto más pronto de lo que esperaba, á pesar de que en el telégrama había exagerado el mal estado de los negocios, á fin de excitar al director para que obligara á Nora á hacer lo que él le había indicado. En un principio le

impresionó algo el carácter trágico que había tomado el asunto; pero, poco delicado por naturaleza, se calmó pronto, felicitándose por el buen éxito de su artificio. Estaba firmemente persuadido de que sólo el *debut* de Nora podía salvar á Carsten de la ruina, y además confiaba en que una vez la joven se hubiese acostumbrado á aquella vida, podría él llegar á ser yerno del director. Toda su preocupación por el momento era preparar las cosas de modo que el público empezara á interesarse ya en la nueva debutante, y sin embargo ésta no tuviera motivo para resentirse y se volviese atrás.

Nora se hallaba aún á la cabecera de la cama de su padre, cuando ya todos los periódicos, especialmente los de la población en que debía debutar, se ocupaban de ella. Ora hablaban de su belleza y de su educación, ora publicaban mil historias fantásticas sobre los motivos que la habían obligado á adoptar aquel género de vida, de tal modo que el público llegó casi á penetrar completamente aquel misterio, sabiendo el nombre de las personas interesadas y creyendo por fin que se trataba de una novia abandonada, de una hija heróica, de una artista apasionada.

Como puede suponerse, Landolfo no se olvidó de enviar á la condesa todo lo que se publicaba acerca de Nora. La condesa hacía mucho tiempo que había recibido la carta dirigida á su hijo; pero indignada de ver que quería infringir sus mandatos, determinó no enviarla. Al recibir los periódicos comprendió que la carta debía tener relación con aquel asunto, pero aún entonces quiso guardarla hasta que pudiera procurarse una prueba de que era verdad lo que se anunciaba.

Carsten se restableció mucho más pronto de lo que se creía, pues la sola idea de que su hija iba á seguir su arte le restauraba las fuerzas. Tres semanas antes

del día fijado, cubriéronse las calles de la capital con colosales anuncios participando la llegada del famoso circo Carsten y el debut de la nueva artista ecuestre Mlle. Nora Carsten.

La condesa, á pesar de estar prevenida, palideció al recibir aquel anuncio por el mismo conducto que había recibido los periódicos, y sintió cierta compasión por la pobre joven. Comprendió que debía haber pasado algo extraordinario para que Nora tomase aquella resolución. Pero era demasiado tarde y tenía ya en su mano la prueba de que no se trataba de murmuraciones. Creyó la condesa que ya había llegado la ocasión de remitir la carta, á la que añadió los periódicos y el famoso programa, poniéndole algunas líneas de su mano:

«Querido hijo (le escribía), no puedo ocultarte lo que aquí todo el mundo sabe, aunque te quite una ilusión que tu madre no ha compartido nunca. Engañarse en su confianza en los hombres es el privilegio de las almas puras y nobles, y doy gracias á Dios que esto haya sucedido en tiempo oportuno. Ven á mis brazos, pues nadie mejor que tu madre podrá consolarte.»

La condesa había arreglado el paquete de tal modo, que su carta estaba en el fondo y por lo tanto debía ser leída en último lugar.

Mientras el paquetito tomaba el camino de Constantinopla, Nora, que hasta el último momento había aguardado una carta de Curt, hacía su primera salida en el Circo y arrebataba al público, que no recordaba haber asistido á un triunfo igual.

La superiora del convento, á quien había participado su resolución, le escribió una carta muy tierna:

«Hija mía (le escribía), el Señor te conduce por caminos extraordinarios; una intención noble y pura santifica muchas cosas y un gran sacrificio explica tu resolución, que de otro modo aparecería incomprensi-

ble. Quizás este camino que aparece como más peligroso, será más feliz para ti que el que nosotros deseábamos. Querida mía, sea cual fuere tu porvenir, siempre estaré contigo, mi pensamiento te acompañará por todas partes y ruego á Dios que te bendiga y te proteja.»

Nora fijó su atención en el párrafo que decía: «Una intención noble y pura santifica; un gran sacrificio lo explica todo.» Y pensó que Curt probablemente sería de la misma opinión y le conservaría su amor.

Mientras que en su patria acaecían estos sucesos, Curt se estaba tranquilamente en el extranjero gozando de todos los placeres que le ofrecía su posición, entreteniéndose al propio tiempo en estudiar el país y los habitantes de Oriente, visitando las principales ciudades. De vuelta de una de sus excursiones, se presentó á su jefe, y éste le entregó un paquete que acababa de llegar por el correo.

— Aquí tiene usted todo un volumen—dijo el ministro, riendo al entregarle el paquete, cuya dirección estaba escrita de mano de la condesa.—La juventud se alegra pronto: en cambio nosotros los ancianos tememos siempre, pues la vida trae muy pocas cosas agradables... Pero vaya usted, amigo mío, á estudiar la crónica de su patria.

Curt salió, y á la puerta de la legación se encontró con un francés, amigo suyo, agregado á la legación francesa, quien le acompañó hasta su casa.

Apercibióse entonces el francés del paquete, y con la galantería propia de su nación, dijo:

—¿Cartas de su país? dispense usted que le haya interrumpido, querido conde, pero puede usted leerlas mientras yo examino las plantas de su jardín.

Y al decir esto, salió por una puertecilla en comunicación con uno de aquellos patios interiores que tienen todas las casas de Pera y convidan al reposo por la

frescura que en ellos reina, en oposición al calor de las calles.

—Mi madre quiere hacer de mí un periodista, según parece—dijo Curt alegremente.—Venga usted acá, querido vizconde, en el paquete sólo hay retajos de periódicos y anuncios. ¿Qué querrá decir todo esto?

El vizconde estaba ocupado examinando una flor, así fué que no contestó inmediatamente á la invitación de su amigo. De repente un grito le obligó á volver la cabeza, y á través de los cristales de la puerta, vió á Curt sentado cerca de la mesa, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y dominado por una violenta agitación; la carta estaba abierta á sus piés y su mano estrujaba un periódico.

—¡Conde, por el amor de Dios, qué tiene usted?—dijo el francés acercándosele.

—Un poco de dolor de cabeza, un vértigo—respondió Curt, con voz apagada—agua... un poco de agua.

El vizconde se apresuró á mojar un pañuelo en la fuente y hacer con él una compresa para colocarlo en la cabeza del enfermo. Para todo esto no necesitó más de un minuto, pero á su vuelta ya habían desaparecido los retazos de periódicos que estaban esparcidos encima de la mesa.

—Me ha dado un violento dolor de cabeza—dijo Curt pasando la mano por la frente mientras su amigo le iba renovando las compresas.—La última excursión que he hecho, ha agotado mis fuerzas.

El vizconde, como persona cortés, no replicó, á pesar de que no podía menos de observar que Curt no tenía el aire de un hombre fatigado cuando él lo vió á su vuelta de la expedición; creía, pues, que aquella excitación debía atribuirse á una mala noticia.

—Le quema á usted la frente—añadió el vizconde después de una larga pausa.—Creo que le conviene á

usted el descanso y que se llame á un médico, pues con este clima no puede jugarse.

—¡Oh, creo que estoy ya mucho mejor!—dijo Curt levantándose fatigosamente.—¿En este país la calentura va acompañada de delirio?

—Esto depende de las circunstancias, pero espero que no llegará usted á este extremo, si es usted prudente.

—Quizás una buena calentura me sería útil—dijo Curt.—Dispénseme usted, vizconde, pero hoy no estoy muy bien... No creo que sea necesario un médico, pero sí que le agradecería se sirviera usted alejar las visitas; no puedo soportarlas cuando estoy enfermo.

—Como usted quiera... Pero permítame usted de todas maneras que le mande un médico.

El francés cogió su sombrero y se dispuso á ir á buscar al médico; pero apenas había dado algunos pasos, cuando oyó que le llamaban, volvióse y vió á Curt que procuraba alcanzarlo, teniendo una carta en la mano.

—Querido amigo—díjole Degenthal—puede usted hacerme un gran favor. Esta carta debe ser devuelta por el próximo correo, va dirigida á mi... á mi primo y sin duda me la han mandado por equivocación, sírvase usted darla á correos.

En el sobre se leían las palabras «Devuélvase á Alemania.» El vizconde prometió cumplir el encargo y reiteró á su amigo el consejo de que descansara. El vizconde se fijó en la letra del sobre, que evidentemente era escrita por mano de mujer, y movió la cabeza.

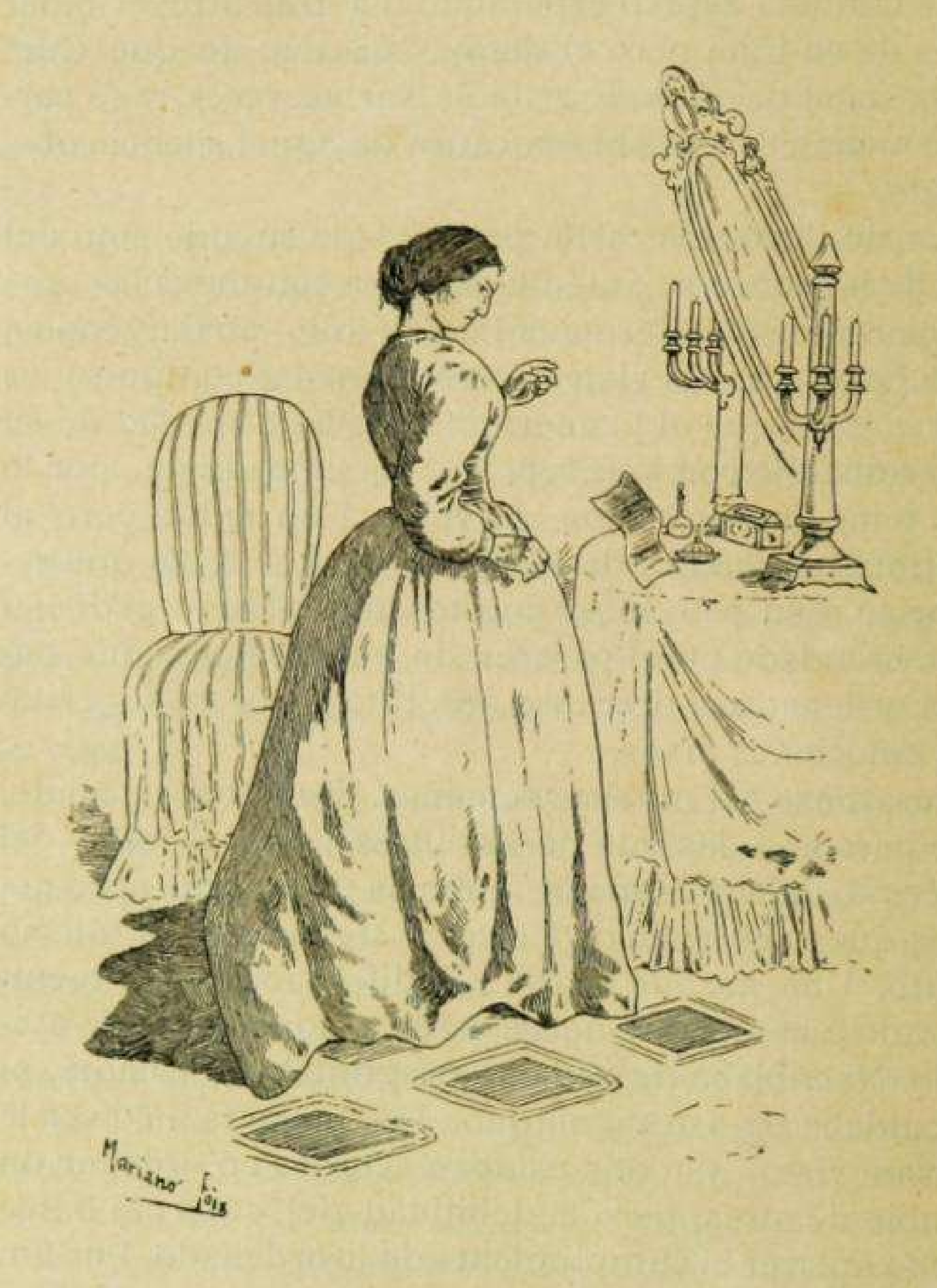
—Si no hay en todo esto alguna bella dama, me dejo cortar la cabeza. Y en verdad que su mensaje no ha sido muy bien recibido, pues ni siquiera lo ha abierto. Los hombres no deberían abandonarse así á un momento de impaciencia: ¡quién sabe si algún día sentirá el no haber abierto esta carta!

Cuando Nora esperaba con tanta impaciencia el tener carta de Curt, poco sospechó que su carta estaba en poder de la condesa; y ahora ésta encontró su castigo, pues también estuvo esperando día tras otro el tener carta de su hijo, pero el tiempo pasaba sin que Curt diera señal de vida. Escribióle varias veces, y se perdía en conjeturas sobre la causa de aquel silencio obstinado.

Por fin llegó una carta, pero no de su hijo sino del jefe de la legación, quien le hablaba con todas las precauciones de la enfermedad de su hijo, atribuyéndola á las fatigas de los viajes. Pero la madre compulsó las fechas y vió que el primer día de la enfermedad de su hijo coincidía con la recepción de su paquete, por lo que tomó la resolución de volar á su lado; pero al continuar la lectura de la carta, vió que tenía que renunciar á su proyecto, puesto que así se lo pedía su hijo, escudado en el parecer de los médicos, que habían ordenado el descanso absoluto y que se le evitaran emociones vivas.

Pasáronse así muchas semanas. El amable vizconde, que pasaba todas sus horas libres junto al lecho del enfermo, daba á la madre noticias de su hijo, pero parecía que la enfermedad estaba siempre en el mismo punto. Una grande apatía é indiferencia había reemplazado á la violenta fiebre cerebral que le había atacado. Ni hablaba de nada, ni preguntaba por nadie, ni se cuidaba de asunto alguno. Los mejores médicos le habían visto, y todos estaban acordes en ordenar un cambio de aires, pero la debilidad del enfermo había hecho aplazar el cumplimiento de lo ordenado. Por fin, á últimos del verano llegó la noticia de que Curt se hallaba algo más reforzado é iba á emprender un viaje, y el vizconde, que era quien escribía, le decía con las frases más amables, que su amigo no podía aún sostener la pluma, pero que se había decidido á

emprender un viaje, yendo primero á Grecia y después á Sicilia para pasar el invierno en el Sud de Francia.



«Acercándose siempre á su patria y al corazón de su madre». Al final de la carta iba una lista de los banqueros á quienes la condesa debía mandar fondos.

Al leer aquellas líneas, cayó una lágrima de los ojos de la condesa y un dardo pareció atravesar el corazón

de aquella madre que durante toda su vida tanto había querido á su hijo. En su interior repetía la frase de su amiga la superiora: «Podría perder un hijo en vez de ganar una hija.» Pero la condesa no era mujer para pararse ante tales consideraciones, pues había creido obrar según su conciencia y se dijo: «suceda lo que suceda, resistiré esta prueba.»

Por entonces recibió la condesa una carta de la madre Sibila en la que le decía: «Tengo que darte una explicación acerca de una persona que hubiera debido estar muy cerca de ti si su destino fatal no le hubiese obligado á seguir tan triste profesión. Por amor filial ha hecho un gran sacrificio que de seguro Dios le tendrá en cuenta en su misericordia infinita. ¡No la juzgues, y suplica á tu hijo que haga lo mismo! La idea de que no había dado su corazón á una persona indigna de él, de que no se ha hecho traición á su amor, dulcificará sin duda la amargura de la separación. La Providencia lo ha querido así, pero ambos jóvenes tendrán que apurar un caliz muy amargo.»

La condesa arrojó la carta con despecho. Esta buena Sibila ha perdido la cabeza; su afección por Nora la vuelve loca. Ahora que está en vísperas de curarse completamente, sería una locura el recordarle lo pasado. Es particular cómo las personas se vuelven poco prácticas cuando se retiran del mundo. ¡Pobre Sibila, qué ideas tan romanticas...!»

La condesa, como más práctica, arrojó la carta al fuego, y sin embargo entonces aquella carta hubiera podido realizar sus mas caros deseos: ¡hacerle recuperar el corazón de su hijo!



XVII

HABÍAN transcurrido algunos años. Lilly, la pequeña Lilly de rubicunda faz, había llegado á su mayor edad y era por lo tanto dueña de su fortuna. Hasta entonces había estado bajo la protección de la condesa, quien deseaba conservarla á su lado hasta el día que escogiera otro protector. Pero Lilly, la rica heredera, había rechazado todas las peticiones que se le habían hecho de su mano, con gran satisfacción de su tía, que no había olvidado del todo su antiguo ideal y creía firmemente que la joven participaba de su modo de pensar. El lector puede, pues, figurarse cuál sería la sorpresa de la madre de Curt cuando su sobrina le anunció que iba á vivir en sus tierras bajo

la protección de una anciana parienta. Las tierras de Lilly se hallaban á una jornada de las de la condesa y muy cerca de la capital austríaca. La condesa preguntóse en vano cuál era la causa de aquella resolución, que no podía impedir, y vió partir á la joven con harto sentimiento.

Lilly estaba dotada de cierta tenacidad, y desde la rápida partida de su primo guardaba cierta prevención contra su tía, no porque creyera que lo había alejado por su causa, pues demasiado sabía las intenciones de la condesa; pero tenía el presentimiento de que ésta había querido arreglar á su gusto el porvenir de su hijo, y que Curt era desgraciado desde entonces. Lilly sentía un afecto sincero por su primo, lo consideraba casi como propiedad suya y tenía la convicción íntima de que Curt debía apreciar sus cualidades. Teniendo esta convicción, no le importaba esperar, y como un sentimiento inexplicable le decía que al residir en casa de la madre contribuiría á alejar al hijo, en seguida que pudo hacer valer su voluntad, aprovechó la ocasión para marcharse.

En este momento hallábase muy conmovida, pues acababa de recibir una carta de su tía, en que le participaba que, por fin, Curt se había decidido á regresar á su casa, y que teniendo que pasar por las tierras de su prima, iría á saludarla. Al leer esto, los ojos de Lilly brillaron de alegría, y apresuróse á tomar todas las disposiciones para recibir bien á huésped tan querido. Cada vez que daba una orden, repetía: «porque mi primo Curt puede llegar de un momento á otro.»

¡Su primo Curt! ¿Qué había sido de él desde el día en que su madre le había arrancado bruscamente del corazón el amor y la fidelidad? Nunca había podido explicarse lo que sintió al recibir el programa en el que estaba escrito en gruesos caracteres el nombre de Nora. Una tempestad repentina había agitado su cora-

zón, amenazando destruir su inteligencia. Aquel paso brusco desde las esferas más altas al abismo más profundo, hizo experimentar á Curt todo lo que un hombre puede sentir de cólera, desprecio y orgullo herido. Con gran esfuerzo pudo contener delante de su amigo la explosión de su dolor, pero apenas éste hubo salido pensó en destruir las pruebas de aquel ultraje, de aquella decepción, de aquel desencanto, y al ir á ponerlo en práctica encontró la carta de Nora cuya escritura reconoció perfectamente. En el primer arrebato quiso también destruirla, pero después se le ocurrió que la mejor venganza sería devolverla sin haberla leído.

Esto fué lo último que hizo con pleno conocimiento, pues cuando el doctor llegó, encontró á Curt tendido en el suelo sin sentidos, y durante semanas y meses permaneció en un estado de semi-atontamiento. Había sufrido tanto, que nada le interesaba ya, y los médicos se preguntaban á qué debía atribuirse aquella apatía profunda que aminoraba cada día sus fuerzas.

Algunos meses después, su amigo trató de distraerle llevándole algunos periódicos ilustrados, y realmente Curt parecía animarse con su lectura, pero uno de ellos hablaba de una nueva celebridad, la señorita Carsten, y apenas Curt había fijado la vista en el papel cuando sus ojos se cerraron y la cabeza cayó hacia atrás. Curt dijo que era un exceso de fatiga, pero durante la noche fué atacado de nuevo por el mal que tanto le había hecho sufrir, y los médicos no supieron cómo explicarse aquella recaída. Las consecuencias fueron peores que la primera vez, y á pesar de que la juventud del enfermo triunfó de la enfermedad, le quedó una apatía tan profunda que parecía sumergido en un letargo.

Los médicos, habiendo agotado todos los recursos del arte, le ordenaron el cambio de aires. «A cualquier

parte, excepto á mi país», tal fué la contestación de Curt. Degenthal no acusaba á su madre, pero la mano que nos ha entregado un mensaje de desgracias nos causa pena. Decíase que la condesa debía haberse alegrado, pues había sido buen profeta; pero la humanidad no puede transigir con los agoreros de desgracias y menos aún cuando el pronóstico se realiza.

Curt viajó, visitó todos los sitios que le habían indicado, y después de una ausencia de tres años regresó á su patria, cediendo á las repetidas instancias de su madre, que confiaba que la vida de familia le haría feliz y se ocuparía con interés en las propiedades heredadas de su padre.

Una tarde, en una estación de la frontera occidental de Alemania, iba á salir uno de aquellos trenes que unen entre sí los polos de la civilización, y que circulan con tal rapidez, que parece que lo que hallan por el camino no merece la menor detención. El tren venía de la capital francesa y se dirigía á la metrópoli austriaca, y por esto la parada fué muy corta. Presentóse un joven, quien pidió al conductor un cupé de primera clase; pero cuando éste accedió á la demanda, el viajero, viendo que había otras personas en el departamento á que se le invitaba á subir, preguntó:

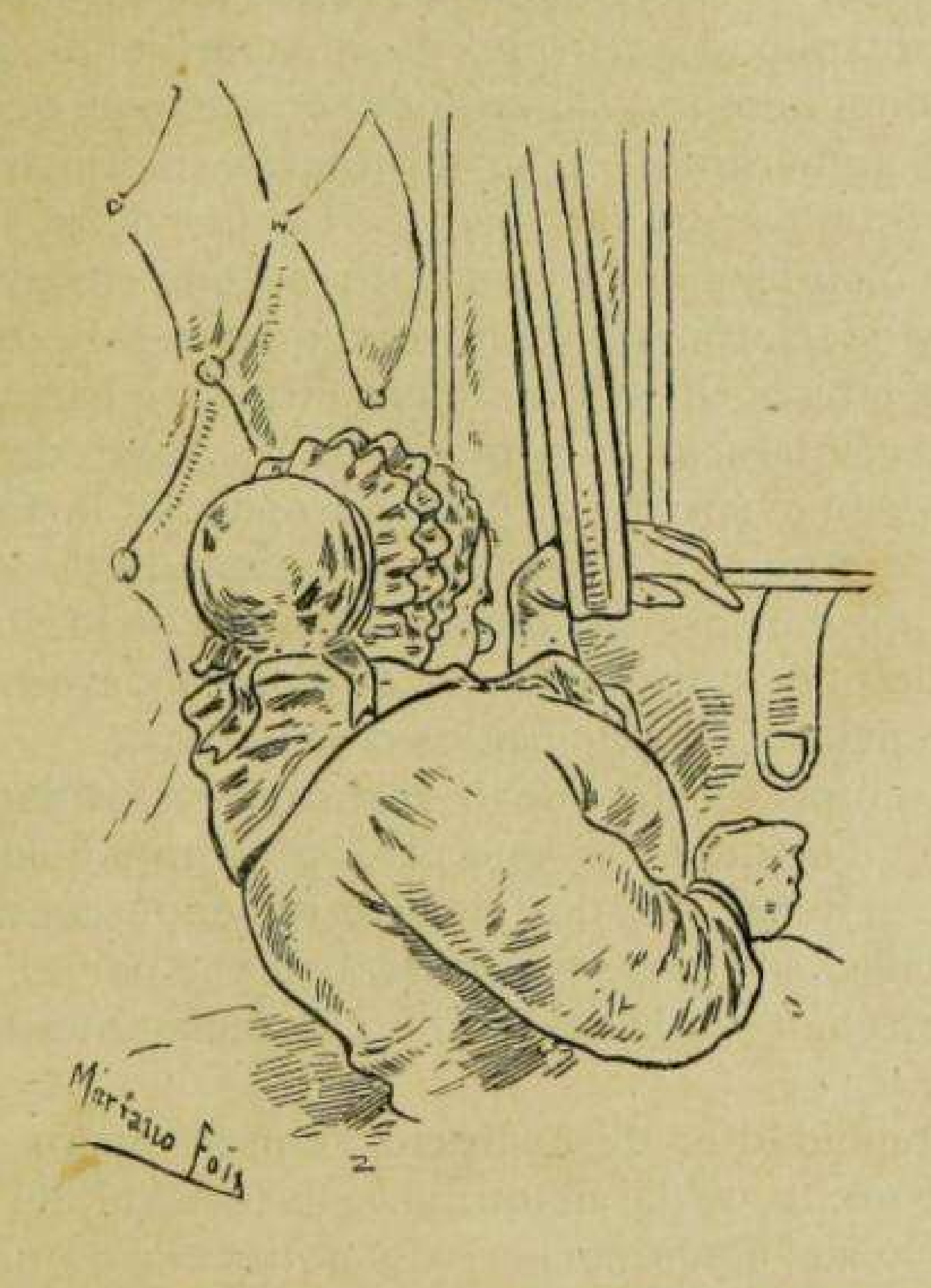
—¿No hay ningún cupé libre?

Á pesar de la moneda que acompañó la petición, el conductor dijo:

—Es imposible; los demás cupés están más ocupados aún.

El joven subió entonces al cupé, en cuyo interior se hallaban dos señoras. Una de ellas, la que estaba frente á frente, tenía ya cierta edad, y por la manera cómo iba vestida, conoció Curt que se trataba de una camarera. Su cabeza grande y de bastas facciones se apoyaba en los almohadones del coche; la mujer dormía

profundamente, roncando á más y mejor. La otra viajera se hallaba en el otro extremo del carruaje, y como estaba oscureciendo, Curt no pudo distinguir bien su



fisonomía, viendo sólo que se hallaba rodeada de todo el confort de una mujer elegante. Dos manos aristocráticas, cubiertas por fino guante, descansaban sobre su falda de seda oscura, y su cabeza estaba cubierta de blondas negras.

Hacía largo rato que el tren se había puesto en marcha, rozando velozmente bosques y arbustos, pueblecitos y ciudades, y atravesando colinas, rocas y arroyos. La locomotora corría con velocidad vertiginosa, como si le faltara tiempo para verlo todo.

Por fin la máquina disminuyó su fuerza y el tren hizo alto.

El conductor anunció la estación B..., nombre de una universidad alemana del Rhin. La camarera continuó durmiendo; pero los dos jóvenes, al oir pronunciar aquel nombre, salieron del ensueño en que se hallaban sumergidos, y se levantaron instintivamente encontrándose frente á frente. La luz de la lámpara iluminó su fisonomía y sus ojos se encontraron. Ambos palidecieron y pareció que quería salir un grito de sus labios. Un solo momento hubiera bastado para que se enlazaran sus manos y un rayo de alegría brillara en sus rostros; pero enrojecióse la frente de la joven y una nube oscureció la fisonomía del caballero, apretáronse sus labios, y el rayo de luz fué reemplazado por un frío glacial... ambos volvieron á su sitio silenciosos, desconocidos como antes...

El tren partió de nuevo con gran velocidad, y un grupo de estudiantes que pasaba acompañóle con su alegre gritería. Los dos viajeros del cupé continuaron inmóviles, sus ojos no se buscaban ya; por el contrario, miraban por la ventanilla y parecían admirar una visión.

Su felicidad ha desaparecido con la misma rapidez que el humo de la máquina. ¿Es este aquel paisaje que oyó sus confidencias? ¿Es aquel el río que tan felices les había visto un día de verano?

Una lágrima brilló en los ojos de Nora al recuerdo del pasado que con tanto vigor se despertaba en su corazón, y que por fuerza debía encontrar eco en el de Curt; miróle ella con ojos suplicantes, llenos de amor, pero él se hallaba absorbido en sus pensamientos y parecía ignorar absolutamente que estuviese á su lado. El corazón de Nora se replegó y sofocó aquel sentimiento hijo de un amor verdadero; entonces se acordó de aquella carta que le había sido devuelta sin

haber sido leída, carta que aparecía como un muro entre los dos!...

¿Y él qué pensaba? Una vez había cogido uno de aquellos trenes rápidos sin fijarse en la fatiga ni la distancia, á fin de poder ver á la dama de sus pensamientos y pasar algunas horas á su lado. Y ahora aquella misma persona que había ido á ver, pasando por todo, se hallaba á su lado, casi sola con él. ¡Qué no hubiera dado en otro tiempo para conseguir aquello mismo que hoy veía con indiferencia! Curt no pudo menos de volver á mirarla, de fijarse en su bonito semblante, pero se acordó que la última vez que lo había visto era en una ilustración. ¡Nora se había convertido en una celebridad de Circo!

Curt cerró los ojos para no verla más, pues temía su atracción.

El tren avanzaba rápidamente. Hace largo rato que se encuentran en un llano, desaparecido á lo lejos el paisaje que tantos recuerdos conservaba... Ha pasado la noche; el tren marcha sin parar; tal va su pensamiento. Interiormente se hacían mil preguntas uno respecto de otro, que, como es natural, quedaban sin contestación.

—«¡Cuánto tarda en bajar!»—se decía ella. Y él:
—«¿No ha llegado aún Nora al término de su viaje?

Por fin paró el tren y el conductor nombró una de las ciudades de la Alemania del Sud. La joven se levantó asustada... El trayecto le había parecido largo y sin embargo sorprendióla la llegada. La camarera se levantó y recogió todos los enseres de viaje. Nora se volvió maquinalmente, viéndose obligada á pasar por delante del joven. Su mirada se fijó en él durante un instante, pero no parecía asustada como antes; en sus ojos podía leerse una desesperación sombría, y su semblante era excesivamente pálido.

Curt levantóse á ofrecerle la mano para bajar del

carruaje, pero en el mismo instante se presentó un caballero á recibir á Nora, quien contestó con frialdad á sus ofrecimientos.

Curt se quedó solo y en aquel momento se presentó el conductor, quien acordándose de que Degenthal le había dado una buena propina, le dijo:

—Ha tenido usted una compañera de viaje muy bonita. Aquí es muy conocida, pues es la hija del director Carsten. que llegó anteayer en un tren especial. ¿Desea usted una taza de café? Hace frío, mucho frío —añadió el empleado viendo la palidez de Curt.

Degenthal rehusó sus ofrecimientos, y sin añadir palabra alguna apoyó su cabeza en los almohadones, como si quisiera descansar, por lo que el conductor abandonó el departamento, buscando viajeros más comunicativos.

El sol había hecho más de la mitad de su carrera cuando el viajero llegó á su destino. En seguida que hubo bajado del tren, un pequeño *groom* le acompañó á un carruaje cuyos caballos estaban impacientes para ponerse en marcha.

Aquel día Lilly se había preguntado más de veinte veces: «¿vendrá ó no vendrá?» y otras tantas miraba por la ventana para ver si descubría el carruaje. De repente se oyó un ruido sordo que anunció la llegada del huésped tan deseado. Lilly corrió al salón para hacer á su primo los honores de *su casa;* pero en vez de presentarse Curt, se presentó el groom que le dijo:

—El señor conde le suplica se sirva dispensarle; pues le ha fatigado tanto el viaje, que ha tenido que retirarse á su habitación. Dentro de un rato se tomará la libertad de venir á saludarla.



XVIII

Hemos tenido un compañero muy poco comunicativo—observó la vieja Ana, restregándose los ojos, al sentarse con Nora en el coche de Carsten.—Nora, creo que estás helada—añadió arropándola solícita con una manta de viaje.—He aquí lo que se saca de viajar tan precipitadamente; gracias á Dios que hemos llegado al punto de nuestro destino, pues mis pobres huesos no podían más.

En aquel instante el coche se paró ante una de las mejores fondas de la población, y el mismo individuo que había ido á saludarla á la estación, la esperaba para decirle:

—El señor director llegó anoche y todo está preparado para pasado mañana, si no se halla usted demasiado fatigada.

En apariencia Nora no le había oído, pues después de saludarle ligeramente con la cabeza, subió la escalera sin ocuparse más de su presencia.

—Parece que la señorita está de mal humor—murmuró Landolfo.—Ya llegará día que le quitaré todo este orgullo..... Si no me engaño, he visto al conde dentro del cupé, pero no creo que se hubiesen dado cita y en todo caso de nada le serviría, pues ya he arreglado las cosas de manera que ella no pueda reconquistar su corazón. Sin duda es esta la causa de su enojo.

En esto, la anciana criada había ayudado á la joven á desnudarse y la había acostado; pero viendo su obstinado silencio, abandonó la habitacion murmurando:

—Esta continua agitación concluirá con su vida, como acabó con la de su madre. ¡Pobre señorita!

Por fin Nora estaba sola. Ordinariamente la fatiga concluye por traer el sueño, pero para Nora el sueño era imposible. Le parecía oir aún el silbido de la locomotora y el ruido de los coches; constantemente veía ante sí á Curt silencioso, frío é impasible..... Tres años hacía que Nora había debutado, cumpliéndose los cálculos de Landolfo. La belleza y la habilidad de Nora habían realzado la reputación del director, y bastaba que en el programa hubiese el nombre de Nora para que el circo tuviese un lleno completo. Poco á poco la joven se había ido acostumbrando á su nuevo género de vida. La profesión no le era antipática, pues

había heredado de su padre la afición á aquella clase de ejercicios, y tenía un verdadero placer en perfeccionar sus estudios ecuestres. El presentarse ante el público era ya un hábito para ella y no le producía emoción alguna, y aceptaba con indiferencia los entusiastas aplausos que acompañaban todos sus ejercicios.

Su padre había procurado no herir su susceptibilidad; no la hacía alternar con los de su compañía, y ante el público se presentaba siempre á su lado. Al principio creyó buenamente que no podría soportar su situación y que se moriría, pero la juventud lo resiste todo.

Lo que le causó mayor dolor fué el que le devolvieran su carta sin haberla abierto, pero como los numerosos timbres que llevaba ocultaban la letra de Curt, creyó que éste no la había recibido. Esta idea la consolaba y alimentaba la esperanza de que algún día tendría ocasión de entregársela en manos propias y justificarse á sus ojos. Durante todo aquel tiempo, Nora vivió completamente retraída y sin hacer caso alguno de los numerosos jóvenes que la perseguían con sus declaraciones y sus regalos, que rehusaba siempre.

Así había sido hasta entonces. Pero el encuentro que había tenido en el ferro-carril había desvanecido sus ilusiones y destruído su última esperanza. ¡Verse abandonada, despreciada por él! Expulsada del corazón de quien lo había sido todo para ella, por quien todo lo hubiera dado! ¡Es decir que no había sabido excusarla, disculparla! En medio de su dolor, experimentaba un sentimiento de rebelión contra la injusticia de que era víctima. ¡Pues qué! ¿no era digna de que se le hablara, de que se la mirara? ¿No había faltado él, por su parte, al juramento que hizo de salvar á Nora de la peligrosa situación en que se encontraba, y ser su guía, su sostén? ¿Qué se habían hecho

aquellas promesas? La había abandonado á la primera ocasión. ¿Pero no tenía ella en parte la culpa devolviéndole tan pronto su palabra? Esta circunstancia él la había aprovechado, para abandonarla, dejarla al borde del abismo, mientras que él recobraba su libertad. Ella, en cambio, lo había sacrificado todo á aquella sombra de amor, ¿pero debía continuar haciéndolo? ¿Debía verse privada de gozar de las alegrías de la vida? Su sangre ardiente se sublevaba, su corazón abandonado le pedía el olvido y aspiraba á algo que pudiera llenar aquel vacío. Quería gozar de la vida.

Después de la tempestad viene la calma. Cuando Nora se levantó, su fisonomía tenía otra expresión; sus ojos brillaban y la vida rebosaba en su semblante. Estaba ocupada en trenzar sus cabellos, cuando llamaron á la puerta y le entregaron un ramillete precioso.

El primer impulso de Nora fué arrojarlo como lo hacía generalmente con todos, y mayormente sabiendo que aquél era regalo de un príncipe que hacía varios meses la perseguía con sus obsequios. Pero después reflexionó y se lo quedó, diciendo:

—Puedo tenerlos todos rendidos á mis piés si quiero. Con una mirada, con un signo, los esclavizo y está en mi mano el hacerlos desgraciados como yo. Quiero demostrarle que no tengo más que tender la mano para obtener lo que él no quiere darme.

Pocas horas después, presentóse Nora á su padre con el fin de recibir instrucciones para el día siguiente; y Carsten se sorprendió de encontrarla tan dócil á sus deseos.

Pronto no se habló de otra cosa en la ciudad que de la hermosa Carsten, quien parecía haber abandonado la seriedad y la rigidez que la distinguían antes. La mayoría de los espectadores atribuía aquel cambio á una excursión que la artista había hecho por Francia é In-

glaterra. Nora tomaba parte en ciertos ejercicios arriesgados y en espectáculos teatrales, entre ellos una escena original y complicada que era un verdadero triunfo para ella. Tratábase de una escena sacada de la historia de Libuna, la bella reina de Bohemia que también odiaba á los hombres: tratábase de un combate de las amazonas con los hombres que las resistían, representación que permitía presentar un numeroso personal y que terminaba con la victoria de las amazonas, la caza de los fugitivos y finalmente la lucha de la bella Libuna con el valiente Charka, en que la primera, después de haber herido mortalmente á su enemigo, cae ella misma expirante. De todas partes acudía la gente para ver lo admirable que estaba la hermosa Carsten en el papel de Libuna.

Algunas semanas después, despidióse el circo Carsten de aquella ciudad, y siguiendo la costumbre de los años anteriores, fué á dar algunas representaciones en la capital austriaca, en donde era esperado con impaciencia.

El día de la inauguración, todas las personas notables de la capital se dieron cita en el circo. La compañía era brillante, y Libuna llamó la atención por su gracia y su belleza al presentarse rodeada de las amazonas. Montaba un soberbio caballo de raza, fiero y fogoso; una coraza dorada aprisionaba su esbelto cuerpo, y en su cabeza brillaba un casco de plata, que dejaba al descubierto su bella fisonomía y su magnífica cabellera negra.

En verdad que era espectáculo sorprendente la lucha entre jinetes tan hábiles y que con tanta maestría dominaban sus caballos; pero á pesar de ello, casi todas las miradas se fijaban sólo en la bella Libuna, que se distinguía entre todos. La escena se hizo más dramática cuando los guerreros y las amazonas se retiraron; había llegado el momento en que el

último guerrero se pone frente á frente de Libuna, rodeada de las amazonas triunfantes. La reina va á arrojarle una flecha; pero se detiene y echa una mirada de triunfo á su alrededor. Sus ojos se fijaron un instante en un grupo de espectadores y se quedó como petrificada. En vano su adversario se defiende con valor aguardando el golpe mortal, ella parece no verlo, palidece y un temblor súbito se apodera de ella. Una de las amazonas le dice algo al oído para recordarle la situación, y entonces Nora, como si saliera de un ensueño, tarda un momento en hacerse cargo de lo que se exige de ella, pero por fin termina la representación. Afortunadamente, esta exigía que al dar el golpe fatal cayera desvanecida en brazos de sus compañeras, pues la pobre Nora no podía sostenerse ya y ni siquiera oyó los frenéticos aplausos de los espectadores.

En el sitio en donde se había fijado tanto rato la mirada de Nora, hallábase, rodeado de varios oficiales, un eclesiástico, que se ocupaba sólo del espectáculo sin sospechar de que él, por su parte, era objeto de la atención de la artista.

—Vamos, señor capellán, veo que no encuentra usted malas todas nuestras diversiones—dijo un oficial alto y seco acariciándose la barba.—¿Es para ver esta maravilla que ha venido usted, ó á qué debemos agradecer el gusto de verle á usted en la capital? Este año la condesa nos ha tenido algo olvidados.

—La enfermedad y la ausencia de su hijo la tenían preocupada, y esto le ha impedido frecuentar la sociedad. Por el momento estoy de paso para ir á encontrar al conde Degenthal, quien ha tenido una recaída en la quinta de su prima la condesa Lilly, en Gœrhlitz.

—¿Es decir que el conde ha regresado ya de sus insensatos viajes?—replicó el oficial con viveza.—¿Y está en Gœrhlitz? Supongo que su madre no tendrá nada

que decir en contra de esta reclusión. ¿Pero qué es lo que tiene?

—Las fiebres producidas por el clima de Oriente, han atacado su sistema nervioso. Hasta ahora no se ha restablecido completamente del ataque cerebral que tuvo en Pera. Posteriormente creímos que la enfermedad había sido vencida por completo, pero la fatiga del último viaje produjo una recaída.

—Esto es muy triste—dijo el oficial—pero mala ocurrencia tuvo su madre al enviarlo tan lejos. De sobras sé todos los medios que empleó para conseguir su objeto. ¿Y todo para qué? ¿Está mejor ahora?

—Sí; está en vías de curación, y como ha manifestado el deseo de verme, por esto me he puesto en camino. Mañana estaré á su lado. La condesa está allí hace algunas semanas.

—Por mi parte también iré uno de estos días á saludarlo. ¿Y el conde Nicolás, dónde está?

—Está en el regimiento. Estos últimos años se ha desarrollado mucho y está hecho un buen mozo.

—Pero nunca valdrá lo que su hermano; lástima sería que Curt no se restableciera. Pero vámonos, señor capellán, pues ya casi no queda nadie en el circo.

El grupo de oficiales les acompañó.

—¡Qué hermosa es esta mujer!—dijo uno de ellos.

—Y además es una amazona incomparable; muchas veces la hemos visto, capitán, pero nunca como hoy. Ha hecho grandes progresos.

—Lo dudo—dijo el capitán en tono seco—antes me gustaba más. Entonces se olvidaba completamente de ella para ocuparse sólo del caballo, y ahora hace como todas, que sólo se ocupan de ellas. Pero, fíjese usted, barón, ¿no es aquel el príncipe H***? Dícese que sigue siempre á la compañía para tener el gusto de verla.

—Sí, es aquel caballero, en traje de paisano y la cabeza calva. Se cuentan cosas inverosímiles de los sa-

crificios que ha hecho para agradar á esta sirena, pero todos sus esfuerzos han sido inútiles. Se dice que Nora está comprometida con el administrador de su padre, y su novio la vigila con ojos de lince.

El capellán exhaló un ligero suspiro.

—Señor cura—dijo el capitán—véngase usted con nosotros y tomará algún refresco, pues hace un calor tropical.

—Se lo agradezco infinito—contestó el eclesiástico—pero por hoy he dedicado ya bastante tiempo á diversiones mundanas. Mañana quiero salir temprano para Gœrhlitz; ya nos veremos allí.

Y se separaron dándose un afectuoso apretón de manos.





XIX

Al día siguiente, muy temprano, entregaron una carta á Nora pidiéndole contestación. La pobre joven había pasado muy mala noche, y se hallaba sentada al escritorio trazando algunas líneas que rompía apenas había empezado. El billete que le habían entregado era simplemente una tarjeta de visita en la que se leían algunas palabras por las que el autor pedía que se le recibiera, y aunque Nora vaciló un momento, por fin contestó con la afirmativa.

El capellán, pues era él quien había escrito la esquela, se presentó al instante. Al entrar, tendió su mano á Nora y la miró con aire grave y dulce á la vez.



El corazón de la joven se oprimió al volver á encontrar a aquel amigo que le recordaba su juventud.

—Vea usted cómo me vuelve á ver—dijo con tristeza—una artista de circo á pesar de todo.

Y sin querer se le saltaron las lágrimas.

—¡Benditas sean estas lágrimas!—dijo el capellán. —Querida niña, doy gracias á Dios de que esto sea un verdadero sacrificio para usted, pues ayer llegué á figurarme que se había acostumbrado ya.

—¡Ojalá que hubiese sido así!—dijo Nora con amargura.—Si yo pudiera olvidar lo pasado... Tengo todo lo necesario para ser dichosa: riqueza, libertad, hermosura; todo lo que la vida puede ofrecer de más tentador. ¿Por qué, pues, me ha de atormentar aún tanto aquel sentimiento que quisiera olvidar? Y precisamente le veo á usted cuando la lucha es más viva. ¡Deje usted que siga sin reparo el camino emprendido, quizás entonces seré menos desgraciada! ¡Oh! ¿por qué ha venido usted?

Al decir esto hablaba con volubilidad, hasta con dureza, como dominada por grande excitación.

—¿Por qué he venido? Para cumplir la promesa que hice á su moribunda madre. ¿No le prometí ser para su hija un amigo, un consejero? Ojalá que hubiese podido aconsejarla cuando tomó este camino en donde tantas otras se han perdido ó han sido desgraciadas.

—En cambio hay otros que no han sido desgraciados, sino que han procurado olvidar y despreciar lo que les parecía digno de ser olvidado y despreciado.

—Nadie puede saber lo que sufre su prójimo—dijo con dulzura el capellán.—Quizá se ha engañado respecto de usted como usted se ha engañado respecto de él. Todo ha sucedido quizá para hacer que usted llegara al puerto por otros caminos.

—Lo que es ahora, es completamente imposible que alcance el puerto. Todo ha concluído—dijo ella con desesperación.

—Es posible que no alcance usted el fin que se propuso, pero yo hablo de otro al que se puede llegar por varios caminos... Especialmente por los caminos

que adoptamos sacrificándonos. ¿No ha sido esto para usted un sacrificio, y no es este el mejor camino para alcanzar el cielo?

—¿Cree usted que el camino que he adoptado á la fuerza, será el más corto para llegar al punto final?—preguntó Nora con aire desdeñoso.

—No hay posición que no podamos santificar—replicó el capellán:—cuanto mayor es la tentación, más bella es la victoria.

—¿Cree usted que es fácil resistir la tentación? Mire usted—dijo indicándole los numerosos ramos y coronas que le arrojaron el día anterior—mire usted—añadió mostrándole una infinidad de billetes perfumados.—¿Cree usted que esto no llega algún día á causar impresión, á halagarnos? ¿Cree usted que es facil permanecer fría é indiferente ante tales triunfos, sobre todo cuando se sabe que nada hay que esperar por otro lado? Desde que he perdido la última ilusión, desde que sé que me desprecia, el alma me exige una compensación y tengo ganas de gozar de la vida. Ya sé que es fácil que me pierda como se han perdido otras; pero quiero amar la vida, quiero gozar de ella como lo han hecho antes que yo personas que valían más, y como lo harán después muchas otras.

El capellán dejó pasar sin contestación estas palabras apasionadas, y refiriéndose al primer punto que habían tratado dijo:

—El amor de un hombre es una áncora engañosa. Pero ¿cómo sabe usted que la desprecia?

La sangre se subió á la cabeza de Nora, y las palabras que quería pronunciar no pudieron salir de sus labios; acercóse á la ventana y respiró el aire frío que penetraba por la misma.

—¿Ha tenido usted alguna noticia de él?—insistió el capellán.

—Hace algunas semanas salí en el express de París.

En el mismo departamento había un viajero que nc me reconoció.

El capellán se sobresaltó.

—¿ Hicieron ustedes el mismo camino ?

Nora hizo un gesto afirmativo, y un temblor nervioso agitó su cuerpo al recuerdo de lo que había sucedido.

El capellán se explicó entonces la recaída de Curt... ¿Era prudente que diera esperanza alguna á aquel pobre corazón ? La verdad pudo más en él que la prudencia, y además la misericordia exigía que no se prive á un corazón herido de lo que puede curarlo y que no se rehuse á un alma afligida el bálsamo del consuelo.

El espíritu recto y probo del capellán siguió el consejo de su conciencia.

—El conde Degenthal cayó enfermo después de aquel viaje, y ahora voy á encontrarle, pues desde entonces no ha podido abandonar la casa de su prima.

Nora, altamente sorprendida, exclamó :

—¿ Ha estado gravemente enfermo ?

—Ha sido una recaída de su antigua enfermedad. El médico no sabe á qué atribuir esta excitación de su sistema nervioso.

—¿Una recaída... de una enfermedad antigua? ¿Qué quiere usted decir con esto?

—¿ No está usted enterada de lo ocurrido?

—¿Yo? No he sabido sino que estaba agregado á una embajada lejana...

— Pues hace tres años, la noticia de lo que había sucedido le sorprendió de tal manera, que estuvo enfermo teniendo que guardar cama.

Á continuación el capellán contó lo que sabia de Curt, y Nora lo escuchó silenciosa.

—¡Oh Dios mio! —dijo lentamente—enfermo y delicado durante tantos años...

Enfermo por culpa suya. En su desconsuelo, Nora sólo había pensado en sí, sin preocuparse un solo instante de lo que podía haber sufrido Curt. La naturaleza más sensible de éste no había podido soportar el golpe con la misma facilidad que Nora, y sin embargo la joven casi lo había odiado por su aparente indiferencia. Así los sufrimientos morales habían agotado sus fuerzas físicas, mientras ella, Nora, había conservado todas las fuerzas de la salud y de la juventud.

—¡Oh Dios mío!—exclamó—esto es horrible; nunca me hubiera figurado tal cosa.

— Siempre nos preocupamos exclusivamente de nuestro dolor, sin pensar nunca en el de los demás, especialmente cuando nos creemos injuriados por ellos.

—¡Señor capellán! ¡señor capellán! no es mía la culpa; usted no sabe cuál ha sido la causa de que tomara esta determinación. Apenas podría explicárselo á usted, pero en tiempo oportuno escribí á Curt participándole la causa de esta resolución, y él me ha juzgado sin oirme; me ha devuelto mi carta sin leerla.

—¿No la leyó? Pues sin duda sabría su resolución de usted por otro conducto y esto habrá sido la causa de su enfermedad, pues tenía en usted una confianza ilimitada. ¿Quiere usted explicármelo todo, Nora?—dijo el eclesiástico con seriedad.

—No tengo inconveniente; pero como confesión, pues en el asunto están interesadas otras personas.

Arrodillóse, pues, como si tuviera una falta grave que confesar, y le contó con los detalles más completos lo que había sucedido desde el día en que el honor y la vida de su padre se habían visto expuestos, narrando la atroz agonía que se había apoderado de ella al prestar el juramento que se le había exigido.

El capellán escuchóla sin interrumpirla. Como la había conocido siempre formal y reflexiva, su imagina-

ción había buscado mil pretextos para disculparla, pero nunca hubiera sospechado la inmensidad de la lucha y del sacrificio que se había impuesto. Sintió una compasión profunda por aquella alma escogida que había tenido el valor de realizar aquel acto heróico, que hacía que sólo encontrase desprecio por todas partes.

—¿ He obrado mal así ? Por Dios no me culpe usted, pues he sufrido tanto, al tener que destruir yo misma mi porvenir.



—Dios me libre de culparla á usted, pobre niña—dijo el eclesiástico conmovido.—Verdaderamente no sé lo que hubiera podido aconsejar á usted en aquel momento; pero se ve bien claro que el amor filial y el espíritu de sacrificio son los que la han llevado á tal resolución. Quiera Dios bendecirla y recompensarla. La vida ha sido más cruel para usted de lo que su madre hubiera podido imaginar...; ha tenido usted que abandonarlo y sacrificarlo todo para salvar á su padre.

—Pero ¿ lo he salvado ?—preguntó ella con voz débil.—¿Lo he salvado ? He aquí una pregunta que me

repito siempre. Desgraciadamente, no puedo decir todo lo que pienso de algún tiempo á esta parte, y esto que he procurado cerrar los ojos... He intentado vivir indiferente á todo, pues lo pasado me martiriza; pero este Landolfo es un genio malévolo que nos persigue á todos y domina completamente á mi padre. Mi pobre padre no es hoy día lo que era antes—añadió sonrojándose.—Esta clase de vida rebaja todos los caracteres. Si yo no hubiese hecho el sacrificio, de seguro que se hubiera visto obligado á abandonar los negocios.

—Usted ha creído obrar bien y esto le basta á Dios y á su conciencia de usted; no se preocupe usted más de este asunto. Pero ahora que los asuntos de su padre marchan prósperamente, ¿no podría usted retirarse?

—De ninguna manera. Mi padre asegura que el público sólo se presenta para verme á mí, y dice que no ha recuperado aún lo que había perdido. Por otra parte, Landolfo procura que mi padre no gane todo lo que debería ganar.

—¿Y es este el amigo que tiene su padre de usted? ¿No la tratan á usted bien?

—No es esto lo que he querido decir—replicó Nora sonriendo tristemente;—me tratan muy bien, me adulan, me acarician porque me necesitan. Pero la persona de quien acabo de hablar, tiene formado un plan en contra mía, y este es el motivo porque procura enredar los negocios de mi padre que de por sí no están ya muy claros, de modo que á fuerza de enredos, de astucia y de lisonjas ha logrado dominarle completamente. Conmigo no puede nada y por esto á un plan sucede otro; usted no puede formarse idea de las intrigas que se forman en esta casa. Mi deber es no abandonar á mi padre en esta situación.

—¿No podría usted tener una explicación con su padre?—añadió el capellán.

— Imposible—replicó Nora;—no poseo más que indicios y mi padre no me creería.

— Nora—dijo el capellán con tono grave, después de una pausa—cumpla usted pues su deber por duro que le parezca, ya que su cumplimiento hace feliz y ayuda á atravesar valerosamente los escollos de la vida; pero fortalezca usted su corazón contra los peligros que se le presentarán en su existencia y sea usted fuerte y arrojada en todas las luchas. Quizás está usted destinada á ser el ángel guardián de su padre. Crea usted que Dios no la abandonará. Él me ha guiado hacia aquí en el momento en que parecía usted querer naufragar.

— ¿Pero durará esto mucho tiempo? ¿Cree usted que siempre podré resistir victoriosamente?

— Mientras Dios quiera. ¿No puede la Providencia vencer en un instante todas las dificultades que hoy nos parecen insuperables?

El capellán se levantó para despedirse.

— Sí; verdaderamente la Providencia le ha traído á usted á mi lado cuando estaba al borde del abismo. ¡Ayúdeme usted para que no sucumba!

En aquel momento llamaron á la puerta, y al decir Nora: «adelante», entró el director.

— ¡Parece que tienes visitas!...—exclamó con aire sorprendido.—¡Ah! es usted, señor capellán; ¿qué es lo que le trae á usted por acá?... Me alegro mucho de verle.

Al decir esto le tendió la mano, pero en el tono de las palabras y en lo encogido de sus movimientos podía verse fácilmente que semejante visita no era muy de su agrado. El capellán lo encontró muy diferente de la última vez en que lo había visto; había engordado, y tenía el rostro abotargado al parecer, habiéndole abandonado la circunspección de otros tiempos. Llamóle tanto más la atención aquel cambio, cuanto

su hija, seria y grave, hacía gran contraste al lado de Carsten. Notábase bien que Nora no podía esperar consejo y ayuda de su padre.

— Temo que el haber visto á usted, señor capellán, habrá agitado á mi hija—dijo el director mirando á Nora con desconfianza.—Todo ha sucedido como lo habían previsto las cabezas prudentes y experimentadas.. —añadió, volviéndose hacia el capellán.—Es preciso que la juventud aprenda en la escuela de la experiencia... Mi hija es feliz ahora, y de seguro le ha dicho á usted que esta vida no es tan terrible como ella se había figurado. Todo el mundo ha acudido para verla.

— El emperador de Rusia tuvo razón— dijo el capellán mirando á Nora.

— Sí; ha eclipsado completamente á su padre—continuó sonriendo el director—pero es una princesa mimada.

Carsten tenía un aire vano al decir esto, y su fisonomía estaba muy animada, de modo que el capellán tuvo cierta sospecha. En realidad, Alfredo había almorzado con Landolfo, y éste, después de hacerle beber muchas copas de Jerez, le anunció la visita del capellán á su hija, aconsejándole que fuera á interrumpir su coloquio, pues el cura persuadiría á Nora á que dejase su profesión.

— El príncipe ha venido á preguntar por ti, y nos ha propuesto una excursión al campo...

— Gracias, papá. Ya sabes que no acepto nunca invitaciones de esta clase; así, espero que habrás contestado negativamente.

— ¿ Y por qué no puedes ir acompañada de tus padres ? Precisamente ahora empezabas á mostrarte más razonable. Espero, señor capellán, que no ha vuelto usted á hacer de ella una monjita. Esta vocación no conviene á todo el mundo, y sobre todo no armoniza con nuestro oficio.

—Creo, caballero, que en esto tiene razón la señorita Nora. Una joven en su situación no es nunca bastante reservada.

—¡Bah, bah! sobre todo no le meta usted estas ideas en la cabeza, señor capellán; harta es su altivez natural, y me lo echará todo á perder.

—Si crees esto, papá, estoy muy dispuesta á retirarme—dijo Nora con calma;—ya sabes que no me gusta este género de vida, y de sobras encontraré otra posición con que ganarme la subsistencia.

—Vea usted lo caprichosa que es—dijo Carsten acariciándola:—de sobras sabe que no podemos pasarnos sin ella.

Nora, que se hallaba humillada por aquella escena, tendió la mano al capellán y le dijo tristemente:

—Le estamos haciendo perder á usted un tiempo precioso; doyle un millón de gracias por su amable visita, que me ha hecho un gran bien. Tenga usted confianza en mí, pues haré lo posible para luchar y vencer.

—La Providencia velará por usted. Quizás he aumentado su pesar relatándole hechos que usted ignoraba; pero espero que todo ello le servirá de escudo contra un peligro mayor que las penas del corazón.

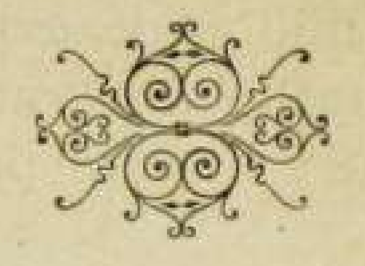
—Y no me lo habrá usted dado en vano; hoy ha puesto usted nuevas armas en mis manos.

El capellán se marchó muy conmovido, pues aquella joven se le presentaba más huérfana que cuando la conoció niña. Apenas salió del cuarto, cuando Nora fué tras de él:

—Permítame usted aún una suplica..... No se olvide usted de participarme cómo sigue, pero no le diga usted ni una palabra de mí, pues sólo serviría para hacerle sufrir más.

El capellán al retirarse iba pensando en el heroísmo de que es capaz el corazón de la mujer que ama: has-

ta el punto de preferir el erróneo juicio de los demás, á causar una nueva pena al sér amado. Pero á Nora no le costaba el ser heróica desde que supo lo que Curt había sufrido por ella.

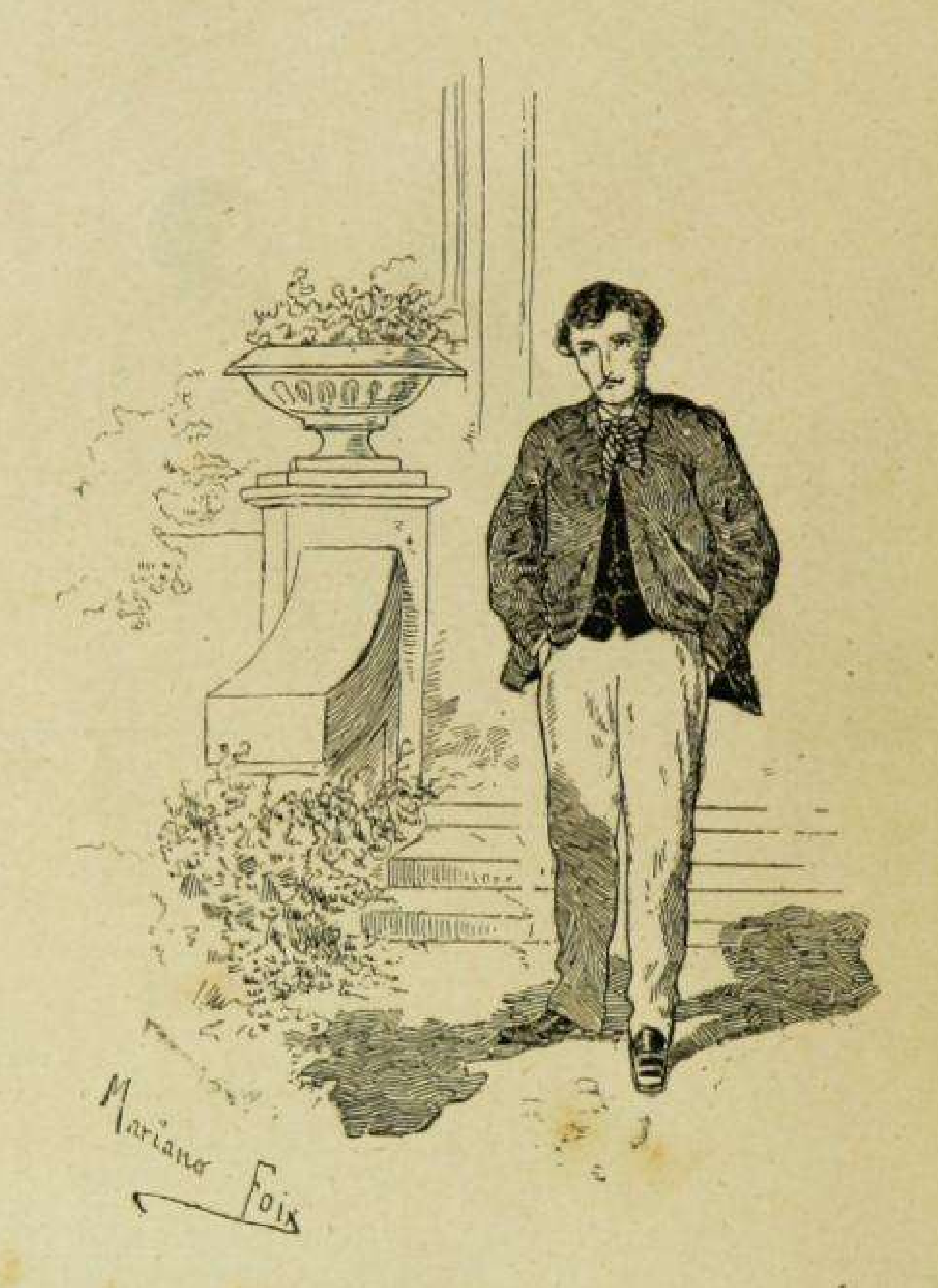




XX

La alegría que había experimentado Lilly á la llegada de su primo, fué de corta duración; pues Curt se puso enfermo de tal modo, que hubo necesidad de llamar al médico, y Lilly telegrafió á su tía. La condesa llegó al día siguiente, y el volver á ver á su hijo fué para ella más penoso que lo había sido su ausencia.

Curt estaba pálido, flaco, sin expresión en los ojos; en una palabra, se veía que su organismo había recibido uno de aquellos golpes que debilitan al hombre



física y moralmente. Pero á la condesa no le gustaba volver á lo pasado, pues creía que no había hecho más que cumplir con su deber, olvidándose quizás de que: «se cumple siempre mejor un deber que uno mismo se haya impuesto.» Atribuía aquella enfermedad al clima, á las cábalas de ciertas personas y á la debilidad de

su hijo; se consolaba fácilmente diciendo que de otro modo hubieran ido las cosas si se hubiese dejado guiar por ella en vez de verse abandonado á sí mismo, y se prometía usar en adelante de gran vigilancia para evitarle los recuerdos de los tiempos pasados.

El capellán, que era el único que conocía los motivos de la recaída de Curt, no los mencionó, pues era de distinta opinión que la condesa, y creía que ciertos sentimientos valía más dejarlos desarrollarse en silencio, que estimularlos continuamente.

Curt entró en convalescencia en el mes de Setiembre. El sol de otoño, que es tan brillante pero no tan ardiente como el del verano, iluminaba los jardines del palacio de Gœrhlitz. Curt pasaba muchas horas contemplando aquel espléndido paisaje, pero la calma exterior de la naturaleza no disminuía en nada la lucha que sostenía en su interior y que su encuentro con Nora había reavivado. Sus sentimientos variaban continuamente; unas veces el amor se despertaba violento, otra vez su voluntad trataba de destruirlo; en ocasiones sentía remordimientos por haberla condenado sin oirla. La postración de sus fuerzas le impedía tener ideas claras y precisas, y por más que hacía no lograba encontrar descanso. En vano quería olvidar, pues el olvido es independiente de nuestra voluntad, y cuando más lo buscamos lo encontramos menos.

La presencia de Lilly era la única que no le causaba pena; por el contrario, parecía hallar cierto placer en ella. Curt notó que su prima había cambiado bastante, y en beneficio suyo, desde la última vez que la viera. Se había desarrollado; su talle era gracioso; su cara, antes redonda, ovalóse y perfeccionáronse sus rasgos, y al reir marcábanse dos graciosos hoyuelos en sus mejillas. Lilly reía á menudo, pero silenciosamente, á su manera, desde que tenía á su primo por huésped.

Curt admiraba la expresión tranquila y simpática del rostro de su prima, y la admiraba como mujer hacendosa al verla ocuparse con mucho método de los mil quehaceres domésticos. Cuando su primo la



llamaba é interrumpía sus ocupaciones, contestaba con celeridad y alegría á su llamamiento, sentándose gozosa á su lado y entablando una conversación que, aunque fuera insignificante, no disgustaba á Curt.

En el estado de debilidad en que se hallaba, se le había prohibido fatigarse ó excitarse, y muy á menudo

había pensado, viendo á Lilly: «debe ser muy agradable estar al lado de una persona tan tranquila y á la que se le puedan confiar todos los cuidados, todos los pequeños deberes que impone la vida.»

Á medida que avanzaba el restablecimiento de Curt, la vida iba haciéndose más animada en Gœrhlitz. La presencia de Degenthal sirvió de pretexto á muchos de los nobles vecinos para venir á saludar á la castellana. De esta manera se formó una tarde una pequeña reunión de personas en el jardín de la casa. Entre los huéspedes hallábase aquel capitán que estuvo con el sacerdote en la función del Circo. Hay días que se prestan más á la alegría que otros, y aquel era uno de ellos, de modo que las personas reunidas en el parque, estaban muy animadas, y la castellana de Gœrhlitz, tan silenciosa y reservada ordinariamente, en aquel momento era el centro de la animación. Con su traje azul celeste y sus lazos azules en la cabeza, parecía una flor que acababa de abrirse. La felicidad y el amor le daban una expresión que no se le había visto nunca. Jamás le habían faltado admiradores, pero en aquella ocasión era el punto á donde se dirigían todas las miradas. Lilly aceptaba con indiferencia el homenaje de sus adoradores, pues para ella sólo un hombre era digno de atención, y Curt no rechazaba la mirada de aquellos ojos que sólo en él se fijaban. ¿Qué hombre hay que no sienta halagado su orgullo cuando se ve preferido á los demás?

—¿Todos rindiendo tributo á la belleza?—dijo el capellán acercándose al grupo.

—Querido capellán—replicó el oficial—ha perdido usted el derecho de sermonearnos desde que se apresuró usted tanto hace pocos días en ir á admirar «la belleza á la moda.»

—¿Qué quiere usted decir con esto?—preguntó el capellán algo sorprendido.

—Vamos, vamos, no se haga usted el desentendido. ¿Por qué dijo usted que no podía estar más tiempo con nosotros, y después hizo pasar una tarjeta á la bella de las bellas? Poco sospechaba usted, señor capellán, que yo estaba allí cuando se hizo anunciar en la fonda... Espero, sin embargo, que no habrá sido usted demasiado severo con la bella dama, pues el circo Carsten nada sería sin ella.

—¡Oh! ¿Alude usted á la visita que hice á la señorita Nora Carsten?—replicó el capellán, algo disgustado por el tono ligero de su interlocutor.—Fuí á verla porque la conozco desde su tierna infancia.

Sobresaltóse Curt al oir aquellas palabras, y permaneció inmóvil en la posición que ocupaba, como si no hubiese oído. La condesa, que no se hallaba lejos del grupo, levantó la cabeza como si no quisiera dar crédito á sus oídos.

—Verdaderamente hay que confesar—dijo el capitán—que difícilmente puede verse algo más bello que esta joven montada á caballo, ni existe otra amazona de más fuerza. Degenthal, ¿no la ha visto usted nunca, no la ha encontrado en sus viajes?

—No—contestó Curt con sequedad.

—Pues vaya usted á verla, porque vale la pena. Es una verdadera maravilla, y hasta este digno eclesiástico quedó entusiasmado.

—Más que entusiasmo sentí compasión—replicó el capellán.—El destino cruel la ha obligado á adoptar esta profesión, pues la pobre había sido educada para otro género de vida.

—Curt—interrumpió la condesa con cierta acritud—empieza á hacer fresco y es una imprudencia que permanezcas más tiempo aquí. ¿Quieres retirarte?

El conde no contestó, pareciendo que no había oído la pregunta. Púsose el sombrero de paja y se lo echó á los ojos, á fin de que no pudiese verse su fisonomía.

El capitán no se dió por satisfecho, sino que continuó sus preguntas.

—¿Por qué dice usted, señor capellán, que el destino la ha obligado á dedicarse al circo? ¿No es por ventura hija de su padre? ¿Y por qué no ha de seguir la misma profesión?

—Dícese que está prometida al bello Landolfo, al administrador de su padre—interrumpió una voz.

—Y también se decía que tomaba parte en los ejercicios del circo para complacerle—añadió un tercero.

—Todo esto son rumores sin fundamento—replicó el capellán.

—Sin embargo, hace tiempo se habló de una pequeña novela; pero el recuerdo es vago, y no puedo precisar los detalles.

—Al público siempre le gusta murmurar, y muchas veces sin fundamento. Debo decir que he visto con pena que la señorita Nora adoptara tal resolución, pero en la vida hay circunstancias difíciles de vencer. Sólo puedo decir que Nora Carsten merece todo mi respeto.

—Pero Curt—repitió la condesa, con sequedad é impaciencia:—tienes muy poco juicio en querer estar con este tiempo al aire libre. ¿No ves que va cayendo humedad? ¿Cómo quieres ponerte completamente bueno, si cometes tales imprudencias?

—Es que quizás no veía la necesidad de moverme—dijo Curt levantándose.

Pero no pasó de la puerta de entrada, pues le era imposible dejar de oir aquella conversación.

—También yo he conocido mucho á Nora Carsten—dijo Lilly—y debo añadir que la quiero mucho, pues hemos estado juntas en el colegio. Cuando me anunciaron que iba á presentarse al público, no quise creerlo; por mi parte, estoy convencida de lo que ha dicho el señor capellán: es preciso que existan moti-

vos muy poderosos, que nosotros ignoramos, para que haya adoptado esta profesión. Quizás su padre se ha arruinado.

—Á lo menos no lo parece, condesa, pues el circo Carsten hace muy buenos negocios.

—¿Pues cuál será el motivo?—dijo Lilly con aire pensativo.—¡Pobre Nora!

—Si se ha educado como usted dice, condesa, verdaderamente su destino es muy triste—dijo un anciano.—Verse excluída de los círculos del buen tono, será para ella una pena terrible.

—¡Pobre Nora! ¡pobre Nora!—repitió Lilly.

Al pronunciar esta palabra, volvióse y vió á su tía que miraba á Curt con agitación, y creyendo adivinar su pensamiento, dijo:

—Creo que haríamos bien en abandonar este sitio, pues la temperatura se va haciendo desagradable. Curt, vamos al salón; allí estaremos mejor.

Al oir las palabras de la dueña de la casa, todos se levantaron y se dirigieron al indicado punto; pero aquella interrupción enfrió algo la alegría de aquella sociedad, sobre todo cuando vieron las miradas de la condesa fijadas con inquietud en el semblante pálido de Curt, quien se había dejado caer silenciosamente en un sofá. Las visitas se fueron retirando sucesivamente, á fin de no cansar al convalesciente. En el momento en que el capitán se retiraba, acercósele Lilly y le dijo en voz baja:

—¿El circo Carsten permanecerá aún mucho tiempo aquí?

—Si no estoy mal informado, partirá en breve; pero si usted lo desea, me informaré.

—No, gracias; me basta con saber que está aún aquí.

El capitán, viendo que no preguntaba nada más, saludó y retiróse.

—Pero, señor capellán—dijo la condesa muy excitada—¿cómo ha podido cometer usted la imprudencia de sostener una conversación sobre este asunto, y refrescar los recuerdos de mi hijo?

—Creo que estos recuerdos no han estado nunca adormecidos, sino que, por el contrario, son la causa de sus sufrimientos.

—¡Bah!—respondió la condesa—la enfermedad es debida al alma. Por el momento se trata de evitar todos los recuerdos referentes á lo sucedido, y por esto me he alegrado de su ausencia. Á fuerza de prudencia, he evitado hasta ahora la más insignificante evocación del pasado.

—Señora condesa, el esfuerzo del hombre es muy poca cosa. El conde y la señorita Nora se han vuelto á ver.

—Por el amor de Dios ¿cómo ha podido ser esto?

—Efecto de la pura casualidad. Viajaron juntos en un cupé, y ésta fué la causa de la recaída del joven conde. Ya ve usted si estos recuerdos estaban muy apagados cuando han obrado con tal energía.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la condesa.—Todo esto ha cambiado cuando empezaba á tener esperanzas, cuando creía factible su enlace con su prima.

—Es preferible no formar planes, señora condesa, créame usted. Confíe usted en la Providencia, que cuidará de arreglarlo todo bien. En cuanto á la señorita Nora, puede usted tranquilizarse, pues hace tiempo que ha abandonado toda esperanza.

—Si á lo menos no hubiese usted interrumpido á aquellos señores... pues hubiera sido bueno que Curt oyera lo que de ella se cuenta.

—Pero hubiera sido una mentira, y las mentiras no aprovechan nunca—dijo el capellán con voz firme, aunque tranquila.—Mi deber es defender siempre la verdad.

—¿Pero tenía usted necesidad de entrar nuevamente

en relaciones con aquella familia? Estaba yo tan contenta al considerar que se había roto todo lazo de unión entre unos y otros...

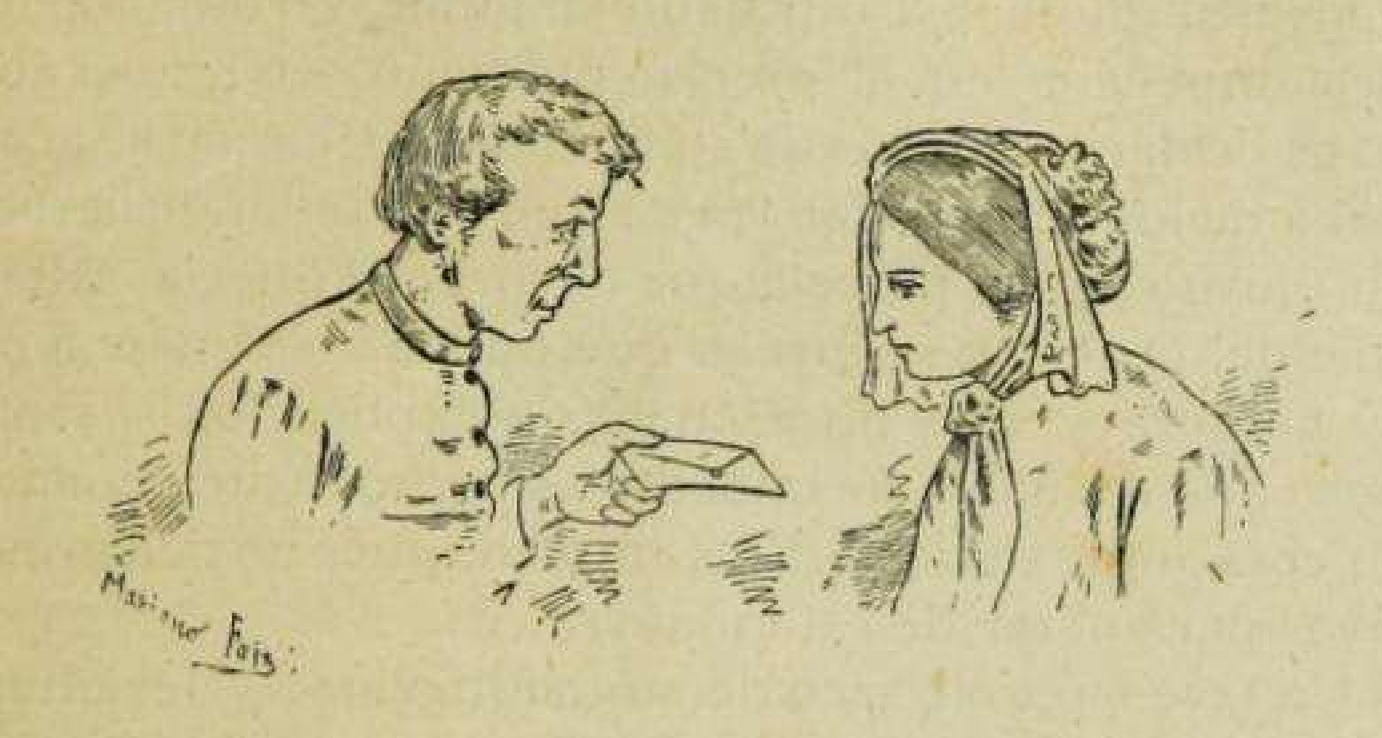
—No se trataba de una visita pura y simple—contestó el capellán—se trataba de un alma, y este es el deber de mi ministerio. Veía que aquella pobre joven se hallaba muy apurada por la desgracia y la pena, y que estaba dispuesta á arrojarse al abismo abierto ante ella. Quise ayudarla y consolarla, como prometí hacerlo á su madre moribunda. Con el auxilio de Dios, creo que si no la he salvado, la he socorrido al menos.

—Pero continúa presentándose en el circo—dijo la condesa con ironía.—Desde un principio me presumí que no podía salir nada bueno de todo aquello... aunque crea usted otra cosa. ¿Pero qué haremos de mi pobre hijo? Si á lo menos hubiese continuado una temporada en el extranjero...

—No haga usted nada, condesa—replicó el capellán en tono decidido.—Este asunto ha costado ya la salud de su hijo, y ha echado á perder su porvenir. ¡Á veces, queriendo prevenir un mal, ocasionamos otro mayor!

La condesa, sin embargo, no se dió por convencida.





XXI

No podré pues gozar ya de tranquilidad!—se decía Curt al día siguiente, al encontrarse en su sitio favorito, algo más cansado y más abatido que el día anterior. La brisa fresca del otoño era impotente para calmar el ardor de su cabeza. ¿Qué significaban aquellas alabanzas irónicas que evocaba el sólo nombre de Nora, y á qué era debida la sincera compasión, la fiel amistad que sentía el capellán por la artista? El sacerdote había hablado de un destino fatal que había obligado á la joven á adoptar aquel género de vida. ¿Cuál era la solución de aquel enigma?...

¿Pero no había rechazado él mismo la explicación que habían querido darle? ¿No la había juzgado quizás injustamente? ¿Y por qué no había pedido una explicación al que parecía conocer los hechos á fondo?

¿Existía pues una causa capaz de disminuir la culpa de Nora, que había ultrajado su amor y roto la palabra empeñada en el preciso momento en que él acababa de darle pruebas de su fidelidad? Cuando se acordaba de los tiempos felices en que se habían declarado su mutuo amor, parecía que el corazón quería saltársele del pecho, y se juraba que nunca más querría oir su nombre y que no escucharía explicación alguna; pero apenas había formulado este propósito, cuando su corazón le decía:—Eres injusto, pues no tienes motivos para obrar de esta manera.

Un leve ruido le sacó de su meditación, y levantando los ojos vió á Lilly que estaba á su lado. Sentóse ella silenciosamente, y durante un rato nada se dijeron, pues parecía que ambos estaban preocupados. Por fin Lilly tomó la palabra:

—¿Curt, querrías... concederme algunas horas... acompañarme para hacer un paseo... sin tu madre?

Estas fueron las palabras que á duras penas pronunció la joven.

Curt quedó más sorprendido que satisfecho de aquella proposición.

—¿Un paseo contigo? ¿á dónde? Ya sabes, querida prima, que todo ejercicio me fatiga.

Lilly esperaba otra respuesta, y en su fisonomía pudo leerse el disgusto que experimentaba.

—Creía que un paseo con este tiempo tan hermoso te hubiera probado—dijo ella.—Pero, naturalmente, si crees que te ha de fatigar, no insisto.

Y al decir esto, dió algunos pasos atrás como para retirarse. Pero nadie es impunemente huésped de una persona buena y amable que ha desempeñado con celo el papel de enfermera, para negarle después friamente la primera petición que nos dirige. Curt había visto la expresión de desencanto de la joven, y sentía la contestación que le había dado. No le quedaba otro

recurso, para reparar la falta cometida, que ponerse á la completa disposición de su prima.

—Créeme, que el paseo te probará—le repitió, aunque sin decirle dónde pensaba llevarlo.—Debes seguirme con toda confianza y hacer todo lo que te pida; en una palabra, ponerte completamente á mi disposición. Después te lo explicaré todo.

La condesa quedó algo sorprendida del plan de Lilly, y del silencio que guardaba respecto del objeto de su excursión; por otra parte, creía que aquella expedición infringía las leyes de la etiqueta, pero no quiso mostrarse rigurosa y echar á perder la ocasión de que los jóvenes intimaran entre sí. Así fué que dió su consentimiento: conociendo el carácter poco excéntrico de su sobrina, tenía plena confianza en ella. Lilly, preocupada completamente por el paseo, respiró con libertad al verse en el carruaje, al lado de su primo.

—Ahora voy á decirte á dónde vamos—dijo Lilly algo mohína, al ver que su primo no hacía pregunta alguna.—Iremos á la ciudad, pero no en ferro-carril, pues sería lástima con un tiempo tan espléndido; pasaremos el día allí, y después volveremos en ferrocarril, teniendo tiempo sobrado para hacer lo que deseo. ¿Te parece bien mi plan?

Curt hizo un signo de aprobación con la cabeza, pues realmente prefería aprovechar aquel hermoso día, á pasarlo á solas con la condesa.

En menos de dos horas llegaron á la ciudad, y los caballos se pararon ante el hotel que Lilly tenía en la población. Allí entregaron un papel á la joven, quien dirigiéndose á su primo dijo:

—¿Curt, estás bastante descansado para acompañarme á donde dice este billete?

Curt echó una mirada distraída al papel, y ofreció el brazo á su prima, tratando al propio tiempo de orientarse. Marchaba silenciosamente recordando el

día en que vió casualmente á Nora en aquellos alrededores, y ella le había pedido que no se marchara al extranjero. ¿No había tenido razón con lo que dijo entonces? ¿No habrían pasado las cosas de otro modo si la hubiese atendido en vez de abandonarla?

—Ya hemos llegado—dijo de repente Lilly al llegar frente á una gran fonda.—Es preciso que hable aquí con una persona; puedes irte á dar un paseo y volver dentro de media hora.

—Pero... ¿debo permitirte que acudas así á una cita? Creo que como primo tengo el derecho de oponerme.

—Los primos no tienen el derecho de prohibir—dijo Lilly riendo.—Ya verás, Curt, cómo lo encontrarás todo muy conforme cuando una tarde te lo cuente. Pero ahora no puedo decirte nada. Hazme el favor de volver dentro de media hora corta, y verás cómo soy exacta.

Curt, lo mismo que su madre, tenía muy buena opinión de Lilly y sabía además que la exactitud era una de sus cualidades principales; así fué que no quiso contrariarla y se entretuvo en pasar el tiempo curioseando por las calles inmediatas á la fonda. Á la hora indicada, vió salir el velo azul de Lilly y corrió á tomarla otra vez bajo su protección.

—Ya ha terminado la gran conspiración—dijo irónicamente; pero al mirarla se quedó sorprendido de ver en su cara señales evidentes de que había llorado.

—¿Qué te pasa, Lilly? ¿Por qué lloras?—dijo con aire de profunda compasión.

Pero á pesar de que tenía los ojos húmedos aún, sonrióse la joven, y dijo con voz tranquila:

—Ahora voy á contártelo todo, pues has sido muy amable en hacer todo lo que te pedía sin preguntar nada. He venido aquí para visitar á Nora Carsten.

—¿Nora Carsten, la del circo?

—¿Lo encuentras extraordinario? Te consta que la he conocido en el colegio y la quería más que á ninguna otra, pues era la mejor, la más religiosa y la más amable. Muchos castigos me había evitado, me ha consolado varias veces y se esforzó en hacerme llevadera la vida del colegio; así es que le prometí no olvidarla nunca, y no creo sea excusa suficiente para faltar á mi promesa el que se haya visto obligada á trabajar en el circo. De seguro que su padre la ha obligado á seguir esta profesión porque era la suya. Cuando supe ayer que estaba aquí por poco tiempo, inmediatamente tomé la resolución de ir á verla, pues quién sabe si jamás volveré á tener ocasión de hacerlo. Por otra parte, he creído que le sería agradable ver que, á pesar de todo, la quería, y en realidad encuentro muy vergonzoso que se abandone á las personas porque hayan descendido en su posición social. Mi tía quizás no hubiera consentido en que hiciera esta visita, y por esto no he pedido su permiso; quizás tú también me hubieras hecho objeciones, y éste ha sido el motivo de que nada te dijera antes. ¿Pero no es verdad que tengo razón y no estás enfadado conmigo?

—Cierto que no. Dios bendiga tu buen corazón y tu buen propósito, y aunque te hayas engañado respecto de Nora, no te faltará recompensa.

—¡Oh! ¡Qué contenta estoy de que no estés enfadado conmigo! Lo que diga mi tía, me importa muy poco; pero si tú me hubieses regañado, lo habría sentido... Creo que no voy engañada respecto de Nora; es aún la misma Nora buena y piadosa de otra época... el capellán mismo lo dijo ayer. La pobre es muy desgraciada. Hoy mismo debe dar otra representación... esto es horroroso, ¿no es verdad?... Me ha preguntado por ti y por mi tía. ¿Te acuerdas de ella, no es verdad? La conociste en Suiza cuando era aún niña; pero

no ha querido que te llamara y te hiciera entrar.

Lilly hubiera podido continuar mucho más tiempo sin que su primo la interrumpiera, pues estaba preocupado con otras ideas. Por segunda vez se hallaba Nora en su camino... ¿debía dejar pasar aquella ocasión?...

Los dos jóvenes llegaron al hotel de Lilly.

—¿Puedes aguardarme aquí algunos instantes?—dijo Curt.—He encontrado un amigo en la calle y he prometido volverle á ver. Tenemos aún una hora disponible.

—Haz lo que gustes—respondió Lilly—te aguardaré aquí. Pero, por Dios, no hagas que perdamos el tren.

Curt estaba ya en la calle. ¿Dónde iba? ¿Qué quería? Él mismo no se daba cuenta de ello; sólo tenía fija la idea de aprovechar la ocasión.

—Conde Degenthal—exclamó Nora cuando el joven se precipitó apasionadamente hacia ella—conde Degenthal, ningún derecho tiene usted ya para entrar aquí.

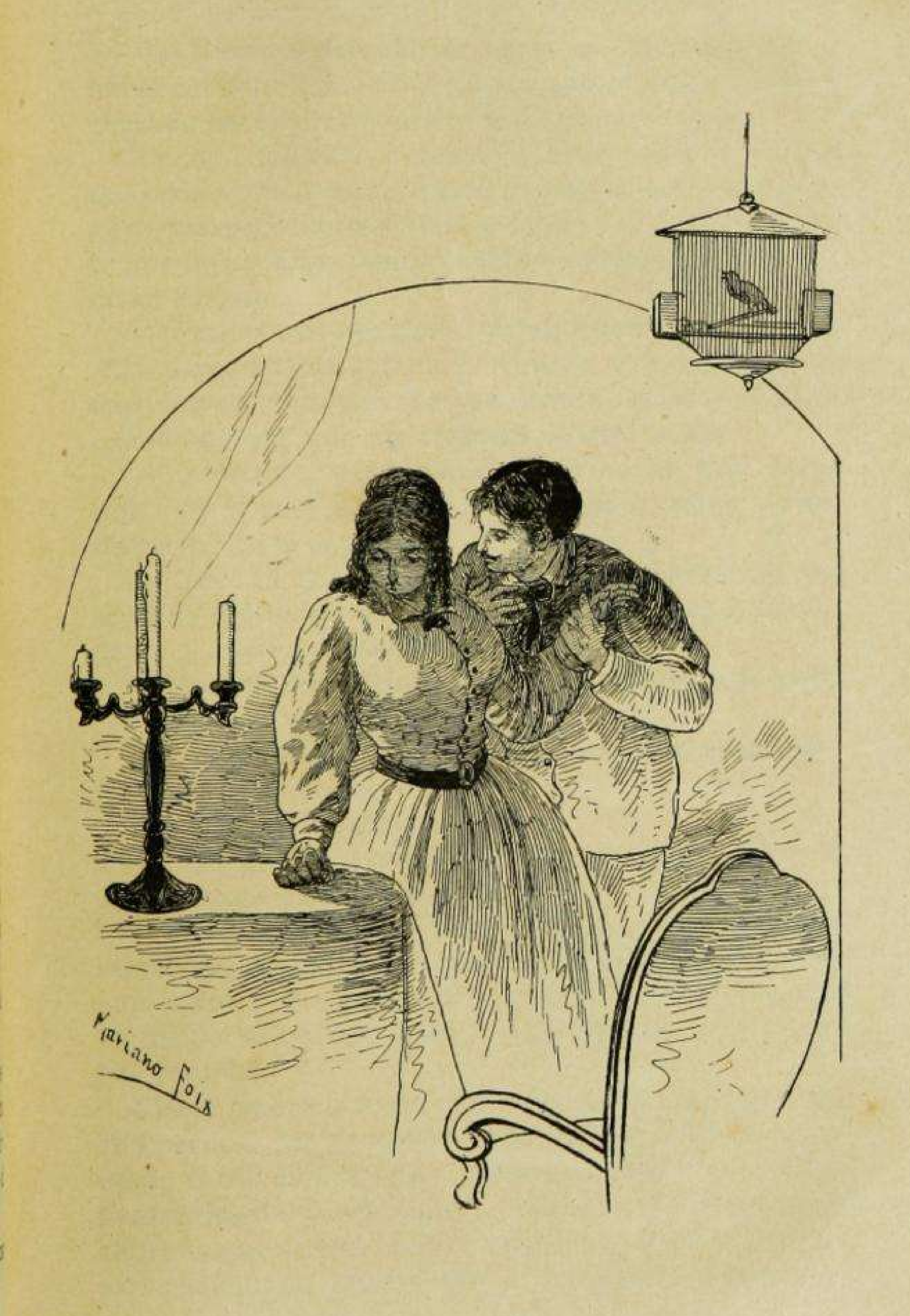
Y al decir esto quiso levantarse altiva y fría, pero la naturaleza pudo más que su voluntad y se volvió á dejar caer temblando en la silla.

—¡Ningún derecho ya!—dijo él tomándole la mano á la fuerza.—¿Quién me ha robado este derecho? ¿Quién ha despreciado un amor pronto á cualquier sacrificio? ¿Quién ha roto mi fidelidad? ¿Quién ha faltado á las promesas más sagradas? Y todo ello por una debilidad despreciable ó por un orgullo mal entendido.

—Curt, Curt, es imposible que creas lo que acabas de decir; tú sabes que mi felicidad consistía en aquel amor.

—¡Tu amor! ¡Tu amor que no ha sabido resistir el más corto plazo! ¡Tu amor que se ha extinguido del modo más lastimoso!

Estas palabras despertaron toda la altivez de Nora. Levantóse, pues, pálida pero resuelta y dijo:


Mariano Foix

—No tienes el derecho de juzgarme, pues todo te lo había confiado y no has querido escucharme. Has rechazado las explicaciones cuando quise dártelas.

Curt no supo qué contestar, y al ver ante sí á Nora tan seria y tan sincera, sintió que su cólera y su amargura desaparecían para hacer lugar á la llama ardiente que hacía largo tiempo estaba comprimida dentro de su corazón.

—¡Nora, Nora!—exclamó—¿por qué has hecho esto? ¿Crees que no he sufrido? Mírame y díme si no me encuentras cambiado. Ya ves si me ha costado, y díme cuándo merecí que me tratases de este modo.

—Perdóname, perdóname, pues no ha sido culpa mía. ¡Oh! ¿por qué no he perdido yo mi salud en vez de perder tú la tuya?

—¿Crees tú que me ha importado la vida una vez se hubo destruído mi felicidad? Y sin embargo, Nora... dame la explicación del enigma.

Callóse, viéndose sin fuerzas para añadir una palabra más.

—Es demasiado tarde—exclamó ella con aflicción—no tiene ya remedio.

Y al decir esto púsose á sollozar.

—Todo puede arreglarse—dijo él—pues para el amor, nunca es demasiado tarde.

—Sí, sí; la desgracia me persigue... ya no puedes salvarme... tú mismo lo has dicho; todo lo que habíamos ideado, está destruído. Conozco que ahora no soy digna de ti... Curt, Curt, vete, déjame... ¡Por qué has venido!

—Para recobrar lo que un ciego dolor me había hecho perder. Mi corazón no ha encontrado descanso desde el día que viajamos juntos. ¡Y decir que ambos hemos dejado pasar aquella ocasión! Aprovechemos ahora la que se nos ofrece: es preciso que me dés una explicación; no quiero que haya más secretos entre

nosotros. Tú sabes que lo eres todo para mí, y á pesar de cuánto han hecho para romper los lazos que nos unían, á pesar del mundo, he de hacerles ver que me perteneces exclusivamente. ¡Habla, Nora, habla por Dios!

—Tú no debes.... tú no puedes... es demasiado tarde.

Al mismo tiempo sobresaltóse Nora, y añadió:

—Alguien se acerca... de seguro que es aquel hombre odioso... Vete, Curt, ya te lo explicaré todo, pero no ahora.

—¿Por qué?—quiso preguntarle él.

Pero antes de que pudiera hacer esta pregunta, llamaron á la puerta y entró Landolfo. Una risa satánica apareció en sus labios al ver á los dos jóvenes.

—¡Usted aquí, conde Degenthal!—dijo con ironía. —Señorita Nora, venía á buscarla para la representación; es tarde ya.

—Muchas gracias—dijo Nora con frialdad;—ya vendrá á buscarme mi padre.

—Precisamente su padre es quien me envía. Si hubiese sabido que tenía una visita tan agradable, me hubiera guardado muy bien de venir á molestarla. Quizás preferiría usted no montar hoy á caballo; ¿quiere usted que lo proponga á su señor padre?

—Me basto yo para pedir á mi padre lo que quiera —dijo Nora; y después, volviéndose al conde:—Conde Degenthal, ha llegado el momento de separarnos.

—Me marcho porque ha pasado el tiempo que tenía disponible, pero volveré pronto. Es preciso que tengamos una extensa explicación, y por lo tanto volveré uno de estos días.

Landolfo rióse irónicamente, y Nora hizo como si no lo advirtiera, pues no quería tener cuestión alguna con aquel individuo, pero hizo un movimiento como si quisiera retener á Curt.

Degenthal salió precipitadamente, y para llegar más pronto al hotel de Lilly, cogió un coche. Á pesar de que no sabía nada aún, á pesar de que ninguna explicación había mediado entre ellos, le pareció haberse quitado un gran peso del corazón. Había vuelto á ver á Nora, le había hablado y le parecía que habían desaparecido las barreras que los separaban. Curt leyó en sus ojos que sólo un destino adverso pudo obligarla á seguir aquella carrera peligrosa que ella había considerado como un «sacrificio.» Estaba convencido de que un deber mal comprendido era el que impulsó á Nora á seguir aquella senda. ¿Debía rechazarla por ello? No; en otra época quiso salvarla y también lo haría ahora; parecíale que Nora estaba aún bajo su protección como cuando era niña. El amor le quitó todos los escrúpulos, y se prometió volver al cabo de algunos días, como lo anunciara.

Al entrar en la habitación de su prima, hallóla conversando con un caballero grueso, en traje de viaje muy claro y un inmenso panamá en la mano. Su cara curtida por el sol volvióse hacia el que entraba:

—¡Dahnow, eres tú!—exclamó Curt reconociendo á su amigo y tendiéndole la mano.—¿De dónde vienes?

—De hacer un pequeño viaje trasatlántico, que ha durado tres años; y después de haber hablado con varias lumbreras de la ciencia á fin de sacar partido de mis extraordinarios conocimientos, he determinado venir á verte antes de volver á mi país. Afortunadamente, he tenido la ocurrencia de venir á informarme aquí, y la condesa Lilly ha tenido la bondad de anunciarme tu presencia en su casa. Nada bueno me han contado respecto de ti; según parecer, has estado enfermo, aunque á decir verdad te encuentro más restablecido de lo que supone tu amable enfermera—dijo Dahnow, mirando el rostro de Curt, al que la emoción había dado vivos colores.

—¿Tienes calentura?—dijo Lilly sorprendida del cambio verificado en la fisonomía de Curt.—Sería muy sensible que el paseo te hubiese perjudicado, pues tendría remordimientos toda mi vida.

—No te alarmes, querida prima—dijo sentándose á su lado en el sofá—precisamente has tenido una idea magnífica, y no puedes imaginarte lo agradecido que te estoy, y lo bien que me ha sentado este paseo. Querido Dahnow, no puedes figurarte la bondad que encierra el corazón de mi prima. Los hombres no comprendemos ni la bondad ni la fidelidad; somos unos verdaderos bárbaros.

Curt, al decir esto, quería referirse á la fidelidad que Lilly había guardado á Nora, á quien, gracias á ella, pudo ver de nuevo.

—No digas tonterías—interrumpió Lilly poniéndose colorada.

—Sin embargo, crea usted, condesa, que ha hablado con franqueza y sinceridad—añadió Dahnow mirándolos, y al mismo tiempo murmuró para sí:—La desgracia me persigue. Vuelvo del Ecuador, después de tres años de ausencia y lo encuentro lo mismo que lo dejé, esto es, ocupado en hacer una declaración amorosa. Parece que ha olvidado completamente á la pobre Nora; se conoce que la carta que le escribí, no ha producido grandes resultados. Quizás ha sido mejor así; dichoso él que es capaz de tanta filosofía. Los soñadores como él siempre deben soñar en álguien... ¿Pero qué se habrá hecho Nora?

Y se quedó pensativo.

Respondiendo á la instancia de Lilly, se comprometió á ir á Gœrhlitz á hacerles una visita.

Curt se despidió de él diciéndole:

—Ven, pues tengo algo importante que comunicarte.

—¡Como si no lo hubiese adivinado!—murmuró el barón.

— Gracias á Dios que te ha probado el paseo — dijo Lilly mirando con inquietud á su primo;—tienes el aire más animado. Hazme el favor de no hablar del objeto de nuestra excursión, y permíteme que te dé las gracias por haberme acompañado.

—No; yo soy quien debo dártelas—respondió Curt. —Lo que has hecho hoy, prueba tu buen corazón; Lilly, dentro de algunos días también te confiaré algo, y cuento entonces con tu bondad.

Algo más quiso añadir, pero Lilly desapareció.





XXII

«Dentro de algunos días»: el hombre es aficionado á esta manera de contar el tiempo, porque tiene algo de tranquilizador, como si pudiera disponerse de él á voluntad; y no obstante, el día más cercano es tan oscuro para nosotros como el más lejano porvenir.

—Dentro de algunos días—repetía Nora, y aunque contestó: «es demasiado tarde», su corazón palpitaba lleno de esperanza. Había vuelto, quería volver, y aunque en un principio su voz temblara de cólera

y la interrogara como un juez, el amor había vencido. Sin embargo, Nora no quería esperar; decíase que sería enérgica y que no aceptaría sacrificio alguno de Curt, y que su felicidad había sido destruída para siempre. Pero la fe en el porvenir es tan poderosa en los corazones jóvenes, que Nora se alegraba al pensar que por fin podría abrir su corazón á Curt, y que no tendría que temer las investigaciones del joven.

—Dentro de algunos días—repetía asimismo Curt, y rechazaba las dudas que le sugerían el temor, el orgullo y la desconfianza, una vez hubo pasado la excitación del primer momento. Su plan estaba trazado ya: no permitiría que le arrebataran de nuevo á su amor.

—Dentro de algunos días—decía Lilly al descansar su rubia cabeza en la almohada, mientras que su corazón se llenaba de esperanzas.—Cuando me pertenezca, le cuidaré tanto, que se curará pronto; ahora ya está mucho mejor — se dijo con orgullo. — Todas las mujeres creen encontrar la felicidad en el amor, sólo que unas dicen: «Cuando será mío» y otras: «Cuando seré suya»; pequeña diferencia en verdad, pero harto característica. Lilly era de las que comprenden la felicidad diciendo: «Cuando será mío.»

Dos días después del viaje de Curt y de Lilly á la capital, no se hablaba de otra cosa en ella que de un escandaloso suceso. Naturalmente, como sucede en tales casos, todos querían conocer los detalles mejor que nadie. Tratábase de personas conocidas, de las que se había hablado mucho. Debía verificarse en el circo Carsten la función anunciada con tanto bombo. El público estaba esperando que empezara el espectáculo, cuando se anunció que la función no podía verificarse por una grave indisposición del director. El desorden y la agitación de los artistas, la desapari-

ción de Landolfo, que hacía mucho tiempo reemplazaba al director, y mil pequeños detalles é incidentes dieron lugar á mil suposiciones maliciosas. Pronto circuló el rumor de que Carsten había sufrido un ataque de apoplegía, consecuencia de haber sabido que su hija había escapado con su administrador. Esta historia tomaba un carácter mas ó menos trágico, según el grupo en que se discutía: unos decían que no era la hija sino la esposa del director la que se había fugado, pero esta variante no encontraba mucho crédito, visto que madama Carsten era una belleza agostada, mientras que Nora y Landolfo estaban en la flor de la juventud. La prensa relató la historia con todos sus detalles, y no se comprendía la causa de la fuga, puesto que nada se oponía á su unión. Posteriormente se dijo que el administrador había abusado de la confianza que en él tenía el director, y había cometido algunas defraudaciones. Algunos de los concurrentes asiduos del Circo, se dirigieron á la fonda donde vivía Carsten y su familia para obtener más detalles; pero sus pasos fueron inútiles, pues la familia no recibía á nadie. Súpose, sin embargo, que el médico había juzgado muy grave el estado del enfermo; el mayordomo sólo pudo decir que en los últimos tiempos ocurrieron disputas de familia, y una de las camareras presenció una escena violenta entre el director y su hija. Finalmente, el portero explicó que una de las señoras, en traje de viaje, entró en un coche con Landolfo, pero que esto no le llamó la atención, pues no era la primera vez que sucedía. Por la tarde, el director se sintió indispuesto y llamaron al médico. Esto es todo lo que podían decir, pues ni siquiera los criados de la fonda eran admitidos en las habitaciones del director. Por otra parte, nadie se había cuidado de perseguir á los fugitivos. Las últimas noticias procedentes del médico eran de que la

esposa y no la hija fué quien se había fugado; pero esto no podía admitirse, pues no era concebible que abandonara á su hijo, niño de pocos años.

Esta historia hubiera sido olvidada pronto, como lo son las noticias de sensación publicadas por los periódicos, si de repente no se hubiesen publicado detalles que interesaban á la alta sociedad. Uno de los periódicos más importantes hablaba sin embozo de las relaciones románticas que existían hacía tres años entre la bella Nora y un conde austriaco, cuyo nombre se dejaba comprender. El noticiero parecía bien enterado del asunto: decía que el padre de Nora había favorecido aquellos amores, á pesar de la oposición de la familia D***, que se había esforzado en arrancar al joven conde de las garras de aquellos saltimbanquis, mandándolo al extranjero con una misión diplomática. El director Carsten había hecho lo posible para comprometer al joven favoreciendo las entrevistas de ambos; pero habiéndose negado terminantemente la familia D*** en consentir en el enlace, el director obligó á su hija á que tomara parte en las funciones del circo. No se sabe si por culpa de la infidelidad del conde ó por ligereza de la joven, ésta hizo caso del administrador de su padre, y contrajo un matrimonio secreto con él. Pasados algunos años, presentóse de nuevo el conde para reclamar el premio de su constancia. Carsten, deseoso de que su hija se enlazara con familia tan aristocrática, riñó con Landolfo y le dió el despido; pero éste, valiéndose de sus derechos, arrebató á la fuerza á su esposa, sin preocuparse del consentimiento de Nora.

Historia tan confusa, y en la que iba mezclado el nombre de una de las mejores familias de la nobleza, fué pasto de las conversaciones durante muchos días, dando lugar á toda clase de conjeturas, de comentarios, de calumnias, de habladurías, etc. Entonces se

comprendió la desaparición y la reaparición del conde y los rumores que en otra época habían corrido á orillas del Rhin. Las madres que habían querido enlazar sus hijas con el conde, comprendían ahora su actitud reservada; las jóvenes á las que se les había citado á Curt como modelo, reían de su decepción y se burlaban de la pobre Nora; y los ancianos se preguntaban qué era lo que podía esperarse de la nueva generación, cuando un joven perteneciente á la alta nobleza se había comprometido de aquel modo. El mundo toma á menudo las cosas á la ligera, y se muestra benévolo mientras ignora la verdad, pero se venga con tanto mayor encono cuando descubre un secreto. Decíase que su madre era digna de compasión, y hasta los más incrédulos empezaban á sospechar que había algo de verdad en todo aquello.

En el círculo de la familia, en Gœrhlitz, aquella historia hizo el efecto de un rayo. La condesa había leído en su periódico la fuga de Landolfo y de Nora, y sin demostrar sorpresa la pasó á Lilly:

—Espero que esto te servirá de lección, y que otra vez no tendrás tan buena opinión de Nora.

—Lo que dice aquí no es verdad; Nora es demasiado buena y demasiado religiosa para haber hecho esto. Lo niego rotundamente.

—Querida niña, los años pasan y todo cambia con el tiempo.

—Pero Nora no ha cambiado—exclamó Lilly;—su padre la ha obligado á seguir su profesión, y sé que esto le ha costado muchas lágrimas.

—¿Y cómo sabes todo esto?—dijo la condesa mirándola con severidad.

Lilly se puso colorada, pero levantando la vista y fijándola á su vez en su tía dijo:

—Porque he vuelto á verla apenas hace ocho dias. Únicamente para visitarla, salí el otro dia con Curt.

—¡Con Curt! ¿te ha acompañado él á verla?—dijo la condesa sin aliento.

Lilly vaciló algo al ver la angustia de su tía.

—No he ido con Curt; le pedí sólo que me acompañase para no confiar mi proyecto á la señorita Richthoven. Sólo después de haber hecho la visita, dije á Curt á quién había visto, y no me contestó otra cosa sino que había obrado muy bien.

—¿Es decir que él no la vió?—dijo la condesa en tono más amable.

—Me acompañó hasta la puerta de la fonda sin saber dónde iba.

La condesa no replicó nada. ¿Tenia razón el capellán al decir que todas sus precauciones serían superfluas? Sin embargo, se dijo, no puedo evitar que mi hijo sepa esto, pues si bien hubiese querido impedir todo recuerdo de lo pasado, creo que en la ocasión presente mejor es abrirle los ojos; así fué que mandó el periódico á la habitación de su hijo con la seguridad de que lo leería inmediatamente.

Difícil sería explicar lo que sufrió Curt al leer aquella noticia, cuando hacía poco que había gozado un momento de paz y de felicidad. Miró el periódico y sus labios se crisparon; no supo decir como Lilly: «esto no es verdad,» pues su confianza en Nora había pasado por sendas pruebas, y durante mucho tiempo había dudado de su amor. En un instante, levantóse ante él el fantasma de una nueva traición, y esto en el preciso momento en que su corazón nutría una nueva fe y una nueva esperanza. ¡Pobre Curt!

Le habían hecho traición por segunda vez. ¿Era esta la solución del enigma? ¿Era esta la contestación á su pregunta? «Es demasiado tarde, demasiado tarde», estas eran las únicas palabras que había oído á Nora. ¿Era este el motivo porque era demasiado tarde? Con sus propios ojos había visto entrar aquel individuo,

que sin duda tenía derecho para ello; había visto su mirada irónica, su fría sonrisa y la fisonomía pálida y temblorosa de la pobre Nora. Ahora lo veía todo claro.

¡Pobre Curt, que acababa de abandonarse de nuevo á toda la violencia de su pasión! Él, que había jurado realzar á la joven como se realza una joya, una joya que conserva siempre su valor aunque caiga en manos del vulgo. Él, que por segunda vez había renunciado por ella á sus principios acerca de la jerarquía social, exponiéndose á ser objeto de burla para la sociedad, y todo ¿por qué? porque creía á Nora digna de cualquier sacrificio, y por segunda vez era víctima de una traición miserable. La única idea que se presentaba clara á su mente era la necesidad de ocultar su afrenta y su pesar. Le parecía que cualquiera podía leer en su frente lo que había sufrido su corazón, y que todos tenían derecho á reirse de su credulidad y de su debilidad. La mirada de su madre era la que temía más.

Cuando la condesa preguntó por él, Curt no se hallaba ya en Gœrhlitz. Uno de los criados le dijo que el joven conde había tenido que ausentarse por un asunto urgente y que no volvería hasta pasados algunos días. La condesa temió de nuevo haber obrado con demasiada precipitación, y Lilly también se quedó pensativa, como si hubiese adivinado la causa de la marcha de su primo.

Una prueba más dura aguardaba á la condesa. El ex-diplomático se presentó repentinamente en Gœrhlitz y pidió una conferencia particular con la condesa. El anciano continuaba aficionado á la actividad y á ocuparse de los asuntos difíciles. El artículo que había arrastrado por el lodo el nombre de Degenthal, le había causado mucha pena, y como amigo y consejero de la condesa deseaba hablar con ella de aquel asunto. La condesa se exasperó al oir las palabras del diplomático; y al leer el artículo del periódico, hubiera que-

rido responder con una negativa rotunda; pero después de lo que le había dicho Lilly, no podía negar que su hijo había estado en la capital aquel día, y que á la primera noticia del suceso se había marchado sin que se supiera dónde. Quizás las cosas estaban más complicadas aún de lo que ella suponía, pues entonces le parecía posible todo. El anciano quedóse pensativo; como buen amigo de la familia, hubiera querido quitar importancia al escándalo y arreglar las cosas de un modo favorable, pero el conde Curt había sido muy imprudente.

—He aquí las consecuencias de los pasos inconsiderados de los jóvenes independientes—dijo la condesa aquella misma tarde á Lilly, tratando de desahogar su mal humor.

Contóle entonces las últimas noticias y le dió á leer los periódicos, y en la amargura de su dolor no hizo gracia de detalle alguno, sin tener en cuenta los sentimientos de Lilly, que escuchaba tranquilamente á su tía.

—Todo esto no es verdad—dijo finalmente Lilly;—ni Curt ni Nora son capaces de obrar así, y se ve bien claro que el artículo ha sido escrito por alguien que quiere perjudicarles.

—Dios te bendiga—exclamó la condesa, á quien exasperaba la calma de Lilly.

La condesa creía conocer mejor el mundo y los hombres, y decía que todo aquello era posible. Pero por primera vez en su vida no supo qué hacer.

Lilly reflexionó largo rato. Sabía que Curt quería á Nora, y aquel era el motivo de que tuviera tal pesar y hubiese estado enfermo. Nora era tan hermosa y tan buena á los ojos de Lilly, que ésta comprendió perfectamente el desconsuelo de Curt... Ahora es completamente imposible que se case con ella y quizás por esto se había marchado. Determinó consultar con

el capellán para saber qué era lo que podría hacerse. Él conocía á ambos, estaba enterado de su historia y sabía que, desde su vuelta, Curt no había abandonado á Gœrhlitz y, por consiguiente, el artículo del periódico no decía la verdad. Resolvió pues escribir al capellán á fin de que él lo arreglara del mejor modo posible. Con el instinto de un corazón que ama, había adivinado que Curt había buscado la soledad, queriendo ocultarse á la mirada del mundo, después de lo que había pasado.—Yo hubiera obrado del mismo modo, se dijo Lilly, alegrándose á la idea de que Curt había querido confiárselo todo.

Escribió, pues, al capellán, mandándole además el periódico y las cartas que se habían recibido para Curt, y cuando su carta hubo partido, la tranquilidad reinó nuevamente en su espíritu, á pesar de que temía aún que Curt se marchara de nuevo á país extranjero.

El amor de Lilly había acertado.

Como el ciervo herido se retira á la espesura, así Curt había ido á refugiarse á la casa paterna, cuya soledad le atrajo. Á su paso por la capital, se preguntó si debía hacer algunas investigaciones; sin embargo, la noticia había sido dada con mucha precisión, y Nora era una persona harto conocida para que se la confundiera con otra. El corazón de Curt deseaba saber la verdad por otros conductos, pero sus ojos habían leído la fatal noticia y además había oído «el demasiado tarde» de Nora. Lo que él había tomado por amor, por fidelidad, no había sido mas que arrepentimiento, la última chispa del amor pasado.—Demasiado pronto me ha dado la explicación pedida—se dijo Curt con una amarga sonrisa en los labios; y continuó su camino.

Los criados se quedaron sorprendidos al ver llegar solo al joven conde. La única explicación que dió de su llegada, fué que quería evitar toda clase de fiesta y

algazara. El capellán preocupóse asimismo, pero la carta de Lilly le explicó pronto el enigma; lo mismo que ella, no creía una sola palabra de lo que se decía, pero conocía el mundo lo suficiente para saber cuáles serían las consecuencias de aquel escándalo que debía producir una impresión penosa difícil de borrar. El digno sacerdote se decidió á abandonar su silencio y entró en la habitación de Curt, que encontró como de costumbre en actitud meditabunda. El capellán le entregó las cartas que le mandaban de Gœrhlitz, y Curt las dejó á un lado con aire indiferente, guardando sólo una en cuyo sobre reconoció la letra de Dahnow. Al propio tiempo miró con aire inquieto al sacerdote, pues le pareció leer algo extraordinario en su fisonomía. El capellán, sin decirle una palabra, le entregó el artículo del periódico y la carta de Lilly, pues creyó que aquella era el mejor medio para calmarle. Curt echó una mirada al periódico y la copa de la amargura demasiado llena rebosó, dando lugar á un acceso de cólera raro en su temperamento. Cogió el periódico, lo estrujó, y después de pisotearlo dijo lleno de ira:

—Me está muy bien; el que se acerca al carbón, se tizna las manos. En mi locura tomé un leño carcomido por una piedra preciosa. Me está muy bien: el que trata con la canalla, debe ser considerado como canalla. Y todo por un par de ojos hermosos. Vamos, capellán, búrlese usted de mí, ríase usted de mí como de seguro lo hace todo el mundo. Pero no se ría usted, capellán, pues también usted ha sido engañado; no hace mucho que hablaba usted de aprecio, de consideración...

Y se echó á reir como un loco.

—Curt—dijo el capellán—¿qué hay de verdad en esto? ¿Ha vuelto usted á ver á Nora ó no?... Declaro que la pobre joven es tan inocente como usted mismo.

—¡Inocente, cuando ella misma me ha dicho que era demasiado tarde!

—¿Es decir que la ha vuelto usted á ver?

—Sí, la ví poco después que Lilly. Quise saber si la había juzgado mal; he querido salvarla si era tiempo aún. En aquel momento lo hubiera aceptado todo, pues me parecía pura é inocente. ¡Oh Dios mío! ¡cuán insensato fuí en quererla tanto!—añadió con acento de dolor.

—¿Y aquel individuo le encontró á usted allí?—dijo con dulzura el capellán.—Entonces todo se explica. Este artículo ha sido escrito por una mano malévola, inspirada por los celos. Dígame usted, Curt, ¿cómo la encontró usted?

Curt le contó brevemente lo que había pasado en su entrevista.

—¿Ella misma le dijo á usted que era demasiado tarde? ¿Le prometió á usted una explicación y le dejó partir? Mucho ha debido sufrir la pobre chica en la entrevista.

—Todo era fingimiento—exclamó Curt con amargura.—Ha desempeñado muy bien su papel; mi madre tenía razón en decir que su educación sólo le serviría para ser más intrigante.

—No sea usted injusto. Sea usted más comedido en su odio que lo fué en su amor—añadió con severidad el capellán:—difícilmente podemos apreciar los hechos desde aquí; muchas veces nos equivocamos creyendo juzgar racionalmente.

El capellán no dijo nada más, pues ni quería reanimar el amor que notaba aún en el corazón de Curt, ni envenenar su justa cólera.

—Lea usted esta carta de su prima—dijo después de un momento de silencio.—Luégo trataremos de lo que hay que hacer para rechazar estas calumnias.

—He aquí mi reputación perdida—dijo Curt en un nuevo acceso de cólera.

Un hombre difícilmente aguanta una injuria por insignificante que sea, y por otra parte Curt conocía demasiado la sociedad para ignorar la molestia que experimentaría y de la manera que en lo porvenir le juzgarían sus iguales.

—¡Pobre madre mía!—exclamó con el acento del dolor y del orgullo herido.—He aquí lo que he ganado no siguiendo tus consejos.

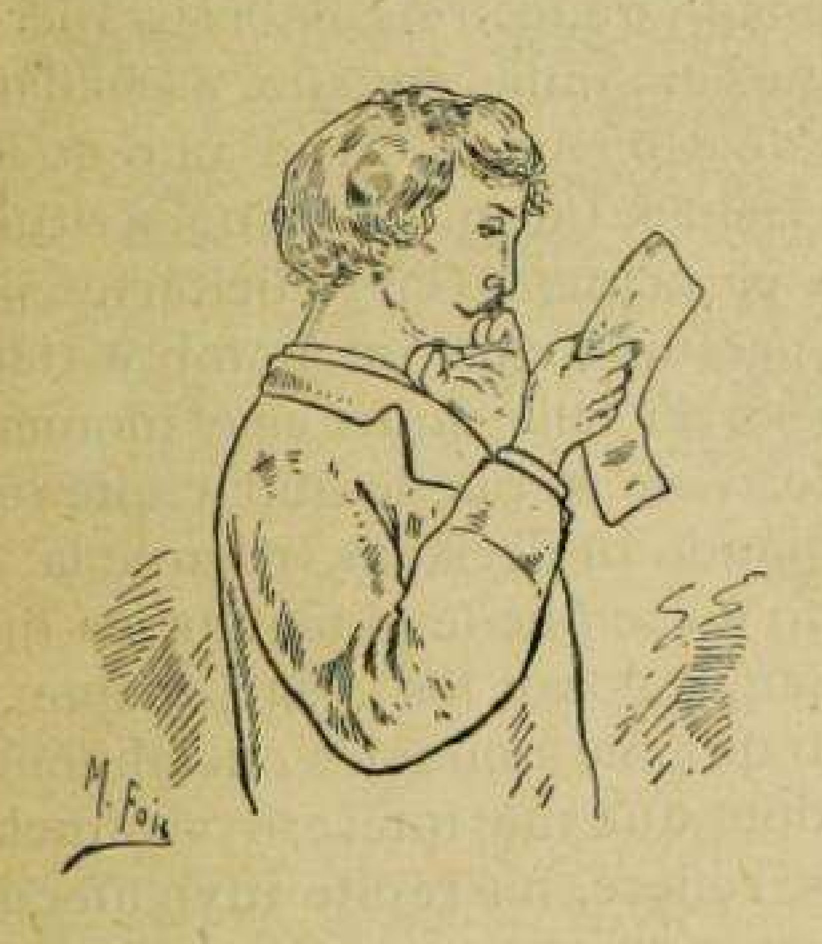
—Sólo es usted culpable de haber dado oídos á calumnias—añadió tranquilamente el capellán.—Durante cierto tiempo no vaya usted á la capital, excusándose con su estado enfermizo, y pronto se olvidarán estas habladurías como se olvida todo con el tiempo. Por mi parte, daré algunos pasos y probaré que todos los hechos narrados en el periódico son falsedades. Tengo la seguridad completa de que el individuo que vió usted al final de su conversación con Nora, es el autor de este artículo. ¡Pobre joven!

El capellán dió un profundo suspiro pensando en las circunstancias que le había proporcionado un destino tan adverso, habiendo entrado en la vida bajo tan favorables auspicios. Á pesar de todo, fundaba grandes esperanzas en la confianza que la joven tenía en él y en el motivo puro y desinteresado que le había decidido á entrar en aquella vida tan odiada; sabía el sacrificio que había sido para ella el tomar aquella decisión, y se decía que un sacrificio voluntario de aquella naturaleza no podía ser debido á un corazón depravado. Estaba persuadido de que todas las relaciones que se hacían de aquel hecho no eran más que falsedades. Existen senderos oscuros que parece separan de la felicidad terrenal; pero si no conducen á aquel fin, guían á la salud eterna.

—Sea cual fuere el sendero, las flores de Dios en todas partes crecen—se decía á sí mismo.

Curt continuaba combatiendo con encontrados sen-

timientos, luchando unas veces con su corazón y dudando otras. ¡Pensaba por una parte en la afección que Nora había tenido por él en otra época ó en la inocencia y pureza que respiraban las palabras que le había dirigido la joven en su última entrevista; entonces le asaltaba el temor de equivocarse. Sin embargo, su decisión estaba tomada; quería alimentar su resentimiento y libertar así su corazón.



Tomó la carta de su prima, y leyéndola, notó más el sentimiento de que estaban impregnadas aquellas líneas y que hacía largo tiempo le era conocido. «Aquella por quien me sacrifiqué, se dijo, sólo me ha dado desengaños, ingratitud é inconstancia, mientras que encontraba todo lo contrario en aquella en quien apenas había fijado la atención.» La imagen de su prima presentóse afectuosa al espíritu de Curt; aquella vida dulce y tranquila, aquel pasado sin tacha comparados con la vida tempestuosa de la otra, con aquella agitación, cuyo final debía ser la perdición, ofrecía un notable contraste. Curt estaba fatigado de aquella lucha

continua y tenía ganas de entrar en el puerto donde pudiera gozar de un descanso relativo, sin decepciones...

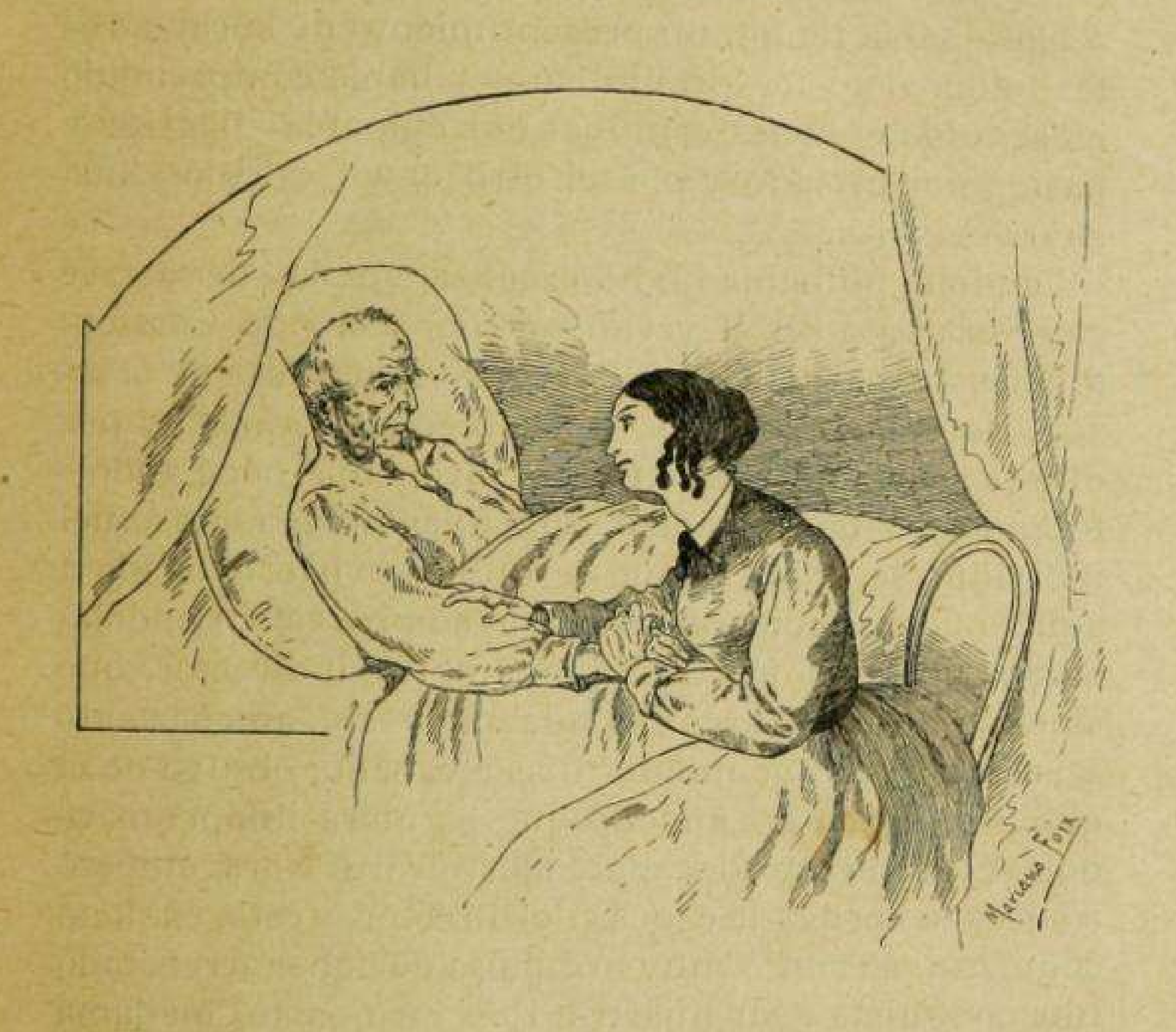
Maquinalmente abrió la carta de Dahnow, que, con gran sorpresa, vió que estaba fechada en el Norte de Alemania:

«Estas líneas (escribía su amigo) me excusarán de no haber cumplido mi promesa de ir á veros. Hazme el favor de transmitir mis excusas á tu preciosa prima, aunque supongo que no os habréis apercibido de mi ausencia, pues si no me engaño, os halláis en aquella disposición de espíritu en que á uno no le hacen falta semejantes visitas. Permíteme que, á título de antiguo amigo, sea el primero en felicitarte sinceramente. Cuando se presume que un hombre tiene todas las garantías para ser feliz, aquel es el momento oportuno de felicitarle. Y no se puede dudar que vosotros seréis felices... Aplaudo tu decisión, porque la vida es muy triste cuando no se pueden atenuar los disgustos que nos ocasionan, y gozar las alegrías que nos ofrecen. Aguardando que me anuncies oficialmente la noticia y asegurándote que me intereso vivamente por todo lo que á ti se refiere, me repito tuyo afectísimo.—*Dahnow.*»

La carta fué como el complemento de las ideas de Curt. Delante de él se presentaba una perspectiva risueña, pues sabía que Lilly no vacilaría; por otra parte, sus esponsales con Lilly serían la contestación más categórica á los rumores que circulaban sobre él.

Durante la noche Curt reflexionó sobre ello, y al día siguiente el capellán recibió de manos del ayuda de cámara del conde, un billete que decía lo siguiente:

«Salgo para Gœrhlitz... quizás después iré al extranjero, pero esto se ha de decidir en Gœrhlitz. En todo caso, recibirá usted noticias mías dentro de pocos días. Ruegue usted por mí.—D.»



XXIII

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, una joven pálida estaba sentada á la cabecera de la cama de su padre, tendido sin conocimiento á consecuencia de un ataque cerebral, y sólo se movía á intervalos para ir á consolar á un niño de corta edad que se hallaba en una habitación vecina y que no cesaba de gritar:

—¿Cuándo volverá mamá?

Nora había tenido un presentimiento de la catástrofe: había visto los preliminares y había comprendido en seguida el juego criminal del culpable: ligereza y pasión por un lado y por el otro el vil cálculo y una ruín venganza.

Landolfo no había podido realizar su plan de casarse con Nora para ser el yerno y el heredero de Carsten, gracias á las negativas reiteradas y enérgicas de la joven. Nora sólo tenía una imagen en su corazón, y por otra parte sentía una antipatía invencible por Landolfo, pues estaba convencida que á las intrigas de aquel individuo se debía el que se hubiese visto obligada á aquel oficio. Habiendo fracasado su proyecto, Landolfo odiaba no sólo á Nora, sí que también al director, que suponía de acuerdo con su hija; pues ésta, amenazando á su padre con no montar más á caballo, obtuvo de él que prohibiera á Landolfo que siguiera importunándola. El administrador, para mortificar á Nora, empezó á hacer la corte á la esposa del director, y ésta, coqueta como era, se sintió muy orgullosa de haber arrebatado una conquista á su hijastra. Por otra parte, madama Carsten estaba fatigada de la vida uniforme y monótona que llevaba, pues había cesado el lujo que desplegara en un principio; los reveses de fortuna la habían obligado á vivir modestamente, con mucha economía, y la directora se indemnizaba volviendo á la libertad de costumbres de su juventud. Landolfo formó entonces un nuevo plan de intrigas, pues sabía que conquistando á la directora, ésta sería un instrumento dócil en sus manos.

Carsten, absorbido por los negocios, no vió nada; por otra parte, Landolfo había establecido sus baterías con mucha habilidad, estimulando la pasión del director por las bebidas fuertes. Hacía mucho tiempo que la dirección de los negocios estaba en manos de

Landolfo, en quien Carsten tenía absoluta confianza á pesar de las advertencias de Nora y de varios miembros de la compañía.

Las alusiones que hizo Nora al hablar con el capellán, se referían todas á aquellos hechos que aumentaban la repugnancia que le causaba su profesión. Viendo que su padre no le atendía á pesar de sus advertencias para que vigilara á Landolfo, sino que, por el contrario, sus avisos sólo servían para dar lugar á querellas de familia, la pobre Nora se resignó á cerrar los ojos y dejar que las cosas siguieran su triste curso.

La realización del plan de Landolfo se precipitó gracias á la reaparición de Curt. Las palabras que éste último había pronunciado, hicieron sospechar á Landolfo que iba á producir una crisis de familia y consideró perdidas las esperanzas que había fundado en el tiempo; escuchando sólo su odio y sus intereses, y creyendo que las irregularidades que había cometido no podían permanecer ocultas mucho tiempo, creyó que la mejor manera de evitar su castigo era arrebatar la esposa del director, pues conocía el orgullo de Carsten y sabía que todo lo soportaría antes que consentir que la justicia se ocupase en un asunto privado de familia. Poco le costó convencer á la esposa culpable, y después de haber cogido todo el dinero que pudieron, se escaparon, no sin que antes Landolfo diera á luz falsas noticias cambiando el nombre de las personas, y también su mano escribió el famoso artículo que tanto daño produjo.

Nora había tenido aquel día una violenta escena con su padre, que supo por Landolfo la visita de Curt, y la emoción le impidió presentarse al público, viniendo su ausencia á confirmar los rumores. Al caer de la tarde, hallábase en su habitación, cuando oyó un gran ruido en el cuarto contiguo; dirigióse allí asustada y encontró á su padre tendido en el suelo sin conocimiento y

con una carta en la mano. Había ido á buscar á su esposa para la representación, y el portero le dijo que una de los señoras ya había salido en coche con Lan-



dolfo. Sorprendido dirigióse á la habitación de madama Carsten y allí encontró al niño que dormía tranquilamente, pero no á su esposa, mientras que los cajones y los armarios estaban abiertos y vacíos. De repente sus ojos se fijaron en una carta que se hallaba colocada en la mesa de modo que llamara la atención; cogióla y leyó: que como su corazón no podía soportar el abandono en que la tenía, se arrojaba en brazos de un verdadero amor; la cadena que le había impuesto, oprimía su talento de artista y quería ir donde fue-

se apreciada en su valor ;... que podía guardar el niño y darle todo lo que se había olvidado de dar á la madre. El director apenas pudo leer la carta, pero una



cosa aparecía clara y es que le habían hecho traición. Sobrevínole entonces un nuevo ataque nervioso y en aquel estado le encontró su hija.

Nora comprendió en seguida lo que había pasado, y antes de pedir auxilio destruyó el fatal billete, causa

primera del accidente de su padre. Creyendo que la crisis sería pasajera, no dejó entrar á nadie cerca del enfermo, excepto á la anciana criada y al médico, y sólo al ver la fisonomía inquieta de éste comprendió toda la extensión de su desgracia.

Los primeros días se pasaron en cruel expectación, y Nora rodeó á su padre de solícitos cuidados; pero su amor filial no pudo impedir los resultados materiales de la catástrofe. La enfermedad de Carsten y la desaparición de Landolfo desorganizaron completamente la compañía; y Nora, para impedir algo el desorden, anunció la enfermedad de su padre y confió en su nombre la administración de los negocios al individuo más antiguo de la compañía. Pero el director interino pronto se vió rodeado de dificultades, pues se hicieron evidentes los desfalcos de Landolfo y el descontento y la desconfianza se introdujeron en la compañía, á cuyos individuos se pagaban los sueldos con mucha irregularidad.

Nora, por su parte, se hallaba muy apurada, pues se sentía incapaz de sobrellevar aquella carga, previendo una catástrofe inminente. Á pesar de todo, no olvidaba la promesa que se le había hecho: «Dentro de algunos días»; y sin embargo ya habían transcurido muchos y no había recibido noticia alguna, pero era posible que le hubiese mandado algún mensaje que no hubiese llegado á sus manos á causa del desorden que había á su alrededor. Pidió á la camarera las tarjetas de los que habían ido á informarse, pero sólo leyó nombres indiferentes. Por un momento pensó en dirigirse al capellán; pero su altivez la retuvo, pues quería evitar el menor paso que pudiera acercarle á la familia Degenthal. Un día latió su corazón de contento cuando le anunciaron una visita, pero pronto se desengañó leyendo en la tarjeta otro nombre del que esperaba.

¡Barón Dahnow!... Nora tuvo que hacer un esfuer-

zo de memoria para acordarse del grueso barón de Mecklemburgo, y casi estuvo á punto de negarse á recibirle, pero cambió de modo de pensar al leer en la tarjeta algunas líneas escritas con lápiz: «Si la señorita Nora tiene necesidad de consejos y apoyo, un antiguo conocido se atreve á ofrecerle sus servicios.»

Aunque había experimentado un desengaño, aquellas palabras llegaron á su corazón; pues Nora tenía necesidad de apoyo. Hallóse ya medio tranquilizada al ver á su lado á aquel hombre robusto, cuya frente severa indicaba gran energía, capaz de resistir todas las complicaciones y de hacer frente á todas las intrigas, y cuyos ojos penetrantes parecían tener el dón de atravesar todos los laberintos. Nora estaba tan preocupada, que no reparó en la emoción que agitaba la fisonomía de Dahnow, que ordinariamente era la misma calma. Á la pregunta de Nora acerca de la manera cómo había sabido las dificultades que la abrumaban, contestó diciendo que se había enterado de la grave enfermedad del señor Carsten y que había querido cumplir su deber de amigo poniéndose á la disposición de la joven. Difícil le hubiera sido exponer el verdadero motivo de su visita; los diarios del Norte le dieron las últimas noticias sobre Nora en el preciso momento en que preguntaba qué había sido de ella, no sabiendo qué era lo que entre la joven y Curt había pasado.

La relación de los últimos sucesos le sorprendió mucho y produjo grande agitación en aquella naturaleza ordinariamente tan tranquila; y aunque la cosa le parecía inexplicable, estaba convencido de que Nora era inocente, calificó de «soberana mentira» la fuga de la joven y se decidió á ir á W.... para hacer investigaciones. Con la perspicacia y la perseverancia que le eran características, supo el verdadero estado de las cosas y se alegró en silencio.

Sentado al lado de Nora, se hizo dar una corta explicación del estado de los negocios y prometió á la joven ponerse en relaciones con un abogado hábil para arreglarlo todo.

Nora le dijo con voz temblorosa:

—Sobre todo, que el mundo no se entere de estos sucesos.

Y al ver la cara sorprendida de Dahnow, añadió:

—¿Es que el mundo está ya enterado de lo sucedido?

Dahnow excusó la publicidad con la gran fama de su padre.

—¿Pero qué es lo que se dice?

—Se han confundido las personas. Se ha creído... como había el niño de por medio...

—¡Oh Dios mío—dijo Nora;—se ha creído quizás que era yo!

—Las noticias de los periódicos son tan engañadoras...

—Es preciso que se rectifique la noticia—dijo Nora con desesperación—¡pero ya no servirá de nada!

—Haré todo lo que pueda para que la verdad triunfe—dijo Dahnow;—procuraré que su nombre de usted quede libre de toda mancha.

Y cumplió su palabra. Pocos días después todos los periódicos dieron una explicación clara y precisa, hablando de la presencia de Nora á la cabecera de la cama de su padre. Pero Nora tenía razón; ¿de qué servía ya una rectificación que todo el mundo leía con indiferencia?

Poco importaba ya al público que fuera la esposa ó la hija del director la que se había fugado, pues la novedad de la historia había pasado ya. En Gœrhlitz no se leían ya los periódicos por miedo de encontrar en ellos otra noticia desagradable y se evitaba con cuidado todo lo que podía hacer referencia á los recientes

episodios. Además, todos estaban ocupados en un suceso de familia algo inesperado, sobre todo por parte de la condesa.

La figura de Lilly resplandecía de gozo, pues aquel día se habían celebrado sus esponsales con su primo Curt y no les faltaban felicitaciones á pesar de que en voz baja se murmuraba de aquel suceso. . . . .

. . . .

Dahnow tomó á pechos los intereses de Nora y le aconsejó que liquidara el haber de su padre y se pusiera el producto á manos de un tutor. La enfermedad de Carsten parecía querer prolongase y Dahnow creyó que lo más sencillo era trasladarlo á la capital del Norte de Alemania. Nora fué de su opinión, pues si bien en un principio había pensado que su hermano continuara el negocio de su padre, tuvo que renunciar á aquella idea en atención á los muchos años que había que esperar, atendida la corta edad del niño.

Nora se encontró libre más pronto de lo que hubiera podido creer nunca y sólo sentía una cosa y era abandonar á W..... en donde lo había visto por última vez y le había prometido que volvería. Tenía necesidad de volverle á ver y quería explicarle lo que una vez le había dicho en la carta que él le devolvió desde Oriente. Nora buscó la carta y la puso en sitio que fuera fácil dar con ella...

Hacía muchos días que la carta había sido colocada en aquel sitio y Curt no se presentaba. Nora tuvo terribles presentimientos. ¿Quizás sus palabras le habían lastimado? ¿Habrían llegado á sus oídos aquellas horribles calumnias?

Nora continuaba esperando y así se pasaron varias semanas. Dahnow la visitaba casi cada día; pero á pesar de saber su amistad con los Degenthal, nunca se atrevió á preguntarla. Por fin, un día, cuando Dahnow

se presentó para acordar el día de la marcha, Nora le hizo temblando la pregunta:

—¿Hace mucho tiempo que no ha tenido usted noticias del conde Curt Degenthal?

El joven palideció; hacía muchas semanas que esperaba y temía aquella pregunta; pero afectando asimismo indiferencia, dijo que Degenthal estaba bueno, que hacía poco tiempo le había visto y le había encontrado perfectamente restablecido. Se creía que una corta residencia en el mediodía le robustecería, y por esto iba á partir con su joven esposa, pues estaba á punto de casarse con su prima...

¡Ya estaba dicho! La frente del barón estaba llena de un sudor frío y su mirada fija en el suelo para no encontrar la de su interlocutora. Esta no dijo una palabra ni exhaló un suspiro. Reinó luégo profundo silencio.

Al cabo de un rato, dijo Nora:

—Es preciso que vaya al lado de mi padre.

Y al decir esto sus ojos brillaban de una manera extraña; estaba lívida y temblaban sus labios. Quiso marchar y tuvo que apoyarse en la mesa para no caer. Dahnow se levantó precipitadamente para sostenerla, pero ella le dijo:

—No es nada... Las vigilias me han fatigado un poco.

Dahnow la miró silenciosamente.

—Barón—dijo ella—dígame usted la verdad; ¿podían creerse aquellos falsos rumores?...

—Todo ha pasado de manera que podía tomarse por la realidad.

—Pero usted—añadió Nora con impaciencia—¿cómo sabía usted que aquellos rumores eran falsos?

—Sencillamente porque la conocía á usted—dijo Dahnow con voz temblorosa.

Y cogió el sombrero marchándose precipitadamente.

Nora apenas advirtió la salida de Dahnow.

—Simplemente porque la conocía—se repetía á sí misma.—Y él lo había creído todo—exclamó llorando.

Con la ingratitud natural en un corazón ocupado sólo en su amor, no se acordó ni un momento del que tenía en ella tan noble confianza, pensando sólo en el que era causa de sus sufrimientos.

—Lo ha creído todo... Quisiera morirme...

. . . .

El barón Dahnow se paseaba aún al anochecer, y debía tener mucho calor interiormente, pues no advertía lo frío que era el relente.

—¡Le ama aún!—se decía repetidas veces.—Le ama hoy y le amará aunque la abandone veinte veces. ¿No lo he dicho y repetido que la haría desgraciada? Pero precisamente las muchachas se enamoran de estos que hoy se apasionan por una cosa y mañana por otra; como si supiera esta clase de gente lo que es amor.

El barón se retiró á su casa para descansar, pero por más que hizo no pudo tranquilizarse ni dormir, así fué que cogió su poeta favorito, Gœthe, y se abismó tanto en la lectura, que las velas estaban casi consumidas. Finalmente, después de hojear mucho, paróse en «Goetz de Berlichingen»: «Una muchacha que ha tenido un amor desgraciado, acepta con facilidad una proposición de casamiento;» esto hace decir el gran poeta al áspero Liakingen de su dulce María, con mayor sentido práctico que concepción ideal.

¿Había estado buscando Dahnow aquella cita? Como si ya hubiese leído bastante, dejó caer el libro y cerró los ojos. Su sueño debió ser feliz, pues sus labios sonreían mientras dormía.





XXIV

Nora sintió más aquel desengaño que el sacrificio anterior, pues de una renuncia voluntaria á que se le hubiese olvidado completamente y aun se hubiese sustituído su amor por otro, mediaba gran distancia. Afortunadamente, estaba muy ocupada al lado de su padre, que era una verdadera ruina, con imposibilidad absoluta de sus miembros, y pensando y hablando con extrema dificultad.

En una de sus horas libres escribió á la religiosa:

«Ahora envidio la paz de que gozan ustedes. ¿Qué he hecho yo para que mi amor me cause sólo penas y

mi sacrificio, que me lo costó todo, nada haya salvado? De buena gana iría ahora á enterrar mi corazón entre ustedes, para que nadie notara que vivía aún.»

La madre Sibila le contestó inmediatamente:

«Hija mía, un convento no es un cementerio, y para renunciar á todo se necesita un corazón vivaz y enérgico. Así como en otro tiempo no quisiste quedarte con nosotras, ahora yo no te admitiría si quisieras venir.

«¿No escogiste la lucha? ¿No preferiste el amor? Hoy como entonces no repruebo tu elección, pues el hombre tiene derecho á los goces y las penas de la vida, y tenías derecho á combatir por lo que tu corazón deseaba. Pero tú ya sabías que debías sostener grandes luchas y que el resultado era dudoso. Aceptaste el amor con los dolores que le acompañan. ¿De qué te quejas pues ahora? ¿Ha estado el Señor severo contigo? Te ha hecho probar las diferentes fases de la vida; te ha dejado disfrutar del amor. ¿Has olvidado ya las horas que te parecieron llenas de felicidad? Hoy mismo en medio de tu profundo dolor te pregunto: ¿Querrías borrar de tu vida aquella época? ¿Querrías no haber sentido lo que sentiste?

»¡Niña! mucho más podías haber sufrido en las tempestades de la vida. Da gracias al Señor que ha dejado la bondad en tu alma. Si á ello contribuyó tu amor terrenal, yo me alegro que lo hayas sentido y sé por qué te ha sido enviado, así como tú algún día comprenderás por qué se te exigió su sacrificio. Ve en todo la mano de Dios que está encima de ambos. Después de las muchas pruebas que has tenido de su fidelidad, ¿por qué quieres acusarle ahora? Cree que es un acto de la Providencia que está por encima de la voluntad humana. Á los ojos de Dios son muy poca cosa las pasiones humanas, y, por consiguiente, no hemos de creer que su satisfacción es el único objeto de la vida.»

En ese estado pasó el invierno, y Nora no se opuso ya á trasladarse al Norte, pero el director no se hallaba aún en situación de emprender el viaje. Dahnow estaba ya en la capital á fin de liquidarlo todo y preparar la vivienda de Carsten. Seguía activa correspondencia con Nora, so pretexto de consultarla, y la pobre joven, en su soledad, hallaba un verdadero consuelo en las cartas del barón.

Había empezado ya la primavera, cuando se hizo el traslado. Dahnow alquiló una quinta á las puertas de la capital, y su espíritu práctico había hecho todo lo posible para que pudiera vivirse en ella cómodamente. En el semblante de Nora brilló un rayo de alegría cuando vió su nueva habitación, en la que sabía no debía penetrar ningún elemento extraño. El director por su parte apenas pareció notar el cambio, pues si bien se hallaba restablecido hasta el punto de haber recuperado los movimientos, su inteligencia se hallaba aún oscurecida. Tranquilo y silencioso, pasaba largas horas sin moverse, ó bien se dedicaba al cultivo del jardincito, ocupación que parecía causarle gran placer. Nunca hablaba de los últimos sucesos, y cuando Nora le habló con grandes precauciones de la disolución de la compañía, contestóle únicamente:

—Elena lo ha deseado siempre.

Muchas veces su espíritu retrocedía á aquellos tiempos, y hablaba con Nora como si fuera su madre.

Nunca nombraba á su segunda mujer y tampoco preguntaba por el chiquillo.

El barón Dahnow, que no perdonaba medio de hacer llevadera su suerte á Nora, le conservó el caballo que estaba acostumbrada á montar, y aunque ella quiso que se vendiera para ahorrar su manutención, Dahnow, con el derecho que le daba el ser entonces su administrador, se negó rotundamente á ello. Nora aprovechaba las primeras horas de la mañana para salir, y

buscaba los caminos menos frecuentados para no llamar la atención. Si á pesar de ello, encontraba algunas veces un jinete solitario, le permitía que la acompañase, y esta era la mejor recompensa para Dahnow de todas las molestias que se había tomado. Su presencia no la molestaba en lo más mínimo, pues el barón tenía la rara cualidad de adaptarse al modo de ser de los demás. Nora se encontraba bien á su lado, y así como antes sus cartas, ahora sus visitas eran el único accidente de sus monótonos días. Aunque se hallaba demasiado preocupada para apreciar en todo su valor los cuidados de Dahnow, le estaba agradecida por ellos y apreciaba su conversación, pues el barón Dahnow hablaba bien y con facilidad; y, por otra parte, le interesaban á ella mucho las noticias que el barón le daba acerca de la patria de su madre.

Pero á pesar de que Nora no le ocultaba el placer que le causaban sus visitas, y á pesar de que se acordaba muchas veces de las palabras de Lickingen, pasó la primavera y después el verano, y sucedióle el otoño sin que Dahnow tuviese valor de poner en práctica la sentencia del caballero.

Escudándose en sus estudios científicos, se había establecido por completo en la capital, y cuando sus conocidos se extrañaban de que pasara allí el ardoroso verano, contestóles que el sol de los trópicos le había endurecido.

¿Estaba Nora tan ensimismada aún, que no notaba lo que pasaba en el corazón de Dahnow? Sea como fuere, el caso es que se asustó el día que la tremenda palabra salió de sus labios y le ofreció todo lo que un hombre puede ofrecer á la mujer que quiere. Pero sólo el asombro y el temor hablaron en los ojos de Nora: «Su posición que la apartaba de la sociedad...» Dahnow se rió por única respuesta: «La religión que los dividía...» Prometióle solemnemente que respetaría sus creen-

cias. «Su pobre padre que la necesitaba, su hermanito que estaba abandonado...» y después le habló de la amistad que era tan bella y tan fiel, de sus estudios científicos, en una palabra, usó todos los medios y todas las adulaciones que emplea el que trata de dar una negativa.

Dahnow la escuchó sin interrumpirla, y al ver que su mirada se fijaba en él con angustia, como si temiera perder el último amigo que le quedaba, convencióse de que no se había borrado aún el antiguo recuerdo, y como era hombre paciente, determinó aguardar.

—Hágase usted cargo de que no he dicho nada—dijo el barón.

Y Nora le tendió la mano como dándole las gracias.

Dahnow continuó visitando á Nora como antes, y durante las largas veladas de invierno entretuvo al director hablándole de sus viajes ó jugando con él al dominó, contó cuentos á cual más raro y divertido al niño, y á Nora le llevó libros y obras de arte á propósito para levantar su ánimo.

Con el tiempo fué recobrándose Nora de su antiguo dolor, y Dahnow tuvo ocasión de pasar muy buenos ratos á su lado; pues gracias á su educación, poseía Nora conocimientos extraordinarios.

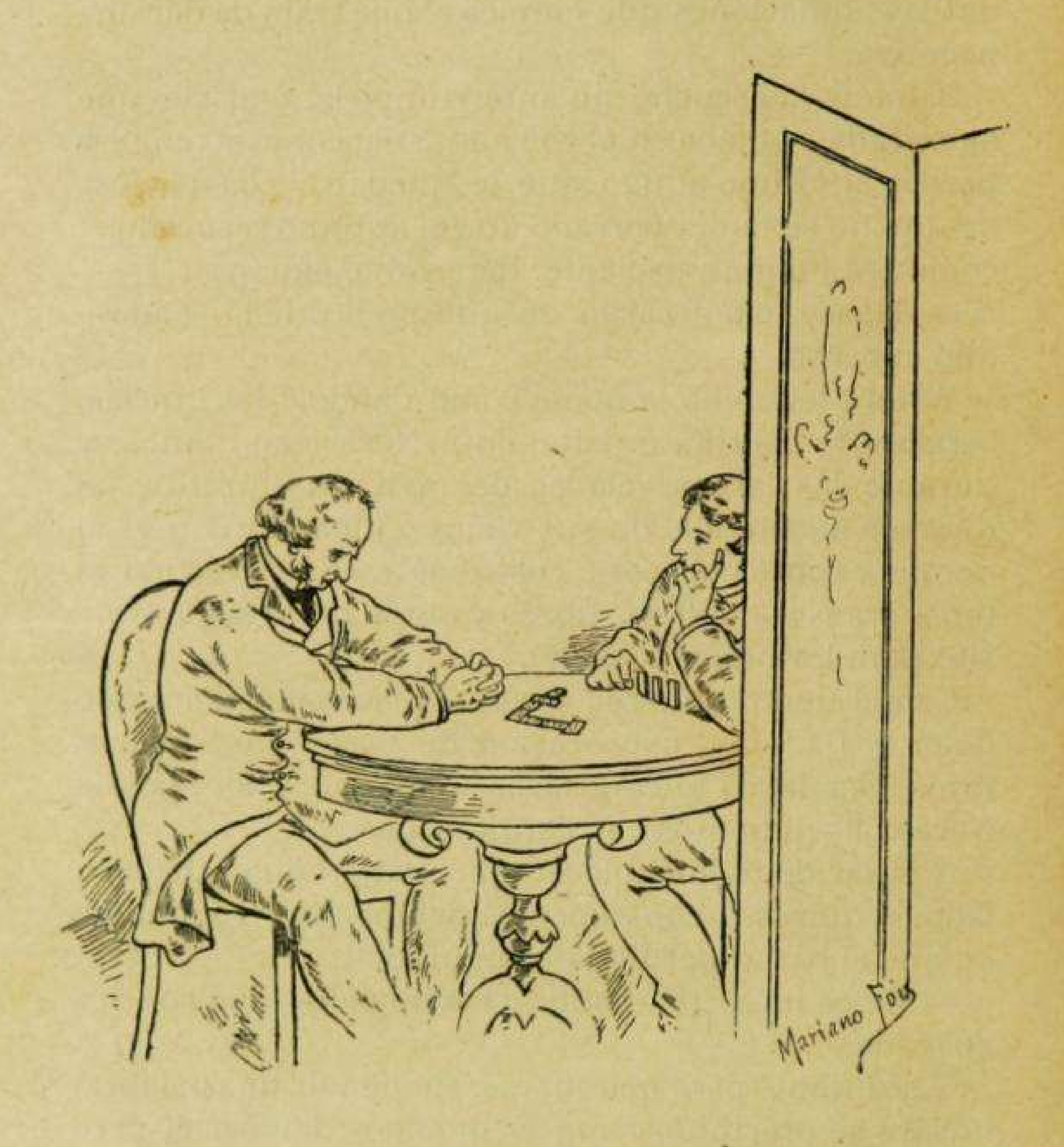
Á pesar de todo el placer que Dahnow gozaba á su lado, ó quizás á consecuencia del mismo, vino un día en que el barón perdió la tranquilidad.

—Me es imposible continuar viniendo—dijo con voz apagada.

Y se levantó para marcharse, sin añadir una palabra.

Nora se precipitó como si quisiera detenerle, pero de repente se detuvo poniendo la mano en el corazón, como si quisiera examinar sus latidos. Finalmente, volvió á sentarse con calma, pues consideraba que no tenía derecho á unir la vida de Dahnow á la suya, ya que nada absolutamente sentía por él.

Quizás Dahnow había esperado que Nora le llamaría, quizás creyó que tendría ocasión de combatir de nuevo sus excusas, pero no sucedió así.



En poco tiempo cambió tanto el barón, que sus amigos le aconsejaron seriamente que mudara de clima; sus hermanos le indicaron que lo mejor era casarse, pues al lado de una mujer cuidadosa olvidaría los inconvenientes del clima; pero una de sus hermanas,

que tenía numerosa prole, dijo que no era necesario que todo el mundo se casara y que hacía tiempo que se veía que su hermano Clemente no quería hacerlo, y, por lo tanto, debía dejársele que viviera á su gusto, con tal que no se fuera nuevamente al otro lado del mar.

Dahnow, á pesar de que tenía hechos algunos preparativos, no se fué; pues hasta el amor no correspondido tiene cierta influencia magnética que nos impide alejarnos del objeto amado.

En la habitación de Carsten reinaba un silencio extraordinario desde la marcha del barón, y los días se seguían sin variación unos á otros. Pasó el verano y presentóse nuevamente el otoño, y Nora no pudo desconocer que menguaban las fuerzas de su padre; pero, en cambio, la disminución de la salud física restableció algo el equilibrio intelectual, y Nora poco á poco fué dirigiendo su pensamiento hacia el cielo.

Un día manifestó el deseo de ver á un religioso, y viendo que Nora le daba un beso en la frente, como agradecida á aquella demanda, le dijo sonriendo:

—Las mujeres concluís siempre por triunfar, y del errante director de circo harás aún un hombre devoto. Primeramente tu madre y después tú... Si yo hubiese seguido en todo los consejos de Elena, de seguro que hubiera sido otro hombre y tú no hubieras tenido que pagar las consecuencias. He malogrado tu felicidad, pues de otra manera hubieran ido las cosas sin mi terquedad. Pero dime una cosa: ¿lo he soñado ó bien volvió á verte?

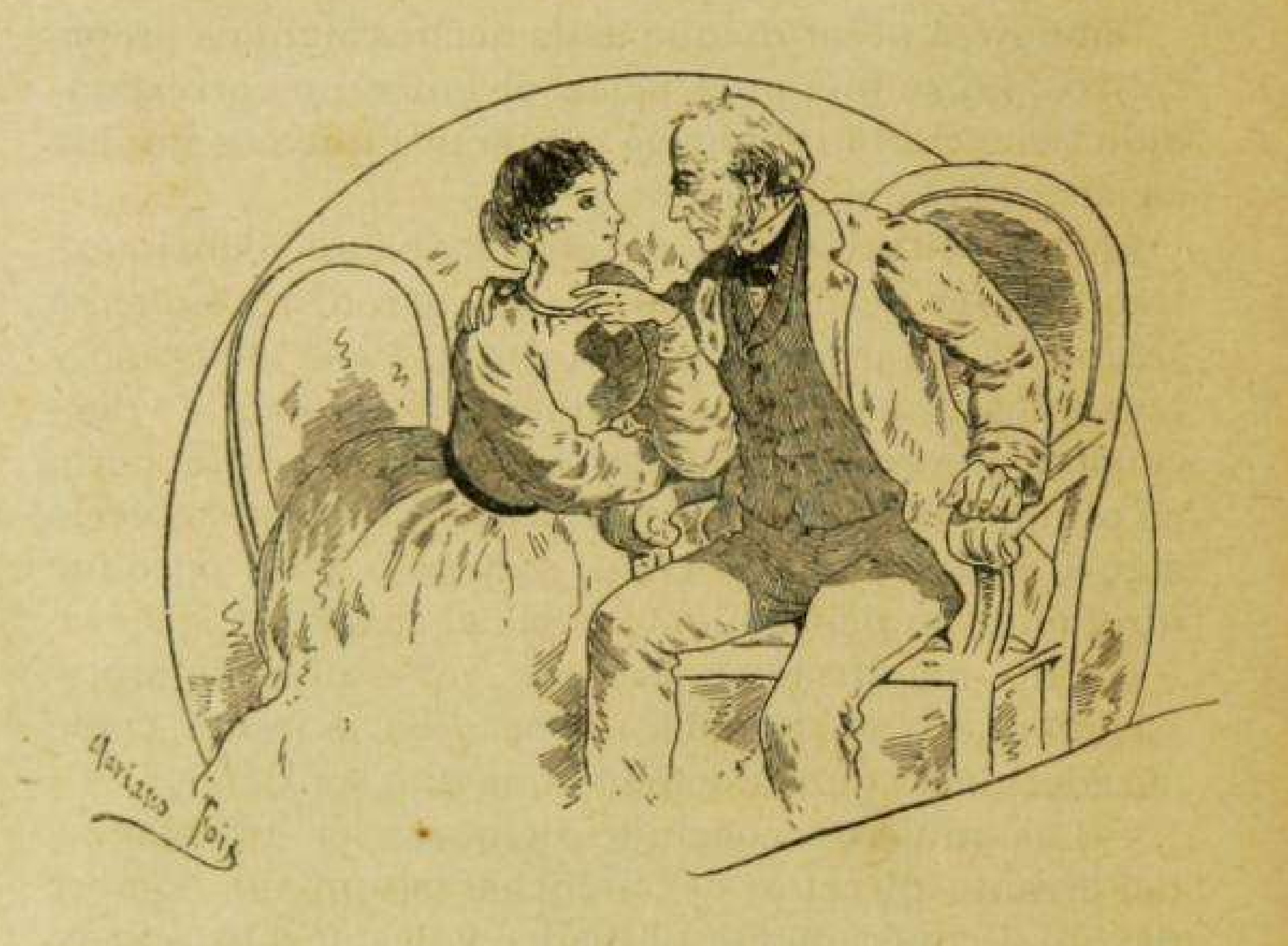
—Sí, sí vino—dijo Nora.

—¿Y por qué no se quedó?—preguntó el anciano.

—Una mala inteligencia...—dijo Nora en voz baja.—Pero tampoco hubiera podido ser... Es mejor así.

—¡Pobre hija mía!—dijo Carsten.—Y el otro ¿qué se ha hecho? Ya sabes de quién quiero hablar, de aquel

gordo que venía á menudo en el invierno. Entonces no podía yo reflexionar porque me dolía la cabeza, pero me acuerdo de que venía casi cada día y de seguro que no era por mí. ¿Por qué no viene ya? ¿Lo has despedido?



—Deja que permanezca á tu lado, querido papá—dijo Nora;—sólo á tu lado hallo consuelo.

El anciano movió la cabeza en signo de descontento.

—Pero quizás yo no estaré mucho tiempo á tu lado. Era un hombre bueno, Nora, y un corazón fiel. Hubiera sido para mí un gran consuelo el no dejarte sola.

—Deja que las cosas marchen como Dios lo tiene dispuesto—dijo Nora;—también por esta parte había graves inconvenientes.

—Es verdad; siempre serás la hija del director de circo, que en ninguna parte puede echar raíces.

—Sí—dijo ella;—hay un sitio donde á nadie se pregunta quién es ni de dónde viene... y sí lo que uno piensa hacer para alcanzar un fin elevado. Quizás el Señor me destina allí, á pesar de que todavía no lo veo claro.

—No te comprendo muy bien, pero haz lo que quieras, pues mis consejos bastante te han perjudicado. Óyeme ahora; antes de morir, quisiera ver al capellán... ya sabes cuál quiero decir: el que ayudó á morir á mi esposa. La última vez que le ví, no me porté bien con él, pero creo que me perdonará. También quiero hablarle del niño, para que me diga de qué manera puedo salvarle de las garras de los hombres... sobre todo de sus garras—repitió, y sus dientes rechinaron.—Pero también con ellos quiero morir en paz. Nora, cuando yo ya no exista, puedes escribir á su madre diciendo que la he perdonado... Tambien á él le perdono—añadió después de una pausa—pues una vez me salvó, y quizás la maldad que cometió después me ha evitado perjuicios mayores.

—Sí—dijo Nora—más ha valido así.

Desde aquella conversación, reinó la mayor intimidad entre padre é hija; y cuando llegaron sus últimos días, se presentó el capellán que no vaciló un momento en acceder á la petición de Nora. Las últimas palabras de Alfredo Carsten, así como en otro tiempo las de Elena, fueron para recomendarle á su hija.

Escudado en la recomendación de su padre, preguntóle el capellán á Nora qué era lo que pensaba hacer. Nora, que acababa de recibir una carta, díjole después de leerla:

—Esta carta podría contestar á su pregunta de un modo muy fácil. No puede usted figurarse qué tesoro de noble amor y fidelidad contiene.

—¿Del barón Dahnow?—preguntó el capellán, y en el tono de su voz se notaba cierta intranquilidad.

—Sí—contestó ella—del barón Dahnow, que ha sabido la enfermedad de mi padre y que me ofrece su protección si quiero aceptar su nombre y su mano.



—Es una noble oferta, digna de su noble carácter—dijo el capellán—lástima que...

—No tema usted—dijo Nora;—mas siempre es un consuelo verse apreciada así; bien que el árbol á quien la tempestad ha tronchado su tallo, no da otro nuevo, tampoco se muere, sino que se extiende y da mayor sombra.

—Y no obstante—dijo el capellán—hubiera sido un consuelo el dejarla en puerto seguro.

—¿ Cree usted que el Señor no me dará aún energía y fuerzas para combatir ?

—¿ Y éste ?—preguntó el capellán indicando el niño.

—Le llevaré al otro lado del Océano, cerca de los parientes de mi madre. Allí se podrá atender mejor que aquí á su porvenir y también yo encontraré campo para mi actividad ; desde que oí las narraciones del barón Dahnow, deseo ir al nuevo mundo, en donde faltan elementos que combatan por el Señor.

El capellán le tendió la mano, y dijo :

—Por tercera vez escoge usted la lucha y el combate en vez de la tranquilidad ; el Señor la proteja.

Poco tiempo después, hallábase en un pueblo del Sud de Alemania un matrimonio joven. La esposa contemplaba encantada á un tierno vástago de pocos meses que les había nacido en Italia; mientras que el esposo, que parecía algo aburrido de las mil atenciones que la madre prodigaba al pequeñuelo, aprovechaba un momento de libertad para ir á contemplar el panorama que se presentaba á la vista. Al poco rato, fijóse su atención en otro turista que se presentaba de espalda y cuya figura y aire le parecían conocidos. Aproximóse algo y dijo por fin :—¿ Eres tú ó no eres tú? Dahnow, casi puedes viajar de incógnito con lo que has enflaquecido. ¡ Cuánto me alegro de verte !

—Ah, eres tú Degenthal—contestó el otro volviéndose, pero sin que se notara alegría en el tono de su voz.

—Sí; yo que regreso, después de tres años de ausencia, con mi mujer y un hijo ; un niño muy robusto.— ¿ Pero qué tienes? ¿ Qué te sucede ?—añadió sorprendido al ver la expresión de la fisonomía de Dahnow.

—Que acabo de recibir calabazas por tercera vez— dijo Dahnow, metiéndose en el bolsillo una carta que hasta entonces había tenido en la mano.

—¡Calabazas tú... uno de los mejores partidos! Imposible... ¿de quién?

— De Nora Carsten—dijo Dahnow mirando con cierto encono á su amigo. — De Nora — repitió :— aquel á quien pertenecía la perla, la dejó en el polvo... y ninguna otra mano puede apoderarse de ella.

—¡De Nora Carsten—repitió Degenthal—la que con Landolfo!...

— Esto era fácil de creer para el que le convenía creerlo—dijo Dahnow volviéndole la espalda.

Pero Degenthal le tiró violentamente del brazo.

—¿Qué era fácil de creer? ¿Qué quieres decir? ¿Que no era verdad?

— La mentira más villana del mundo fué suponer que aquella pobre joven huyera con aquel infame. Al que pudo creerlo le convendría creerlo, y si no lo sabes te lo diré ahora: Su madrastra y no ella, huyó con Landolfo, abandonando al esposo y al hijo; y para tener mayor libertad y vengarse de Nora, hicieron correr la noticia de que era ella la que se había fugado.

—¡Imposible!—dijo Degenthal—¡imposible! Con mis propios ojos vi...

—Leíste lo que yo había leído—dijo Dahnow en tono irónico;—pero yo, que nunca me acerqué á ella, que no traté de introducirme en su corazón, que no la dí á entender con frases huecas que valía mucho para mí y que quería protegerla y salvarla, yo... no lo creí y buscando é indagando, pronto supe la verdad. Y tú... ¿no te lo advertí que tu pasión cedería ante los obstáculos? aprovechaste la ocasión de retirarte. ¿Sabes cómo la encontré?.. á la cabecera de su padre enfermo, sola, abandonada. Hice por ella todo lo que un hombre puede hacer por la mujer que más aprecia, pero nada pude conseguir, pues siempre te ha sido fiel... ¡Desprecio al hombre que destruye así la felicidad de una mujer!

Y escapándose de las manos de Degenthal, penetró en la fonda.

Degenthal quedó solo. Ni con una exclamación había interrumpido el violento discurso de Dahnow, pero ahora el dolor se abrió paso á través de sus labios. ¿Era el aguijón de la verdad que le oprimía el corazón? «Fácil de creer para el que le conviniese creerlo.» ¿Le había convenido á él el creerlo?

Hacía largo rato que había salido la luna y empezaba á desaparecer por detrás de la cumbre de las montañas, y Degenthal continuaba aún en el mismo sitio, cuando sintió que se apoyaba una mano en su hombro. Tenía á Dahnow delante de sí, y ambos estaban muy pálidos, no siendo quizás todo culpa de la luna.

—Degenthal—dijo con gravedad—vengo á despedirme de ti y deja que borre el rencor que hayan podido producir mis anteriores palabras. Fué una falta en mí el perturbar tu felicidad, pero hay momentos en que el hombre se vuelve una fiera. No hablemos más sobre este asunto, pues de nada sirven nuestras palabras. Todo ha sucedido como debió suceder; quizás es mejor así.

—¿Dónde está?—preguntó Degenthal.

—Carsten ha muerto y ella se irá á la patria de su madre—dijo Dahnow;—dejemos ya este asunto. No quise separarme enemistado de ti, pues salgo esta misma noche. Adios, Curt, sé feliz con la que Dios te ha dado.

—¿Á dónde vas?—preguntó Degenthal.

—¿Á dónde?—dijo Dahnow—al hombre que no tiene hogar doméstico todo le es patria; pero es posible que algún día me retire al punto que me vió nacer.

—¿Pero qué será de ti?

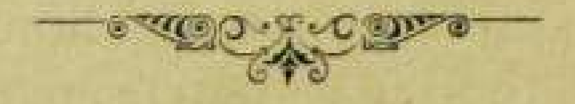
—Primeramente la desesperación de las que quieran conquistarme, y después una esperanza para mis sobrinos.

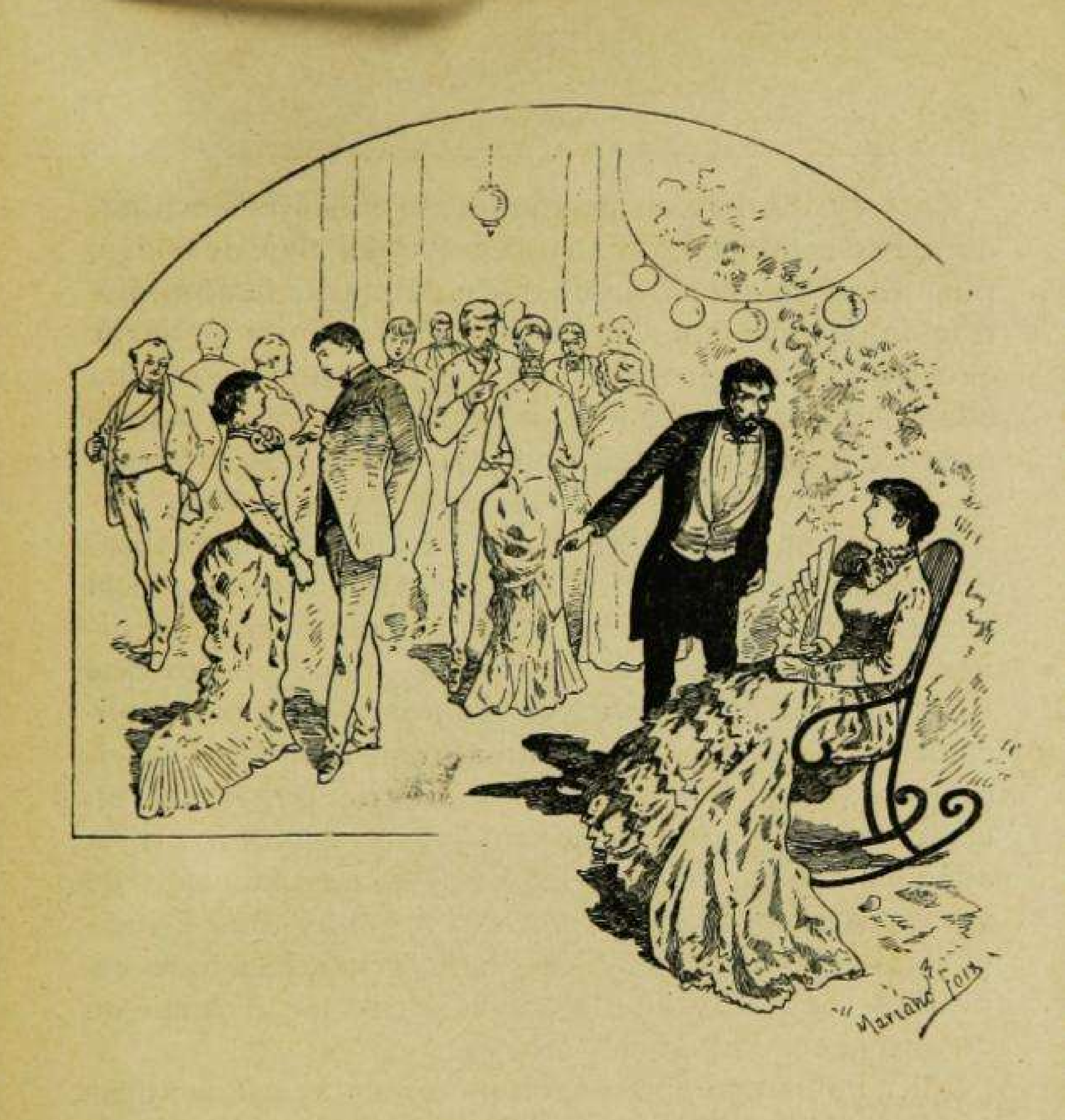
Y realmente, después que hubo viajado aún durante algunos años, retiróse Dahnow á su país, y dedicóse con celo á sus estudios científicos.

Su casa era un modelo de comodidad y allí se pasaba casi todo el tiempo. Según había prometido, todos los planes para conquistar su corazón fracasaron completamente.

La esperanza de sus sobrinos parecía ya asegurada, cuando de repente se presentó en su casa un joven americano que llevaba un nombre de la antigua nobleza de Francia y se estableció en ella. Quería visitar la Alemania, pero por el momento se estableció allí pasando semanas y meses. Era el favorito del amo de la casa, lo que puso en cuidado á los parientes, hasta que supieron que el joven americano poseía grandes propiedades en su país.

Clemente Dahnow lo atendía en todo, á pesar de que perturbaba el orden de su casa y sólo mostraba afición á sus perros y sus caballos. Quizás era esto debido á una carta de recomendación que le había entregado, quizás al nombre que acudía con frecuencia á sus labios cuando hablaba de la que había guiado sus pasos desde la más tierna infancia... quizás había en su fisonomía rasgos que recordaran algo al barón.





XXV

Habían transcurrido muchos años. El jardín de la hermosa quinta de Gœrhlitz estaba lleno de hombres, mujeres y niños, cuyos gritos de alegría se mezclaban con el sonido de la música. Se celebraba una fiesta de familia, el aniversario del nacimiento del amo de la casa, del anciano señor, como se llamaba al conde Degenthal, desde que su primogénito se había casado y tenía hijos.

Curt y Lilly habían permanecido fieles á Gœrhlitz, donde se establecieron á su regreso del viaje de bodas, pues Curt no quería arrebatar á su madre la administración de sus bienes, y Lilly prefería también llevar el cetro de sus propias tierras, y cuando la mucha edad de la condesa le impidió continuar con la administración de los negocios, el hijo mayor de Curt tenía ya edad suficiente para poder encargarse de ella.

La anciana condesa tuvo aún ocasión de ver realizados todos sus deseos. Su hijo se había casado con la rica heredera que ella le había destinado desde su niñez. El matrimonio había sido muy feliz, puesto que Curt rodeaba á su esposa de las atenciones más delicadas y habían tenido una numerosa familia. Las riquezas de Lilly dieron al nombre de Degenthal un esplendor que quizás nunca había alcanzado, y la anciana condesa tuvo aún la orgullosa satisfacción de ver enlazados sus nietos con las familias más principales. Pero á pesar de todo, tenía la condesa una espina en el corazón que la hacía sufrir tanto más, en cuanto le era imposible quejarse.

Lilly había arrebatado completamente á la condesa el hijo favorito. Sólo las naturalezas elevadas saben compartir tanto los bienes materiales como los ideales, y Lilly no pertenecía á aquellas. El amor de su marido y el de sus hijos debía ser exclusivamente suyo; ninguna otra influencia, ningún otro corazón podía tener parte en ello. Es verdad que á sabiendas no hacía ningún feo á la condesa, pero no simpatizaba con ella, y como sabía que la madre había tenido gran influencia sobre el hijo, había procurado separarlos con la habilidad que es propia de las mujeres, para impedir que continuara el mismo estado de cosas. Curt dejó hacer, y la condesa hallóse muy sola en sus últimos años.

Es muy posible que en las horas que pasaba solita-

ria, se presentara á su imaginación la imagen de aquella joven que tanto había querido conquistar su amor maternal. «Una hija digna de ti por su corazón y su talento,» había dicho la monja, y, verdaderamente,



cuando el capellán le contó la historia de Nora, no había podido menos de admirar el heroísmo con que la hija del director de circo había sabido cumplir lo que creía su deber.

Su corazón de madre apreciaba en mucho aquel sacrificio filial y no podía menos de creer que á su lado

hubiera encontrado mayor cariño del que le demostraban entonces. Á pesar de todo, no sentía ningún remordimiento, pues creía haber obrado en conciencia, y hasta su muerte le pareció que lo obtenido era lo mejor.

Lilly había cambiado poco con el transcurso de los años. Curt le pertenecía para siempre y esto le bastaba, distrayéndose además en la vida exterior que era un campo de batalla.

Hoy cogida al brazo de su primogénito, cuyo semblante se parecía mucho al de su madre, era completamente feliz. Sólo para él tenía ojos y oídos, para escuchar sus planes y oir su opinión acerca de las mejoras que quería hacer, respetando ya en él al futuro posesor. Los demás hijos también se parecían á la madre, excepto el segundo que había sacado los ojos castaños del padre y su espíritu inclinado á las cosas superiores. Á los diez y ocho años había determinado vivir sólo para el servicio de Dios, entrando en una orden monástica y dedicándose á las misiones.

Degenthal se había separado de él con pena, pero respetaba hasta el escrúpulo las inclinaciones de sus hijos. Lilly por su parte se había consolado pronto de la resolución de su hijo segundo, y en secreto tuvo cierta satisfacción al ver que los bienes que le había destinado pasarían al primogénito.

El Padre Degenthal hacía años ya que se hallaba separado de la casa paterna; su carrera le había llevado al nuevo mundo. Pero su corazon estaba unido con los suyos y desde lejos tomaba parte en sus tristezas y alegrías. En esta ocasión escribió una larga carta á su padre.

Curt se había retirado de la compañía de sus hijos y nietos para leer en la soledad la carta de su hijo predilecto. Sentóse al lado de la ventana de su cuarto, desde donde apenas se oía el ruido de la gente, y además

gozaba de mucha luz, cosa que ya le era necesaria para poder leer. Con asombro halló dentro de la carta de su hijo otra cerrada sin dirección alguna, y la dejó á un lado para buscar la explicación en la de su hijo.

La lectura de aquella misiva animó su semblante de un modo que no le era natural, enrojeciéndose su frente como en los buenos tiempos de su juventud. Con una rapidez extraordinaria para su edad dejó á un lado la carta de su hijo para coger la otra cuyo sobre rompió. Al hacerlo se esparcieron por el suelo varios retazos de periódicos, sin que él lo reparase, pues cogió enseguida un escrito que había en el interior del sobre. El billete debía haber hecho en otra época un largo viaje, pues estaba lleno el sobre de timbres de correos. La dirección, si bien estaba medio borrada, se veía que había sido escrita por mano de mujer y debajo de la misma se hallaban algunas palabras que él conocía perfectamente, pues las había escrito la primera vez que aquella carta llegó á su poder.

Habían pasado muchos años desde que en la amargura de su dolor y de su ira había devuelto aquella carta que contenía el secreto cuya ignorancia había destruído su felicidad. Su mano temblaba al abrirla y sus ojos se humedecieron al leer las palabras que en otro tiempo le había escrito un corazón angustiado, palabras que contaban el sacrificio que había hecho el amor filial, palabras que debían ser un adios, y no obstante parecían una petición de auxilio.

La cabeza del anciano cayó sobre su pecho como si se hubiese renovado en su corazón el dolor de aquella época, haciendo el amargo descubrimiento de cuán facilmente se había dejado engañar por las apariencias. Es verdad que le acudió el pensamiento de lo muy culpables que eran los que habían contribuído al engaño, pero ¿podría acusar á nadie cuando él mismo había faltado?

Despertóse en él el antiguo amor con toda su violencia, viendo ante sus ojos el gracioso cuerpo de Nora tal como era en los años de su juventud. ¿Le miraban de nuevo aquellos profundos ojos azules, por los cuales ningún sacrificio le parecía demasiado grande, estando dispuesto á darlo todo por ella? ¿Se acordaba de la época en que sin atender á la posición ni al tiempo, había corrido á encontrarla para estar sólo unos minutos con ella? ¿Ó la veía cuando se presentó llena de dolor delante de él y había tenido ocasión de leer la pureza en su frente y el amor en sus ojos queriendo aún luchar por ella, si bien abandonó enseguida el combate dejándola por segunda vez sin protección? ¡Facil de creer á quien le conviniere, había dicho el barón Dahnow!

El dolor más profundo que puede sentir un hombre oprimió su corazón y en medio de sus remordimientos vino aún á sus labios el nombre que hacía largos años no había pronunciado: «Nora, Nora», exclamó como si hubiese querido resucitar la juventud, la vida y el amor.

En el mismo instante oyó llamar á la ventana y despertó sobresaltado de sus ensueños. Era un niño que estaba cogido de los hierros de la ventana y le dijo con voz angustiosa:

—Abuelo, cógeme, si no me voy á caer;, hace rato ya que llamo y no me has oído.

Levantóse Curt precipitadamente y sacó de la embarazosa situación en que se había colocado al niño, quien esperaba un buen regaño por haber tomado aquel camino peligroso; pero á su lado había desaparecido el peso que oprimía el pecho del anciano. El que tenía en sus brazos era el hijo de su hijo, el mensajero del presente que rompía el lazo del pasado. «El hijo de mi hijo», repitió, y se encontró muy viejo. ¿Qué podía importarle ya el recuerdo de un

amor del que le separaban dos generaciones? Con el niño en brazos, miró hacia el grupo que se hallaba á su vista. La mujer que había estado siempre fiel y amorosa á su lado, los hijos que ella le había dado y que llevaban con honra y orgullo su nombre, el hogar doméstico que tan bello se presentaba á sus ojos ¿no eran nada para él? ¿Debía quejarse del destino que tanto le había dado? Pero, á pesar suyo, su imaginación colocó al lado de aquel grupo la pálida imagen de una felicidad destruída. Ella había tenido que encerrarse en los muros de un convento, tal como él había temido en su juventud y había querido evitar. ¿Había sido tan espinoso su camino que ni por un momento había podido descansar en sus lindes? ¿Era un corazón lastimado que le acusaba?

Curt apartó los ojos de aquel cuadro de felicidad para volver á coger la carta que le hablaba de los sueños de su juventud, de un amor perdido, pero conservó al niño en su regazo, como si con él quisiera desterrar las ideas sombrías. Su hijo le escribía lo siguiente:

«Quiero hablarte de una aventura, querido padre, cuya explicación creo que conocerás mejor que yo, á pesar de todo el interés que ha despertado en mí. La carta adjunta, que me fué confiada para ti, te lo explicará todo y te dirá de quién hablo. Debo coger el asunto algo atrás.

»Tú sabes que nuestra misión es aún muy moderna aquí y nos ayuda mucho en nuestros trabajos un convento de religiosas que hace largos años está establecido en el país.

»Se me ha contado que la superiora que lo ha fundado tuvo que luchar con grandes dificultades, dándose á conocer como una de esas monjas de grandes cualidades que la orden envía siempre á los puntos más difíciles por su talento organizador. Se dice que era hija

de este país, en donde ahora hacía diez años que trabajaba en la educación de los niños, propagación del catolicismo, y el cuidado de los enfermos; en una palabra, en todos los deberes de la caridad cristiana. Así



es que fué para mí un gran placer el día que me enviaron á aquel convento para asuntos de mi profesión. Hice que me anunciaran; pero la portera, que era francesa, destruyó mi nombre como sólo es capaz de hacerlo una lengua francesa. Apenas me encontré delante de la superiora, que era una figura majestuosa, sin

dejarme tiempo para cumplir mi encargo, me dijo en alemán castizo: «Usted es un Degenthal, pues de otra manera sería imposible una semejanza tan extraordinaria. Tiene usted los ojos y la frente de su padre y también el metal de su voz. Á su padre de usted lo he tratado mucho—añadió al ver mi sorpresa:—¿Vive aún»?

»Tú puedes suponer con qué alegría le contesté afirmativamente, pues es muy agradable encontrar en países remotos quien nos hable de los nuestros. Tuve que hablarle de ti, de mi madre, de mis hermanos, etc. Parece que ha conocido á todos los ancianos de la familia, habiéndome también preguntado por la abuela, el capellán y varios otros; pero lo que más le interesaba era que hablara de ti y de tu vida y de tus bondades. Le pregunté si tenía algún encargo para ti y en nombre de quién debía hacerlo, pero me contestó negativamente, diciendo que apenas te acordarías de ella. «Nosotras, las monjas, nos apartamos tanto del mundo, que hasta el nombre mudamos; así pues, tendría que volver muy atrás y darle muchas explicaciones para que se acordara de mí. De todos modos, me he alegrado de ver á usted y espero que tendremos ocasión de vernos repetidas veces, ya que trabajamos en el mismo círculo.»

»Su lenguaje, sus maneras, su actitud me hicieron suponer que en otro tiempo había pertenecido á las altas clases de la sociedad. Quizás tú sepas quién es. Posteriormente tuve ocasión de encontrarme repetidas veces con ella, y esto sólo hizo aumentar mi admiración por aquella mujer extraordinaria. Esto pasó en el invierno anterior.

»En la primavera desarrollóse aquí una de aquellas epidemias que visitan con frecuencia este país, y estas son épocas en que necesitamos todas nuestras fuerzas. La venerable monja prestó grandes servicios persona-

les, y por la habilidad con que organizó la asistencia, los pobres y los enfermos la consideraban como una santa, y se tenían por salvados al verla penetrar en el umbral de sus casas. De otros puntos visitados asimismo por la epidemia, la llamaron para que organizara los trabajos de socorro, yendo continuamente de un punto á otro.

»Por el mal estado de los caminos hacía casi siempre sus viajes á caballo, y habiéndola encontrado muchas veces, quedé sorprendido del valor y seguridad con que montaba, extraordinarios en su profesión y á su edad. Á una observación que le hice en este sentido, contestóme riendo que estaba acostumbrada desde su niñez: «y ahora á lo menos me ha servido de algo, añadió.» Por entonces se me envió en misión y permanecí algunos meses ausente; á mi vuelta encontré que la epidemia había cedido mucho, pero supe con dolor que el exceso de fatiga había atropellado á la superiora y que ésta se hallaba enferma. Poco tiempo después me dijeron que deseaba hablarme, y en seguida me presenté, siendo recibido con su habitual amabilidad, pero me sorprendió la grande alteración de su fisonomía.

»Se hallaba recostada en una butaca, en el jardín, y tenía á su lado á una hermana.

»— Ya ve usted cómo estoy y cómo me veo obligada á dejarme cuidar — dijo. — Pero no crea el Padre Degenthal que le llamo para que me preste sus auxilios espirituales, pues es demasiado joven para mí—dijo con el tono de broma que le era propio.—Pero tengo que pedirle un favor, aunque por ello me acuse usted de inconsecuencia. ¿Quiere usted aceptar un encargo para su padre? Hace muchos años que nos conocimos por una casualidad, y tanto él como su abuela de usted se portaron muy bien con mis padres y conmigo. Posteriormente se enfriaron nuestras relaciones no por nuestra culpa, sino por falta de tiempo para explicar-

nos, y no quisiera despedirme del mundo sin haber esclarecido este asunto. La inesperada presencia de usted es providencial; suplícole, pues, que se sirva entregar á su padre el adjunto paquete, y una vez lo haya leído es fácil que juzgue de otro modo que lo hizo anteriormente.

»Su voz tenía una expresión de tristeza al decir esto, y pareció que se hallaba afectada por poderosos recuerdos, pues permaneció silenciosa como si hubiese olvidado mi presencia. De repente fijó en mí sus ojos con la cordialidad acostumbrada, y me dijo:

»—Vea usted cómo una anciana religiosa está sujeta aún á los sentimientos terrenales y se ocupa en ellos en los últimos días de su vida. Usted, en su juventud, lo encontrará raro, pero el hombre es hombre hasta el último suspiro en sus sentimientos é ideas. Esto sólo lo conocemos cuando nos hacemos viejos; entonces se nos presenta vivaz ante los ojos lo que hemos visto en nuestra juventud, á pesar del largo tiempo transcurrido.

»Salude usted también á su madre de mi parte; ambas fuímos compañeras de colegio. Hace mucho tiempo sabía que sería feliz. En una ocasión me dió pruebas de grande amistad, que yo no he olvidado nunca, y Dios se lo ha premiado por medio de la felicidad que la ha dado. Pero yo también he sido feliz, muy feliz, añadió; dígaselo usted así á su padre. La vida que me dió el Señor era bella, y tal la he encontrado hasta el fin. Muy grato fué para mí lo que me dió en mi juventud, y ciertamente ha sido mejor que las cosas fueran como han ido. Cada uno de nosotros ha visto cumplido su destino mucho mejor que si se hubiese resuelto según nuestros deseos. El Señor no deja ningún dolor sin consuelo, y no se olvida de mandarnos á todos un rayo de luz. Bello fué que inclinara mi corazón á servirle á él solo y buscara un gran centro

de actividad para ser útil á muchos; bello que diera una patria á quien carecía de ella. Bello es también que hoy me lo envíe á usted como despido. Me he alegrado mucho de verle, y usted, por su parte, alégrese de que el Señor le haya llamado tan joven á tan alto destino; nosotros, los corazones rebeldes, seguimos primero otros caminos.

»—Pero la perfección es mayor; cuánto más se ha de luchar, más es el mérito—exclamé involuntariamente.

»—¿Lo cree usted así?—me replicó riendo.—Esto sería un consuelo para los que hemos tardado mucho, pero tiene usted razón: todos los males que el Señor nos manda, tienen su objeto. Pero ahora cuénteme usted en qué se ocupa; estoy tan fatigada de no hacer nada, que oigo hablar con gusto de la actividad de los demás.

»Accedí á sus deseos y le expliqué el resultado de mis viajes y los progresos que habíamos hecho y de lo que quedaba aún por hacer. Escuchóme con gran atención, y muchas veces me pidió explicaciones ó me dió consejos con una animación y una claridad, que se veía que su espíritu no sufría de la debilidad del cuerpo.

»—Esto no lo veré yo—me dijo al hablarle de algunos proyectos para lo porvenir—pues me quieren enviar á la casa matriz por causa de mi salud, y no tendré más remedio que resignarme, a pesar de que esto será un gran sacrificio para mí el abandonar mi obra. Pero como ya he dicho antes, no puedo echar raíces en ninguna parte, pues hasta mi muerte andaré siempre errante; y sin embargo, con placer me hubiera quedado aquí, que es la patria de mi madre.

»Se había concluído el tiempo que yo tenía disponible, y me ví obligado á partir, pero no sin pedirle permiso para visitarla de nuevo. Quedóse un momento silenciosa, y por fin dijo:

»—No, no; deje usted que nos despidamos, querido amigo. Su carrera necesita todo su tiempo, y por mi parte también debo aprovechar los pocos días que me restan de vida. Por despedida acepte usted la bendición de una anciana, para usted, para él y para toda su familia. Mi madre bendijo asimismo á su padre de usted antes de morir, y yo lo hago también con el mismo fervor. Indudablemente fué un beneficio que nuestros caminos se cruzaran entonces.

» Estas fueron las últimas palabras que oí de sus labios, y cada una de ellas se grabó en mi corazón. Desde aquella época no la ví más, á pesar de que no salió para Francia, pues se cumplió su deseo de descansar en el país de su madre. La enfermedad que produjeron las fatigas excesivas hizo tales progresos, que sobrevino la muerte antes de que tuviese ocasión de embarcarse. Pocas semanas después de nuestra entrevista, falleció con harto sentimiento de todos los que la habían conocido.

» Sus hijas espirituales perdieron en ella una verdadera madre; las huérfanas, los pobres, los enfermos confiados á su protección, la lloraron de veras. Sus últimos servicios eran tan recientes, que las autoridades tanto civiles como eclesiásticas se acordaron en tributarle toda clase de honores. Aunque en el mundo hubiese ocupado un lugar preferente, no hubiera podido ser más célebre de que lo fué siendo una humilde religiosa. Y para darte á ti, que la has conocido en otro tiempo, una idea de su actividad y de lo bienquista que era de todo el mundo, te mando algunos periódicos que hablaron de ella después de su muerte. Por mi parte, nunca la olvidaré, pues es una felicidad haber tratado á persona de una naturaleza tan enérgica cuyo corazón estaba unido aún á la tierra mientras su alma pertenecía al cielo.»

Esto es lo que escribía el hijo con el entusiasmo de

la juventud, y al leerlo el anciano se encontró el corazón más desahogado. No; la imagen de aquella vida no era ningún pálido fantasma que se presentase amenazador. Aquella vida que tan provechosa había sido, que tan activa se había mostrado y que había encontrado hermosa la tierra hasta el último suspiro, no era un porvenir destruído que exigiera de él la felicidad perdida.

Pensó entonces que el error que les había separado, no era simplemente un error sino disposición de Dios, hecho providencial que el hombre con sus facultades limitadas no tiene ocasión de comprender.

El niño que tenía en brazos le había estado mirando con impaciencia, y viendo que su abuelo tenía fija aún la vista en los papeles, le tiró de la ropa diciéndole:

—¿No has concluído aún, abuelo?

—Sí; ya he concluído—dijo el anciano—como todo se concluye en este mundo: juventud, amor y vida. Pero ha sido un buen final.

No podía aún decir como ella: «ha sido mejor así», pero decía: «también ha ido bien así.»

Al levantarse le pareció que se había quitado un gran peso de encima. Nora había tenido razón al decir que su último saludo le haría bien.

El pequeñuelo vió con sorpresa cómo su abuelo reunía con gran cuidado todos aquellos papeles esparcidos y los encerraba en uno de los cajones del escritorio, del que sacó un pequeño corazón adornado con perlas que colocó de nuevo en la cadena de su reloj, en donde una mano infantil lo había colocado en otro tiempo. Nora había sido fiel á sus recuerdos hasta su último suspiro, y él, volviéndose niño otra vez, quiso no serlo menos.

En aquel momento se oyó ruido de pasos y de voces hacia la puerta, y todo el escuadrón de seres queridos invadió el aposento.

—Ya que no basta un mensajero, hemos venido todos á buscarte, papá—exclamaron.—No queremos que Ricardo te absorba completamente con su largo escrito.



La esposa se le acercó, y reparando en su emoción le dijo con afecto:

—¿Vienen buenas noticias en la carta?

—Ricardo me habla de alguien de quien no esperaba ya tener noticias; me manda un saludo de despedida. En cambio, nosotros—dijo estrechando á su esposa contra su pecho—si Dios quiere, permaneceremos

aún mucho tiempo felices y unidos; Dios nos ha favorecido mucho y ha hecho que todo terminara bien... Nora, la hija del director de circo, te saluda por última vez; en vida fué algo más que feliz, fué una santa.

¡Las flores de Dios, en todas partes viven!

FIN

INDICE


FEBRERO 1884





